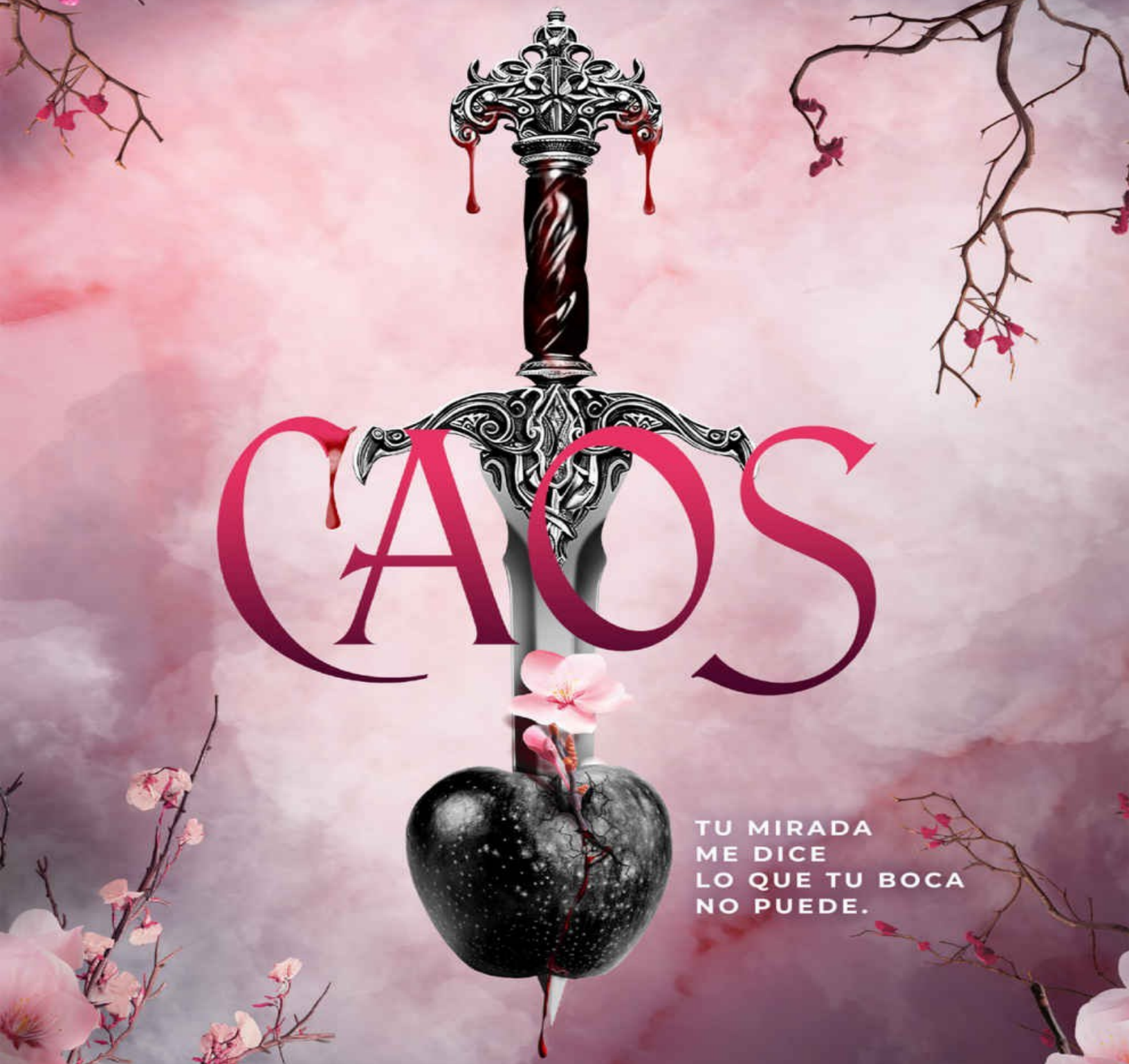
JASMÍN MARTÍNEZ

AUTORA DEL BESTSELLER «CORAZÓN DE HIELO».



CAOS

TU MIRADA
ME DICE
LO QUE TU BOCA
NO PUEDE.

COSMO EDITORIAL

Caos

«Mi infierno reside en tus labios»

Jasmín Martínez

Pasado oscuro

[Capítulo 1]

{Sadashi}

Años atrás…

Iba sentada en el asiento trasero de una camioneta negra, envuelta en una manta cálida, recién bañada después de semanas sin saber cómo se sentía el agua sobre mi piel. Apenas tenía quince años y tiempo atrás soñé con el momento que estaba viviendo, pero en ese instante no me provocaba las sensaciones que creí que sentiría.

La mujer sentada en el asiento del copiloto era muy parecida a mamá, aunque con varios años menos, con la piel muy bien cuidada y el cabello con el brillo del firmamento; eran diferencias monumentales con mi progenitora, pero sabía que, si mamá hubiese tenido una vida como la de su hermana, también habría poseído aquellas cualidades físicas. Mi corazón dolía al pensar en ella, todo era muy reciente y se reproducía en mi cabeza como si acabara de pasar.

Tres semanas atrás habíamos logrado escapar de un grupo de hombres que nos sacaron del campo de concentración en el que éramos reclusas, perteneciente al país que me vio nacer: Corea del Norte; a papá no le importó sacrificar su vida con tal de defendernos de aquellos enfermos que intentaban llevarnos a China, a mi madre para que hiciera trabajos forzados y a mí para venderme con cuanto tipo quisiera aprovecharse de mi cuerpo.

Pero de nada importó, pues lo consiguieron, y si no hubiésemos aprovechado la extrema confianza de uno de ellos al dormirse con la llave en la bolsa del pantalón, en la jaula donde nos tenían, y muy cerca de donde nos encontrábamos, hubiéramos sido condenadas por el resto de nuestras vidas a un infierno distinto.

El sueño de la añorada libertad se convirtió en la peor de las pesadillas y ni siquiera la podía comparar con mis años como prisionera.

Junto a mi madre y otras personas más que huíamos, caminamos por el desierto de Gobi, guiados por un hombre que aseguraba ser nuestra ayuda, aunque también nos llevara rumbo a China, un país que se esconde detrás de las palabras *libertad* y *sueños*. A pesar de eso, lograr llegar allí en busca de refugio no nos alegraba del todo, puesto que todavía corríamos peligro de encontrar más esclavitud o muerte.

Era un riesgo que debíamos correr si queríamos escapar del castigo al que fuimos condenados por hacer una llamada internacional a la familia de mamá, en la que descubrieron que era japonesa y estuvo viviendo en el país de incógnita, razón suficiente para acusarnos de quebrantar la ley, ya que en Corea del Norte nunca hubieran permitido de buena fe que mi madre se quedara para establecerse de forma permanente. Las leyes norcoreanas eran así de tontas y, si las rompías, pagarías en un lugar que solo podía compararse con el infierno.

Al llegar a China fuimos *protegidas* por un empresario que aseguraba que nos haría llegar con los Kishaba (la familia de mamá), pero el maldito solo buscaba aprovechar la mercancía antes de entregarla y sus ojos fueron puestos en mí. No le importó que estuviese sucia, tenía un objetivo que ansiaba cumplir y lo haría a toda costa; mamá supo las intenciones de aquel malnacido y, antes de que me tocara, me defendió con uñas y dientes, convirtiéndose en el nuevo fin de aquel ser repugnante.

Durante años crecí escuchando un dicho famoso en Corea del Norte: «Las mujeres son débiles, pero las madres son fuertes», lo comprobé la noche en la que mamá se dejó violar y tras

eso asesinar con tal de que no me dañaran. El olor de su sangre todavía seguía impregnado en mi nariz, su rostro de horror se grabó en mi cabeza casi como leyes escritas en piedras y las risas estridentes de aquel hijo de puta continuaban atormentándome cuando cerraba los ojos.

Corrí de aquel lugar por órdenes de ella, lo hice sin parar hasta que mis pies sangraron y no podían más. Me escondí durante días entre basureros y callejones de mala muerte, peleé por comida y dormí sobre charcos y asfalto, hasta que unos hombres vestidos de ninja me encontraron. Me opuse cuando intentaron atraparme, luché con todas mis fuerzas para evitar que me llevaran porque temía que iban a devolverme a Corea del Norte, pero fue en vano, eran muchos y más fuertes; peleaban mejor de lo que yo fui entrenada y, tras sentir un pinchazo en el cuello, caí en una profunda oscuridad. E incluso ahí, sentí miedo y lloraba de terror al imaginar que mis padres murieron en vano.

____****____

Desperté horas antes de irme con Maokko, la hermana menor de mi madre, al escuchar el canto de los pájaros. Apreté con fuerza los ojos por el brillo molesto que daba en mi rostro y dañaba mis retinas. Cuando me acostumbré a la luz miré para todos lados y me descubrí en un lugar desconocido.

La superficie en la que me encontraba acostada era demasiado suave, en nada se comparaba al rincón duro y apestoso en el que dormía desde que tenía cinco años; la tela que me cubría era muy delicada, diferente al papel que usé como sábana durante mucho tiempo, tan fina que hasta se trababa en mi piel áspera.

Salí de aquella superficie acolchonada cuando la puerta del cuarto se abrió. Me puse en posición de ataque y cogí un vaso de cristal que se encontraba en una especie de mesa, al lado del lugar donde antes estuve acostada. Era más pesado de lo que imaginé, pues siempre bebí de mis manos o mediante objetos de plástico, y, aquel tipo de vaso únicamente lo vi de lejos. En el campo donde me crie había unos pocos y los utilizaban solo cuando una persona importante llegaba a ver cómo marchaba el lugar de sus juegos.

—Definitivamente, eres sobrina de Maokko —habló un tipo de piel café que llevaba muchos dibujos en la piel y vestía todo de negro, incluyendo el gorro.

En sus manos portaba una especie de plato rectangular y, encima, se encontraba otro redondo, una taza y un vaso. Había comida y bebida sobre eso, pero no reconocía de qué tipo, ya que jamás vi más allá de arroz y agua.

—Mi nombre es Marcus, soy novio de tu tía Maokko. Ella está arreglando unos asuntos, pero pronto vendrá aquí para hablar contigo.

Lo decía en japonés y se notaba que se le dificultaba mucho, pero lo intentaba. Yo hablaba coreano, aunque mamá se aseguró de enseñarme su lengua, y la llegué a dominar a la perfección, a pesar de que hablarla me hacía ganar castigos espantosos, puesto que en aquel país también estaba prohibido conversar en otro idioma, a menos que estuviera en lugares donde se permitía vivir a los extranjeros.

Mi madre tomó un riesgo mortal al enseñarme el japonés luego de ser condenada por vivir en Corea del Norte como incógnita, pero se empeñó en que aprendiera con la esperanza de que algún día lográramos escapar. Como niña, no entendía el castigo que recibiría si me escuchaban, así que en alguna ocasión repetí palabras que no debía y mis padres lo pagaron. Luego de eso me mantuve en silencio hasta que la rebeldía llegó a mi vida.

A los soldados que nos cuidaban no les agradaba no entender lo que estaba diciendo y muchas veces los maldije en japonés; la recompensa por hacerlo era días sin comer, pero era la

única manera de decirles todo lo que me provocaban, ya que, si lo hacía en coreano, de seguro me hubiera ganado la muerte, y no estaba dispuesta a morir en aquel infierno.

—¿Quiénes fueron los tipos que me atraparon? —pregunté. Entonces vi al hombre poner en una mesa la cosa que llevaba en sus manos y sacó una de las sillas que reposaban debajo de ella.

—No son tus enemigos, son personas que trabajan para nosotros y nos ayudaban a encontrarte. Tuvieron que sedarte al ver que no cederías tan fácil, pero no iban a dañarte. Maokko los envió para que te rescataran y te trajeran acá. —Sonrió, amable, aunque para mí seguía luciendo peligroso—. Ven a comer, imagino que no has probado bocado en días y tienes que estar bañada y alimentada antes de marcharnos.

—¿Dónde estamos y a dónde iremos? —seguí con mi interrogatorio. Las tripas me rugieron cuando me llegó el olor de la comida, pero necesitaba respuestas.

—Ven a comer y te contesto mientras lo hagas. Y deja ese vaso, no es la mejor arma contra mí —dijo con diversión.

Miré el vaso y, sin pensarlo, lo golpeé en la mesita, haciendo que se quebrara, y un pedazo grande, puntiagudo y afilado quedó en mi mano.

—¡Mierda! —Lo escuché decir y sonreí.

—¿Sigue siendo inservible contra ti?

Por suerte no me lastimé y Marcus lo notó, sus ojos se desorbitaron al percatarse de la razón que me llevó a romper el vaso y, tras negar con la cabeza, sonrió de nuevo, pero con más diversión.

—Sí, tú también eres una Kishaba —reiteró, como si antes no lo hubiera tenido claro. Escuchar que me llamaban con el apellido de mi madre me estremeció, ya que desde que tenía uso de razón solo me reconocieron con el de papá—. Vaya suerte la mía.

La verdad, no entendí en qué contexto lo dijo, pero me dio un poco de confianza y, con cuidado, llegué a la mesa. Comí todo lo que había traído para mí y solté algunas lágrimas en el proceso, mismas que intenté disimular frente al tipo que me cuidaba, como si fuese un soldado más del campo de concentración.

Deseé haber podido compartir esa comida con mis padres, celebrar que al fin éramos libres, aunque a veces intentaba convencerme de que, de alguna manera, ellos también lo eran.

Maokko llegó un rato después. Mamá me habló de ella en repetidas ocasiones y siempre confió en que su hermana menor lograría dar con nosotros y nos salvaría de aquel calvario al que fuimos condenados (aunque, para mí, llegó muy tarde). La reconocí de inmediato. Jamás había visto una foto suya, pero escuché tanto de esa mujer, que sus rasgos me los sabía de memoria, y que se pareciera a mi madre, ayudaba.

Le pregunté si sabía algo de ella y me dolió en el alma confirmar que, en efecto, estaba muerta; Maokko pudo recuperar su cuerpo y aseguró que los malditos culpables ya estaban pagando por lo que hicieron. Algo en su tono de voz me hizo creerle.

Después de tomar una ducha, hicimos una pequeña ceremonia para despedir a mis padres y, aunque no era típico de mi cultura, acepté que cremaran su cuerpo para poder llevármela. Aquel proceso no era rápido, sin embargo, Maokko dijo que tenía métodos para lograr que lo hicieran pronto y, tras obtener todo, salimos rumbo a Japón. Al llegar fuimos recibidos por un contingente, personas que se ocultaban entre los transeúntes. Al parecer, la pequeña de los Kishaba tenía una doble vida y una influencia tremenda en un mundo que yo todavía desconocía.

—Descansa un poco, mañana nos reuniremos con mi jefa. Ella nos ayudará con lo que corresponde hacer contigo de ahora en adelante —pidió cuando estuvimos en su casa.

No respondí a nada, me sentía reacia. Su novio nos acompañaba y hablaban en un idioma

desconocido para mí y, por primera vez, entendí a los malnacidos que me custodiaban en el campo, pues odiaba no poder entender lo que decían.

A la mañana siguiente, y tras tomar una ducha, nos fuimos hacia algún lugar que todavía ignoraba. Tokio era hermoso, aunque todo me parecía así después de ver solo tierra, alambres con púas, árboles y campamentos de peleas.

Vestía ropa que Maokko me prestó y me cubría con una manta, ya que me sentía más protegida, estúpido de mi parte al ser consciente de que solo podía defenderme con un arma improvisada, puños y patadas, pero me estaba pasando: me sentía vulnerable en un mundo que desconocía y todavía no confiaba del todo en una mujer que llevaba mi sangre, y en su novio.

—¿Qué es esto? —pregunté sin dejar de mirar la enorme casa que había frente a mis ojos.

Maokko sonrió divertida al ver mi admiración y sorpresa por aquel lugar tan majestuoso.

—Puedes llamarlo templo o monasterio justiciero. Sé que tu madre te habló mucho de ellos. Este es uno muy particular, ya que fue creado para el servicio de La Orden, a la que pertenezco. —Recordé a mamá hablando de ellos en susurros, cuando me contaba las historias de su país y ciudad.

Las describía como torres de madera, de dos o tres pisos, con sus paredes hechas de un material semitransparente que se asemejaba al papel maché con el que fabricaban los faroles que dejaban volar al cielo para sus ceremonias importantes, cubiertos por techos que formaban una pagoda[1]. Las historias detrás de esos lugares eran increíbles y siempre que mi madre me hablaba de ello, me hacía soñar.

En mis sueños era una princesa guerrera que ayudaba a su príncipe a ganar las guerras más difíciles. Aunque a quien creí mi príncipe, prefirió luchar sus guerras solo.

—Vamos —me animó sacándome de mis pensamientos.

Un hombre había llegado y le dijo algo en el idioma que hablaba con su novio, así que me concentré en lo que me rodeaba. En el templo, sobre todo, que era muy distinto al de las historias de mi madre, pues sus paredes eran de ladrillos con puertas del hierro más fuerte y custodiado por demasiadas personas. No era, en nada, parecido a un lugar de paz, más bien se veía como una maldita fortaleza.

—Voy a ir a reunirme con unas personas, espera aquí y no te muevas porque puedes perderte. Después te mostraré el lugar —pidió Maokko y asentí.

La vi irse junto a su novio. Eran una combinación muy graciosa y admiré el valor que tenía para estar con un tipo tan grande, con toda esa piel manchada y una actitud que podía poner a cagar hasta al dictador de mi país. Maokko era muy pequeña y menuda, aunque yo lo era aún más debido a la mala alimentación y las condiciones en las que viví.

Miré a mi alrededor después de que ellos se perdieron entre unas puertas, el interior seguía siendo de ladrillo desnudo y las paredes altas estaban adornadas con todo tipo de armas. Sabía que mis ojos brillaban al verlas, eran hermosas y en nada se comparaban a la daga de piedra que mi padre me forjó justo unos días antes de entrar a mi primer combate. Reconocí algunas luces que iluminaban el lugar como candelabros; las descripciones de mamá fueron perfectas.

Nunca pude ver revistas, y mucho menos la televisión; los pocos recuerdos que tenía de mis días antes de entrar a aquel encarcelamiento eran borrosos.

El piso era de madera, o al menos así parecía, y estaba tan brillante que mi reflejo era como el de un espejo. No me reconocí al verme, mi piel, aunque quemada por el sol, se veía limpia, y mi cabello parecía más suave después de las cosas que Maokko me hizo untarme en él. Su ropa, a pesar de que me quedaba floja, era más adecuada que las piltrafas que usé durante una década.

Respiré profundo el olor delicioso que envolvía todo el lugar y, al acercarme a una pequeña

mesa que adornaba los pasillos, descubrí un recipiente de madera; en él, unos palitos delgados desprendían humo. Me di cuenta de que la fragancia de antes salía de ellos y quise tomarlos, pero un grito proveniente de un salón aledaño a donde me encontraba, me distrajo por completo.

Dejé la manta en una silla que se hallaba cerca e, ignorando la petición de Maokko, caminé hasta allí. Entonces comencé a escuchar más, era de una mujer y un hombre. Sonaba como si estuvieran peleando y, curiosa por saber de qué se trataba, abrí la puerta sin pensarlo.

—¡Cuidado! —gritó una mujer en tono de terror.

Una daga voló directo hacia mi rostro. Mis reflejos estaban muy bien entrenados y, antes de poder pensar qué hacer, mi mano reaccionó con vida propia y golpeó el arma justo a milímetros de que se clavara en mi frente, aunque logró hacerme un leve corte que sanaría dentro de unos días.

La mujer y el hombre me miraron estupefactos. Limpié un hilillo de sangre que comenzó a correr de mi ceño hacia la nariz y me preparé para una pelea cuando los vi acercarse a mí. Ella me decía cosas que no entendía, se notaba furiosa después de salir de su *shock*; me limité a observarla con frialdad.

—¿No entiendes nada de lo que te digo? —cuestionó en japonés.

—No soy fácil de matar y, antes de que lo logres, te aseguro que no saldrás bien librada —espeté en el mismo idioma.

—No quería lastimarte. ¿¡Qué acaso no sabes leer!? —me sermoneó y empuñé las manos, dispuesta a irme sobre ella—. El cartel en la puerta dice claro: «No entrar. Zona de entrenamiento». ¡Mierda! Pude haberte matado, chiquilla tonta.

—No sé leer, y ya te dije: no soy fácil de matar.

Sí sabía leer, pero solo coreano.

El hombre de cabello rubio brillante que la acompañaba le dijo algo en otro idioma; ya me estaba hartando.

—¡Isa! —Escuché la voz de Maokko a mis espaldas, iba corriendo hacia donde estábamos—. ¡Joder! Creí que llegarías pronto a la oficina del maestro Cho, estaba esperándote allí. —Agradecía que ella se dignara a hablar en una lengua que yo conocía—. ¡Mierda, Sadashi! Te dije que me esperaras en donde te dejé —me reprochó, pero se asustó al verme—. ¿Estás bien?

Me alejé en cuanto intentó cogerme el rostro. Era mi única familia, pero mi habilidad para confiar en las personas estaba desfasada y todavía no me sentía del todo cómoda con ella. Además, que me llamara por ese nombre se seguía sintiendo extraño.

Nací bajo el nombre de Jiyu Park. Mis padres lo escogieron porque, desde que me concibieron, juraron que sería una mujer valiente, algo que demostré ser en aquel campo de concentración; no obstante, ser llamada por aquel nombre coreano me recordaría toda la vida el infierno que vivimos, así que mi madre me bautizó con uno nuevo antes de que llegáramos a China.

Sadashi Kishaba.

Un nombre japonés que siempre deseó que llevara su primogénita, pero que, debido al destino, no podía usarlo hasta que fuera libre. Y que Maokko me llamara así era una confirmación que todavía me parecía increíble.

Era libre, al fin.

—Solo fue un rasguño, sanará pronto. Estoy acostumbrada a peores —solté al volver al presente y me miró, un tanto extraña.

—¿Es tu sobrina? —Quiso saber la mujer que casi me atravesó la cabeza con una daga. Maokko asintió y el rostro de molestia de la tal Isa desapareció de inmediato—. Tiene unos

malditos reflejos. —Su forma de maldecir se contradecía con la emoción en su voz—, y ya veo que la fanfarronería es parte de la sangre Kishaba —añadió. Maokko sonrió, divertida.

—Créeme que ahora mismo estoy odiando esa actitud —soltó, mirándome con molestia por haberle desobedecido.

Ambas se metieron en una conversación que no entendí y decidí alejarme, aunque el hombre con cabellos de sol se acercó a mí y me sonrió afable, pero detrás de la amabilidad siempre se escondían segundas intenciones, así que me mantuve alerta.

—Solo déjame limpiarte ese corte y ponerte algo, si no se te hará una cicatriz bastante fea para tu delicado rostro —pidió cuando me alejé de él.

También sabía hablar mi segundo idioma.

—No necesito limpiar ni ponerme nada. Sanará en unos días y no dejará huella, al menos no en comparación con mis marcas —reviré. Esperaba que no se pusiera a preguntar nada.

—No permitamos que se haga —sugirió—. Soy amigo de Maokko, y desde ahora, si quieres, también tuyo.

—¿Amigo? —Me reí al decir tal cosa—. No existen. Dejemos en que eres conocido de alguien que lleva mi sangre y, te repito, mi corte sanará. Estoy acostumbrada a mis marcas y ya no me molestan. Una más no hará ninguna diferencia.

El tipo se sorprendió por mi respuesta y vi en sus ojos que se rindió, aunque también noté lástima, y odié tal cosa. Mi vida fue y era dura, sin duda alguna; crecer en un campo de concentración desde los cinco, condenada a pagar por algo que no hice, había sido mi destino. Peleé desde los ocho por comida, ropa y derecho a tomar un baño cada dos semanas, recibí golpes y heridas que me llevaron al borde de la muerte, pasé por castigos que me mantuvieron en agonía durante noches enteras y tuve que enfrentarme a mis peores demonios cuando arrebaté vidas con tal de que no me quitaran la mía o la de mis padres.

Claro, muchos podían sentir lástima por eso, pero no me hallaba en Japón por lo que ese sentimiento provocaba, no. Me encontraba ahí porque mis padres dieron la vida para que obtuviera mi libertad; me convertí en una huérfana libre y no estaba dispuesta a que nadie me mirara como ese tipo. Mi cuerpo, en efecto, tenía muchas marcas, toda mi columna vertebral fue tatuada con cortes profundos y luego cauterizada[2] para que jamás se borraran. Mi sangre fue la tinta y una daga, la aguja que me marcó como «Propiedad del Campo de Concentración 666», y odié cuando las vi. Quise quemarme la piel de nuevo para borrarlo, pero Kwan (el tipo que en su momento creí mi príncipe) me enseñó a verlas como mi fortaleza y, desde ese entonces, cada cicatriz que mi cuerpo recibió, fue un tatuaje de resistencia. Así que, no, nadie tenía por qué observarme con lástima; era una sobreviviente, de las pocas que lograba escapar de aquel infierno.

—Maokko me informa que está siendo un poco difícil para ella tratar de entenderte y que te abras con tus sentimientos —comunicó un rato después la mujer llamada Isabella.

—No tengo sentimientos, no sé por qué espera que abra lo que no poseo.

Tanto ella, Maokko y su novio se encontraban conmigo en una oficina; así le llamaron todos.

—Cuando asesinaron a Akiko frente a tus ojos no sentiste felicidad. Aunque si dices que no posees sentimientos, imagino que en realidad te dio lo mismo —enfatizó y apreté los puños con fuerza.

¿Quién mierda se creía esa tipa? Y que llamaran a mi madre por su nombre real fue un golpe crudo, ya que tuvo que usar uno falso que de nada le sirvió, porque al final descubrieron que había sido una intrusa en un país cruel.

—La familia es debilidad, lo aprendí desde que tengo uso de razón; y el amor es la forma

más estúpida de suicidarte —escupí llena de furia al recordar que por eso mis padres se condenaron y me condenaron a mí también—, pero te aconsejo que no intuyas lo que sentí cuando violaron y asesinaron a mi madre frente a mis malditos ojos —bramé entre dientes. Ella sonrió levemente con mi respuesta—. Maokko puede tener mi sangre, pero no la considero familia, ya que se supone que la familia está cuando más lo necesitas y ella no estuvo en el momento que más requerí su ayuda —confesé lo que me venía tragando desde que se cruzó conmigo en China.

—Está cuando más la necesitas —enfatizó la mujer de cabello café dorado frente a mí.

—Perdiste a tu madre, pero yo también perdí a mi hermana —habló Maokko—. Y si no sabes, no hables, Sadashi. Las busqué durante años, sin embargo, meterme en Corea del Norte era ir derecha a la boca del lobo y, si me atrapaban, nadie más las sacaría de ese infierno; y, sí, puede que tus padres murieran, no obstante, sabían los riesgos, e incluso así los tomaron. Tuve que conformarme con salvarte a ti y perder a mi hermana. La decisión no fue fácil, pero tu madre así lo quiso.

Me mordí la lengua para no decir nada. Conocí a mi madre a la perfección y era consciente de que ella decidió que yo viviera por encima de su propia vida.

—Está claro que no estás preparada para vivir con Maokko, y ella tampoco para lidiar contigo y el duelo que atraviesa por la muerte de Akiko, así que hemos tomado la decisión de que te quedes un tiempo aquí, en el monasterio —informó Isa—. Te tomaré bajo mi tutoría y te enseñaré a pulir tus destrezas, pero, sobre todo, te enseñaré a respetar y a que veas a tu familia como una fortaleza. Dentro de tres semanas nos mudaremos a Italia y allí estudiarás y te convertirás en lo que debiste ser desde un principio.

—Puedo decidir por mí —mascullé.

No sabía si Italia era una ciudad más de Japón, aunque el nombre sonaba raro. Mis conocimientos se basaban en Corea del Norte y su dictadura.

—No, no puedes. Maokko es tu tutora legal y ella me ha cedido tus derechos; así que, si dices no tener sentimientos, pues que te importe un carajo lo que haremos contigo de aquí en adelante.

—¡Eres una dictadora de mierda más! ¡Y ya estoy harta de que me quieran gobernar la vida! He probado la libertad y libre me voy a quedar —aseguré.

Isabella sonrió con malicia.

—Caleb te enseñará tu nueva habitación y se te proveerá de ropa adecuada para estar aquí. Desde mañana a las cuatro de la madrugada comenzaremos con tu entrenamiento y nueva vida. Esta dictadora de mierda te mostrará lo que es la libertad y el respeto cuando te lo ganes. —Negué, estaba estúpida si creía que me iba a someter—. Y te aconsejo que no intentes escapar, porque las personas que viven aquí pueden llegar a ser peores que los soldados que te custodiaban antes y tienen órdenes de darte unos azotes si te portas mal.

Vi a varios tipos llegar, había mujeres también. Caleb, el rubio, estaba incluido en ese grupo de personas y me sacaron de la oficina en la que estábamos. Pensé en demostrarle a Maokko e Isabella lo mucho que se equivocaron conmigo. Las odié a las dos por darme órdenes, por querer quitarme lo que yo creí que era la libertad, pero con el paso de los días en aquel templo, y después en un país llamado Italia, descubrí lo que me estaba perdiendo con mi actitud altanera.

Con el tiempo respeté a mi Sensei (Isabella Pride White) y entendí a tía Maokko, mi única familia de sangre. Conocí a Grigori y La Orden del Silencio, organizaciones anticriminales a nivel mundial que pronto se convirtieron en mi nuevo hogar; estudié nuevos idiomas y por fin llegué a entender lo que Marcus y los demás hablaban; incluso me gané la confianza de personas

que me brindaron su ayuda sin pedir nada a cambio, lo hicieron solo por el simple gusto de verme convertida en una buena mujer.

También cursé mis estudios básicos en línea, ya que, a pesar de todo, no lograba confiar en nuevas personas que estuvieran a mi alrededor; supongo que había cosas que no cambiaban. Y, con los años, llegué a obtener un puesto muy importante en La Orden del Silencio, hasta que aquella misión llegó y mi pasado me encontró.

Una vez más, Kwan Jeong, el chico que consideré mi mejor amigo y mi primer amor, me hizo caer hasta lo más bajo.

Traición

[Capítulo 2]

{Sadashi}

Tiempo atrás…

Estaba a punto de atraparlo, habíamos dado el golpe más grande en La Orden y me sentía orgullosa de que todo se logró bajo mi organización y mando. Mi Sensei me miró con orgullo antes de salir del templo; habían pasado seis años desde que logré resurgir del infierno y me convertí en todo lo que una vez quise y más.

No solo me preparé de forma académica, también me convertí en la mejor de mi generación y pronto me incorporé a Grigori, ostentando el cargo de contralmirante en ambas organizaciones; a mi edad, era un suceso casi único, puesto que quienes lograban ese galardón era porque sus superiores formaban parte de su familia.

Yo, en cambio, comencé como soldado a los dieciocho, y a mis veintiuno ya me daba el lujo de tener bajo mi mando a un pequeño escuadrón. Todo se lo debía a mi Sensei, a tía Maokko y al hombre que por un corto tiempo fue mi amor platónico: Elijah Pride.

Tenía diecisiete cuando me fijé en él como hombre y no como mi segundo jefe o el esposo de mi Sensei, sucedió cuando se tomó la molestia de enseñarme todo lo que sabía en armas; el hombre poseía la dureza y frialdad que una mujer con sueños de princesa quería en su príncipe, o la que una guerrera esperaba de su compañero de batallas. Y fui víctima de muchas burlas cuando tía Maokko se enteró de mi enamoramiento, incluso se atrevió a confesárselo a Isabella.

¡Joder! Fue el peor momento de mi vida.

Jamás pensé en hacerle saber a nadie lo que me pasaba con mi maestro, él ni siquiera me dio motivos o me vio como no debía para alimentar lo que sentía. ¡Mierda! No veía a nadie que no fuera su mujer con lascivia, así que lo llegué a respetar y admirar demasiado.

Por suerte, Isabella se tomó mi locura como un halago y en ningún momento cambió su forma de ser conmigo después de saber tal cosa, pero perdí a mi maestro por culpa de la indiscreción de tía Maokko y estuve molesta con ella, y sin hablarle, por alrededor de un mes.

El señor Elijah tuvo que alejarse de mí, según él, para que yo no siguiera con la confusión.

Recordar el tiempo después de eso todavía me hacía sonrojar, puesto que a él tampoco le hablé por una buena temporada, ni siquiera era capaz de mirarlo a la cara.

—Shi, es hora —avisó mi compañero, sacándome de mis pensamientos.

Shi significaba muerte, y me gané ese apodo a pulso.

La primera vez que asesiné para La Orden del Silencio fue con mis jefes presentes y todos se sorprendieron al ver que lo ejecuté de forma limpia y sin ningún remordimiento. Mi Sensei se sintió mal porque creyó que tendría pesadillas esa noche tras lo que hice, sin embargo, estaba segura de que fue ella quien terminó soñando feo después de que le confesé que maté por primera vez en mi vida cuando tenía diez, y todo por un plato de arroz. Mamá había estado enferma por falta de comida y si yo no ganaba aquella pelea, ella hubiese muerto antes de salir de aquel campo.

«Me gusta esa chica», dijo esa vez el señor Elijah Pride; menos mal que mi locura por él mermó y sus palabras ya no me provocaron esas horribles cosquillas en el vientre.

—No dejen vivo a nadie, mataremos a todos. Es una orden —informé a mi compañero cuando volví a la realidad, y a todos los que me escuchaban por los intercomunicadores.

Avanzamos con sigilo hacia nuestro objetivo: una banda de mafiosos chinos que llegaron a Tokio en busca de proveedores de mujeres para explotarlas sexualmente. Esas cucarachas eran las que más disfrutaba al aplastar, sobre todo si imaginaba que eran los mismos que me sacaron del campo de concentración junto a mamá.

Por supuesto, ellos estaban preparados, y nada fue fácil, el tipo que ellos cuidaban y que se apodaba Escorpión era mi más grande objetivo, ya que los rumores decían que era el quinto en la línea de sucesión para liderar a la mafia a la cual pertenecían.

Los trajes que usábamos eran negros y llevábamos amarrado un lazo rojo en nuestro brazo izquierdo para reconocernos. Mi rostro estaba cubierto por una bandana del mismo color que mi ropa y mi cabeza la cubría el gorro de mi chaqueta. Una katana y una *glock* con silenciador fueron mis armas y fui la primera en atacar; corté el cuello del primer tipo y disparé a la frente del segundo. Esas pequeñas guerras eran las que me daban vida y años atrás me convencí de que esa parte de mí, que desarrollé en la niñez, no iba a poder cambiarla.

Nací para asesinar, para sobrevivir por encima de quien fuera.

—*¡Mierda! Uno logró alertar a los demás, debemos darnos prisa* —avisó Lupo por el intercomunicador.

Él siempre se encargaba de la comunicación y la tecnología, pero también era muy bueno para pelear y esa noche decidió unírsenos en la acción; estaba dos puestos debajo de mí en cuanto a rango, pero nos llevábamos muy bien, incluso tuvimos nuestros encuentros sexuales en su momento. No obstante, el cabrón tenía más fidelidad y pasión por las organizaciones a las que servíamos que por las relaciones personales.

Todos nos pusimos alerta al escuchar lo que dijo y nos deshicimos con más rapidez de los idiotas que querían truncar nuestros planes. Cuando logramos llegar hasta donde se suponía que estaba el hombre que buscábamos, ya estaba huyendo, y un séquito de sus seguidores y guardaespaldas se quedó para cubrirlo.

No obstante, me fui detrás de él mientras mi equipo me cubría; lo alcancé justo cuando llegó al enorme muro que protegía la mansión en la que nos encontrábamos, entonces le lancé un *shuriken* de los que tenía en la cintura, pero el maldito tenía buenos reflejos y logró esquivarlo.

Casi me provocó admiración ver cómo se impulsó con los pies en la pared de piedra delante de él y, con un salto mortal, quedó frente a mí en posición de combate. También usaba protección en el rostro, por eso seguía siendo un misterio para nosotros; sin perder el tiempo, me fui en su contra y nos metimos en una lucha en la que nuestros *Kiai*[3] eran la melodía que marcaba cada golpe que ejecutábamos uno contra el otro. El tipo era muy bueno, incluso algunos movimientos fueron demasiados parecidos a los míos, al estilo con el que aprendí a pelear años atrás en aquel infierno.

Era muy alto y su cuerpo, aunque delgado, se notaba musculado. Sus ágiles movimientos me aseguraban que no me estaba enfrentando a cualquier pelele.

—Al fin me envían a una verdadera contrincante —celebró en japonés y cerca de mi oído en cuanto pudo empotrarme a una pared. Mi mejilla derecha se presionaba al muro con brusquedad y grité de dolor cuando retorció el brazo que tenía hacia mi espalda.

No era la primera vez que las organizaciones iban tras de él, pero sí la única en la que lográbamos acorralarlo hasta el punto de atraparlo; muchos de mis compañeros murieron en sus manos, ya que el maldito era sádico y no dejaba a nadie vivo. El señor Elijah era el más interesado en pillarlo, ansiaba tener el culo de ese imbécil para poder torturarlo y hacerle pagar por sus crímenes y las vidas de nuestros compañeros, y yo quería dárselo.

Así que, haciendo uso de mis nuevos conocimientos, logré zafarme de su agarre y, al notarlo

desprevenido por mi agilidad, aproveché para sacarle el gorro pasamontaña que cubría su identidad. Me quedé estúpida al verlo y él lo notó, ya que sonrió de lado.

—Admito que me sorprende mucho que sea una chica quien haya logrado verme —confesó.

Di un paso hacia atrás sin poder creer quién tenía frente a mí. La sangre se me congeló, mi cerebro dejó de dar órdenes y mis pulmones dejaron de funcionar; mi corazón fue el único que siguió con su trabajo, aunque desbocado por todo lo que estaba sintiendo.

De pronto me vi envuelta en el pasado.

—¿¡Por qué, Kwan!? —grité con todas mis fuerzas.

Los soldados nos encontraron justo en la barrera por la que pretendíamos escapar, fue solo unos meses antes de que nos sacaran con mi madre. Ese chico se convirtió en mi amigo cuando solo tenía diez años y él once, a los catorce nos enamoramos y nos convertimos en novios y me entregué a él cuando cumplí quince; estaba loca y perdidamente enamorada. El maldito me profesaba lo mismo, pero me traicionó de la peor manera a la primera que pudo.

—Es por sobrevivir, y soy un superviviente. —Fue su maldita respuesta.

Los soldados se lo llevaron sin ser bruscos con él, lo trataron como a uno más mientras que a mí me comenzaron a golpear como si hubiese sido un hombre. Lloré mientras veía la espalda de aquel chico flacucho alejándose de mí, gemí y grité de dolor, pero en ningún momento se giró para verme, para ayudarme.

Había sido muy lindo conmigo esa noche y me trató con una delicadeza a la que no estaba acostumbrada; tuve miedo cuando me propuso ir cerca de la barrera, hacia un escondite que nadie conocía, aunque él estuvo muy tranquilo, muy seguro de que ningún custodio nos descubriría, de que ninguno nos interrumpiría.

Tras tener nuestra primera vez dijo que todo estaba muy pacífico y me convenció de que escapáramos, alegando que era nuestra única oportunidad; pensé en mis padres, pero él aseguró que estarían felices de que lográramos irnos de ese infierno. Fui egoísta por su culpa, por los sueños que me prometió de una vida juntos, felices y libres. No obstante, cuando nos descubrieron, se defendió diciendo que todo fue mi plan, que yo lo convencí; casi me mataron de la golpiza que me dieron como castigo.

No supe más de él desde aquel día, y por dos semanas fui obligada a combatir con las manos y pies esposados. La cadena que me apresaba apenas me dejaba dar dos pasos seguidos y mis padres no pudieron defenderme, solo me observaron con dolor, amarrados de unos gruesos barrotes de madera.

—¿¡Jiyu!? —Su voz me extrajo de mis pensamientos, ni siquiera me enteré cuando me sacó el paño que me cubría.

Escuchar el nombre por el que fui llamada en aquel campo me estremeció como nunca.

Ya me había acostumbrado al nombre con el que me bautizó mi madre al ser libres y le juré a su recuerdo que me olvidaría de aquel pasado que por poco nos consumió la vida, por lo que no quería que nadie me llamara más así, pues hacía revivir mis vivencias, y no estaba para eso. Y menos por él, el hombre que durante mucho tiempo fue solo Escorpión para las asociaciones que nos hallábamos detrás de su culo y que descubrí que estaba más ligado a mí de lo que pensaba.

Kwan ya no era aquel chico desnutrido que conocí años atrás, la vida lo había tratado muy bien; estaba igual de sorprendido al verme y, a pesar de que ambos habíamos cambiado en demasía, nos reconocimos al instante de vernos a la cara.

—¡Mierda! Eres tú —exclamó en coreano.

Logré sacar un arma adicional que usaba en mi espalda y lo apunté cuando quiso acercarse.

—La misma a la que dejaste tirada a su suerte hace seis años —escupí con resentimiento.

Él alzó ambas manos, sorprendido por mi acción.

—Aunque no lo creas, me dolió, pero sabes bien que fuimos entrenados para sobrevivir. Hubieras hecho lo mismo en mi lugar.

—No, me hubiera entregado con tal de salvarte —aseguré y sus ojos se abrieron de más.

Iba a decir algo más, pero mis compañeros llegaron y le lanzaron más *shurikens*. Esa vez sí lo hirieron y su rostro se deformó de dolor, mas no dejó de observarme. En ese instante, el odio, dolor, curiosidad y añoranza se mezclaron en mi interior, ese tipo fue parte de mis sueños y estuvo en muchos de mis malos momentos, así fue como cometí la mayor estupidez, después de entregarme a él.

—Golpea mis manos, coge el arma y amenázame con ella. Solo así escaparás —demandé en lo bajo.

Sus ojos se abrieron con sorpresa, aunque no tardó en hacer lo que le dije, amenazó con volarme los sesos si no lo dejaban ir. Mis compañeros temieron por lo que podía pasarme, formaban parte del escuadrón a mi cargo y eran capaces de dar la vida por mí. Bajaron sus armas al ver que hablaba en serio, Kwan caminó conmigo como su as bajo la manga, hasta que llegó a un pequeño bosque cerca de la mansión, un lugar seguro donde podía escapar.

—Si te vuelvo a ver, hablaremos de verdad —susurró en mi oído antes de marcharse.

Me empujó hacia adelante y casi caí de bruces. Cuando volví a ver hacia atrás ya no estaba, había conseguido desaparecer como si hubiese sido capaz de moverse con la rapidez del aire. Mi corazón seguía acelerado por aquel encuentro y mi cerebro comenzó a aclararse, haciéndome maldecir por lo que hice.

—Te creía más inteligente, Shi. —Busqué con la mirada la voz de Lupo, que apareció de entre las sombras.

Él no formaba parte de mi escuadrón, había llegado como apoyo al mío junto con su contraalmirante. Me tensé al verlo tan serio, me hablaba en inglés, aunque su acento italiano era muy marcado.

—Ya sabes qué hacer, Lupo —vocalizó Cameron, su jefe, mi compañero.

Todos me rodearon, Grigoris y Sigilosos (como éramos reconocidos los de La Orden), incluido mi escuadrón. Y mi corazón se oprimió con dolor.

—*No apagaste el intercomunicador cuando le pediste a ese hijo de puta que te usara como un puto escudo. Pensé que eras bella e inteligente, pero acabo de descubrir que solo eres lo primero.* —Tenía conocimientos básicos de italiano, así que entendí lo que Lupo me dijo, y me dolió tanto, que una lágrima escapó de mis ojos.

Tenía razón, ver a Kwan me volvió muy estúpida.

—*Y ni siquiera puedo ayudarte, pues no te escuché solo yo. Mi dispiace, tesoro* —aseguró y moví la cabeza de acuerdo con él.

Hizo un asentimiento para que me apresaran y no me opuse, Lupo solo hacía su trabajo, lo que yo hubiera hecho es su lugar.

Cuando llegamos al templo fui acusada de traición. Mi Sensei no podía creer tal cosa y el señor Elijah me miraba decepcionado; tía Maokko me preguntaba las razones que tuve para hacer lo que hice, mas solo me quedé callada. Me dejé ganar por los recuerdos del pasado y lo peor fue que olvidé los malos, permití que el autor de las muertes de mis compañeros escapara, mismos que debían ser vengados, pero preferí salvar a un traidor y me convertí en lo mismo.

—¡La traición se paga con muerte! —gritó el señor Elijah y brinqué en mi lugar.

El rostro de tía Maokko solo mostró preocupación, igual que el de mi Sensei.

—Y lo sé, sabes que sí —alegó la mujer que en un principio odié y que en ese instante intentaba abogar por mí—. También eran mis compañeros, mi gente, la que murió en manos de ese malnacido, pero en mi interior algo me dice que Sadashi no hizo lo que hizo solo por jodernos.

—¡Pues manda a la mierda a ese *algo* que te grita en tu interior, porque no daré mi brazo a torcer! —Él me miró y sentí que me congeló con esos ojos que parecían una verdadera tormenta. Nunca lo había visto tan molesto—. Me fallaste como jamás debiste hacerlo. —Pasó por mi lado tras decir eso, rozó mi hombro y me hizo retroceder con brusquedad.

Mi Sensei lo siguió, y ni siquiera me miró; a pesar de que intentaba salvarme la vida, sabía que estaba decepcionada. Irónico que al salir esa tarde del templo me mirase con orgullo y al volver con disgusto.

Tía Maokko fue a abrazarme. Tenía las manos esposadas hacia atrás y también me apresaron los pies. El escuadrón de los Oscuros (al que Marcus pertenecía), el más fiel a Elijah Pride, me custodiaba y esperaba mi muerte; era consciente de que lo que hice lo iba a pagar de esa manera, sabía demasiado y dejarme libre no era opción para nadie, ya que, si no me mataba La Orden o Grigori, el gobierno se encargaría de hacerlo, de una u otra manera estaba perdida.

Me encerraron en una celda por dos días. Lupo fue a verme y se siguió disculpando por no haberme ayudado; el tipo guapo y duro estaba perdiendo su fachada y me mostró a un sentimental empedernido, ya que presentía mi muerte. Le dejé claro que es lo que debía hacer y procedió tal cual yo lo hubiese hecho.

Hacía un tiempo que nuestras aventuras acabaron, aunque esa noche en la celda me permití ser tocada por un hombre una última vez; el sexo era una de las pocas cosas buenas que la libertad me dio y quería llevarme aquel recuerdo. Lupo siempre fue un buen amante, así que era el indicado para aquello.

Pero cuando me enfrenté a mi juicio final, me llevé la sorpresa de que me dejarían vivir; llevaron mi caso a votación con la élite de mi Sensei (a la cual tía Maokko pertenecía), los Oscuros y Grigoris, además de los líderes de ambas organizaciones, y la mayoría optó por darme una oportunidad. Aunque por un momento preferí la muerte, lo hice en cuanto se me comunicó que estaría fuera de servicio por un buen tiempo, puesto que nadie confiaba ni en que volviera a ser un soldado; el señor Elijah no obtuvo lo que deseaba, sin embargo, se aseguró de quitarme la vida de una manera diferente, de una forma muy cruel, y él lo sabía.

—De corazón, siento mucho haberle fallado —susurré. Ya no era una prisionera y pude acercarme a él. De verdad, no lo juzgaba por querer mi muerte, ni por el castigo que estaba dándome.

—Espero que algún día me digas la razón por la que lo hiciste, porque ahora mismo no puedo entenderte, y si te han dado esta oportunidad es solo porque Isabella te ve como a una hija. —No quise mirarle a los ojos cuando me dijo eso.

No iba a decirle que aquel tipo al que dejé escapar fue mi amor, el dueño de lo más valioso que me dejaron conservar en aquel campo y quien peor me traicionó; por esa razón comprendía la actitud del señor Elijah, nada dolía más que la traición de una persona en la que habías depositado toda tu confianza.

A partir de ahí pasé el tiempo sirviendo en las organizaciones como una conserje más y seguí bajo la vigilancia de aquellos que un día recibieron mis órdenes. A veces me permitía llorar, cuando me cansaba de ser fuerte, pero estaba decidida a volver a ascender, me propuse ganarme de nuevo la confianza de mis jefes y me mentalicé en que esa caída debía de servirme como un gran impulso, una vez más, hacia arriba.

Y lo logré, pues al año conseguí que se me considerara ser parte de los soldados, aunque mi Sensei tenía otros planes para mí, unos que no me agradaban, mas no iba a decepcionarla de nuevo.

—Sé que no es lo que esperabas, pero eres la única a la que podría confiarle tal cosa. Tengo a otros de tus compañeros destinados para la misma misión, uno para cada chico y chica. —Estábamos instalados de nuevo en Italia e Isabella me daba todos los detalles sobre lo que pretendía que hiciera.

—Soy más de peleas, de estrategias, de acción. No creo que ser guardaespaldas se me dé bien. —Me rasqué la cabeza, un tanto frustrada, y traté de tener mucho tacto.

No conocía a los hijos de mis jefes, tampoco a sus sobrinos. Esos chicos eran como de oro y los mantenían siempre al margen de todo, pero las corazonadas de aquellos líderes no eran por gusto y estaban viendo cosas que no les agradaban, por lo mismo, iban a optar por ponerles seguridad personal.

—Si no quieres, lo entenderé. Buscaré a alguien más capacitado para esto.

En ese momento me rasqué la frente, me estaba poniendo muy nerviosa. Si aceptaba cuidar a uno de sus hijos, iba a tener que mudarme a Estados Unidos. Ella y su familia se encontraban en Italia por el cumpleaños de su sobrina; mudarme no me suponía ningún problema, puesto que ya me había acostumbrado a ir de allá para acá debido a las misiones que ejecuté en diferentes países, pero ser niñera era otro rollo, uno en el que nunca pensé meterme.

—¿Qué pasará conmigo si decido no ser guardaespaldas? —me atreví a preguntar.

Como siempre, mi Sensei fue directa.

—Seguirás aquí. En realidad, no hemos pensado en incorporarte a ninguna misión.

«¡Mierda!», espeté en mi mente.

Me estaba oxidando por estar tan quieta, y sentí mucha frustración al comprender que aún no me quitarían el castigo impuesto y cuidar el culo de cualquiera de aquellos niños pijos solo era parte de este. La diferencia estaba en que podría salir, ir a donde quiera que ellos fueran.

Iba a hablar, a decirle mi decisión, pero alzó la mano para que esperara, ya que recibió una llamada. En el escritorio tenía tres archivos con información de las personas a las cuales se cuidarían; se puso muy contenta cuando su esposo le dijo algo y guardó dos archivos, después se despidió de él y me animó a decirle lo que antes no pude.

—Supongo que ya no puedo escoger a quien cuidaré. —Señalé con la barbilla el único documento que estaba frente a ella y sonrió al saber que le daba un sí.

—Elijah acaba de escoger a un par de Grigoris para esas tareas y han elegido a estos dos, lo siento. —No tenía por qué hacerlo.

—No se preocupe, me limitaré a hacer mi trabajo con quien sea, y prometo que esta vez no la defraudaré —aseguré y ella asintió. Me tendió el archivo y lo tomé para después ponerme de pie y marcharme, pero antes de lograrlo, ella habló.

—He respetado tu silencio y lo seguiré haciendo, aunque espero que algún día me digas por qué dejaste ir a Escorpión. —Me tensé al escucharla, pero continué mi camino sin responder nada. Pasaba el tiempo y sentía que jamás estaría preparada para hablar de aquel tipo.

Llamé a Lupo y le pedí que me informara todo lo que sabía de Aiden Pride White (el chico que la suerte decidió para que cuidara), puesto que había formado parte de su seguridad y la de sus hermanos cuando los cuidaron en grupos. Curioso, extrovertido y donjuán fueron las tres palabras con las que mejor lo describió y al siguiente día que tomé mi cargo de forma oficial en Florencia, entendí muy bien por qué.

Vaya que la curiosidad de ese tipo era tan grande como para querer saber qué se sentía follar

a su prima y tuve que presenciarlo de primera mano. Al parecer la vida no me quería poner las cosas fáciles.

Como tonta, imaginé que esos chicos serían pijos sin gracia alguna, olvidé los genes que poseían y me di en la cara al comprobar que no solo eran guapos y bien dotados (al menos el que me tocó cuidar poseía un arma de alto calibre), sino que también les encantaba *meterse* donde no debían.

Mis órdenes fueron informar cada uno de sus pasos, cada persona que se les acercaba, aunque mi intelecto me decía que la escena que estaba viendo era mejor mantenerla en secreto, al menos hasta donde pudiese, ya que, ¿cómo demonios iba a decirles a mis jefes que su hijo follaba con la sobrina de estos? Una que, hasta donde sabía, mi Sensei y su marido veían también como a una hija.

Maldita sea.

—*¿Qué tal se está portando Aiden?* —preguntó mi Sensei en una llamada de rutina.

Me debatí entre decirle *muy bien* o *muy mal* justo cuando él estaba penetrando a su prima como si la vida se le fuera a ir en ello.

—Pues curioso sí es, eh —admití y la escuché reír—. Digamos que de momento se está portando como supongo que es su forma de ser.

—*Gracias por aceptar cuidarlo, me has salvado la vida.* —Su tono de voz demostraba el agradecimiento.

Me despedí sin responder, puesto que intuí que le estaba salvando la vida a ella, pero me arriesgaba a perder la mía. «¿En qué mierda me metí?», me cuestioné y cerré los ojos para no seguir presenciando tremendo porno en vivo.

Con el tiempo comprobé que me había metido en una buena mierda al cuidar el culo de aquel *niño bonito*.

Acercamiento

[Capítulo 3]

{Sadashi}

Tiempo actual…

Un año atrás, cuando tuve la brillante idea de aceptar ser guardaespaldas de Aiden Pride White, jamás imaginé que me metería en el mayor problema de mi vida. Dormir se había convertido en una ilusión para mí, mi cabello se estaba cayendo más de la cuenta y mis nervios se mantenían a flor de piel todo el tiempo; era flaca, pero para ese momento ya pesaba, al menos, diez libras menos.

¡Joder! Ese chico necesitaba desacelerar un poco y un buen examen médico con ese ritmo tan desinhibido que llevaba. Estaba harta de investigar mujeres, tener sexo dejó de parecerme placentero después de verlo follar casi cada puto día de su vida y pensar en viajar ya me provocaba dolor de cabeza tras tener que hacerlo todos los fines de semana, puesto que, si Aiden no iba a California a visitar a su hermano, iba a casa de sus padres en Richmond, Virginia, una ciudad a poco más de dos horas y media de distancia con Virginia Beach, donde él vivía junto a Dasher Black (su primo) y Lane Morgan, su mejor amigo.

Por momentos añoraba la tranquilidad de Italia y mis días como conserje metida solo en el centro de operaciones de Grigori y La Orden.

—¡Arriba, Shi! Tu siesta ha acabado. —Me levanté de mi lugar como si me hubiesen prendido fuego en el culo.

Un compañero me había estado relevando en las cámaras esa mañana, ya que llegué a la furgoneta de vigilancia que se convirtió en mi habitación a las cuatro de la madrugada; hora en la que, a la *reverenda alteza*, se le dio la gana de volver de su ya típica fiesta. Si se graduaba ese año, en verdad me iba a sorprender muchísimo, pues esos chicos tenían de fiesteros lo que yo de asesina.

—No me digas que ese cabrón se ha levantado ya —sollocé. Mi compañero sonrió, entre divertido y empático.

—Al parecer recibió una llamada de su padre y se dirige hacia Richmond.

—¡Dios! —grité y me cubrí el rostro con las manos.

No era de llorar, pero en ese momento quise hacerlo con todas mis fuerzas.

Tiempo atrás sus padres descubrieron la aventura que tuvo con su prima, Leah D’angelo Black, y el señor Pride casi lo colgó de las bolas. Mi Sensei hubiese hecho lo mismo, pero se enteró de ello un día antes de que los Vigilantes (los enemigos acérrimos de Grigori y La Orden) consiguieron hacer un buen movimiento en nuestro juego de poderes y lo secuestraron utilizando como carnada a Yuliya Sellers (una chica con la que Aiden estuvo saliendo), quien resultó estar emparentada con el actual líder de esa mafia, y eso lo salvó de otra regañiza.

Cambió un poco tras aquel suceso, de hecho, me llegué a sentir en la gloria cuando por fin pude dormir, comer, bañarme y hacer todo lo mío tal cual una persona normal, ya que Aiden se comportó como un chico renovado durante varias semanas; y suponía que se debió a que en el secuestro Yuliya fue asesinada, estando embarazada, y eso lo afectó más de lo que todos imaginamos. No obstante, el descanso no duró mucho.

En aquellos días el estrés me hizo cometer varios errores, como, por ejemplo, en un arranque de desesperación, cambié de lugar con el guardaespaldas de Daemon, el hermano gemelo de

Aiden, alias mi mayor pesadilla, y eso por poco me llevó a la muerte, puesto que el chico descubrió que lo seguía y me tendió una emboscada. Aunque admitía que aquella pelea en la que nos metimos fue como un respiro de aire fresco para mí.

Quise quedarme como su guardaespaldas a pesar de nuestro choque, pero mi Sensei no lo permitió, alegando que, así yo fuese lista, fuerte, ágil e inteligente, Daemon necesitaba que lo cuidara un hombre debido a la bipolaridad que padecía desde niño y lo cual lo volvía una persona inestable con ciertos episodios que experimentaba. Por esa razón, no me quedó más remedio que seguir vigilando al sátiro de los Pride White.

Meses después me dejé ver por Aiden y casi descubrió mis motivos para estar cerca de él, aunque en ese momento su actitud de donjuán me jugó a favor y me ayudó a despistarlo. Lo único bueno de esos días fue que tuve acción de verdad debido a que los Vigilantes siguieron intentando derrocar a mis jefes al atacar a sus hijos y, podía parecer egoísta, pero me sentí viva al volver por un tiempo a mi zona de confort, mi verdadera naturaleza.

—Al menos allá tendré un poco de descanso —me consolé. Estar en la mansión de mis jefes significaba respiro y libertad.

Los Pride White estaban siendo como lobos hambrientos y sedientos, aunque también inteligentes, luego de que sus más grandes enemigos consiguieron dañar a Daemon, utilizando a su favor la bipolaridad para llevarlo a un estado deplorable en el que el chico estuvo a nada de quitarse la vida por cuenta propia. Y admito que Aiden demostró ser digno hijo de mis jefes cuando decidió inmiscuirse en la asociación para vengar a Yuliya, y se volvió un maniático asesino por su hermano gemelo en cuanto lo vio en peligro.

Aunque el hecho de que Daemon decidiera mudarse a California después de haberse sometido a una electroconvulsión para salir del pozo oscuro al que lo indujeron los Vigilantes, afectó a Aiden más de lo que él aceptaba y demostraba. Luego de eso fue que el niño bonito volvió a buscar las fiestas y agregó más mujeres a su largo repertorio.

—Dime —respondí a Caleb cuando mi móvil sonó con su llamada.

—*Deja que Aiden continúe su camino, Lupo va a cubrirte con él. Tú dirígete a la dirección que estoy enviando a tu GPS y prepárate, Shi. LuzBel necesita a la hija de puta.* —Esas palabras activaron la adrenalina en mi interior y sonreí.

—¿Puedo saber para qué debo prepararme?

—*Abby huyó después de una pelea con él. La seguimos hasta la casa de una amiga suya, pero hemos descubierto que, más que amiga, es una hipócrita oportunista y, al parecer, le tendió una trampa.* —Miré la pantalla del coche y vi mi nueva dirección.

Ya estaba en Richmond y para mi nuevo destino solo me quedaban diez minutos.

—Soy como una vampiresa en abstinencia, así que después de estos días tan estresantes, al menos espero obtener un poco de sangre.

—*Tal vez tengas suerte* —respondió y cortó la llamada.

Aceleré el coche más de lo debido y llegué antes de lo previsto a una zona boscosa y alejada del bullicio de la ciudad. Mis compañeros Grigoris me indicaron que entrara de inmediato a la casa y me proporcionaron un intercomunicador, por él me informaron que el guardaespaldas de la hija menor de mis jefes pidió refuerzos al ver que la *amiga* se la llevó para ahí.

La casa estaba protegida por un muro alto y descuidado que impedía la vista hacia ella; todo parecía viejo y abandonado, un lugar perfecto para cometer fechorías. Ahí se encontraban varios tipos y una mujer de unos cuarenta años; ella tenía antecedentes de trata de blancas y Abby parecía demasiado dócil para ir a meterse por su voluntad a una zona como en la que estábamos.

Tuve lista mi arma cuando escuché gritos de pelea y entré en la casa tomando mis

precauciones, por dentro tenía demasiados lujos en comparación a cómo se veía por fuera.

—¡No dejen escapar a nadie! —Aquel grito casi jodió mi tímpano.

Había tipos jóvenes, pero en su mayoría eran mayores; más Grigoris estaban dentro y se encargaron de todos aquellos que quisieron salir; subí los escalones y llegué a la habitación donde vi más ajetreo y mis ojos se desorbitaron ante lo que presencié.

¡Puta mierda! El infierno iba a desatarse en ese lugar. Abby lloraba y su ropa estaba rota, en el rostro tenía algunos golpes y su cabello se encontraba alborotado; aun así, se notaba que no estaba en sus cinco.

—¿¡Te atreviste a violar a mi hija!? —preguntó el señor Pride a un viejo frente a él.

—¡No le hice nada, te lo juro! —respondió aquella mierda, fingiendo temor y arrepentimiento. Se quejaba de dolor y se tomaba el brazo izquierdo.

—No me hizo nada, papá. No pudo —aseguró Abby—, pero lo intentó.

Guardé la *glock* en mi cinturón y en su lugar saqué una daga.

—Me siento mal. Creo que Dani me drogó cuando llegué a su casa, aun así, pude defenderme de este imbécil que quiso tocarme, pero el cobarde llamó a sus amigos cuando vio que no podía conmigo. Entre todos me doblegaron y casi logran su objetivo, si no hubieses llegado.

—Cameron, saca a Abby de aquí —ordenó el señor Pride con voz gélida luego de escuchar la confesión de su nena.

—¿Papi? —lo llamó. Él ni siquiera volvió a verla, tenía la mirada fija en aquel pobre imbécil que hasta ese día iba a vivir.

—Sal de aquí, nena. Me reuniré contigo pronto. —Su voz no daba pie a una alegación más y la chica obedeció de inmediato, yéndose con Cameron—. Traigan a los demás a esta habitación —le pidió a los mellizos Owen y Lewis cuando su hija ya no estaba.

Crujió el cuello y sus órdenes fueron cumplidas.

—Ya sabes qué hacer, Kishaba. —Me miró y asentí. Él sabía que, cuando de matar se trataba, ahí estaba yo, siempre dispuesta y encantada de hacer mi trabajo.

Exactamente igual a su élite de Oscuros, ya que la pareja conformada por Lilith y Belial sonrieron como sádicos sedientos por lo que las palabras de nuestro jefe hacia mí significaban. Owen y Lewis llegaron arrastrando a otros hombres que creyeron que se escaparían del infierno que les esperaba y Marcus asintió para mí, asegurándome con ello que todo lo que quisiera hacer en esta ocasión me estaba permitido.

—Este pobre imbécil conocerá las consecuencias de tocarle un solo cabello a la hija del diablo —sentenció LuzBel, como apodaban al demonio en el que se convertía mi jefe, y mi piel se puso chinita.

Pocas veces lo vi actuar como en ese momento y lo admiré un poco más. Sin duda alguna, era mi ejemplo a seguir.

____****____

Llegué a casa de tía Maokko para tomar una larga ducha. Mis mejillas estaban rojas, ya que hacía un día caluroso, y mi piel con algunas salpicaduras de sangre que no pude evitar; mi energía aumentó en un santiamén tras haber estado en aquella casa que se convirtió en un cementerio clandestino y agradecí sentirme un poco más relajada después de haber tenido acción de verdad.

Lupo se estaba haciendo cargo de Aiden. Me mantenía informada cada cierto tiempo, aunque lo ignoré por un buen rato, puesto que no quería saber nada de aquel chico, al menos por tres horas seguidas. ¡Mierda! Ya había comenzado a encontrarlo hasta en la sopa; todo me recordaba a él, y más cuando veía a chicas rubias, quienes, al parecer, eran sus favoritas.

—Sadi, no quiero ser inoportuna, ni joder tu momento de relajación, pero Isa llamó y pide que te presentes esta noche en su casa. —Apreté los ojos con fuerza y hundí la cabeza en el agua de la tina tras escuchar a tía Maokko. Ya intuía que la paz no me duraría tanto tiempo.

Salí de debajo del agua cuando la respiración me comenzó a faltar y me encontré a tía frente a mí, con los brazos cruzados, mirándome con diversión.

—Dijiste que tendría privacidad aquí, por eso dejo la puerta sin llave sin temor a que Marcus entre, pero veo que es contigo mi problema —hablé con falsa diversión.

No me cubrí, ya que no me avergonzaba que me viera desnuda.

—¿Tan mal te tiene Aiden que buscas ahogarte? —ironizó y negué con una media sonrisa—. No me digas que te está quedando grande esa misión. —Esa era Maokko Kishaba, le encantaba chincharme cada vez que podía.

—Ya vete y déjame relajarme un poco más antes de volver a mi misión, una que no me queda grande —repuse y ella se rio de mí.

—Esta noche huirá después de lo que su madre le informe, así que prepárate.

La vi marcharse y me quedé pensando en las razones que tendría para hacer tal cosa, puesto que había dejado de ser tan idiota como para escaparse, sobre todo, después de aprender y conocer los peligros que corría con los enemigos de sus padres cerca. Pero agradecí el sobre aviso de tía Maokko, ya que, en efecto, salió esa noche de su casa, furioso como jamás lo vi en el tiempo que tenía cuidándolo y, por unos segundos, temí que me descubriera detrás de él.

En el pasado vi a su gemelo así de encabronado y descontrolado, pero a él nunca, y me pareció raro; por primera vez, tuve que pedir refuerzos en información para saber a qué me enfrentaba y, mientras lo seguía, llamé a tía para que me explicara un poco.

—Aiden es igual de posesivo que su padre y acaban de informarle que Abby se irá del país. No sabe nada acerca de lo que sucedió con ella, ni lo sabrá debido a lo impulsivo que puede ser, e Isabella no lo quiere más envenenado de lo que ya está. Pero, como ya sabrás, no se tomó a bien que su hermanita se vaya y, sobre todo, cuando piensa que lo hace por un capricho. — Estacioné el coche alejado de donde lo ubiqué, escondido de el de Aiden.

Supe a donde dirigirme y agradecí que esa vez no me lo pusiera difícil.

—¿Se irá por la trampa que le montó esa chica?

—Sus motivos en un principio fueron otros. De hecho, huyó de su casa porque se lo comunicó a su padre y él se negó rotundamente, dejando claro que no cambiaría de opinión, y le advirtió a Isabella que esta vez no lo convencería, ya que su hija no se alejaría de ellos, pero luego de lo que le hicieron y lo que por poco lograron, LuzBel ha cambiado de opinión y cedió por la salud mental de Abby.

Escuché muy atenta a tía y entendí por primera vez a Aiden.

Yo también había notado lo posesivo que era con las chicas de su familia, la manera en la que las cuidaba y cómo intentaba consentirlas cada vez que podía; el cabrón desaparecía siempre que una mujer Pride, Black o White estaba cerca, incluso con tía era todo un caballero, pero llegué a notar algo que a lo mejor solo mi Sensei descubrió y fue por eso que me pidió estar presente esa noche: Aiden se estaba sintiendo solo.

Solo meses atrás tuvo que dejar ir a su hermano, el chico del cual nunca se separó desde que nacieron, y esa noche sentía que también estaba perdiendo a su hermanita, quien, a pesar de que no la veía a diario, sabía que la tenía a un par de horas de distancia, y siempre que ella podía, iba a verlo, o viceversa. Y si algo comprobé durante mi tiempo con él, era que estaba demasiado unido a su familia.

Cuando dejé de hablar con tía Maokko, lo busqué, y no tardé mucho en encontrarlo, pues

sabía el lugar exacto donde estaría; siempre que estaba mal iba al riachuelo que rodeaba la mansión de sus padres, aunque le encantaba el lado ubicado frente a su casa, alejado de ella por kilómetros de agua, pero a la vista de él siempre. El lugar se hallaba cubierto de la carretera por los árboles que formaban un pequeño bosque y cuidado por Silenciosos, que se camuflaban muy bien. Aiden seguía en territorio de su familia, no obstante, sus padres preferían tenerlo vigilado, no importaba dónde.

Se había quitado la camisa, eran las ocho de la noche y el sol todavía seguía alumbrando a pesar de que ya estaba escondido; el tatuaje que tenía en su torso llamaba mucho mi atención, no era la primera vez que lo veía, pero siempre surtía el mismo efecto en mí. El calor mermó un poco para esa hora, aunque se seguía sintiendo humedad en el aire y daban ganas de bañarse en el río.

—¡*Porca troia!*[4] —gritó de pronto en italiano y lanzó la camisa al suelo con furia—. ¡*Cazzo!*[5] ¡*Merda!*[6]

Estaba escondida entre los árboles y mi visión era perfecta. Se puso de rodillas y comenzó a golpear el suelo con una potencia tremenda. Por experiencia propia, sabía que no le dolía, descargaba toda su frustración así, pero no protegía sus manos y las dañaba con la tierra y las pequeñas piedras, y, tal vez en ese momento no lo sentía, aunque al día siguiente no iba a poder moverlas si es que corría con la suerte de no quebrarse algún dedo.

—¡Carajo! —murmuré por lo que iba a hacer.

Sentí un poco de empatía por él y decidí salir de donde estaba. Casi la cagué al hacer semejante estupidez, puesto que, aunque lo hice en silencio, el chico me escuchó y no sé de dónde sacó la daga que me lanzó en un santiamén.

¡Joder! ¿¡Qué mierda tenían con lanzarme dagas!?

Logré tirarme al suelo milésimas antes de que el arma se clavara en mi cabeza. Miré hacia atrás cuando escuché un golpe y vi la daga hundida en un árbol con la mitad de la hoja introducida en él, tras eso puse mi mirada furiosa en Aiden y, cuando me reconoció, sus ojos se desorbitaron. Ojos que, por cierto, estaban rojos y dejaban caer algunas lágrimas.

—¿¡Engreída!? —me llamó y lo fulminé con la mirada.

Él sabía que odiaba ese apodo, lo comprobó en algunos encuentros que tuvimos en el pasado, pero seguía llamándome así.

—Nunca imaginé que un niño bonito supiera usar ese tipo de armas —bufé.

Cogió su camisa de inmediato y se limpió el rostro, tras eso caminó hacia mí cuando ya me estaba poniendo de pie.

—¡Mierda! He cortado un mechón de tu cabello.

Vi mi pelo en el suelo y comencé a tocarme la cabeza, afligida de que se me notara.

—¿¡No te basta con todo lo que ya haces para que se me caiga!?

—¿¡Eh!? —inquirió y negué al darme cuenta de lo que dije y la confusión que le provoqué.

—Dime que no me dejaste calva —siseé y me di la vuelta para que observara la parte trasera de mi cabeza.

—¡Demonios! Engreída, lo siento —soltó, afligido.

Cubrí mi cabeza de inmediato y creí que mis ojos se iban a salir de sus cuencas, mis mejillas se calentaron con vergüenza.

—¡Imbécil! —le grité y, sin pensarlo, lo empujé con fuerza.

Lo tomé desprevenido y trastabilló hacia atrás. Usaba un *jean* negro desgastado que se ajustaba a sus piernas y caía demasiado bajo en sus caderas, sus deportivos ya no eran blancos, sino cafés, por la suciedad del lodo que había pisado, y su tatuaje nunca estuvo tan cerca de mis

ojos como entonces.

—¡Cálmate, mujer! Te estoy jodiendo. —Cogió mis manos cuando iba a darle otro empujón y comenzó a reírse. Odié que lo hiciera e intenté zafarme para darle un puñetazo, sin embargo, ejerció más fuerza en su agarre—. Solo corté un mechón. Se ve la diferencia, pero no estás calva. Cálmate ¡joder! —insistió, ya que me seguía retorciendo.

—¡Eres un idiota, pudiste haberme asesinado! Y suéltame ya —reclamé. Lo hizo enseguida, sus dedos quedaron marcados en mis muñecas, también me dejó sucia y con unas manchas de sangre.

Miré de inmediato sus manos, sus nudillos sangraban demasiado.

—Para ser una Sigilosa de primera, deberías acercarte con más cuidado.

—Y qué me iba a imaginar que tenías una daga —siseé.

—Me subestimas demasiado, pequeña engreída. Tengo mis trucos bajo la manga… y bajo el pantalón —soltó con malicia.

Me giré para mirar hacia el río, ya empezaba con su absurdo juego de donjuán. Ese que tenía conmigo luego de que lo rescaté de aquel secuestro, uno que únicamente era unilateral, y por su parte, claro estaba.

—Y, además, ¿qué demonios haces aquí? ¿Me estás siguiendo? —Me tensé al escucharlo. Eso me pasaba por querer ser diferente a lo que era.

—¿Seguirte? ¡Puf! Vengo aquí cuando tengo tiempo libre —mentí.

—Ajá, eso es extraño, nunca te había visto.

Lo sentí caminar y pasó por mi lado hasta llegar al río, luego se puso en cuclillas y comenzó a lavar sus manos; era increíble que no se le hiciera ningún gordito al estar en esa posición, pues yo, a pesar de ser flaca, no me salvaba de ningún rollito. Su pantalón se bajó de más y me dejó ver la cinturilla de su bóxer y el inicio de la raya de su culo, me sentí patética al observarlo con tanto detenimiento, pero me fue imposible. Como le dije la vez que por poco me descubre como su guardaespaldas, tenía las pompas muy tonificadas, incluso más grandes que las mías, y eso me hacía sentir envidia.

—Siento tu mirada clavada en mi nuca, Engreída, o más bien en mi culo —se burló y empuñé las manos.

—Es imposible no hacerlo cuando me estás mostrando casi media raya —bufé. Se puso de pie y se subió el *jean* solo de un lado, luego sacudió sus manos y, tras terminar, se colocó de nuevo la camisa—. Se ven muy mal. —Señalé con la barbilla sus nudillos, los cuales seguían sangrando.

Extendió las manos frente a él y se las miró.

—Ahora mismo esto es lo de menos. —Retrocedí cuando caminó hacia mí—. No estoy pasando por un buen momento, los chicos están en Virginia Beach y no quiero estar en casa, tampoco en el apartamento donde vivía antes, así que invítame a la tuya. —Reí al escuchar lo último.

—Jamás haría eso, a ti menos que a nadie invitaría a mi casa —aseguré y, lejos de molestarse, vi diversión en sus ojos.

—No tengas miedo, solo entraré donde tú quieras. —Rodé los ojos—. Te invito a un trago entonces, en serio, no quiero estar solo.

—Según vi, tu prima está en casa, podrías invitarla a ella. —No quise decir eso con burla, pero me salió tal cual y me arrepentí al ver la mirada sospechosa que me dedicó—. Ustedes se llevan muy bien, podría ser mejor compañía —me corregí de inmediato.

Según él, nadie a excepción de sus padres sabía de su aventura con Leah.

—No quiero estar con nadie de mi familia, eres mi último recurso. —Odié lo que dijo. Era cierto que no nos llevábamos bien, pero tampoco tenía que ofenderme de esa manera.

—No sé cómo es que consigues tantas mujeres, ya que está claro que no solo eres idiota, también un completo patán.

Eso fue todo lo que dije antes de darme la vuelta y volver a mi coche. Esa noche estaba comprobando una vez más por qué jamás me llevaría bien con ese chico; me ponía los nervios de punta de una mala manera cada vez que teníamos algún encuentro.

—Sabes demasiado de mí.

—¡Mierda! —chillé cuando me cogió del brazo y me hizo mirarlo.

—Estás en mi lugar favorito, dices cosas extrañas y las insinúas, te comportas toda fastidiada, como si ya estuvieses harta de mí, y ahora lo de no saber *cómo es que consigo tantas mujeres*. ¿Por qué, Sadashi? —Me había empotrado contra un árbol y su rostro estaba demasiado cerca del mío.

Pensé en tía Maokko diciéndome que la misión me estaba quedando grande y, al recordar todas las cosas que solté en un rato con él, acepté que no se equivocaba.

—Y dame una buena explicación antes de que comience a creer que estás obsesionada conmigo, porque, si es así, ahora mismo te la quito —sentenció con chulería.

¡Joder! Eso fue todo lo que pensé cuando acercó su cadera a la mía.

Tenía que inventarme una buena excusa a la de ya.

Un trago

[Capítulo 4]

{Sadashi}

Respiré profundo, puse las manos en su pecho y, antes de apartarlo, le sonreí con verdadera burla y mucha altanería. Esa actitud de galán podía funcionarle con cualquiera, menos conmigo. Bajé las manos a su abdomen y me puse de puntillas para poder acercarme a su oído.

—¿Esto te funciona con otras chicas?

Sin perder tiempo, llevó una mano a mi cintura, se sentía demasiado grande ahí.

—Siempre —respondió con ese acento italiano que no abandonaba y se alejó un poco para mirarme a los ojos.

—Espero que ya te hayas dado cuenta de que no soy igual a ellas y que, para acostarme contigo, debería estar borracha y, aun así, no estoy segura de hacerlo, puesto que no eres mi tipo —reviré y le di un pequeño empujón para que se alejara del todo de mi cuerpo.

No me gustaba su cercanía.

—Eres todo un reto, Sadashi Kishaba —murmuró—, y tengo una promesa que cumplir contigo. —Alcé una ceja cuando dijo lo último porque no lo comprendí—. Ahora responde mis dudas.

Volvió al punto que quería evitar a toda costa, pero, siendo él, era de esperarse que no me sería fácil lograrlo.

—Estoy pasando por un mal momento y venir aquí me relaja. Si antes no me has visto es porque pasas más tiempo en Virginia Beach —Comencé, encontrando una excusa de forma magistral—. Lo de las chicas lo sé, ya que tienes una fama que te precede y muchos de mis compañeros de las organizaciones lo murmuran. Y no digo nada extraño, ni mucho menos insinúo, tú lo sentiste así y sabrás tus razones, nada de lo que dije fue con doble sentido.

Me miró atento, pero sus ojos me demostraron que me estaba creyendo. Me quise dar palmaditas de felicitación al comprobar que se me daban muy bien las excusas.

—También estoy pasando por un mal momento, pero siendo tan cercana a mamá, intuyo que ya sabes las razones. —Asentí, no iba a mentir en eso—. Siento mucho lo que dije de que eras mi última opción. —Me sorprendió mucho que se disculpara—, en realidad ni siquiera te consideré una.

—Hijo de…

—¡Ey! Antes de que termines esa injuria, recuerda que te referirás a tu Sensei y bien podría ser bocazas solo para saciar mi curiosidad sobre qué te haría ella al saber que la has ofendido. —Sentí muchas ganas de ahorcarlo—. Además, no te lo digo por ofenderte o porque tu compañía sea menos que otras para mí. Únicamente estoy siendo sincero, te he visto pocas veces, desde que nos conocimos has demostrado que no te agrado, así que es obvio que no te haya considerado; sin embargo, tú me caes muy bien y pienso que serías muy buena compañía. Estás pasando por un mal momento, yo igual, podríamos ir…

—¡Joder! Ya, calla y vamos a por ese trago, pero no hables mucho porque me mareas.

Lo vi sonreír antes de girarme e irme a mi coche.

Llevaba unos días con demasiado estrés y, en cierta manera, me convenía tenerlo a mi lado para que no decidiera hacer alguna estupidez, también me resultaba más fácil cuidarlo y mantener el control, ya que cuando debía ocultarme de su vista, muchas veces lo perdía y me

resultaba tedioso encontrarlo a cada momento.

Cuando llegamos a mi coche, pidió ir conmigo y dejamos el suyo donde estaba, asimismo, me indicó que fuéramos a *Elite* y, con mi permiso, puso la dirección en el GPS. Menos mal que el aparato se reseteaba cada día a la misma hora y para ese entonces ya no tenía ningún historial que me comprometiera con él. Conocía el club, había tenido que ir en algunas ocasiones, pero preferí parecer ignorante a todo lo que a su persona se refería.

El lugar era exclusivo y tenían etiqueta en la vestimenta y, por supuesto, no estábamos vestidos para ir allí, pero siendo Aiden uno de los dueños (su padre se los heredó a él y a Daemon cuando cumplieron veintiún años), las formalidades se las pasaba por donde no le daba el sol a la hora que se le diera la gana.

—Vete para el estacionamiento subterráneo. —Hice un gesto incómodo cuando me lo pidió. Claro que el club tenía mucha seguridad, pero no la suficiente para mi gusto y estábamos pasando por un punto en el que no podíamos descuidarnos de ningún detalle.

—Preferiría quedarme en un lugar fácil de salir por si se presenta algún problema.

—No te preocupes, no ignoro que mis padres tienen gente cuidando mi culo. Así que, si algo pasa, ellos se encargarán. —No pude evitar sonreír con ironía al escucharlo.

«Si tú supieras, niño bonito», pensé.

—Si no te importa, prefiero quedarme en un estacionamiento con más facilidades para cualquier cosa, así tus guardaespaldas están más al pendiente de ti. —Traté de ocultar la ironía al decir eso.

—Bien, como quieras.

Entramos en el club un rato después y me sentí muy extraña al tener que caminar a su lado, por eso intenté quedarme unos pasos atrás, pero Aiden lo notó y aminoró su caminar para esperarme. Las personas que esperaban para entrar iban muy bien vestidas, nosotros, en cambio, estábamos vestidos como para ir al cine o al parque; las chicas no tardaron en clavar sus miradas en mi acompañante y sonreí, irónica, cuando me vieron a mí, intentando hacerme sentir poco para él. Había muchos tipos guapos en la línea, sin embargo, el niño bonito tenía algo que llamaba la atención de la mayoría de las mujeres, incluso si él no quería.

—Joven Pride, es una sorpresa tenerlo por aquí —lo saludó Roman, el hombre llevaba años trabajando para ellos, pero lo dejaron como guardaespaldas del club después de que su esposa lo obligó a decidir entre una vida larga junto a ella o la adrenalina que se vivía en las misiones peligrosas.

Su decisión fue muy inteligente.

—Debo hacerme cargo de mis negocios —respondió Aiden con un tono juguetón y Roman rio.

—¿Privado para dos? Es bueno volver a verte, Sadashi. —Negué con disimulo cuando me saludó enseguida de hacer esa pregunta.

—¿Ya la habías visto?

¡Joder! Con lo curioso que era ese chico, debíamos tener cuidado de lo que se hablaba. Aiden me miró para obtener una respuesta y decidí hacerme cargo de la situación al darme cuenta de que Roman no tenía idea de qué decir.

—Sí, ha llegado algunas veces a casa. Su esposa es muy amiga de tía Maokko.

Lo vi satisfecho con mi respuesta y volví a respirar tranquila, Roman sonrió para afirmar lo que dije, ya que no mentía en eso.

—Es lógico, tía Maokko es un amor cuando quiere. —Reí, irónica.

Él también le decía tía, aunque no lo era y, según lo que ella me comentó, Aiden era un lector

empedernido debido a que se lo inculcó desde antes de que aprendiera a leer. Maokko Kishaba no tuvo hijos y todavía no deseaba tenerlos, pero veía a los gemelos y a Abby como si lo fueran. Y a Marcus, su pareja, no le importó que ella no quisiera tener bebés, ya que respetaba su decisión y él ya era padre de un hijo que procreó con su ex antes de tener una relación con mi tía.

—Y prefiero ir a la barra de la segunda planta. No venimos en plan romántico, ni siquiera somos amigos. La he obligado a que me acompañe, y créeme que casi me cuesta la po…

—Ya, hombre, camina antes de que me arrepienta —pedí.

Era mejor no darle cuerda porque, cuando comenzaba a hablar, nadie lo paraba. En eso era como un niño metido en tremendo cuerpazo.

Roman nos invitó a seguirlo y, al entrar, el vapor del lugar nos recibió; estaba repleto de personas bebiendo, fumando y bailando. El aire acondicionado no hacía mucho, así hubiese muchas salidas en la pared, puesto que la multitud emanaba su calor corporal.

Agradecí porque, al menos, Aiden pidiera estar en un lugar seguro; el bar de la segunda planta era más exclusivo y fresco que la primera planta del club, y estaba custodiado por varios tipos; conocí a algunos que eran parte de Grigori y que sabían de mi misión, así que evitaron hablarme para disimular. La música alta me hacía vibrar el pecho y el chico frente a mí me hablaba por señas sabiendo que no lograría escucharlo.

—¡Déjame pedir la bebida para ti, sé que te gustará mi favorita! —Me tensé un poco cuando Aiden se acercó y me habló en el oído para que lograra escucharlo. Su aliento cálido me rozó la piel y me hizo sentir rara.

Entrecerré los ojos cuando se alejó y sonrió deduciendo lo que se cruzó por mi cabeza después de su propuesta.

—¡Confía en mí! ¡No pretendo emborracharte para que así te acuestes conmigo!

—¡Más te vale! —sentencié y esa vez fui yo la que le habló al oído, aunque me tocó ponerme de puntitas.

—¡Te lo juro! ¡Prefiero que estés lúcida para que así me sientas completo!

Le di un empujón para que se alejara, a veces me irritaba demasiado sus insinuaciones. No obstante, lo toleraba porque era su naturaleza, lo comprendí en el tiempo que llevaba cuidando de él. Siempre lanzando sus indirectas para ver quién caía en sus redes, pero en cuanto veía una negativa se alejaba para no abusar y trataba con respeto, aunque conmigo se había propuesto algo.

Caminé delante esa vez y me fui a la barra. Las personas presentes parecían conocerlo, ya que lo saludaron animados; no éramos muchos ahí, supuse que no permitían a demasiada gente para que el ambiente fuese más privado. Me senté en un taburete, me quedé esperando a que llegara y miré fijo a la espalda del cantinero cuando preparaba algunos tragos, pues me parecía demasiado conocido.

—¿Qué te sirvo, hermosa? —preguntó en tono juguetón y mis ojos se desorbitaron al reconocerlo.

—¿Qué demo…? ¿Qué haces aquí?

Lupo sonrió divertido y me guiñó un ojo.

El uniforme que vestía era negro y lo único diferente al que usábamos en las organizaciones era la tela; la camisa le quedaba un poco ajustada y sus músculos se marcaban a la perfección. Sus ojos y cabello eran marrones, su altura quizá igual a la de los gemelos Pride White; sus labios delgados y rosados no borraban la sonrisa juguetona y su nariz respingada se arrugaba un poco con el gesto. Tenía unas cejas por las que cualquier mujer mataría y un *piercing* adornaba la izquierda.

—Me enviaron como tu apoyo cuando el GPS del coche se activó con esta dirección. Estaba cerca, así que llegué antes que ustedes y pude suplantar al cantinero. Algo me decía que el niño bonito querría estar aquí. —Su cabello era un desorden muy atractivo. Muchas veces se lo dejé peor.

—Me alegra que vinieras —dije, sincera.

—Me sorprendió mucho cuando me informaron que venías con él, siempre te mantienes en las sombras.

—Error mío, me descubrió y tuve que inventarle tremenda mentira, él se aprovechó de ella y me propuso venir a por un trago. Acepté porque no tengo ganas de buscarlo cada vez que se me pierde. —Lupo negó tras escucharme.

—Deberías pedir unas vacaciones, me preocupa que vuelvas a equi…

—Ya, Lupo. Ni siquiera termines esa frase y, por favor, no me recuerdes el pasado.

—Tienes razón. Lo siento, Shi —dijo y con dos de sus dedos pellizcó mi nariz. Le di un manotazo.

—Vaya confianza, viejo. No sabía que conocías a mi cita.

¡Maldita sea! Esa noche mis ojos se iban a terminar saliendo de las cuencas con lo mucho que los saltaba. Y menos mal que no estaba bebiendo nada porque después de escuchar a Aiden, era seguro que escupiría todo.

Lupo también se sorprendió por lo que escuchó.

—Me resultas conocido, y no de aquí, del club —añadió y se sentó en un taburete a mi lado.

—Peleamos juntos cuando sucedió lo de tu hermano. Me refiero a la vez que la chica rubia llegó a su casa en la playa para hablarle mierdas de tu madre —confesó Lupo, sabiendo que no tenía caso mentir.

Acababa de referirse a Inoha Nóvikova, la maldita zorra que los Vigilantes enviaron para que enamorara a Daemon y luego lo hiciera caer en una crisis mortal. Y me sabía a hiel admitir que la hija de puta tuvo éxito.

—¡Ah! Sí, ya te recuerdo bien. —La mirada de Aiden se volvió sombría, imaginé que los recuerdos de aquella vez no le agradaban.

Aiden tuvo que pelear con su hermano para mantenerlo a salvo cuando este no entendía que querían alejarlo de Inoha porque veían lo que él no podía, por haberse cegado al deslumbrarse con ella. De hecho, el niño bonito llegó a hacer muchas cosas que estaba segura de que le dolían recordar y, por lo que demostraba, todavía no se convencía de que fueron necesarias, así lastimara a su gemelo y así el mismo Daemon lo hubiera olvidado debido a la electroconvulsión a la que se sometió.

—Bueno, no te he estado esperando por nada, así que pide por mí —le animé, sabiendo lo malo que era recordar el pasado.

—*¿Sabes preparar apple soda? O estás aquí solo para vigilarme.*

¡Mierda! El niño bonito era más inteligente de lo que imaginé cuando enfrentó a Lupo de esa manera, usando el idioma que ambos dominaban a la perfección al ser italianos.

—*¿Lo quieres con* whisky *o bourbon? Y no estoy aquí para vigilarte, cuando no hay acción en las organizaciones, busco aquí. Ya sabes, a las chicas les encanta flirtear con los cantineros guapos y también me dan buena acción.* —Aiden sonrió con aquella respuesta que entendí a duras penas, ya que cuando hablaban rápido en una lengua que no controlaba, me perdía. Lo que sí me quedó claro es que eran tal para cual.

—Que sean dos con *bourbon,* y me gusta tu forma de pensar —halagó y rodé los ojos. Lupo se giró para preparar los tragos—. Solo evita buscar acción con Sadashi esta noche, ya que, así

no sea mi cita de verdad, no me agrada que flirteen en mis narices con mis acompañantes.

Lupo lo volvió a ver y asintió.

Noté que no le agradó aquella *sugerencia*, pero no alegó, ya que no era conveniente meterse en problemas con el hijo de los jefes. Aunque yo sí que le hice saber que no me agradaba su comportamiento y no me gustaba sentirme como su *cita*, por supuesto que, como siempre, solo se rio, divertido.

Lupo nos sirvió los tragos y cerré los ojos al saborearlo, estaba delicioso y el jugo de manzana era natural, eso era lo mejor de la bebida. Los gemelos no bebían y, si lo hacían, era solo en ocasiones especiales, pero tenían muy buen gusto a la hora de hacerlo; la noche la pasamos entre *apples sodas* y conversaciones triviales; mi resistencia al alcohol era muy buena, así que no me preocupó emborracharme, aunque paré después del quinto trago y pedí un vaso con agua, puesto que era quien conduciría.

—¿Y no me vas a decir que te trae mal a ti? —Negué cuando Aiden me preguntó eso—. No se vale, tú sabes mucho de mí.

—Yo no te dije que me contaras nada, de hecho, solo acepté venir por un trago, no que hablaríamos o nos convertiríamos en los mejores amigos.

—Ya, pero me refiero a que tú sabes más de mí por ser parte de las organizaciones de mis padres y porque nos tienen muy investigados.

—No es porque quiera, es nuestro trabajo, así que toca hacerlo. —Me encogí de hombros.

—¿Cuánto sabes de mí?

«Más de lo que debería. Sé dónde tienes cada lunar y que tus nalgas son más blancas que el resto de tu cuerpo, también que tu pe…» Sacudí la cabeza cuando mis pensamientos comenzaron a irse por donde no debían.

—Mucho, sobre todo que cambias más de mujeres que de calzoncillos. —Soltó una carcajada cuando dije lo último—, y que ya necesitas un buen examen médico para descartar cualquier enfermedad de transmisión sexual.

—Siempre me cuido, Engreída. Mi compañero no se mete en batallas sin antes estar bien protegido, y tampoco beso a las chicas con las que me acuesto, ni mucho menos dejo que me hagan sexo oral o lo hago.

—*Okey*, esa información no la necesito —respondí, además de que ya lo sabía.

Con todo lo que me había tocado presenciar, nunca vi que hiciera algo de lo que dijo, así que le creía más por lo que tuve que comprobar.

—También sé que eres muy unido a tu familia y comprendo por qué te duele que Abby se vaya.

Terminó lo que quedaba de su bebida de un solo sorbo y pidió otra. Entendí que toqué un tema del cual todavía no quería hablar y decidí quedarme callada porque no se me daba bien consolar.

—¿Y tú? —Lo miré sin entender cuando un rato después preguntó tal cosa—. ¿Disfrutas de tu sexualidad con tanta frecuencia como yo? —Carraspeé y miré la espalda de Lupo sin pensarlo. Esa pregunta no me la esperaba.

—Últimamente he perdido el apetito sexual —solté y le regalé una sonrisa fingida.

Ese hecho era su culpa.

—Júntate más conmigo, podría ayudarte a solucionarlo. —En ese momento me reí de verdad. Ese chico era increíble y no perdía oportunidad en ningún momento.

—No, gracias —ironicé. Miré el reloj en mi muñeca y vi que ya era demasiado tarde—. Creo que deberíamos irnos, ya bebiste mucho y tus padres van a preocuparse.

—¿Es en serio, Engreída? —satirizó—. Tengo veintidós años y vivo prácticamente solo, mis padres ya no andan cuidando mi culo a cada momento, al menos no de forma personal. —Me puse de pie y volví a mirar hacia otro lado para que no notase que me estaba riendo.

—Tengo mucho sueño y a mí sí que me mete una buena regañiza tía Maokko si llego de madrugada —mentí.

Vi que se preocupó cuando mencioné eso y se puso de pie de inmediato.

—Pon todo en mi cuenta, después envío el pago —pidió y avisó a Lupo. Él asintió y le hice una seña para avisarle de que ya nos íbamos.

—¿Le tienes más miedo a tía Maokko que a tus padres? —quise saber cuando tomamos nuestro camino de regreso al coche.

—Eso sería ridículo, hasta tú le tienes más miedo a mamá, así que ni lo preguntes. —Estuve de acuerdo con su respuesta—. Si cedí es únicamente porque no quiero ocasionarte problemas en nuestra primera salida, debo causar una buena impresión.

—Eres un tonto —fue todo lo que respondí.

Llegamos al coche y, antes de meterme, miré hacia todos lados, pero no noté nada raro, así que decidí irnos sabiendo que Lupo nos seguiría pronto. Puse música suave cuando salí del estacionamiento y de reojo vi que Aiden iba recostado en el cabecero del asiento del copiloto, con los ojos cerrados.

—Abby se va dentro de un par de domingos, Daemon vendrá el viernes antes de su viaje para despedirse de ella y me ha estado llamando toda la noche, pero no quise responderle. Hace unas horas me envió un mensaje y pone: «Espero verte el viernes en casa, cabrón». Es como una advertencia que, según él, voy a obedecer; es lógico que la apoye cuando también decidió irse.

Miré la carretera, estaba un poco sola y a cada momento observaba a través del retrovisor esperando que Lupo apareciera en su motocicleta, pero las palabras de Aiden lograron desenfocarme un poco; lo escuché demasiado triste y dolido, no me equivoqué al pensar en que estaba sintiéndose solo y abandonado por una familia por la cual daba la vida.

—Ambos sabemos las razones que tuvo Daemon para irse y que fue lo mejor. Los enemigos de tus padres siempre irán tras él o tu hermana, y más después de que no les devolvimos a la rubia de bote —expliqué.

La causante de todas las desgracias de Daemon Pride White seguía retenida por sus padres y los Vigilantes, iban a luchar por recuperarla.

—¿Por qué detrás de ellos y no de mí? —Sabía que en algún momento esa pregunta llegaría.

—Desde tu secuestro comprobaron que ustedes están muy bien cuidados y, gracias a Nóvikova, descubrieron la condición de Daemon, ante los ojos de ellos eso lo hace débil. Abby sigue siendo una niña a pesar de que sabe defenderse y puede ser fácil de manipular; tú, en cambio, les has demostrado que puedes ser muy parecido a tu padre, y créeme cuando te digo que LuzBel no es conocido por ser un hombre amable. Además, desde que tu amiga falló en su misión de enamorarte, son muy conscientes de que por ese lado no te podrán llegar, todo lo contrario a tus hermanos. Y sospechamos que David Black y Demian Sellers ya saben de tu intención de unirte a las organizaciones y darles caza en venganza a Yuliya —informé y lo sentí mirarme.

En un principio, Yuliya se acercó a Aiden para enamorarlo y hacerlo caer, tal cual hizo Inoha con Daemon, pero al final ella terminó formando una amistad con el niño bonito y antes de que la ejecutaran logró decirle la verdad para que él se la comunicara a sus padres y supieran defenderse. Aunque no alcanzó a avisarle que para ese momento, aquella rubia ya estaba llevando a cabo su plan con Daemon.

—Ya no es solo por Yuliya, sino también por lo que le hicieron a Daemon —aseguró.

Miré una vez más por todos los espejos del coche y noté que Lupo no aparecía, tampoco había un solo coche transitando por la carretera y habíamos llegado a una muy sola y rodeada de arbustos grandes.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —preguntó al verme atenta. Él también notó la falta de coches—. Si es lo que imagino, han cerrado las carreteras en puntos estratégicos para poder encerrarnos, así que no van solo tras mis hermanos, sino que pretenden también tocar mi culo. ¿Traes armas?

—¡Mierda! —bufé. Aiden tenía toda la razón, nos estaban encerrando, esos hijos de puta nos la jugaron bien—. Tengo unas bajo los asientos y la mayoría en el baúl.

—Bien, *dolcezza*[7]. Vamos a tener que defendernos solos porque han bloqueado las señales de los móviles y no podemos avisar.

—No me jodas —bufé.

—¡Puf! Ya quisiera, pero para eso debo emborracharte.

—¡Demonios, Aiden! Deja de pensar en follar y concéntrate. Nos han emboscado y, si no actuamos pronto, no vamos a salir de esta —pedí, molesta, y disminuí la velocidad.

—Relájate, porque si te alteras solo vas a cagarla, y no bajes la velocidad, ellos no saben que hemos descubierto su plan, así que tenemos el factor sorpresa a nuestro favor.

—¿Sugieres que continúe hasta que nos topemos con ellos?

—No, vamos a meternos a un camino que conozco, de seguro también lo tienen cubierto, pero nos dará acceso al bosque y prefiero adentrarme en él. ¿Cuánto tiempo crees que tardarán mis padres en comprender que algo malo pasa y comiencen a buscarme por medio del rastreador que me han incrustado?

—Una hora —respondí, sabiendo que Lupo debió informar que ya habíamos salido del club y que me comuniqué con mi Sensei por medio de mensajes en un momento que Aiden se descuidó.

Tras responder eso y recordar que busqué a Lupo y no lo encontré, tuve miedo de que lo hubiesen lastimado o, peor aún, que nos hubiera traicionado.

—A mil pies vas a encontrar un camino a tu derecha, métete allí y prepárate porque, si nos están vigilando, no tendremos mucho tiempo para coger las armas del baúl.

Mis ojos se abrieron de más y contuve la respiración cuando se agachó entre mis piernas y se entretuvo un poco sacando las armas que llevaba debajo de mi asiento. Su mejilla estaba apoyada en mi muslo y logré sentir el calor que emanaba aun por encima del pantalón. Sonrió en cuanto se incorporó en su asiento y miró una Beretta de nueve milímetros en su mano.

—Producto de mi país, esto me gusta. —Desde que lo conocí y lo escuché hablar, noté el acento italiano que tenía, incluso sin saber que nació en Italia, porque aún no lo había estudiado para ese momento.

Y no era tan marcado como el de Lupo al ser bilingüe, pero estaba ahí, demostrando que no nació en Estados Unidos. Aunque en ese momento lo remarcó más.

—*Lista per il divertimento, presuntuosa?*[8] —Cargó el arma al preguntar aquello.

Antes de que pudiera responder, logré ver unas luces de coches frente a nosotros; se hallaban lejos aún, pero dejaban claro lo que pasaba. Rogué para que Lupo no nos hubiese traicionado y para que los Grigoris y Sigilosos se dieran cuenta pronto de que nos encontrábamos en peligro, aunque también sonreí por lo que sucedería. Aiden era bueno cuando de patear culos se trataba (lo comprobé en el enfrentamiento que tuvimos con los Vigilantes el día que Inoha pretendió poner a Daemon en contra de mi Sensei, y en el que se le cayó el teatro que había estado

llevando) y esa noche estábamos a punto de deshacernos de unos cuantos.

—Lista —dije en el momento que me metí en la calle que pidió.

—Voy a demostrarles a estos hijos de puta cuanta sangre de LuzBel corre por mis venas —sentenció.

Por raro que pareciera, su aroma se intensificó en ese instante, dejándome sentir cómo la adrenalina se estaba activando en su enorme cuerpo. La mía lo hizo junto con la de él.

Pequeño LuzBel

[Capítulo 5]

{Sadashi}

Apagué el coche y todas sus luces, abrí el baúl desde adentro y tomé una de las pistolas que Aiden había encontrado debajo de los asientos, luego saqué una daga de la guantera y se la entregué, al final tomé otra que mantenía escondida en un lado de mi asiento.

—En el baúl hay gafas que nos ayudarán a ver en la oscuridad, así no estaremos a ciegas. También tengo cargadores y más armas blancas —avisé. La luz de la luna nos daba un poco de claridad, aunque solo lo suficiente para ver siluetas.

—Eso es bueno, es seguro que ellos también usarán, a no ser que hayan organizado esta emboscada a lo pendejo y no contaran con que descubriríamos su plan a tiempo para perdernos en el bosque. —Me quedé en silencio tras lo que dijo, tratando de escuchar algo fuera de lo común.

—Abramos las puertas con cuidado y cojamos esas gafas, debemos perdernos en el bosque antes de que lleguen a por nosotros. Y deja abierto, es mejor no alertarlos de donde estamos —aconsejé en un susurro.

Salimos al mismo tiempo y juntos llegamos a la parte trasera del coche, sacamos las gafas de visión nocturna y los cargadores listos que mantenía para las emergencias; noté a Aiden muy callado y atento a lo que sucedía a nuestro alrededor.

—Si caminamos en línea recta hacia el norte llegaremos a una hacienda habitada por una pareja mayor. He explorado este camino con los chicos desde que éramos pequeños y veníamos al país de visita; si tenemos suerte nos alejaremos de lo que bloquea nuestra señal y podremos comunicarnos con mis padres. Si no logramos llegar muy lejos, pues deberemos soportar una hora hasta que ellos se enteren de que han venido tras mi culo, ¿cierto?

—Vamos —lo animé tras escucharlo y tomé una katana antes de cerrar, pero Aiden también la agarró al mismo tiempo.

—Déjame usar esta lindura —pidió y negué, aunque no me viera bien.

—No, niño bonito, no dejo que nadie, que no sea yo, toque mis posesiones más preciadas.

—¿Es esa una advertencia para nuestro futuro?

Su voz se escuchó divertida, así que lo imaginaba sonriendo. Al parecer, la situación en la que estábamos lo ponía un poco más callado, pero su sentido del humor no lo perdía y, para ser sincera, le admiré eso. Sin embargo, yo sí estaba preocupada por su seguridad y opté por quedarme en silencio y asegurar la katana en mi espalda.

Nos pusimos las gafas y agradecí que fuesen automáticas y de visión normal, ya que no soportaría ver todo en color verde. Dejé que Aiden caminara delante de mí para que me guiara, así cuidaba de su espalda y él de mi frente, sus zapatos eran los únicos que nos delataban y, por lo mismo, deberíamos tener más cuidado.

—¿Qué…?

—¡Shhh! —pidió al detenerse.

Escuchamos pasos de gente corriendo y eso fue señal de que no contaban con que descubriríamos su plan. Mi arma apuntaba a todos lados, la sostenía con fuerza con la mano derecha y le daba soporte con la izquierda, en la que mantenía bien empuñada la daga.

—¿Quieres jugar? —susurró Aiden muy cerca de mí.

—Si nos ven es obvio que jugaremos a patear culos.

—Quiero follarte, Sadashi. Te tengo ganas desde que salvaste mi culo. —Me quedé sin palabras, no me esperaba esa confesión, y menos en ese momento—. Y no quiero hacerlo solo si te emborrachas, así que apostemos; si me deshago de más Vigilantes que tú, te acuestas conmigo.

—En serio, eres imbécil —solté.

—Vamos, mujer. Eres una puta ama en esto, no tienes nada que perder… ¡Abajo! —ordenó de repente.

Con agilidad, me hizo bajar y solo escuché un quejido y el golpe seco detrás de mí. Las gafas me permitieron ver a un tipo tirado con la daga clavada en el pecho; su lectura de calor estaba alta, pero pronto la iba a perder.

—Aiden uno, Engreída cero —celebró con emoción.

Corrió hasta el cuerpo y se aseguró de que el tipo no nos seguiría, luego sacó la daga y volvió hasta mí para hacerme caminar detrás de un árbol. Ambos seguimos pendientes de nuestro alrededor.

—Si yo gano, dejarás de follar, por lo menos, un mes —sentencié.

No tenía intenciones de perder y, viéndole el lado bueno a esa apuesta, descansaría un mes de investigar a cuanta mujer se llevara a la cama, así que accedí para obtener un poco de tiempo libre.

—Conque sí me estabas advirtiendo antes con lo de tu katana, ¿eh? Chica posesiva —se burló—, pero, está bien, hecho.

Negué y callé, en serio, era imposible.

Saqué un silenciador y le entregué otro a él, no podíamos ser ruidosos si queríamos aguantar una hora; terminando de enroscar el mío, tuve que usarlo cuando una figura de calor se asomó por un árbol cercano, di directo en la cabeza del tipo y lo vi caer al suelo.

—Uno a uno —informé.

Sonreí porque el juego se acababa de tornar divertido.

Los Vigilantes comenzaron a llegar uno por uno y tratamos de eliminarlos antes de que avisaran sobre nosotros, pero, tras el reguero de cuerpos que íbamos dejando, era imposible no delatarnos; hubo algunos con los que tuvimos que enfrentarnos cuerpo a cuerpo y más de una vez me dediqué a ver todo lo que la silueta de Aiden me permitía y, cuando mi vista se acostumbró del todo a la oscuridad, fui testigo directa de toda la sangre Pride que corría por las venas del pequeño LuzBel; no cabía duda de que sus padres lo entrenaron más que bien y se convirtió en una máquina de matar muy peligrosa luego de inmiscuirse en las organizaciones para obtener venganza y defender a su hermano.

Hacía muchos movimientos similares a los de su madre, aunque tenía un juego sucio como el de su padre que lo hacía ver salvaje, como un pequeño león siguiendo los pasos de su progenitor.

Hubo un momento en el que un grupo de cinco nos rodeó, ellos dieron el aviso de nuestra ubicación y fuimos conscientes de que, si no nos apresurábamos, pronto estaríamos en problemas mayores; así que, colocándonos con nuestras espaldas presionadas entre sí, nos metimos en un combate cargado de adrenalina y muchos golpes. Entre todos nos atacaron y, como profesionales, nos defendimos a matar; las reglas eran esas y juraba que el señor Pride crio a sus hijos con el mismo lema que nos diciplinaba en las organizaciones: siempre seríamos cazadores, jamás presas.

Cuchilladas y disparos estuvieron presentes, pero las patadas y puñetazos se convirtieron en el plato más vendido de esa noche; mis giros en el aire hacían volar las hojas secas y caídas en el suelo y los golpes que Aiden les propinaba a los tipos mientras los empotraba en los árboles,

lograron que la tierra vibrara.

—¡Aiden diez, Engreída nueve! —gritó con la emoción de un niño a punto de comerse sus dulces favoritos.

Dos tipos más llegaron detrás de él cuando volvió a mirarme con chulería, celebrando que iba delante, pero se descuidó y aproveché para disparar dos veces. Mi puntería seguía siendo buena, aun en la oscuridad.

—Sadashi once, niño bonito diez —señalé con altanería.

Escuchamos unos disparos a lo lejos y ambos sonreímos al saber de qué se trataba, los refuerzos llegaron y eso nos motivó a seguir deshaciéndonos de más Vigilantes mientras buscábamos el camino hacia la hacienda. Los Grigoris y Sigilosos ya estaban para apoyarnos y de seguro tenían nuestra ubicación por medio del rastreador de Aiden. Por supuesto que nada era fácil y me llevé varios golpes, estuve en situaciones difíciles cuando me atacaban entre dos y Aiden no la pasó mejor, en algunas ocasiones tuvimos que apoyarnos y llegamos a pelear como un verdadero equipo; en lo único que chocamos fue en que ambos dábamos órdenes, pero no las seguíamos por puro orgullo.

Justo cuando vimos el claro de la hacienda, Aiden ya se había deshecho de quince tipos y yo iba abajo por uno.

—Es mamá —avisó, aliviado, cuando su móvil comenzó a vibrar. La señal estaba de regreso.

Escuché que le decía dónde estábamos y que nos encontrábamos bien; mi móvil sonó en ese momento con la llamada de Caleb.

—Estamos cerca, voy con LuzBel y otros Grigoris más. Mantente cerca de Aiden porque nos estamos deshaciendo de quien no esté a más de un metro de él.

—Entendido —respondí.

Siendo inteligente, me acerqué a él y vimos a lo lejos las luces de un coche, las hicieron parpadear para avisarnos quienes eran y sentí que comencé a respirar con más facilidad, pero antes de que llegaran, un grupo de Vigilantes salió del bosque y comenzaron a dispararnos; con agilidad, tiré a Aiden hacia atrás de un pequeño muro de piedra que servía como decoración y nos protegimos de los disparos; logré ver a más camionetas acercarse y dispararon contra aquellos malnacidos, uno de ellos logró llegar cerca y le disparé de inmediato, otro más estaba a tres metros de él y vi mi victoria, así que lo maté antes de que alguien más se me adelantara.

—¡Sadashi dieciséis, niño bonito quince! —canté con júbilo.

—¡Mierda! No sé qué me ofende más, si el que me ganes la apuesta y deba mantenerme en abstinencia por un mes o que te pongas tan feliz por no pagarme si yo ganaba. —En ese momento me reí de verdad.

—¿¡Aiden!? ¿¡Shi!? —Escuchamos a Caleb llamarnos.

Nos fijamos que ya no hubiese amenazas y salimos de nuestro escondite.

—¡Estamos aquí! —avisó Aiden y levantó la mano.

Todo estaba ya en silencio e iluminado por las luces de las camionetas y *jeeps*, el señor Pride llegó de inmediato y abrazó a su hijo; hasta en ese momento vi que la camisa de Aiden estaba hecha jirones y su rostro tenía algunos morados, pero lucía bien, eufórico y sobrio después de todo lo que pasamos.

—¿Están bien? —preguntó el señor Pride observando a su hijo y a mí.

—Te diría que fantásticos si hubieses llegado solo unos segundos más tarde para permitirme ganar una apuesta —respondió Aiden y sentí que me avergonzaba.

—Pues siento haberte jodido los planes —ironizó su padre, claramente agradecido por encontrar tan animado a su pequeño—. ¿Has tenido que asesinar? —Entendí por qué hizo tal

pregunta.

Mi Sensei odiaba la idea de sus hijos siendo asesinos y siempre dejó claro que ella se ensució las manos para que ninguno de sus *pequeños* tuviese que hacerlo. Su marido no tenía ningún problema con que lo hicieran, pero respetaba los deseos de su mujer, aunque le costara.

—Era lo que tocaba, pero no le digas a madre, que le he dicho que me cubrí bajo las bragas de Sadashi todo el tiempo y que ella hizo todo el trabajo.

En serio, ese chico necesitaba un puto filtro en la geta[9].

—Permiso —dije antes de soltar cualquier cosa y no esperé a que el señor Pride me lo diera.

—¡Shi! —me llamó y me detuve un poco—. Hay nuevas instrucciones para ti, así que ve a casa. Isabella está esperándote para informarte. —Me limité a asentir.

Me fui de inmediato a reunirme con Caleb, puesto que no iba a soportar más las tonterías que salían de la boca del sátiro de los Pride White, ya que era vergonzoso que su padre creyera que después de mi pequeña locura con él, tenía intenciones de algo con su hijo. Además, me urgía saber lo que había pasado con Lupo.

____****____

Lupo estaba luchando entre la vida y la muerte, y podía parecer insensato de mi parte, o hasta desalmado, pero agradecía que fuera así y no que nos hubiera traicionado, ya que, en definitiva, era mejor para él estar en esa situación, y no huyendo de los Pride White y su ira si hubiese sido el causante de poner en peligro la vida de Aiden. Igual me sentía mal porque era mi amigo y necesitaba ir a verlo al hospital, aunque tendría que esperar a salir de la pequeña reunión en la oficina que mis jefes tenían en su casa.

Todo cambió esa noche para mí y aún no estaba segura si para bien o para mal.

—Conque no estabas en el bosque porque la estabas pasando mal. ¡Diablos! Has estado cuidándome desde hace mucho y has sido… —Aiden se quedó en silencio antes de terminar de decir lo último y me miró, entre enojado y sorprendido—. Ahora comprendo tus palabras. —Miré a mi Sensei y entendí a lo que se refería.

Tuvieron que decirle la verdad a su hijo y le explicaron con más detalle mi misión con él, desde ese día ya no me mantendría en las sombras, sino que me pegaría a él como una puta garrapata y compararme con ese bicho no me era grato, pero sí mi realidad, y tanto Aiden como yo debíamos aceptarlo.

—Volvamos a lo importante —pidió mi Sensei—. Te instalarás en la habitación que antes ocupó Daemon, serás la persona que más cerca estará de Aiden, pero tendrás dos refuerzos que los cuidarán a ambos desde la distancia. Y espero que todo esté quedando claro para los dos, desde esta noche se convertirán en uno solo. —Bajé la cabeza como reverencia hacia ella.

Me gustara la situación o no, iba a obedecerle como siempre lo había hecho desde que apareció en mi vida.

—No olvides que voy a la Universidad, madre. ¿Ya pensaron en cómo explicaremos que ella esté todo el tiempo conmigo? —Aiden miró a sus padres al hacer esa pregunta.

—Uno de los chicos, que servirá como apoyo para Shi, ha ingresado a tus clases y actuará como un alumno más. Únicamente en ese momento te quedarás lejos de él. —Lo último, el señor Pride lo explicó para mí y asentí.

—Y cuando estén aquí también podrás tomar tu descanso. —Casi suspiré profundo cuando Isabella Pride me concedió aquello.

—Tengo todo claro y, si no es mucha molestia, o ya han terminado, pido permiso para irme. Deseo descansar un poco para ir a ver a Lupo mañana a primera hora —expliqué y mis jefes

asintieron.

Salí de la oficina y me relajé un poco sabiendo que me iría a casa, pero justo antes de subirme a un nuevo coche que se me asignó, Aiden me llamó y me detuvo.

—¿Puedo saber con exactitud desde cuándo me has estado cuidando? —Miré para todos lados para asegurarme de que nadie pudiera escucharnos, pues era consciente de por qué necesitaba saber eso.

—¿Es importante para ti saberlo? Porque me he limitado a hacer mi trabajo y no considero necesario que lo sepas. —Noté que mi respuesta no le agradó. En verdad, estaba molesto y todavía no sabía las razones—. Está bien, te cuido desde el cumpleaños de tu prima en Italia. Me incorporé a esta misión justo el día que le diste su *regalo* en el acantilado. —Vi cómo sus ojos cambiaron al decirle tal cosa.

Intuí que sospechaba mi respuesta, pero comprobar que fui testigo directo de su aventura con Leah le sentó mal.

—Conque fuiste tú la que le dijo a mamá lo que pasó con Leah. —Sonreí, satírica, ante semejante acusación—, porque estoy seguro de que padre no fue.

Entonces era eso lo que lo tenía molesto, el idiota me creía culpable de sus tonterías y, por muy hijo de mis jefes que fuera, no le permitiría acusaciones sin fundamentos.

—No tengo porqué darte explicaciones a ti, esas se las debo solo a tus padres, pero no fui yo la que pasó ese informe, ya que, si así hubiese sido, le hubiera dado todos los detalles desde la tarde en el acantilado de Italia hasta los días en los campos de Siena, sin dejar de lado cuando follaron en el apartamento que compartiste con tu mejor amigo, ese que ahora es el novio de tu princesa y quien ignora que ya conoces cada parte del cuerpo de su novia con lujos y detalles —solté.

Acababa de dejarle más que claro que no solo los vi en Florencia, sino que también tenía cronometrado todo lo que sucedió entre ellos.

El silencio se apoderó de él y, al saber que no me diría nada, decidí meterme en el coche e irme de ahí. Estaba odiando su forma de ser desde que descubrió que siempre estuve cuidándolo, la condescendencia con la que me miraba me ponía de malas, pero era peor que me acusara de bocazas cuando fui la primera en poner en su lugar al responsable de que su madre supiera lo que pasó entre su hijo y la chica a la cual veía como hija propia.

Todo pasó un día que me sentí muy mal del estómago porque había comido algo en mal estado, tuve que dejar a alguien que creí de mi confianza para ir al doctor que teníamos y, cuando tomé mi lugar, esa persona me informó que vio algo raro entre los primos, con mayor detalle, vio cuando ambos discutían y alcanzó a escuchar parte de lo que se dijeron, y era evidencia suficiente para deducir que tenían algo.

Le pedí a esa persona que obviara eso, ya que no representaba ningún peligro de muerte para el chico y, de cierta manera, mantenerlo oculto era lo mejor, puesto que, si el padre de Leah o el tío se enteraban, entonces eso sí suponía un peligro para Aiden. No obstante, ese tipo quiso ganar puntos extras con mi Sensei e hizo un informe detallado de las horas que me cubrió; ella me llamó para confirmar lo que ese documento decía y me limité a responderle, como era mi estilo.

—Todo lo que no pone en peligro a su hijo, lo ignoro. De mí solo obtendrá lo preciso, lo que me pidió que hiciera y respondiera, y recuerdo que fue muy clara al ordenarme que no detallara la vida privada de él, a menos que lo pusiera en riesgo. Hasta el momento, el único peligro son sus enemigos, y me concentro en eso, lo demás, y con permiso y disculpa suya, no me importa y no le pongo atención.

Menos mal, así como yo la respetaba, ella a mí, y, por lo mismo, no preguntó más; eso sí, al salir de su oficina esa tarde, me dirigí directo al chivato que habló lo que no debía, puesto que estábamos para proteger, no para ser bocazas, y le hice entender que, al estar en mi equipo, mantendría su boca cerrada porque como sapo no llegaría lejos. En eso tuve el apoyo del señor Elijah y él se encargó de dejarle claro mi punto, pues aquel idiota también se cagó en sus planes de dejar que fuese su hijo el que le contara todo a su mujer.

Y era obvio que Aiden podía pensar que fui yo quien habló con su madre, pero nada le costaba preguntarme las cosas con respeto y no asegurarlas con altanería. La poca empatía que tuve con él horas antes desapareció e imaginé que lo que me esperaba a su lado no sería bueno, ya que lo que le dije pudo tomarlo como ataque, aunque no fue mi intención.

A la mañana siguiente fui al hospital donde tenían a Lupo, menos mal que ya se encontraba fuera de peligro; recibió un disparo en el abdomen y el proyectil alcanzó a rozar un órgano. Los doctores consiguieron salvarlo de milagro y estaba siendo custodiado por algunos compañeros, se alegró al verme y le aseguré que tanto el niño bonito como yo estábamos bien. Eso le hizo sentir más tranquilo, puesto que su misión era cuidarnos y no lo logró.

Caleb me había avisado que me marcharía a Virginia Beach a las diez de la mañana, así que, teniendo el tiempo suficiente, me fui para el cuartel con ganas de quitarme un poco de frustración con la persona que ocasionó que mi vida volviese a dar un giro. Por lo que, con permiso de aquel rubio, entré al área de máxima seguridad que manejábamos en aquel lugar y llegué a una celda custodiada las veinticuatro horas por varios Sigilosos.

Inoha Nóvikova me dio la bienvenida con su mirada verdosa, una que ya no indicaba esperanza, sino desesperación y mucho odio.

—Vaya que estás hecha una piltrafa, así te tengan en esta *suite* de lujo —me burlé.

Vestía ropa blanca, su cabello estaba largo y despeinado. La chica glamurosa que fue cuando se metió entre las sábanas de la cama de Daemon Pride White desapareció a los días de encierro. Tenía en el cuello unas cicatrices horribles y profundas que ella misma se hizo con sus propias uñas hasta casi arrancarse la carótida, pero Inoha juraba que se las hicieron en un sueño en el que también intentaron asfixiarla.

La habían tachado de estar perdiendo la razón cuando la atendieron para que no muriera desangrada, sin embargo, yo sospechaba que no se trataba de eso, debido a un prototipo de juego virtual que Connor y Evan desarrollaron (ambos eran Grigoris de la vieja escuela, mejores amigos de mis jefes y los ingenieros en sistemas de la organización) y el cual era capaz de meterse con la mente y hacer sentir todo como si se viviera de manera personal.

Mis sospechas nacieron porque la noche en que Inoha casi consiguió *suicidarse*, Cameron era quien la custodiaba y mágicamente un visor del juego virtual fue activado. Solo yo me di cuenta de ello y lo enfrenté, pero se excusó con que únicamente decidió jugar con su sobrino para no aburrirse, pues todo había estado tranquilo esa noche.

Su sobrino era Jacob Phillips, hijo de Connor y Jane (esta era hermana de Cameron). Un chico de la edad de Abigail, el mejor amigo de ella; quien hacía todo lo que la chica pidiera. Y fue bastante curioso haber visto a la pequeña de los Pride White muy furiosa y desesperada mientras su hermano atravesaba por los electrochoques gracias a lo que Inoha le hizo, pero luego un poco asustada tras la mención de que la tipa estuvo a punto de morir.

Y si mantuve ese hecho solo para mí fue porque no pensaba delatar a unos *niños* que, únicamente trataron de hacer lo que yo tanto anhelaba: matar a esa hija de puta.

—Tú, en cambio, eres una desde que te conozco —soltó regresándome al presente.

Estaba sentada, pero se puso de pie y llegó cerca de los barrotes que nos separaban.

—¿Quieres decírmelo más de cerca? Podría entrar a tu celda para que me lo repitas, mis compañeros estarían encantados de tomar unas horas de descanso mientras yo te cuido, ¿cierto, hermanos? —Ellos asintieron con una sonrisa divertida.

—¿Qué quieres? —preguntó con fastidio.

—Darte una noticia buena y otra mejor, ¿cuál quieres primero?

—Mientras más rápido te vayas, di la que quieras —bufó y me reí.

—Bien, la buena es que anoche intentaron salvarte. —Sus ojos brillaron sin que pudiera evitarlo. La pequeña chica añoraba su libertad de nuevo—. La mejor es que matamos a todos y ahora para que vuelvan a intentarlo… ¡Ufff! Pasará un buen tiempo.

Sonreí de lado cuando tomó los barrotes con fuerza y entendió que me hallaba ahí para burlarme de ella. Isabella Pride la dejó vivir a pesar de todo lo que le hizo a su hijo Daemon, pero estaba segura de que después de lo que se encontraba viviendo en ese encierro, la tipa hubiese deseado morir aquel día en mis manos.

Pero las dos tuvimos mala suerte esa vez, ya que ninguna obtuvo lo que tanto deseábamos. Sin embargo, era paciente y un día cumpliría mi deseo, mientras, lidiaría con mi castigo personal.

Nuevo trato

[Capítulo 6]

{Aiden}

Quise salir de casa antes de que Abby se despertara, intenté irme también sin decirles nada a mis padres, pero lo último me fue imposible; Daemon seguía tratando de hablar conmigo y pasé de él como la noche anterior. Podían juzgarme de insensato, insensible o lo que les diera la puta gana, sin embargo, solo yo era consciente de lo que sentía y pensaba.

Cuando D (como llamábamos a mi hermano) tomó decisiones que me lastimaron lo entendí y apoyé porque sabía que buscaba lo mejor para él, después de verse obligado a depender de nosotros desde que teníamos uso de razón, gracias a su bipolaridad; y yo siempre querría para mi alma gemela lo que le hiciera feliz o satisficiera.

A Abby igual, ya le había pasado muchos de sus caprichos, la apoyé en algunas locuras y la cubrí en otras porque era mi hermanita, mi consentida. No obstante, me harté de únicamente entender y comprender a los demás y que no me devolvieran lo mismo; era leal a los que amaba y estaba para ellos en todo momento y lugar, pero no los estaba encontrando cuando yo los necesitaba.

Así que, acababa de llegar la oportunidad de hacer todo por mí sin pensar en los demás.

—No actúes así sin saber toda la realidad —pidió mamá cuando ambos estábamos en la cocina al siguiente día de la emboscada que aquellos hijos de puta me hicieron.

—¿Y me la dirás? Así dejo de lado esta cara de culo que dices que cargo.

Ella negó, fastidiada, y al ver que no llegaríamos a nada, seguí preparando mi sándwich de mantequilla de maní y mermelada de manzana. Esa mañana dejé de lado el jugo, que era mi favorito desde que tenía uso de razón, ya que la noche anterior bebí demasiado y mi estómago no estaba para más de él.

—Si te digo que se irá porque no soporta estar cerca de un chico del cual se enamoró y no le corresponde, ¿lo entenderías?

Me reí sin gracia y con mucha burla.

—Tiene casi dieciocho años y decide dejar a su familia por un hijo de puta que, obviamente, no la merece —Bufé tras decir eso y madre chasqueó la lengua con hastío—. Pues no, no lo entiendo. —En ese momento le daba la espalda, pero pude sentir su mirada clavada en mi nuca —. Además, es una niña, no tiene edad para fijarse en chicos y tampoco el derecho de dejar a su hermano por culpa de uno.

Ya sabía que entonces yo era el dramático y que mi decisión de dejar a todos de lado se iba a la mierda, pero no quería que Abby se fuera por mucho orgullo que tuviera, no estaba preparado para dejarla ir tan lejos.

Sentí los brazos de mamá rodearme la cintura y apoyar su mejilla en mi espalda. Suspiré tratando de que no lo notara y dejé de untar la mermelada en la rodaja de pan.

—A veces olvido que, dentro de este enorme cuerpo, sigue habitando mi pequeño y sensible curioso. —Negué al escucharla—. Eres demasiado posesivo, amor, y ya tienes que entender que eso no te acarreará nada bueno, además, nunca te has enamorado y, por lo mismo, no puedes entender a tu hermana.

—No es solo eso, también está el hecho de que no me estás diciendo toda la verdad. —La sentí tensarse, estaba demasiado presionada a mí.

Me soltó, según ella con sutileza, y me giré para mirarla a la cara.

Yo más que nadie sabía el mundo al que pertenecíamos, tenía un pie dentro de las organizaciones, de la mafia blanca como también nos llamaban, y una noche antes volví a ser testigo de los peligros que corríamos, así que mamá no podía seguir tratando de ocultarme las cosas que pasaban a mi alrededor.

—Abigail no quiso verme después de que vino a casa contigo y un séquito de guardaespaldas, anoche noté su rostro cargado de maquillaje y ella no es de las que usan tanta porquería en la cara. Papá no se ve feliz; no es el típico consentidor de su princesa, y eso me dice mucho, también ha accedido a que se vaya cuando era uno de los que siempre estuvo reacio a separarse de su niña. Así que estoy seguro de que esa realidad de la que hablas es muy jodida y no entiendo por qué no me la dices.

—Tu curiosidad puede llegar a ser muy peligrosa —señaló y volvió al taburete en el que antes estuvo sentada—. Sabes que Abigail puede ser demasiado impulsiva, pero su decisión de irse a estudiar fuera del país no se debe únicamente a su desamor sino también a que tiene sueños y desea más libertad porque siente que la estamos ahogando —Era increíble lo que escuchaba y reí con ironía, aunque sin interrumpir a madre—. No obstante, cuando se lo comunicamos a Elijah, en efecto, se negó rotundamente ocasionando una pelea, tu hermana se fue a donde una amiga tras eso y la chica le tendió una trampa.

Empuñé las manos al escucharla sintiendo la molestia punzar en mi pecho, pero seguí en silencio porque sabía que la historia no terminaba ahí. Y no me equivoqué.

—Estuvieron a punto de violarla. —Mis ojos se abrieron de más, aunque la tranquilidad en la voz de mamá me contuvo el miedo y la ira; por supuesto que se escuchaba triste y también molesta—, pero su guardaespaldas pidió refuerzos y tu padre se encargó de ir a por ella. Abby se defendió como siempre le he enseñado y eso dio tiempo a que Elijah llegara antes de que lo peor pasara, y ya te imaginarás cómo acabó lo demás. Eso y el que tú hayas sido atacado anoche, ha hecho que él acceda a que su princesa se vaya lejos.

—Imagino que no quedó ninguno para contar el cuento, pero si es así, espero saber dónde está —respondí y mamá negó.

—Elijah procedió cómo debía y Sadashi se encargó de ayudarle. —Alcé la vista cuando mencionó a la asiática.

La noche anterior en la que me enteré de toda la verdad, no me sentó nada bien saber que la chica solo fingió conmigo, tampoco el que fuese ella quien tuviera que cuidarme, y no porque fuera mujer, sino porque, de cierta manera, me incomodó que supiera tanto de mí.

Lo último que me dijo antes de irse me dejó pensando demasiado, y si ya me sentía mal por mirar a Lane a la cara y actuar como si nada pasó con Leah, su novia, en ese instante me sentí el imbécil más miserable. Aunque nada de lo que hicimos con mi prima sucedió mientras estaba con él.

—Tú y padre confían mucho en esa chica —dije de pronto.

—Tanto como para permitir que ella te proteja, y después de lo que pasaron anoche, mucho más. Necesito a tu lado a alguien con quien sepas trabajar y luchar porque, más que tu guardaespaldas, será tu compañera. —Bufé con una sonrisa irónica cuando terminé de escucharla.

—*Mammina*[10], no sé si te has dado cuenta, pero esa asiática me atrae mucho y casi me la estás metiendo en la cama, así que no respondo —confesé y vi el enojo cambiar su hermoso rostro.

—¡Ni se te ocurra, Aiden Pride! No he puesto a Sadashi en ese lugar para que tú vayas y la

cagues de esa manera, así que te prohíbo que la veas como no se debe o te juro que soy capaz de cortarte los hu…

—Entonces debes relevarla, madre. Porque si me lo prohíbes la conviertes en algo más atractivo para mí —advertí antes de que terminara de amenazar a mis compañeros, el hogar de sus futuros nietos.

—¡Aiden, por Dios! Necesito a los mejores a cargo de ustedes y Sadashi es en la única que confío para que esté cerca de ti. No lo tomes como un juego, nada bueno sale de mezclar el trabajo con la pasión.

—Según tengo entendido, tú y papá comenzaron como compañeros y mira todo lo bueno que llegaron a hacer —le recordé y me miró, incrédula.

A veces le decía cosas solo por joderla y en muchas de esas ocasiones me gané una buena regañiza o un buen guantazo, pero ya me había acostumbrado.

—No nos compares, además, en nuestro caso fue distinto. En el de ustedes será solo para joder la situación. Sadashi no es una mujer sentimental y tú, a pesar de que te la lleves de cabrón, sientes demasiado rápido, hijo. No quiero que te dañen, y tampoco que dañes.

Eso era lo que me intrigaba de Sadashi, la dureza y frialdad que la caracterizaba me llamaba demasiado la atención.

—Mejor aún si es como dices, no nos costará dejar las cosas de lado cuando nos aburramos.

—¡Jesucristo, Aiden! No juegues con fuego —espetó, muy molesta.

La miré, sonreí de lado y le guiñé un ojo, luego cogí mi sándwich y le di una mordida antes de irme a mi habitación.

—Avísame cuando esa asiática esté aquí —pedí—, quiero empezar a quemarme —solté y solo alcancé a encogerme y cubrir la cabeza cuando cogió una banana del frutero y me la lanzó, haciendo que golpeara mi espalda—. ¿En serio, Isabella? ¿Una banana?

—¡Aggrr! Mejor vete antes de que me pongas peor y termine golpeándote de verdad.

Me fui porque sabía lo que seguía si continuaba jodiéndola y, aunque no iba a decírselo, podía estar tranquila porque, de momento, no pensaba hacer nada con esa chica. Primero, porque todavía estaba dolido por la verdad que lanzó en mi cara y, segundo, pues no me agradaba que insinuara que solo borracha se acostaría conmigo. Cabrón o no, tenía mi orgullo y esa engreída lo supo herir.

A mi cabeza llegaron de nuevo las palabras de madre respecto a Abby, y en ese instante hasta yo la quería lejos, ya que el atentado que me hicieron estaba a punto de desatar una guerra sin cuartel. Subí los escalones y entré en el pasillo que me llevaba a mi recámara y a la de mi hermanita. Decidí ir a la de ella y demostrarle que me tenía para cualquier cosa, pero justo cuando llegué a la puerta se abrió y vi a Leah salir vestida con un pequeño pijama.

La voz de la asiática resonó en mi mente casi como si fuese mi conciencia y tragué con dificultad.

Cazzo.

No sé qué demonios pensé tiempo atrás, cuando acepté acostarme con Leah luego de que, en su cumpleaños dieciocho, me confesara que había estado enamorada de mí sin importarle nuestros lazos sanguíneos, pues su difunta madre y la mía eran hermanas. Y tampoco culparía a mi prima, ya que yo no era ningún chaval y, así la primera vez que follamos fue porque ella se me insinuó, cuando nos fuimos a unas pequeñas vacaciones a Siena (Italia) con mis hermanos y nuestros primos, fui yo quien la buscó.

Ambos nos metimos en una situación complicada en la que Leah terminó más enamorada de mí; y yo fui un canalla que jamás dejé de amarla como prima, aunque me la follé como la mujer

hermosa y sensual que era. Y, a pesar de que cuando mis padres nos descubrieron (e incluso estuvieron de acuerdo en apoyarnos si queríamos algo serio, pero me negué porque me di cuenta de mi error), decidimos que nuestra aventura se quedaría únicamente entre nosotros cuatro y ya habíamos aprendido a superarlo (o eso quería creer); en días como este, después de que una asiática insufrible me dijera las cosas en la cara, me sentía una mierda por no haber parado las cosas a tiempo.

—*Gracias al cielo sigues aquí, pensé que ya te habías ido.* —Leah se escuchó muy aliviada en cuanto me vio y habló en italiano, ya que tanto ella como mis hermanos y yo nos sentíamos cómodos hablando nuestro idioma natal—. *Por cierto, Abby está dormida, así que creo que es mejor que la dejes descansar, anoche le costó demasiado dormirse.*

—Está bien —cedí, tenía razón. Después de lo que pasó era mejor que descansara.

Decidí seguir mi camino sin decir nada más y me fui a mi habitación para terminar de recoger mis cosas, pero me tensé cuando la puerta se abrió y cerró.

—¿Qué te sucede? Estás muy raro. —Leah me había seguido y solo pude pensar en Lane.

—Sabes que no es buena idea que vengas a mi habitación, mis padres están en casa y si suben, nos escuchan y ven la puerta cerrada, vamos a meternos en miles de problemas.

Sí, junto a mis progenitores quedamos en que ese sería un secreto que jamás saldría a la luz, pero nos advirtieron que debíamos mantener una distancia prudente. Sin embargo, con los días nos dimos cuenta de que ellos seguían con sus alertas y desconfianza, lo que no nos sentó bien, aunque éramos conscientes que nosotros nos lo buscamos y, quisiéramos o no, nuestra relación fraternal se jodió.

Vi la tristeza en el rostro de Leah tras lo que dije y abrió la puerta un poco, también la noté apenada y supe que eso fue por mi forma de hablarle.

—No quise hablarte así, es solo que me pone nervioso esta situación. No quiero volver a estar mal con padre.

—Lo sé, Aiden. Sé que jodí todo cuando…

—Leah, ¿nunca has pensado en decirle a Lane lo que pasó entre nosotros? —Corté sus palabras con mi pregunta y la sorpresa fue evidente en ella.

—Quedamos en que el pasado será un secreto, en que nos olvidaríamos de lo sucedido y seguiríamos adelante. Y no, no he pensado en decirle nada, ya que no ocurrió estando él y yo juntos; tú y yo éramos libres, y así como Lane tiene un pasado que respeto y no deseo saber, yo tengo el mío.

—Ya, pero en mi caso es distinto, él es mi mejor amigo y siempre dijimos que no nos enrollaríamos con alguien que ya había estado con uno de nosotros en plan serio y, aunque tú te salgas de ese contexto, eres mi prima y, créeme, mirarlo a la cara cuando habla de ti se siente feo.

Se sentó en la silla del escritorio y soltó todo el aire que estaba reteniendo; ellos estaban bien, se llevaban de maravilla y sabía que no existía ningún otro tipo que mereciera estar a su lado, pero, como dije antes, Sadashi tocó un punto que me hizo sentir vergüenza de mí mismo.

—¿Cómo reaccionarías si fueras tú en su lugar? —preguntó y me miró a los ojos.

Me imaginé siendo Lane. Lo conocía a la perfección y era consciente de que, por muy correcto que quisiera ser, terminaría dejándola y mandándome a la mierda. Años de amistad se tirarían por la borda y de seguro Leah perdería al único hombre que todos aceptábamos como su pareja.

¡Joder! Si Lane ya hasta se había ganado a Dominik, el padre de Leah, y Fabio (su tío) estaba a punto de aceptarlo, el cabrón hacía todo lo posible por ser el mejor para Leah y no valía que yo le arruinara todo el esfuerzo.

—Cuando pasó lo que pasó, no sabía que Lane pretendería algo conmigo, tampoco tú; su interés por mí se vio después de que tú y yo estuvimos juntos y acepté ser su novia hasta que todo se aclaró, así que no lo he engañado, y si le oculto mi pasado es porque es mío y tengo derecho a guardármelo, como él se guarda el suyo. Y no voy a pedirte que no le digas nada, ya que respeto tu amistad con él, solo te pido que me avises cuando pienses hacerlo para estar preparada.

Me acosté en la cama, dejando mis pies en el suelo, y miré al techo; me sentí egoísta porque quería desahogar mi conciencia, pero eso jodería una relación estable y también mi amistad con uno de los que consideraba mi mejor amigo.

—¿Lo amas? ¿Estás enamorada de él? —pregunté sin dejar de mirar el techo.

Arriesgándose a ganarse un sermón, se acercó a la cama y tomó la misma posición que yo.

—Ya casi no pienso en ti de la forma en que lo hacía antes y he comenzado a sentir mariposas en el estómago cada vez que lo voy a ver. Sabía que con él las cosas no pasarían así de la nada como sucede en otros casos, porque lo que sentí por ti fue de verdad, pero, así sea poco a poco, Lane se me va metiendo entre los huesos y me ilusiona mucho pensar en un futuro a su lado.

Su respuesta fue suficiente para tener claro que ella también fue mi pasado y eso era solo mío, ya lo sabían suficientes personas y no tenía por qué sacarlo a la luz, no era mi derecho joder la ilusión de Leah y el amor que estaba seguro de que Lane sentía por ella.

—Creo que solo lo aceptaré a él como tu novio. Veo que te hace feliz y ojalá lo llegues a amar como estoy seguro de que él te ama a ti. Así que no la cagues, Leah —advertí y nos miramos—. Somos un pasado que nunca debe salir a la luz y en eso creo que estamos de acuerdo los dos y mis padres. —D también lo supo porque siempre fue muy intuitivo y apoyó que lo calláramos, pero todo pasó antes de que se sometiera a la electroconvulsión y perdiera muchos recuerdos.

Y siendo sincero no quise tocar ese tema con mi clon, como lo llamaba además de copia, a pesar de que sospechaba que él no olvidó lo que tuve con nuestra prima. Y si Daemon tampoco abordaba ese tema era porque me respetaba y pensaba igual que yo: ese era mi pasado.

Leah asintió luego de lo que le dije y la vi aliviada.

Sadashi me hizo sentir mal, pero Leah logró lo contrario después de hablar, puesto que, al final, solo nosotros sabíamos las razones de llegar a lo que llegamos.

Cambiamos de tema después de eso y me dijo que se iría conmigo para Virginia Beach, el verano al fin había llegado y sus clases acabaron; a nosotros todavía nos quedaba una semana para terminar la Universidad y prepararnos para nuestra graduación, pero eso ya no era impedimento para disfrutar del sol, la playa, la arena y las chicas, aunque cuando vi a Sadashi antes de emprender nuestro camino recordé mi maldita apuesta y me enseñaron siempre a cumplir mis tratos.

—¡Mierda! —murmuré. Estar un mes sin follar sería una tortura.

Sadashi me miró cuando dije eso, mamá acababa de decirnos que viajaría conmigo en el mismo coche y no sabía si fue por mayor seguridad o porque Leah también me acompañaría. Si era por lo último, me hacía sentir molesto, mas no podía quejarme, ya que mis acciones me llevaron a perder la confianza de mis padres.

—No creas que para mí es agradable esta situación. Me siento tan molesta como tú, pero debo seguir órdenes. —La miré, sorprendido cuando espetó aquello, entendió todo mal.

—No dije eso porque vas a viajar conmigo, en serio, necesitas bajarle dos rayitas a tu antipatía hacia mí —solté con fastidio.

Iba a decir algo, pero Leah llegó toda emocionada por irnos, imaginé que lograr que Dominik la dejara irse sin poner peros, influía en su buen humor.

Al parecer, Sadashi no estaba al tanto de nuestra acompañante y cuando Leah la saludó, únicamente asintió, seria; desde que llegó a nuestras vidas y se dejó ver, fue así con mi prima, su actitud dejaba entrever que no le caía bien. Leah insistió en que la asiática viajara como mi copiloto, pero esta última se negó y se instaló, muy cómoda, en la parte de atrás.

Exhalé un largo suspiro antes de subir, ese viaje estaba a punto de tornarse más que incómodo.

Y no me equivoqué, el camino fue más largo de lo normal; Leah cuando quería podía ser más parlanchina que yo e intentaba sacarle conversación a Sadashi, quien solo respondía con monosílabos y, por último, decidió echarse una siesta para evitar a mi prima. La miraba a cada momento por el retrovisor y admiré que se viera tan en paz con los ojos cerrados y tan molesta en cuanto los tenía abiertos.

—*Creo que no le caigo bien* —susurró Leah en italiano.

—*No me digas* —ironicé y ella sonrió.

—*¿Por qué viaja con nosotros?*

—*¿Eres consciente de que puede estar haciéndose la dormida y nos escucha?* —inquirí y de nuevo volví a mirar a la asiática por el retrovisor, pero su expresión no cambió.

No sabía si comprendía por completo el italiano, pero entendía mucho.

—*Sí y también soy consciente de que si le pregunto a ella no me responderá.*

Mis padres fueron claros al pedir que mantuviéramos todo en secreto, pues hasta ese momento las chicas no sabían nada de las organizaciones, incluso mi hermano llegó a olvidar esa información, aunque se lo confesaron luego para que no fuera vulnerable por desconocer el mundo que nos rodeaba.

Por los espejos laterales del coche noté que tres autos me seguían y reconocí que eran los refuerzos que tendría tras mi culo por el resto de mi vida, ya que sabía que la situación no cambiaría, pues detrás de un peligro, llegaría otro.

—*Es protegida de mamá y quiere que pase el verano con nosotros para que no se aburra, además, sabes que estamos a punto de graduarnos y tenemos planes de formar una pequeña empresa con Dasher y Lane; ella será parte de nuestro equipo de trabajo.* —No le estaba mintiendo del todo, pues Sadashi estaría cuidándome por un buen tiempo.

—*Lane me ha hablado de los planes que tienen, creo que me he emocionado hasta yo. Cuando termine mis estudios espero poder unirme.* —Sonreí al escucharla.

Al principio, Daemon también formaba parte de ese plan, pero, después de todo lo que pasó, las cosas cambiaron y la vida lo alejó de nosotros. Se había atrasado un año y se graduaría al siguiente, aunque ya se estaba haciendo cargo de la compañía de construcción de mamá, en California, con la ayuda de tío Elliot. Por mi parte, junto a Dasher y Lane nos convertiríamos en socios y, así los planes que teníamos fueron ambiciosos, nuestros padres nos apoyaron y nos prestarían el capital para iniciar una empresa de remodelación.

—*Espero que, para ese momento, ya hayamos crecido y seamos una compañía grande* —deseé.

—*Verás que sí, yo creo en ustedes.* —Llevaba la mano puesta en la palanca de cambios y Leah me la tomó en señal de apoyo, pero me solté de inmediato y la llevé a mi cuello para disimular, aunque me salió muy mal—. *Solo buscaba apoyarte como primo, Aiden. No actúes como si tocarnos fuera un pecado porque ni cuando…*

Se detuvo en cuanto ambos escuchamos que Sadashi carraspeó. Me sentí demasiado

estresado y más cuando nos miramos con la asiática por el espejo y noté en su mirada un poco de burla.

—Detente, por favor —pidió de pronto y busqué la orilla de la carretera. Los coches que nos seguían también se detuvieron.

—¿Necesitas orinar? Porque, si es así, pronto pasaremos por un área de descanso y podrás ir al baño. Tranquila, yo también necesito ir —habló Leah, intentando despistar a Sadashi de una situación de la cual fue muy consciente.

—No, solo quiero un poco de aire fresco y cambiar de coche. Es incómodo ir aquí con ustedes sabiendo que tienen muchas cosas de las cuales hablar.

—Sadashi —la llamé y bloqueé las puertas.

—Lo que escuchaste no es lo que parece —quiso aclarar Leah. Negué, ya que no tenía ni idea de todo lo que Sadashi sabía.

—Yo no supongo solo por lo que escucho y tampoco me importa lo que veo, simplemente, me siento incómoda viajando con ustedes, y más si después, por algún motivo, algo de este viaje llegue a oídos de los señores Pride y me culpen a mí. Así que quita los malditos seguros y déjame salir.

—¿Le dirás algo a madre? —La pregunta salió de mi boca sin pensarlo.

No hicimos nada malo con Leah, pero no quería que se nos juzgara hasta por lo que hablábamos.

—Abre la maldita puerta.

Leah nos miró y decidí ceder, ya que había cosas que no quería que ella se enterara.

Sadashi salió pitando del coche y la seguí sin poder evitarlo, no necesitaba más problemas en mi vida, pero ella me los podía ocasionar si informaba mal lo que sucedió en mi conversación con Leah.

—¡Espera! —pedí y la tomé del brazo cuando ya estábamos a mitad del camino entre mi coche y el de los guardaespaldas.

—No le diré nada a tus padres, Aiden —aclaró y se soltó de mi agarre—. Despreocúpate porque no soy una bocazas, y espero que lo entiendas pronto, ya que me estoy hartando de que insinúes cosas que no son. Les informo solo de movimientos que te puedan poner en peligro, lo demás me importa un carajo, y si tu madre supo de lo tuyo con esa chica fue por un imbécil que quiso ganar puntos extras, pero créeme que recibió su castigo.

En ese instante comprendí que su molestia se debía a que yo la creía culpable de que todo saliera a la luz, o más bien de que insinuara que era una chivata. Tras decir eso se fue al otro coche y solo me quedé mirándola hasta que se subió en él. Maldije y volví a mi auto, me puse en marcha y callé a Leah cuando quiso saber si Sadashi diría algo.

El viaje pasó de incómodo a pésimo.

Cuando llegamos a casa, Lane salió para recibir a su novia y ayudarle con la maleta, estaba muy entusiasmado de tenerla ahí con él. Sadashi llegó en ese instante y se estacionó cerca. Mi intención era ayudarla y pedirle que hiciéramos un nuevo trato para intentar llevarnos bien, pero justo cuando Lane la vio, dijo algo que jamás esperé escuchar.

—¿Eres tú de nuevo? —Sadashi abrió sus ojos más de la cuenta cuando lo escuchó.

—¿Se conocen? —pregunté y Lane sonrió de lado.

—¿Recuerdas a la chica misteriosa con la que Daemon se acostó en la última fiesta que tuvimos aquí, cuando él todavía no se sometía a los electrochoques?

No. Me. Jodas.

Eso no podía ser cierto.

Los tres nos intrigamos tiempo atrás cuando nos enteramos de que mi copia se folló a una chica misteriosa y hasta la dejó dormir en su cama cuando eso solo se lo permitió a la maldita rubia que le hizo mierda la vida. Y el hecho nos llevó a creer que era especial porque Daemon se negó a aclararnos algo y nos dejó pensar lo que quisiéramos.

Ya luego pasó lo de su tratamiento y dejamos todo en el pasado, hasta ese momento.

—Pues la tienes frente a ti. La vi salir ese día de la recámara de D muy feliz, jamás olvidaría su rostro. —Me quedé esperando a que Sadashi negara todo.

Pero únicamente me quedé así, esperando.

¿Estabas borracha?

[Capítulo 7]

{Aiden}

Sadashi tomó sus cosas y siguió su camino como si estuviera a punto de entrar en su casa. Lane la miró, intrigado, y Leah me observó a mí con pena por lo que su novio acababa de soltar. Todo cambió en ese instante y madre podía estar tranquila desde entonces, ya que, si algo me alejaba de una mujer, era que mi hermano se la hubiera follado antes.

—¿Se va a quedar con nosotros? —Quiso saber el bocón y negué por su reacción de sorpresa.

—Y dormirá en la habitación de D —agregué con ironía para seguir alimentando su morbo.

La situación era algo que a Lane le causaba mucha gracia, según veía.

—Con razón no pidió que la guiaran, si ya la conoce a la perfección —soltó y reí sin gracia.

—Amor, ¿estás seguro de lo que dices de ella y D? —No sé por qué Leah hizo esa pregunta, pero me intrigó la respuesta.

—Tanto como que me llamo Lane y soy el amor de tu vida —dijo para luego darle un beso.

Miré hacia otro lado y me sentí extraño de presenciar semejante acto, nunca me acostumbraría a que una de mis chicas estuviera de novia y sabía que eso me pasaría con todas las mujercitas de mi familia. No era por razones pasadas, se trataba más bien de sobreprotección.

—Un rato después de que D nos comentara que la dejó durmiendo en su habitación, subí a la mía porque mi móvil se estaba quedando sin batería. Sabes que queda frente a la que ahora será la recámara de esa chica, y la vi salir de allí, se estaba acomodando el cabello y sonreía mientras negaba por algo. No hay necesidad de ser tan inteligente como para deducir que era la chica misteriosa de la que tu hermano nos habló —contó, como si el suceso fuera para no olvidarlo jamás, respondiendo a la pregunta de Leah y sacándome a mí de la duda.

Decidí terminar de llegar a casa después de eso y subí a mi habitación, por supuesto que Lane quería saber más acerca de la razón por la que Sadashi se quedaría con nosotros y dejé que Leah le informara lo que yo le dije a ella durante el viaje. Mi amigo tenía mi confianza, pero no iba a contarle el verdadero motivo de nuestra inquilina para acompañarnos, era mejor que ignorara ciertas cosas.

Cuando entré en mi recámara lancé la bolsa de viaje cerca del *clóset* y encendí mi portátil, necesitaba despejar la cabeza de todo lo que sucedía y únicamente lo lograría escribiendo.

Había comenzado con ese hábito luego de lo sucedido con Leah y Yuliya, y terminé escribiendo un poco de mi historia. La primera parte ya casi la terminaba y en ese instante mis dedos e imaginación volaron, haciéndome viajar a un pasado que quería plasmar en papel como una enseñanza de lo que no debía volver a hacer, de los errores que me enseñaron a mejorar y los sucesos que me marcaron y adentraron en un mundo que solo leí en libros.

—¿Me estás escuchando?

—¡Joder! —grité cuando escuché a Sadashi. Me llevé la mano al pecho y la miré, asustado; ella quiso esconder una sonrisa, pero le resultó imposible—. Vas a terminar matándome si apareces así siempre —me quejé.

Cerré el portátil cuando me percaté de que su mirada estaba puesta en la pantalla.

—He tocado varias veces y no respondiste y, estando en la situación en la que estamos, no puedo fiarme ni dentro de esta casa. Quería asegurarme de que estabas bien y entré sin que me

invitaras.

Usaba unos *leggins* negros que se acentuaban demasiado en sus curvas y las hacía lucir más voluminosas, la cinturilla llegaba arriba del ombligo y lo noté gracias a que su playera estaba cortada para solo cubrir sus pechos; era holgada, pero le daba un aspecto desenfadado y sexi. Todo lo que usaba era de color negro y su cabello, que estaba más corto que cuando la conocí, lo llevaba en una coleta.

Sadashi no usaba maquillaje, o eso noté todas las veces que la vi, pero la naturaleza le dio unos labios gruesos y rojos muy exquisitos, su piel siempre estaba tersa y el lunar que tenía cerca de su ceja izquierda llamaba mucho mi atención. Era muy cuidadosa con sus pestañas y algo se hacía, pues vi a muchas asiáticas en mi vida y no las tenían tan largas y rizadas como las suyas.

Carraspeó para llamar mi atención de nuevo, era fácil perderla cada vez que la veía. Era pequeña y delgada, pero con las curvas suficientes para que mi cabeza de arriba dejara de pensar y la de abajo se activara. Me costaría dejar de verla así.

—¿Viniste solo a ver si estoy bien?

—Claro que no, pasé a avisarte que estaré entrenando un rato. Sé que tienen un mini gimnasio en la cochera y lo aprovecharé cuando pueda, si no les molesta a tus amigos y a ti.

—Úsalo cuando quieras, normalmente preferimos ir al gimnasio de Evan —la alenté.

El amigo y compañero de mis padres tenía una cadena de gimnasios y uno de sus locales nos quedaba bastante cerca, así que nos gustaba ir allí porque él los adecuó con todos los implementos que necesitábamos para seguirnos entrenando en nuestras artes marciales.

D y yo comenzamos nuestro camino en diferentes artes de defensa y disciplina desde que teníamos tres años, las convertimos en parte de nuestras vidas, por lo que se nos era difícil estar sin practicar por mucho tiempo.

—Bien, avísame si piensas salir para estar lista —pidió Sadashi y asentí.

Comenzó a irse, su culo se veía precioso con esa tela de panal con la que estaban tejidos sus *leggins* y, aun con esa distracción, le hice una pregunta que me estaba rayando la cabeza.

—¿Estabas borracha? —Se detuvo al escucharme y me miró, sin saber de qué hablaba—. Cuando te acostaste con D, ¿estabas borracha?

Se rascó la nuca y sonrió divertida.

—¡Diablos, niño bonito! En serio debes aprender a no suponer, a no creer todo lo que te dicen y a controlar tu curiosidad.

—Responde —pedí y me miró con dudas.

—¿Por qué es importante para ti saberlo? ¿Qué cambiará si respondo a eso?

—Quiero comprobar si solo es conmigo que te acostarías estando borracha, si yo soy esa excepción que no quieres cometer.

—No sigas insistiendo con eso, nada pasará entre nosotros.

—Ya no insistiré. Si te acostaste con D eres intocable para mí.

—¿Código de hermanos? —preguntó con burla.

—Míralo de esa manera o como que no me gusta repasar lo que él toca, pasa también con las chicas que han estado antes conmigo, se vuelven intocables para él. Ya sabes, compartimos la sangre y el físico, no las mujeres.

La burla desapareció en ese instante de sus ojos. Solté una estupidez, y lo aceptaba, pero verla tan altanera me cabreaba.

—No estaba borracha cuando entré a su, entonces, habitación, pero me emborraché un rato después. Bebimos juntos, de hecho. ¿Es suficiente respuesta para ti?

Si alguien quería saber cómo dañar el orgullo de un hombre, que le preguntaran a esa mujer

que estaba frente a mí, ya que sabía hacerlo muy bien.

—No saldré. Me quedaré aquí hasta mañana, así que haz lo que quieras —farfullé y me giré de nuevo hacia mi *laptop*. La abrí y esperé a que se fuera.

Cuando escuché la puerta cerrarse, apreté los párpados unos segundos y negué.

Odiaba dejar pasar una oportunidad y no poder estar con alguien que me atraía como lo hacía Sadashi, pero dije que no tocaría a ninguna mujer que hubiese estado con Daemon y pensaba cumplirlo.

____**____**

Me reía de algo que Leah dijo, había bajado a la cocina para comer y la encontré tratando de preparar sushi. Lane fue a la tienda a por algunos ingredientes que les hacían falta y ella estaba luchando para que los rollitos de arroz le quedaran perfectos. Quería impresionar a su chico, pero las cosas no le estaban saliendo como quería.

—Inténtalo tú —me animó y se hizo a un lado.

Me había burlado de ella por un buen rato y ya comenzaba a cabrearse, por eso terminó retándome.

—¿Si recuerdas que madre nos envió a D y a mí a un curso de cocina?

—Sí y también recuerdo que tú terminaste aprendiendo a hacer postres y D las recetas difíciles de los platillos principales porque eso no se te daba bien.

—Las difíciles, eso no significa que no pueda hacer las fáciles, y el sushi lo es —me defendí.

—Ya, ayúdame entonces. No quiero que Lane llegue y yo no haya hecho ni siquiera un maldito rollo de arroz.

De verdad buscaba impresionarlo y me apiadé de ella al verla tan desesperada. Sonrió cuando me vio lavarme las manos y ponerme el delantal, también alzó una ceja al verme tan dedicado a lo que iba a hacer. Me acerqué a ella y le di un golpecito en su costado con mi cadera, se estaba divirtiendo al observarme en plan profesional.

—Mira y aprende —sugerí y le guiñé un ojo.

—Fanfarrón —bufó.

Pero hizo lo que le pedí y estuvo ahí mirando atenta y acercándome cada ingrediente que necesitaba. Nos habíamos alejado demasiado, aunque justo en ese momento, y gracias a que sus habilidades culinarias no eran tan extensas, volvimos a ser Leah y Aiden, aquellos primos que estaban juntos siempre, en las buenas, en las malas y las peores; los hermanos por decisión y los compañeros de batallas que dijimos que seríamos para toda la vida.

Un rato más tarde teníamos toda una variedad de sushi ordenados y decorados en sus platos. Al final, agradecía aquel castigo de madre, ya que fue por eso que nos metió a aprender a cocinar.

D y yo atravesábamos por una etapa en la que nos quejábamos por todo lo que se nos daba de comer y exigíamos siempre algo diferente, mamá se cansó y al siguiente día estábamos inscritos en un curso culinario que impartían cerca de casa, allá en Italia. Nos dejó claro que si no nos gustaba nada de lo que se nos daba y éramos tan malagradecidos con las personas que trabajaban para nosotros, tendríamos que cocinar nuestra propia comida y así complacernos nuestros caprichos.

No podíamos creer que nos hiciera eso y nos quisimos negar, pero bastó una *plática* de padre para ir al siguiente día de buena gana a nuestro primer gran día. Al final del curso terminamos graduados como los mejores y también nos *comimos* a varias compañeras.

Todo había que decirlo, y claro estaba que aprovecharíamos las oportunidades donde quiera

que se nos presentaran.

—¡Joder! Esto está delicioso, nena, y a ti te quedaron riquísimas las salsas. —Me reí ante el halago de Lane.

Leah sonrió con timidez por la pequeña mentira y le cogí la mano por debajo de la mesa para que se animara. No tenía nada de malo que quisiera impresionar a su novio y mis clases debían servirle para volverlo a hacer ella sola en otra ocasión. Según Lane, yo únicamente preparé las salsas cuando él llegó con los ingredientes.

—Sí, cariño. Lo has hecho como toda una profesional. Deberías probar mañana con otro platillo… ¡Auch!

Me reí por lo último, Lane solo miró a Dasher sin entender lo que pasaba o por qué se quejó. Nuestro primo nos había encontrado cocinando y fue testigo de la mentirilla que montamos, pero quería jugar con eso y, al estar sentado cerca de Leah, recibió su merecido por impertinente.

—No te voy a cocinar a diario, tienes que aprender a preparar tu comida —lo regañó ella.

—Bien, enséñame a hacer algo delicioso y déjame impresionar a Bárbara, la traeré a cenar para que la conozcas.

Bárbara era la chica que mantenía a Dasher fuera de casa en los últimos días, era su compañera y, al parecer, lo tenía muy entusiasmado, tanto como para llevarla a cenar.

—Esa chica es más importante para ti de lo que demuestras —señaló Leah y tanto Lane como yo coincidimos.

Seguimos cenando y poniéndonos al día en todo, ya Lane y Dasher estaban al tanto de Sadashi y este último hasta subió para invitarla a cenar con nosotros, pero se negó con la excusa de que no tenía hambre. Los veía con un trato especial hacia ella y explicaron que se debía a que fue especial para Daemon. Tal vez solo estuvieron juntos una vez, o a lo mejor siguieron después de esa fiesta, pero jamás lo sabríamos, ya que mi clon no lo recordaba y preguntárselo a la asiática no era una opción.

—Deja, nosotros los lavamos —propuso Lane cuando estaba llevando los platos al fregadero.

Terminamos de comer y, tras conversar y contarles que Abby se iría por culpa de un imbécil al que no podía superar, todos decidimos irnos a la cama; Dasher se excusó por no ayudar a recoger la mesa, puesto que de pronto dijo que comió demasiado y no se sentía bien. Mi intención era colaborar en lavar los platos, pero, al parecer, Lane buscaba más tiempo a solas con Leah.

—Bien, solo ten cuidado con lo que haces ahora que los dejo solos.

Alzó las manos y sonrió de lado.

—Soy un ángel y esperaré hasta el matrimonio. —Negué en respuesta y me di la vuelta para irme.

Encontré a Leah en el comedor con un plato de comida y una copa de vino. Alcé la ceja, un tanto sorprendido, pues comió demasiado y era increíble que todavía tuviera hambre.

—Deberías llevárselo a Sadashi, no creo eso de que no tenga hambre —recomendó y negué.

—Ya la conoces un poco, no tengo ganas de lidiar con los desprecios de esa engreída —repuse, pero puso el plato y la copa de vino en la mesa y se cruzó de brazos.

—Vi tu reacción cuando Lane mencionó lo de D —susurró.

—¿En serio? ¿Vas a sacar ese tema ahora mismo?

—Te gusta, y no considero justo que la desprecies únicamente porque se acostó con tu hermano. —Me reí, satírico—. Me pongo en su lugar y sentiría horrible que Lane ya no quisiera seguir conmigo solo porque… tú sabes por qué.

Pude ver que solo pensar en eso la hería.

—Tú lo quieres, Sadashi por mí solo siente desprecio, así que no la consideres —aclaré y, sin que se lo esperara, besé su mejilla—. *Buona notte*.[11]

Miré la comida, pero la dejé donde estaba.

Si bien no debía actuar de esa manera, tampoco tenía ganas de ser bondadoso con una chica que demostraba, cada vez que quería, lo mal que le caía.

____****____

Al día siguiente me desperté temprano para ir a la Universidad y cuando bajé a la cocina por una botella de jugo, Sadashi ya estaba lista, bebiendo un poco de café. El negro era su color favorito y lo vestía casi a diario, pero le quedaba muy bien.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió y la noté un poco extraña.

—Olvidé algo, voy a por ello a mi recámara y luego nos vamos —dije, recordando que no llevaba una ficha que debía presentar con la información para mi graduación.

Ella asintió y comencé a caminar de regreso a mi habitación, pero me detuve en seco al escucharla hablarme.

—Gracias por la cena de anoche. No era necesario que la enviaras con tu prima, pero agradezco el gesto. —Bufé, irónico. A Leah le encantaba hacerme bromas pesadas.

—De nada, deduje que eso de no tener hambre fue solo una excusa —solté sin desmentir a la entrometida de mi prima.

—Me siento extraña, la verdad. Creo que era mejor para mí cuando trabajaba desde las sombras —confesó.

Me puse en su lugar por unos instantes y la entendí, mas no le dije nada, solo seguí mi camino y en cuanto estuve listo nos fuimos a la Universidad.

Todo se manejó entre nosotros como una relación profesional y el tiempo transcurrió de esa manera, algunos días hablamos acerca de los Vigilantes y mi interés personal en Demian Sellers (el secuestrador y asesino de Yuliya, además del compinche de Inoha para joder a Daemon), otros solo callaba, por mucho que me costara, y me limitaba a hablarle cuando era necesario.

Como madre ordenó, esa chica era mi sombra y se movía con cada paso que yo daba; admito que hice alguna que otra cosa para ponerla nerviosa o ver hasta dónde llegaba siguiéndome, y de seguro lo notó, puesto que actuó segura para demostrarme que no la intimidaría.

El jueves madre me llamó para asegurarse de que estaría presente al día siguiente en la despedida de Abby y ese mismo día por la tarde recibimos una visita que no esperaba. Todos estábamos en la sala, Lane propuso que viéramos una película juntos y Dasher invitó a Bárbara, la chica se llevó de maravilla con Leah desde el primer segundo en que se vieron y juntas arrastraron a Sadashi para que nos acompañara.

Ella era un hueso duro de roer y cuando decía no, no había poder alguno que la convenciera de lo contrario, hasta que Bárbara y Leah unieron sus fuerzas y terminaron siendo más fuertes que su voluntad.

Esas chicas se ganaron mi respeto al lograr tal cosa.

De vez en cuando nuestras miradas se cruzaban y, aunque su seriedad persistía, cedía por momentos ante las locuras de las dos chicas que la acompañaban, mientras preparaban palomitas de maíz y otros bocadillos para picar, y le robaban una que otra sonrisa. Era una mujer muy diferente cada vez que dibujaba aquella mueca en su rostro y estaba seguro de que deslumbraba a más de uno cuando reía de verdad.

—Es en serio, beso sin enamorarme, escucho sin llegar a creer y abandono antes de que me

abandonen. Ustedes deberían ser iguales y les aseguro que se ahorrarían demasiado —soltó de pronto ante algo que Bárbara y Leah le dijeron. Dasher y Lane también la escucharon aconsejar a sus citas.

—Tan bien que comienzas a caerme y sales con eso, asiática del demonio —le gritó Dash.

—Solo intento prepararlas ante cabrones como ustedes —se defendió y encogió los hombros.

—¿De verdad eres capaz de todo eso? —quiso saber Lane—. ¿No tienes novio? ¿O esperas por un gruñón en especial? —Negué ante lo último. A veces era más indiscreto que yo.

Sadashi lo miró con burla al entender por qué lo dijo.

—¿Alguien mencionó a un gruñón?

Aquella voz y pregunta nos sacó de nuestra conversación y miramos al dueño. Daemon estaba parado bajo el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa socarrona.

—¡Viejo! Al fin te dignas a venir a vernos. —Dasher fue el primero en reaccionar y se puso de pie para ir a saludarlo con apretón de manos y un abrazo.

Mi clon había recuperado su peso, el gris miel de sus ojos brillaba, su cabello estaba recién recortado y se notaba como un Daemon nuevo, uno con luz en su vida. Nada que ver con la sombra que quedó después de dejar entrar a Inoha a su vida y terminar borrándose la memoria para conseguir volver a tener ganas de continuar viviendo.

Lane se fue a saludarlo también y, tras él, Leah corrió para colgarse de su cuello y besar sus mejillas como loca. D decía que odiaba tal cosa y nuestra prima, como siempre, hacía lo que nos molestaba, pero logré ver una sonrisa en mi copia, que intentó ocultar sin éxito.

Era increíble estar juntos de nuevo, como en los viejos tiempos.

—Creí que te vería mañana, en casa de nuestros padres —comenté cuando fue mi turno de saludarlo con un fuerte abrazo.

—No respondiste a ninguna de mis llamadas, así que decidí venir a patearte el culo antes. —Ambos nos reímos.

—¿En serio te arriesgarás a intentarlo? —satiricé y me miró, fanfarrón.

—Tengo trucos nuevos —aseguró y volví a abrazarlo.

Era una versión mejorada de mi hermano gruñón; mantenía su esencia, pero aquella oscuridad que tanto lo abrumó en el pasado ya no estaba presente y no había nada que me hiciera más feliz.

Dasher se acercó, emocionado, para presentarle a Bárbara, porque como ya habíamos notado, las cosas entre esos dos iban serias. Con Daemon teníamos la habilidad de intuir lo que nos decíamos con la mirada y asentí para asegurarle que, al igual que él, yo también me sorprendía de ver a nuestro primo así.

—Y esa gruñona de allá es Sadashi. La conociste muy bien en el pasado —añadió Dash con picardía cuando ella intentaba marcharse sin que nadie la viera.

Daemon la miró y noté que por un segundo cerró los ojos. A ella no le agradó el tono con el que mi primo la presentó, pero lo dejó pasar y se quedó observando a mi hermano. Ese fue un momento que deseé no haber presenciado.

—Tengo leves recuerdos de ti —confesó Daemon y, aunque sonreí satírico, también sentí miedo. Me debatí en si era bueno o malo que comenzara a recordar su pasado y todos ahí creo que pensaron lo mismo, a excepción de Bárbara, que era ajena a nuestras vidas. Sadashi no sabía cómo reaccionar—. Eres la loca asiática —soltó.

—Y tú el gemelo cabrón —respondió ella.

Daemon sonrió.

—Te dije que ella fue especial para él —susurró Lane a Leah, pero también lo escuché yo. En ese instante no supe qué sentir, si miedo o decepción.

Un poco de hielo

[Capítulo 8]

{Aiden}

La tensión en el ambiente fue palpable, al menos yo lo sentí así.

—No te recuerdo a la perfección, pero, para que me llames así, algo interesante debió suceder —dedujo Daemon.

—Demasiado interesante. Te la…

—Más que interesante, fue rudo. Tienes una derecha fuerte y unos modales de mierda —se adelantó Sadashi antes de que Dasher terminara aquella estupidez.

Su respuesta me tomó desprevenido, me dejó peor que cuando respondió a mi pregunta unas noches atrás.

—¿Fuimos amigos? Porque me gustas —soltó mi hermano.

No sé por qué razón Sadashi me miró en ese momento, yo me limité a mantener mi rictus serio, escuchando lo *interesante* que se estaba volviendo ese reencuentro.

—No solo ahora, también te gustó en el pasado —señaló Lane.

Él y Dasher en serio comenzaban a provocarme ganas de cerrarles el hocico.

—¡Ya, idiotas! No se metan más y dejen que ellos dos aclaren cómo se conocieron y si fueron, o no, algo —gritó Leah.

—¿De qué me perdí? —quiso saber D.

—Lane asegura que Sadashi fue alguien especial en tu vida —me entrometí.

—Sí y estoy harta de que no lo dejen pasar, si nos follamos o no es algo que no les importa. Ya maduren, imbéciles.

Sadashi miró a Lane y Dasher al soltar aquello. Ambos se sorprendieron de su reacción, pero bien merecido se lo tenían, ya que les encantaba exponer el caso frente a otras personas. Luego de ponerlos en su lugar, se fue escaleras arriba, muy cabreada; Leah negó y fulminó a los dos con la mirada, acto seguido se fue tras la asiática.

—En serio, me gusta esa chica —dijo Daemon al verla desaparecer—. Los puso en su lugar y se han quedado como niños regañados —añadió y comenzó a reírse. A mí también me causó gracia ver las reacciones de ese par de idiotas.

Un rato después, Dasher se fue a su habitación con Bárbara, Leah veía una película con Lane y yo puse al tanto a Daemon de los *pequeños* cambios en casa. No se molestó por no tener disponible su habitación y jugó con la idea de pedirle a Sadashi compartirla y así le aclaraba un poco del pasado que tenían juntos.

—No me parece buena idea —bufé y me miró, divertido.

—En serio, Aiden, ¿qué me estoy perdiendo?

—Me refiero a que no creo que sea bueno para tu cabeza, tu salud —aclaré.

—Ya, pero no pensaba preguntarle nada. —Lo miré, serio—. Hablo de que sé mi proceso y cómo debo proceder. No estoy yendo a sesiones por nada y pagando una buena pasta en terapeutas solo para cagarla con recuerdos que tal vez me harán retroceder.

—Me alegra saber que tomas en cuenta las recomendaciones.

Su móvil sonó de repente, interrumpiéndonos. Lo vi cogerlo y leer algo, sonrió y respondió rápido. Lo miré sin poder creerme que el hijo de puta de Daemon le hubiera sonreído a una maldita pantalla.

—¿Qué me estoy perdiendo yo? —inquirí.

—Todavía nada —respondió con una sonrisa cargada de chulería.

Me quedé observándolo y recuerdos de un Daemon triste y sufrido llegaron a mi cabeza, enamorado de una maldita rubia y siendo miserable por ello, también vi *flashes* de nuestras peleas y todas las veces que me miró con odio por no apoyarlo en lo que él creyó bueno; uno de los recuerdos más dolorosos que no podía olvidar fue la vez que casi lo perdí para siempre.

Sacudí la cabeza y suspiré con fuerza, ese tipo que estaba a mi lado era tan distinto, que hasta me seguía resultando difícil creer que fuera mi clon, mi alma gemela.

—Deja el pasado en el olvido, viejo. No me gusta que te pierdas en recuerdos que no valen la pena seguir guardando en tu cabeza —pidió y una mueca ladina se dibujó en mi rostro—. Estoy mejor que nunca y, así haya olvidado buenas cosas, prefiero construir mejores.

—A veces te odio por haberte ido tan lejos, pero verte de esta manera, y hablándome así, hace que se me pase —confesé y dio palmaditas en mi espalda.

Estábamos sentados en la isla de la cocina y comíamos palomitas de maíz, él tenía un agua saborizada a su lado y yo mi jugo.

—Sé por qué te pusiste como lo hiciste cuando te enteraste de que Abby se irá y quiero disculparme contigo por haberme ido. —Negué con la cabeza—. Prometimos estar siempre juntos, teníamos un sueño y te fallé; por primera vez, no cumplí una promesa.

—Ahora mismo prefiero que seas solo un gruñón de pocas palabras —ironicé.

—En las terapias a las que asisto me están enseñando a vocalizar lo que siento para no acumular nada de lo que me puede hacer explotar y recaer, así que no me interrumpas y déjame practicar —exigió y alcé una ceja.

Entreví al gruñón y entendí que hacía un gran esfuerzo para no darle rienda suelta. En mi mente le di las gracias a sus terapeutas por el milagro que estaban logrando.

Mientras charlábamos, vimos pasar a Sadashi, iba vestida con ropa de entrenamiento y deduje que se dirigía a la cochera. Daemon se disculpó conmigo un rato después de hablar y se fue en busca de algunas respuestas, pero notó que no me agradó lo que haría y prometió no preguntar de más; las ganas de seguirlo y escuchar lo que conversaría con la engreída me atacaron, pero me contuve y opté por irme a mi habitación.

Todos esos días la necesidad de mantenerme distraído me inspiraron, y mi portátil se convirtió en mi mejor compañera.

Dejé de escribir cuando el reloj marcó las doce de la noche, mi móvil estaba con una luz parpadeante al tener muchos mensajes sin leer, pero decidí ignorarlos al ver que se trataba de algunas amigas que buscaban diversión y a las cuales no podía atender en esos momentos. Tomé una ducha, ya que no tenía sueño y, vistiendo solo con un bóxer, decidí bajar y buscar un vaso de leche; la luz de la cocina estaba encendida y escuché algunos sonidos, imaginé a Dash buscando algo de comer después de una larga sesión de sexo con su chica.

«Maldito suertudo».

—¿Tan desgastador ha sido? —pregunté antes de entrar.

—¿Perdón?

Recibí respuesta por parte de Sadashi y salió de entre la puerta del refrigerador. Su reacción al mirarme solo con un bóxer blanco fue igual a la del otro día que la obligué a verme así adrede, aunque esta vez no lo hice por joderla.

—Creí que eras Dash —expliqué.

Ella también me hizo reaccionar alocado cuando me percaté de que vestía solo una enorme camisa y sus piernas quedaban desnudas, pero me concentré en lo que llevaba en sus manos y vi

que se le dificultaba usar la derecha.

—¿Estás bien?

—Sí, hice un mal movimiento en el entrenamiento y lastimé la muñeca, pero nada grave.

—Déjame ayudarte —pedí y me acerqué para coger el hielo y un *bowl* que cargaba.

Sabía su intención, así que llené el *bowl* con agua y hielo. Tuve que acercarme más de lo normal a ella y la sentí tensa; arriesgándome a hacerla enojar, la tomé de la mano derecha y la levanté para observarla. Quiso zafarse, pero la cogí con fuerza y esbozó una mueca de dolor.

—¿Nada grave? —inquirí con sorna.

Su muñeca estaba hinchada. Dejó que la palpara cuando me puse en plan doctor y comencé a revisarla. También estaba recién duchada y olía a avena, pero dejé eso de lado y seguí asegurándome de que solo fuera algo pasajero.

—¿Te duele mucho?

—¿Tienes calor? —Los dos hablamos al mismo tiempo y me reí por su pregunta—. No duele, solo siento la muñeca tensa y una pequeña molestia. El agua con hielo me ayudará. —Asentí conforme, tuve muchas lesiones por malos movimientos y el agua fría me ayudaba.

Nos miramos a los ojos y, sin que se lo esperara, hundí su mano en el *bowl* junto a la mía, su respiración se cortó y jadeó al sentir el agua templada.

—No tengo calor —respondí a su pregunta anterior.

—Vistes así solo para que yo te vea —aseguró y alcé una ceja.

—Eso es pretencioso y, no, Engreída, visto así porque es como duermo y todavía no me acostumbro a tener una sombra día y noche, además, no esperaba encontrarte aquí.

Saqué nuestras manos, ya que el hielo comenzó a lastimarme y, de seguro, a ella también.

—La otra vez no era de noche y te la pasaste en bóxer un buen rato —me acusó mientras hacía movimientos giratorios con la mano.

—Esa vez sí quería que me miraras para que te asegurases de que todavía tengo el culo tonificado. Aún recuerdo que te percataste de eso el día que te encontré cerca de aquel restaurante.

Metió la mano otra vez al *bowl* y me divertí al recordar su reacción.

El tiempo había pasado volando y, con él, nuestro cumpleaños veintidós llegó. Los chicos se hallaban preparando una fiesta en un club cercano a nuestra casa en Virginia Beach un día antes de ir a celebrarlo con la familia, pero esa vez me preocupaba que Daemon estuviera demasiado eufórico. Sus cambios emocionales estaban siendo muy descontrolados desde un tiempo atrás y eso ya me asustaba.

Quise negarme a la fiesta, pero mi copia insistió en que quería una y, sabiendo cómo se ponía cuando no le dábamos gusto, optamos por seguir adelante para mantenerlo controlado.

El recuerdo de Yuliya y su bebé no nacido seguía atormentándome. Muchas veces me causaba pesadillas y desesperación por no saber nada del maldito asesino que arrebató su vida, pero mis padres estaban comprometidos en ayudarme y en algunas ocasiones me incluyeron en las misiones de investigación que hacían.

En ese momento, era el único de los chicos que sabía que estábamos siendo cuidados por personas de La Orden del Silencio y, al ver lo sigilosos e invisibles que podían llegar a ser, me ilusionaba más con pertenecer a ellos.

Nos encontrábamos en una cafetería cerca de la playa cuando vi pasar una motocicleta que aprendí a reconocer a la perfección meses atrás, después de que su dueña me rescatara de aquel secuestro y tuviese que llegar a casa de mis padres cuando ellos la requerían.

Se estacionó en un club que estaba cerca de donde nos encontrábamos y mi curiosidad por

verla fue grande, por lo que me inventé una excusa y salí justo cuando Sadashi bajó de la moto. Vestía en cuero negro y en cuanto se quitó el casco me dejó ver su cabello lustroso, pero ya no cayó en su espalda como antes porque lo llevaba muy corto.

Su apariencia era más ruda, aunque para nada perdía su feminidad y sensualidad.

Llevaba meses sin verla y en esa ocasión causó un impacto doble en mí, más que la primera vez que la vi con su frente pringada de sangre.

—¡Hola, Engreída! —saludé cuando estuve cerca.

Se asustó al verme, pero enseguida arrugó su nariz y frunció el ceño.

—Vaya suerte la mía —bufó y dejó el casco en la moto.

—Finges muy bien el disgusto y me causa curiosidad que estés aquí, muy cerca de mí —señalé y sus ojos se abrieron un poco más al escucharme.

Algo que me hizo sospechar de volver a verla.

—Solo tuve ganas de visitar la playa y tía Maokko dijo que esta era muy hermosa, pero ya comenzó a perder su atractivo —zanjó mirándome de pies a cabeza y negué divertido.

—No sé qué te he hecho, preciosa, pero me intriga descubrir por qué me odias sin siquiera conocerme —manifesté y volvió a mirar hacia otro lado—. Conozco una manera de sacarte esa altanería que tienes conmigo y te aseguro que es muy efectiva. —Tuve el atrevimiento de acercarme a ella.

Nuestra diferencia de estatura se hizo más evidente al estar así y Sadashi alzó la mirada para verme a los ojos. La oscuridad de los suyos me invitó a hacer cosas peligrosas y sus gruesos labios me parecieron muy deliciosos al verlos tan de cerca.

Pero no besaba a cualquiera, y menos a esa burlista.

—Mantente lejos de mí, niño bonito, o no respondo —advirtió y puso una de sus manos en mi pecho para alejarme, pero no lo logró. En lugar de eso, se la tomé.

Su mano era muy pequeña envuelta en la mía y demasiado delicada para lo letal que podía ser a la hora de las peleas. Se quedó mirando nuestro agarre y pude jurar que su pulso se aceleró en cuanto me sintió, aunque era demasiado caprichosa y se zafó en un santiamén.

—Agradece que eres hijo de mis jefes, o si no… ya habría pateado ese culo tonificado que tienes. —Me reí burlón por lo que dijo. Se dio cuenta tarde de su error.

—Es injusto que te hayas fijado en mi culo y yo aún no sepa si el tuyo está igual de tonificado.

Hizo un sonido gracioso y se alejó de mí, dispuesta a irse. Dejé de joderla porque de verdad lucía molesta y la vi colocarse el casco, lista para desaparecer.

—¿Engreída? —la llamé cuando estaba por arrancar su moto y me observó sin decir nada —. Algún día —señalé y me miró extrañada al no entender nada.

—¿De qué hablas? —bufó.

—Algún día —repetí y me di la vuelta para volver con los chicos—. Te lo prometo —finalicé y se quedó mirándome con mucha curiosidad por saber de qué hablaba.

Y decidí dejarla así hasta que pudiese cumplir mi promesa y provocar un caos en su vida.

—¿Ahora quién es el pretencioso? —ironizó la asiática sacándome de mi recuerdo.

—Aprendo rápido.

—¿Usas protector? —soltó y no la comprendí—. En tu entrepierna —añadió señalando mi polla con la mirada.

Sonreí de lado al captar todo, me llamaba fanfarrón y estaba haciendo crecer mi ego con esa pregunta. Esa mujer me ponía difícil dejar de mirarla con deseo.

—Es el resultado de días sin follar —respondí. Su mirada siguió en mi compañero, aún

incrédula—. Es real, Engreída, puedes comprobarlo tú misma —la tenté y metí mi dedo pulgar entre la cinturilla del bóxer.

—¿Crees que no soy capaz de hacerlo? —inquirió, irónica.

—Claro que eres capaz, por eso te estoy invitando a que lo hagas. —Me acerqué un poco a su rostro —. Sal de tu curiosidad, comprueba que es real, de carne templada y todo por ver… — Callé cuando puso la mano en mi pecho y comenzó a bajarla hasta mi abdomen.

Tenía una media sonrisa marcada y sus ojos brillaban de picardía. No dejó de mirarme en ningún momento y sentí cuando tiró la cinturilla del bóxer para ver en su interior. En ese momento, mi polla ya estaba con más vida y energía que antes de adentrarme en ese juego con ella; lamí mis labios y le devolví la sonrisa.

Daemon se la pudo haber comido y yo juré no tocarla, pero seguía deseándola.

—¡Mierda! —me quejé cuando me tocó con la mano que antes tenía metida en el cuenco de agua fría.

Gemí y mi piel se erizó. Quise zafarme, pero me cogió el falo con fuerza y envolvió su brazo libre en mi cintura para impedírmelo.

—Muy impresionante cuando estás caliente, pero gracioso cuando tienes frío.

Mi pene perdió energías por su ataque inesperado y decidió irse a dormir de inmediato. ¡Maldición! Hasta mis bolas se endurecieron con la frialdad que sentí, y tuve ganas de vengarme, sin embargo, comenzó a reírse, lo hacía de verdad. Una carcajada de burla pero genuina; sus labios gruesos se estiraron y sus dientes blancos se dejaron ver, incluso sus ojos rasgados se achicaron más y me dejaron entrever una línea cargada de brillo.

Desde que la conocí, vi solo seriedad en ella, pero en ese momento me estaba mostrando a otra Sadashi. Mi polla y mis bolas sufrieron, sin embargo, el resultado valió la pena. Negué y comencé a reírme también, me la aplicó bien, como las grandes, hasta era capaz de aplaudirle por esa jugada.

—Esta me la pagarás, en algún momento lo harás —sentencié. Ella siguió riéndose.

—Al menos por hoy te he bajado la calentura, así aguantarás lo que te queda de mes sin follar —repuso y limpió las lágrimas que había soltado.

—Para cuando llegue a mi fecha límite, espero que estés lista, ya que te tocará investigar a muchas chicas —advertí y ahí murió el resto de su diversión.

Mi intención fue decirle que para esa fecha esperaba desahogarme con ella y follarla hasta quitarme las ganas, pero no era conveniente seguirle dando alas a ese tema. Volvió a lo suyo y metió la mano en el cuenco, tomando concentración solo en eso, la risa se borró de su rostro y opté por coger mi vaso de leche y volver a mi habitación.

—Tu hermano me buscó hoy, quiso que le aclarara algunas cosas. Lo hice, siempre respetando su condición y no hablando nada que lo pueda perjudicar —informó.

Los dos nos dábamos la espalda, cada quien en lo suyo, pero hablando un poco más que días atrás.

—Gracias por cuidar eso —respondí y la escuché suspirar—. También te pido una disculpa por el comportamiento de los chicos y por haberme entrometido en lo que sea que tuviste con D.

—Disculpa aceptada —habló, con un poco de fastidio, indicándome que ese tema no le agradaba. La hora de poner distancia había llegado.

—Ten una buena noche, Sadashi. Mañana saldremos temprano —me despedí y comencé a caminar hacia afuera de la cocina.

La escuché decir algo entre dientes, pero seguí mi camino como si no hubiera pasado nada.

—¡Aiden! —Me detuve y volví a mirarla—. No pasó nada con Daemon. —La miré sin

responder—, jamás nos acostamos.

Y todo lo que pensé antes se borró de mi cabeza. Tenía que haberme paseado solo en bóxer frente a ella desde hace más tiempo.

Lugar equivocado

[Capítulo 9]

{Sadashi}

Estaba acostada en el suelo de la habitación, mirando el techo, escuchando el *tic tac* del reloj y pensando en por qué demonios le dije a Aiden que no pasó nada con su hermano, que lo que en realidad sucedió aquella vez en la que Lane juraba que follé con Daemon, fue que me descuidé en mi vigilancia y este aprovechó para chantajearme al descubrirme.

Me instó a que me tomara unos tragos con él y acepté únicamente porque me sentía estresada, pero jamás pasamos de beber y charlar hasta que me quedé dormida, ya que Daemon nunca me atrajo de manera sexual y podía jurar que ni yo a él. Y, ese día cuando me desperté y salí de la habitación, en efecto Lane me pilló y supuso todo mal.

Al final, aquellos dos bocones me estaban metiendo en situaciones incómodas que no necesitaba y me hacían actuar de una manera para nada profesional, despertando más curiosidad en el niño bonito y, encima, también en su clon. Daemon me buscó esa tarde queriendo saber cómo nos conocimos y utilicé todo mi autocontrol cuando me comentó que tenía vagos recuerdos de una pelinegra a la cual empotraba contra una pared mientras la follaba como loco; esos mismos se cruzaban con imágenes mías gritándole en aquel callejón en el que peleamos.

Él quería comprobar si ambos recuerdos eran de la misma chica y, aunque me vi tentada a decirle que sí con tal de que no llegara a recordar a la maldita de Inoha, porque fue a ella a quien folló cuando esta se disfrazó para poder llegar a Daemon en una fiesta que Aiden y los demás hicieron en la misma casa que habitábamos, le dije que éramos distintas mujeres y que a la que empotró fue a una de sus tantas conquistas del pasado.

No estaba para más confusiones.

Se quedó tranquilo cuando le expliqué que trabajaba para su madre y que en esa ocasión del callejón estaba cuidándolo, ya que, a pesar de que olvidó casi todo, sabía de la vida de sus padres y los peligros que él y sus hermanos corrían al formar parte de una de las familias más poderosas del país, por no decir del mundo, así que confió en mi palabra.

—No me parece buena idea, Shi —había mencionado Alexandre cuando le propuse cambiar de lugar.

Él era el guardaespaldas de Daemon y debido a que los gemelos estaban viviendo juntos nos veíamos a diario con mis compañeros.

—Solo será hoy. Y no te lo pediría sino necesitara un descanso de ese sátiro —farfullé, refiriéndome a Aiden Pride White.

Todos mis compañeros creyeron en su momento que protegerlo a él era más fácil, hasta que comprobaron de primera mano que Aiden tendía a meterse en más problemas que los demás, ya que le encantaba estar rodeado de gente y, a pesar de que conocía los peligros a los que se exponía, era muy temerario y con tal de follar no le importaba llevarse a una enemiga a la cama.

Y ya estaba asqueada de investigar chicas y verlo follar.

—Daemon no está pasando por buenos días, y hoy se ha mostrado bastante inestable después del encuentro con la jefa, así que podría crear problemas —me advirtió Alexandre.

Evité decirle que necesitaba ese tipo de problemas donde el sexo desenfrenado no tuviese

cabida, porque entonces no aceptaría que cambiáramos de lugar.

—Dame un par de horas —Me sentí patética porque estaba dispuesta a rogar de ser necesario—. Únicamente quiero desintoxicar mi mente y vista de tanta folladera.

Alexandre chasqueó con la lengua, pero noté que se lo estaba pensando mejor.

—Irá al gimnasio con Lane, Vigílalo ese tiempo, no más.

—¡Joder! Gracias —exclamé y Alexandre me miró estupefacto.

No porque le haya agradecido, sino por la manera en la que lo hice, ya que no era de demostrar ningún tipo de sentimiento, pero en esa ocasión le dejé entrever mi alivio y felicidad.

—Mierda, Shi. Nunca imaginé ver el momento en el que te estuvieras rindiendo con una misión —me chinchó.

Deseé mandarlo al carajo por decir eso cuando solo quería un pequeño descanso, pero me contuve porque todavía podía retractarse de hacer ese intercambio.

Minutos después tomé mi motocicleta y esperé a que Daemon y su amigo salieran rumbo al gimnasio. Alexandre no exageró al decir que el chico pasaba por días inestables, lo hacía luego de comenzar a salir con una rubia a la que a mi Sensei no le agradó, esa mañana que la conoció, porque la chica no le dio buena espina; e incluso ordenó que la investigaran bien, ya que su intuición le gritaba que el peligro se avecinaba.

Había llegado a la casa junto a Laurel Black, la esposa de uno de sus hermanos, para sorprender tanto a los gemelos como a Dasher, el hijo de la señora Laurel, y de paso también a Lane. La rubia se quedó con Daemon la noche anterior, por lo que el destino las hizo conocerse por primera vez, sin embargo, la sorpresa no resultó buena y mi Sensei terminó en una pelea con Daemon en la que hasta lo abofeteó, por la manera en la que este le habló.

Vi todo a través de mi vigilancia de rutina y noté el miedo e impotencia de mi Sensei porque como madre no quería que uno de sus hijos la viese como enemiga, cuando ella únicamente estaba presintiendo algo que no podía explicar.

—¡Carajo! Lo que me faltaba —bufé horas más tarde.

Daemon y Lane iban de regreso a casa tras salir del gimnasio, pero detuvieron su marcha cuando todavía faltaba un buen tramo para llegar y vi a Daemon bajarse del coche y comenzar a trotar. Tuve que poner más distancia entre él y yo para que no notara que lo seguía, sin embargo, mi cabeza se hallaba tan atestada de otras cosas que me descuidé fatalmente y lo perdí.

—Estoy teniendo un pequeño percance, así que manténganse atentos —pedí a mis compañeros por mi reloj inteligente.

Pequeño percance era un eufemismo. En realidad estaba comenzando a preocuparme porque había perdido a Daemon desde hacía veinte minutos y me detuve en un callejón donde deseé que se hubiera metido y…

Gruñí al sentir el impacto cuando me tiraron de la motocicleta, pero logré ponerme en una buena posición de caída antes de tocar el suelo para no lastimarme y de inmediato cogí una de ataque, dándome cuenta de quién me había sorprendido.

—No sé quién putas seas o qué buscas de mí, pero te aseguro que te vas a arrepentir —sentenció Daemon antes de tirárseme encima.

Esquivé su ataque, aunque consiguió golpearme en cuanto contraatacó. Sonreí consciente de que no me vería por el casco, agradecida de estar teniendo ese tipo de acción luego de pasar semanas en sedentarismo. Devolví el golpe y me deleité al escucharlo gimiendo de dolor porque mi puño impactó su bonito rostro.

En minutos nos metimos en una pelea donde ambos estábamos dispuestos a matar o morir.

Nos dimos fuertes puñetazos y patadas que nos dejaron sin aire en más de una ocasión; mi casco me ayudaba mucho para los golpes de cabeza y en uno que le puse cerca de la ceja se la partí haciéndolo sangrar.

«Mierda», pensé en el momento que tuvo la oportunidad de hacerme caer al suelo y se tumbó sobre mí con la intención de sacarme el casco de la cabeza, pero me zafé de su agarre enseguida consiguiendo que fuera él quien se comiera un poco del asfalto en cuanto lo tuve en la misma posición que antes él a mí.

El cabrón sonrió como el maniático que era, gozando de esa pelea tanto como yo después de pasar demasiado tiempo en castigo.

—¡Joder! Me van a matar por patear tu culo —espeté cuando él también se zafó de mi agarre y ya ambos estábamos frente a frente.

Noté su sorpresa al escuchar mi voz y me reí con orgullo al comprobar que no podía creer que era una mujer quien le estaba poniendo difícil salir victorioso de ese encuentro.

—Quítate esa mierda de la cabeza antes de que mande al carajo que seas mujer —exigió.

—¿Y que aproveches a golpearme de nuevo mientras lo hago? No, gracias, no soy tan estúpida como crees.

Sonrió mordaz y, decidido a lograr su cometido, se acercó a mí, pero fui lista y saqué una daga que llevaba en la cintura y logré poner el filo en su cuello. Aunque no conté con que él era un imbécil sin miedo a morir y se presionó más a mi cuchilla, al punto que se cortó un poco a sí mismo.

El hecho me distrajo solo un pestañeo, mismo que Daemon aprovechó para quitarme la glock que mantuve en mi cinturón. En cuestión de segundos la tuvo cargada y puesta en mi pecho, justo en el lado de mi corazón.

Hijo de puta listo.

—Segunda y última oportunidad. O te quitas esa mierda o te hago trizas el corazón. Y créeme, muñeca… no será porque te enamore y luego te engañe con otra —sentenció con la voz más fría que escuché en mi vida, haciéndome entender que no estaba jugando.

—Está bien, pero no me llames muñeca.

Mi petición también lo hizo distraerse un parpadeo que aproveché bien para darle otro cabezazo cerca de la nariz.

—¡Joder! —gritó.

Me alejé viéndolo tomarse la nariz y guardé la daga. Me habría encantado seguir con esa pelea, pero no podía continuar lastimándolo sin salir airosa de ese encuentro, ya que, así mi Sensei estuviera molesta con él, no dudaba en que me daría un buen castigo por lastimar a su hijo.

Lo miré con diversión y molestia cuando me saqué el casco para demostrarle que no era el enemigo y noté que me reconoció, lo que hizo que él se enojara más de lo que ya estaba.

—Lo que faltaba, que madre me tenga vigilado —reviró y escupió la sangre que se acumuló en su boca por mi ataque anterior.

—Tampoco creas que es de mi agrado cuidar el culo de los gemelos pijos, pero es lo que toca por castigo cuando no haces lo que te mandan —rezongué para que lo tomara como consejo.

No era la primera vez que Daemon me veía, ya lo había hecho en casa de sus padres luego de que yo rescatara a su hermano del secuestro que ejecutaron los Vigilantes utilizando a Yuliya.

—No sé las órdenes que tienes, pero no vuelvas a seguirme porque no respondo —advirtió

tras mi declaración.

Erguí los hombros y lo miré con orgullo mientras sostenía el casco entre mi cintura y brazo izquierdo.

—Es la primera vez que debo vigilarte y también espero que no se repita porque eres más difícil que tu… —Callé de inmediato por lo que iba a soltar—. Mira, solo haz lo correcto y no nos hagas la vida más difícil —pedí con fastidio—. Vete a tu casa y hazme fácil esta noche.

—No me sigas entonces, Sadashi —advirtió y me sorprendió que supiera mi nombre, aunque no lo demostré—, y dile a tu jefa que no necesito a nadie que me cuide. Y si descubro que vuelven a seguirme… no correrán con tanta suerte como tú.

—¡Hijo de puta! ¡Esa moto era mi bebé! —grité cuando el malnacido se giró hacia mi motocicleta y le dio un disparo a cada neumático y al tanque de la gasolina.

Él únicamente se rio de mí.

—El cuarto disparo irá para ti si vuelvo a verte —avisó, tranquilo, y comenzó a caminar fuera del callejón.

—Y yo que creía que eras un caballero…

—No, muñeca. Te equivocaste de gemelo, yo soy el cabrón —repuso, divertido, y me guiñó un ojo.

Tras eso continuó su camino dejándome sola, sin importarle lo que hiciera para marcharme. Aunque tampoco lo esperaba y, para ser sincera, a pesar de la pelea y que destruyera a mi bebé, sonreí porque después de un buen tiempo Daemon me dio la acción que tanto necesitaba y amaba.

Por ese encuentro que tuvimos lo había llamado cabrón cuando llegó a la casa de sus padres. Aunque ese Daemon era ya muy distinto al tipo que conocí y me alegró que al fin viera una luz en el camino. Lo consideré una persona grata en mi vida a pesar de las peleas que tuvimos y era de los pocos que me llegó a caer tan bien para considerarlo un amigo, así que verlo recuperado fue como un soplo de aire fresco.

Dejando a ese clon de lado, seguía cuestionándome las razones para darle explicaciones al tipo que comenzaba a volverse un dolor de cabeza muy grande en mi vida. Sin embargo, me reí al recordar tocándolo con mi mano helada; en verdad, pensé que usaba algo en su entrepierna para fanfarronear, pero la longitud que sentí al palparlo me hizo comprobar que todo era suyo y se escondía con facilidad ante temperaturas altas. Aunque también volví a sentirme nerviosa por su reacción al confirmarle que entre su hermano y yo nunca hubo nada.

—Eres de las que prueba la mercancía antes de comprarla —aseguró tras mi confesión.

—Todavía no estoy borracha —repuse, tajante, pero con ese hombre de nada me valía, pues actuaba como si todo lo que saliera de mi boca fueran halagos para él—. Y no te lo digo porque vaya a pasar algo, solo quería dejarlo claro —me excusé y él únicamente sonrió.

—Ah, Engreída. He pasado por donde de verdad asustan y tu jueguito carece de miedo. —Para cuando dijo eso, ya se había acercado a mí y, sin descaro alguno, miró mis pechos. Mis areolas fueron unas traicioneras y se endurecieron ante sus ojos—. Al parecer, tus pezones reaccionan a mi cercanía como mi polla a la tuya —comprobó con burla y sin vergüenza.

Sabía su juego y, si yo quería, podía jugar mejor que él, pues lejos estaba de ser una chica que se intimidaba ante las palabras de un cabrón experto en chulería.

—Así como reaccionan a la de cualquier tipo con un buen pene entre las piernas. —Sin que se lo esperara, pasé el dedo índice por encima de su miembro, sobre la tela del bóxer.

Miró, atento, el recorrido y, al estar tan cerca, noté cuando sus ojos bajaron un tono y se

oscurecieron por el deseo. Me estaba metiendo en un juego peligroso, pero a esas alturas de mi vida, era de las que creía que, si me lanzaban a una jauría, sería capaz de convertirme en la líder de la manada. Sin embargo, ese tipo me estaba demostrando que jugaba sus cartas como todo un profesional y me dejó sin palabras cuando acunó mis pechos con ambas manos y, con dos dedos, retorció mis pezones. Lo hizo con delicadeza y firmeza a la vez, haciéndome sentir aquel roce también en mi entrepierna.

—¿Y cualquiera con un buen pene sabe tocarte así? Porque muchos pueden tenerlo, pero pocos sabemos usarlo —susurró cerca de mi rostro, acariciando mis labios con su aliento.

Todo había que decirlo, en ese momento me sacó del juego como un perfecto cabrón, a tal punto que me vi tentada a ceder y dejar que me follara en la isla de la cocina, pero mis neuronas todavía funcionaban y lo alejé, aunque casi lo atraje de inmediato, como un hierro al imán.

—Mejor ve a tomar una ducha antes de que vacíe el bowl *con hielo entre tus calzoncillos.*

Solté un poco de aire sin que lo notara, me puse nerviosa al pensar que no iba a poder salir de esa.

—Toma una conmigo, para bajar mi erección necesitaré mucho más que hielo o agua fría —invitó y negué con la cabeza.

—Usa la mano.

—¿Y si uso la tuya? —Sonrió de lado y se mordió el labio. En serio, ese chico no se daba por vencido.

—Buenas noches, niño bonito —me despedí y comencé a caminar directo a mi recámara.

—Mi habitación está cerca de la tuya. Ve a ella si quieres comprobar qué tan bien uso lo que tengo entre las piernas. —Sonreí y seguí mi camino sin volver a verlo.

El chico estaba muy seguro de sí mismo y era un hecho que nunca había obtenido un no por respuesta, pero, como le dije antes, eso no iba a pasar.

No obstante, ahí estaba, sin poder dormir y con ganas de ceder, queriendo quitarle las ganas a ese idiota para que dejara de joder y, de paso, probar si, como ladraba, mordía. No era correcto y, aun así, lo más excitante.

Todavía me preguntaba por qué lo incorrecto y prohibido era lo que más adrenalina provocaba, sobre todo a mí, que me alimentaba de esa maldita sensación.

—A la mierda las reglas —farfullé y me puse de pie.

Fui al baño a ponerme un poco de enjuague bucal y me miré en el espejo para arreglar mi cabello, pensando en que estaba a punto de cometer la mayor cagada de mi vida, pero me animé diciéndome que una más no haría la diferencia en mi lista de estupideces y salí de ahí rumbo a la habitación de Aiden cuando me sentí en condiciones decentes de comérmelo por completo.

Recordaba a la perfección que él no besaba a nadie, pero, si quería follarme, debía hacerlo, porque lo quería todo completo, no a medias.

Llegué justo frente a la puerta y tuve la intención de tocar, pero al levantar la mano me aculillé[12], así que respiré profundo y abrí, dejando de lado el respeto por la privacidad. Lo encontré de pie frente a la cama con un pantalón de chándal. Me miró, sorprendido; la oscuridad de la habitación daba en su frente, aun así, lo percibí.

—Todo o nada —fue lo único que dije y me dejé ir sobre él.

Lo tomé desprevenido, así que me fue fácil saltar y engancharme en su cintura. Pronto me adueñé de su boca y el impulso lo hizo caer a la cama conmigo sobre su cuerpo. No iba a follarme, yo me lo follaría como nunca se lo hicieron en la vida, pero me molestó que se tomara muy en serio eso de no besar y que no me correspondiera.

—Espera —pidió.

—Pero… ¿¡qué mierda!?

Me quité de encima de aquel cuerpo cuando escuché tal exclamación. Muy tarde, la luz dio sobre el tipo al que minutos antes le comía la boca y vi que su tatuaje de flor de loto era celeste, no rojo; el correcto estaba en el chico que nos observaba desde la puerta del baño con los puños muy apretados.

Casi me tiré al clon equivocado.

—Te juro que me tomó desprevenido —se excusó Daemon, poniéndose de pie. Quiso acercarse a su hermano y él lo detuvo con la mano alzada.

—¡Mierda! Esto no me puede estar pasando —respondí entre dientes y me llevé las manos a la cabeza.

Enseguida las pasé por mi rostro, muy frustrada. Total, como pensé antes de llegar a esa habitación, iba a cometer tremenda cagada, y no me equivoqué.

—Quise ceder, pero debías tener un maldito gemelo —rezongué y Aiden abrió los ojos de manera desmesurada.

—¡Ahora es mi puta culpa que te encuentre casi follando con mi hermano!

—¡Chicos! Calma —pidió Daemon.

—¿Saben qué? Hagamos de cuenta que esto jamás pasó —propuse—. Nos vemos mañana.

No esperé a que me respondieran y me fui de ahí, dejando que se arreglaran como ellos quisieran. La vergüenza que sentía era demasiada para seguir mirándolos a la cara, así que opté por lo más fácil, ir a encerrarme a la habitación, dormir y esperar a que todo hubiese sido una pesadilla. Cuando estuve dentro, en lo seguro, comencé a reírme como una loca. ¿En serio me había pasado eso?

¡Joder! Sí que me pasó, me pudo más la calentura y se me quitó con algo peor que el agua hielo, porque la vergüenza muchas veces se sentía más fría.

—¡Sadashi! Debemos hablar —Escuché a Aiden, y tocó la puerta con insistencia minutos después.

—¿Eres Daemon o Aiden? Porque con el maldito parecido que tienen, temo hablar con el clon equivocado —solté solo para joderlo.

—Soy Aiden, abre. Te enseñaré a reconocerme.

Todavía sonaba molesto, aun así, no dejaba la arrogancia.

—Ahora más que nunca pienso que lo de tu mano está mejor y yo estoy segura aquí dentro. Espera a que me emborrache, así no te confundo. Buenas noches, niño bonito.

Lo escuché maldecir, no obstante, esa vez no cedería. Tremendo bochorno el que tuve como para arriesgarme a más.

****

El día siguiente no fue mejor, teníamos que marcharnos a Richmond y viajar con Aiden no era algo que me apetecía. Cumplir órdenes en ese momento era lo peor.

—Soy el cabrón, no me vayas a acosar de nuevo —advirtió Daemon cuando llegó a la cocina mientras yo bebía una taza de café.

Alzó las manos y rodé los ojos, solo esperaba que no se lo contara a Dasher y Lane porque, de ser así, me obligarían a cometer una masacre.

—Eso te pasa por estar en el lugar equivocado —le reproché.

—Y yo qué iba a saber que llegarías o que follas con mi hermano. Además, estaba allí porque tú estás en mi habitación.

—¡Yo no follo con tu hermano! Y ya es mi habitación —bufé y puse la taza en la isla. Unas

gotas de café la salpicaron, así que tomé un pedazo de papel toalla y la limpié.

—Ayer te me tiraste encima y me besaste a la fuerza. Si no follan, ¿entonces lo querías violar? —Aguantó una sonrisa cuando dijo lo último.

—Ya, no seas idiota —le reproché.

—Está como todos los diablos, por cierto. —Me encogí de hombros sabiendo que se refería a su hermano—. Y sigue siendo mi habitación.

No estaba molesto, y sabía por qué me decía esas cosas, igual yo no era de apoderarme de lo que no me pertenece, pero decirle que era mi habitación fue solo para joderlo. Volví a coger mi café y él se concentró en su móvil, según noté, algo era demasiado importante y lo entretenía hasta tal punto de olvidarse de todo a su alrededor. Su semblante serio y frío seguía ahí, aunque la arruga en su frente al fruncir el ceño desapareció y lucía más sereno que antes.

Ya no hablamos de nada y decidí ir afuera para reunirme con mis compañeros. Cada chico en esa casa tenía un guardaespaldas, pero solo Aiden y Daemon eran sabedores de eso.

—¿Sadashi? —me llamó Daemon antes de irme y volví a verlo—. Aiden no descansará hasta lograr lo que sea que casi logra ayer.

—Lo sé —fue lo único que dije y seguí mi camino.

____**____**

Seis horas más tarde nos encontrábamos en la mansión Pride White, toda la familia se había reunido para despedir a Abigail y la seguridad fue reforzada. Amigos íntimos también se hicieron presentes, pero el ambiente era triste. Esas personas estaban demasiado unidas y alejarse de un miembro los desestabilizaba de manera emocional. El señor Elijah Pride parecía llevarlo peor que todos y a él se le unía Aiden.

En un momento dado los vi juntos. Aiden había salido a la terraza del gran salón y su padre lo acompañó minutos después. Sus sombrías miradas eran idénticas y hasta en ese instante me percaté de que era Aiden el más parecido a su progenitor. Tal vez no al LuzBel del pasado, puesto que la mezcla de la sangre de mi Sensei era fuerte; las historias que se escuchaban de mi jefe para muchos hombres eran un ejemplo a seguir, aunque, para algunas chicas, experiencias de las que se querían apartar. Pero, dejando eso de lado, ambos eran una copia exacta en algunos aspectos.

—¡Feliz cumpleaños a la mejor sobrina del mundo! —Tía Maokko me sacó tremendo susto cuando se acercó tan sigilosa y gritó así.

—¡Joder, tía! No hagas eso —le pedí, irritada, y comenzó a reírse.

Mi cumpleaños veinticuatro había llegado y, por más que le dije que no me gustaba nada de lo que tenía que ver con celebraciones o recordatorios, me fue inútil. Ella seguía recordándome ese día como si fuese el mejor del mundo, intentaba cambiar mi forma de ver mi natalicio y no entendía que lo que me pasó cuando cumplí diez años opacó ese día para siempre.

—Estoy feliz, no me quites esto —pidió y me mostró un *cupcake* que llevaba escondido—. Feliz cumpleaños a ti… Feliz cumpleaños a ti. Feliz cumpleaños, Sadashi, feliz cumple… —Calló cuando tomé el postre de su mano y me lo metí en la boca con todo, papel incluido.

—*Gajias* —agradecí con la boca llena. Ella siguió mirándome como si mi reacción hubiese sido diferente a la de otros años—. Estaré en casa lo que resta del día. No llegues si no quieres, despide tranquila a Abigail; yo necesito descansar y he pedido que me releven —avisé cuando conseguí tragar.

El papelito del *cupcake* se sintió muy bueno y no noté la diferencia.

Tía Maokko no dijo nada y yo decidí irme. No pretendía ser mala con ella, pero si no

respetaba que no deseara recordatorios de mis cumpleaños, tampoco podía esperar que yo tolerara sus acciones.

Cuando llegué a casa lo primero que hice fue irme al lugar que tía Maokko preparó con tanta dedicación, amor y respeto para que las cenizas de mi madre descansaran. Al principio la idea no me agradó porque no eran mis costumbres, pero me convenció y, así no me gustaran las celebraciones, en cada cumpleaños buscaba aquella urna.

No le hablaba, no hacía reverencias, ni nada por el estilo, solo la miraba con atención y pensaba en cómo hubiera sido mi libertad si hubiese tenido la oportunidad de vivirla con mis padres. Según parecía, lamerme las heridas era mi mejor celebración cada dieciocho de julio.

Tomé una ducha rato después y me preparé un sándwich. Era muy mala en la cocina, jamás aprendí a hacer algo más que untar rodajas de pan con algún aderezo y, a eso, apilarle lonchas de queso o jamón. Se me daba mejor ir a algún restaurante y comprar comida y, cuando no, pues los emparedados me quedaban de puta madre.

El reloj marcó las diez de la noche y yo seguía sentada en el sofá, saltando canales en la tele y deteniéndome de vez en cuando en películas o programas que solo veía como cinco minutos. Miré la cocina con ganas de prepararme otro aperitivo, pero me detuve cuando sonó el timbre.

Todas mis alertas se activaron, ya que no recibíamos visitas, así que tomé el arma que manteníamos bajo el almohadón del sofá para cualquier emergencia. Llegué a la puerta sin ver por la mirilla, porque estúpida no era, y alertaría a cualquiera que quisiera joderme, así que activé la cámara de seguridad; apreté los ojos con fuerza cuando vi a Aiden y decidí que era mejor hacerme la loca e ignorarlo.

—Sé que estás ahí, Engreída. Abre, por favor.

De ninguna manera. Volví al sofá y actué como si no hubiera escuchado nada.

—¡Sadashi! ¡Amor! ¡Por favor, nena! ¡Perdóname! —Mis ojos se desorbitaron al escucharlo. Estaba gritando como un loco y, para mi desgracia, teníamos vecinos que podían escuchar todo —. ¡Te juro que solo fue un desliz! ¡Y es un hombre, carajo! ¡Solo quise experimentar! ¡Y fue muy malo! ¡Prefiero meterte…!

—¿¡Qué mierda te pasa!? —le grité. Abrí la puerta y lo empujé hacia dentro de inmediato.

Abrió los brazos y vi que en una mano llevaba una bolsa grande de papel, estaba riéndose al verme enfadada.

—Muy fría, muy hija de puta o cabrona puedes ser, pero sé que, como toda chica, odia los escándalos, y yo siempre me salgo con la mía —señaló, victorioso, y quise golpearlo.

—¿Estás borracho? —Se encogió de hombros.

—Borracho, con mucha hambre y con ganas de seguir bebiendo.

—Pudiste hacerlo con tu familia y amigos.

—Sí, pero me satisface ver tu cara de culo cada vez que me tienes cerca. Eso como que me reconforta, ¿sabes? —soltó y negué.

—A mí no me reconforta ver la tuya y, ¿en serio vienes a fingir que somos pareja y que me engañaste con un chico solo porque querías experimentar? —quise saber, ya que no me cabía en la cabeza que dijera tal cosa.

—Es que necesitaba fingir que la cagué a lo grande para ponerle más picante. ¿Te imaginas todo lo que están pensando tus vecinos? —Apreté los labios para no reírme.

—Sí, deben pensar que me compraré una polla y de ahora en adelante te daré como a televisor viejo para que no busques de nuevo a otro chico —satiricé.

—Al menos seremos una pareja completa ante sus ojos.

Con un gesto de mano, lo invité a pasar al comedor. Me rendí fácil, y al llegar ahí sacó dos

cajas con comida y una con tarta, a eso le agregó dos botellas de vodka y una de jugo de manzana. Alcé la ceja al entender su indirecta y me guiñó un ojo.

—Esta noche bebemos, comemos y follamos, ya mañana le echaremos la culpa al alcohol —sentenció.

Y no me negué.

Sin besos

[Capítulo 10]

{Aiden}

Me sentí como la mierda en el momento que tuve que poner los pies sobre la tierra y aceptar que era cierto, no fue una pesadilla, mi princesita se iba y sus intenciones eran estar fuera una buena temporada, sin volver siquiera para vacaciones o fechas importantes. Me encantaba que toda la familia se reuniera, siempre y cuando lo hicieran para celebrar, mas no para esa ocasión.

Los abuelos mimaban más que antes a Abby. La abuela Eleanor lo hacía sin poder retener las lágrimas y el abuelo Myles intentaba consolar a su mujer y retener su llanto. Los hijos de tía Tess y tío Dylan no se le despegaban, Essie sufría al sentir que perdería a su mejor amiga y prima; Leah no se quedaba atrás, Jacob miraba a mi hermana (su mejor amiga) con anhelo, deseando no separarse de ella; Daemon intentaba darle apoyo y fuerzas a su patito y madre se hacía la fuerte por todos. No obstante, padre estaba siendo el más afectado y, por primera vez, no pudo ocultar su dolor. No supo camuflarlo con nada, ni siquiera con todo el alcohol que ingirió en un intento por adormecer su cuerpo y corazón.

—Te juro que quisiera tener el poder de crear una puta burbuja protectora y encerrar dentro a tu hermana y así no dejar que se vaya. Quisiera también tener frente a mí a ese maldito chico que la lastimó y hacerlo pagar, porque fue por él que decidió irse, pero más quisiera enseñarle a mi pequeña a endurecer su corazón para que nadie vuelva a dañarla, ya que la prefiero una hija de puta a una nena vulnerable ante cualquiera. —Padre se quedó unos segundos en silencio tras decirme eso.

Me había ido a la terraza un rato, dejando en el gran salón a todos los invitados inesperados.

—La hemos enseñado a defenderse físicamente, pero se nos pasó enseñarle a hacerlo de manera sentimental, y todo por seguir viéndola como nuestra niña. —Me limpié una lágrima que salió de uno de mis ojos.

Vi a papá empinarse el vaso corto con *bourbon* y beber el líquido de un sorbo. Cuando alzó el rostro una lágrima corrió de su ojo a la sien izquierda, ni siquiera hizo mala cara cuando el alcohol quemó su garganta, y eso solo significaba que era peor el ardor de su corazón.

—No voy a negar que me gusta tu mundo, me da una adrenalina que no encuentro en ninguna otra parte y el amor me parece hermoso cuando te veo a ti con mamá o a los abuelos, a tío Darius y tía Laurel, a cada pareja que conforma esta familia, en realidad. Pero también odio ese mundo y al amor cuando se trata de perder a mi familia por ambos; ya me pasó con Daemon y ahora con mi hermana, y no los estoy perdiendo, lo sé, sin embargo, se van lejos de nosotros y las razones son las mismas: los peligros de Grigori, La Orden y el amor.

Padre me miró con la culpa nublando sus ojos tras escucharme.

—Ser parte de tu mundo me está costando caro y rehúyo al amor porque no he conocido a la indicada y porque sé que eso solo me pondrá peor y me hará perder más —confesé. Él se quedó en silencio, mirándome serio.

—Es parte de la vida el amor, que tus hijos tomen su rumbo y dejen a los padres, y que mi mundo limpie el camino de personas que solo buscan joder la vida de los demás. —Asentí, comprendiendo su punto—. Tienes sus contras, pero me valen más los pros —añadió, diciéndome con eso que, así le doliera lo que pasaba, lo aceptaba con tal de mantenernos con vida.

Porque no quería dejar a mi familia fue que decidí no irme a estudiar lejos y, aun así, sé que mis padres lo resintieron. En ese momento tenían que separarse de su pequeña y, si yo me sentía tan mierda, no quería ni imaginar cómo se sentían ellos, aunque lo veía.

Tras hablar con padre fui a mi habitación para descansar un poco y me quedé ahí durante horas, escuchando música, dándole vueltas a mis últimos días, escribiendo y pensando en Sadashi y la cagada de la noche anterior, hasta que escuché unos gritos y salí para ver de qué se trataba. Me encontré con Dasher cogiendo del cuello, con mucha brusquedad, al pobre Jacob, y este, a pesar de ser más pequeño y flaco en comparación con la torre de músculos de mi primo, lo encaraba con un valor que era de admirar. Abby agarraba a Dasher del brazo e intentaba defender a su mejor amigo.

—¡No es mi puta culpa tener más valor que tú! —escupió Jacob con repugnancia.

—¡Ya, chicos! ¡No me hagan esto, es mi último día aquí! —chilló Abby.

Dasher parecía no prestar atención a ninguno y sus ganas de moler a golpes a Jacob le salían hasta por los poros. Tuve curiosidad de saber qué los llevó a esa situación y lo que haría para defenderse de Dash, o si mi primo caería tan bajo como para golpear a alguien que no tenía ninguna oportunidad frente a él, puesto que, a pesar de que Jacob también era entrenado por Connor (su padre), todavía no era capaz de defenderse ante alguien de nuestra talla. Y no lo decía por mofarme, era la puta verdad.

Me vi obligado a interferir cuando Abby me suplicó con la mirada que le ayudara.

—Me sorprende que siquiera pienses en golpear a Jacob —dije al llegar hasta ellos y cogí a Dash del brazo.

—Tú también querrías hacerlo si lo hubieses encontrado como lo encontré yo —respondió con su voz ronca.

Me tensé al escucharlo y miré a Abby, incrédulo.

—¿Es por Jacob que decidiste irte desde un principio? —pregunté a mi hermana y, sin sentirlo o pensarlo, aparté a Dasher y mi mano ocupó el lugar en el cuello de Jacob. Me iba a meter en tremendo problema si Connor se enteraba, pero si su hijito fue una pieza clave para que mi Patito decidiera irse, le daría su merecido.

—Estaba comiéndole la puta boca a Abigail cuando entré en la habitación —confesó Dasher y sentí la mano de Jacob en la mía cuando apreté más su cuello.

—¡Y, sin embargo, no fue él por quien tomé la decisión de irme! —gritó ella como loca y, con un fuerte empujón en el pecho de Dasher, hizo que diera dos pasos hacia atrás—. ¡Jacob ha sido mi amigo y me ama de verdad! ¡Y es una maldita lástima que yo lo vea como mejor amigo, porque, de lo contrario, nada ni nadie me haría irme de mi hogar!

—Sí, la besé, pero, más que dañarla, he querido hacerla feliz siempre y convencerla de que no se vaya —habló Jacob al mismo tiempo. Su voz sonaba ahogada por el apretón que le daba y lo miré directo a los ojos, me mostraron que decía la verdad.

—¡Por eso me voy! ¡Estoy harta de ustedes, malditos neandertales machistas! ¡Ni quieren, ni dejan, pero cuando otro se atreve, saltan como si solo fuéramos objetos o trofeos! ¡No tienen hambre y, sin embargo, cuando otro quiere la comida, son tan egoístas que de repente les da la más voraz! —Fruncí el entrecejo al escucharla y solté a Jacob. Abby seguía despotricando y golpeando a Dasher en el pecho.

—No sé a qué mierda te refieres con eso de que ni quieren ni dejan, y tampoco eres un maldito trofeo. Eres mi hermana, Abigail, ¿o es que eso último es para Dasher? —la enfrenté, haciendo que se quedara tiesa y dejara de golpear a nuestro primo.

Vi rojo, negro, azul, púrpura, de muchos malditos colores. Mi sangre se heló y, de un

momento a otro, Dasher ya no era más mi primo, sino un hijo de puta al cual quería matar. Hipócrita de mi parte, pero en ese instante me importó una mierda la moralidad. Abby se giró para mirarme, yo solo veía a Dasher con una promesa de muerte y él no se inmutó.

—Globalicé. Hablé de manera literal, Aiden. He soltado todo lo que ustedes me hacen sentir con esa forma de ser tan posesiva que tienen. —Abby se recompuso de forma magistral y habló con seguridad.

—¿Qué clase de cabronazo crees que soy? —cuestionó Dasher, ofendido por mi insinuación —. Siempre hemos dicho que hasta en los perros hay clases y, nosotros así seamos los peores, *respetamos* a las mujeres de la familia —remarcó con mucho énfasis y me tensé—. Además, sabes mis gustos, y las niñas no entran en ellos. Quiero a mujeres de verdad, como Bárbara —aclaró con orgullo.

—No te pases, imbécil, que, mayor o menor, mi hermana es una mujer de verdad —espeté ante aquel comentario que hirió a mi princesa, lo noté en su mirada.

—Sabes a lo que me refiero. Mi error fue meterme en lo que no me importa. Si este tonto —señaló con la barbilla a Jacob—, la folla casi en tu cara o no, es tu puto problema y la maldita decisión de ella, total, es lo que tanto busca. —Comenzó a caminar, muy cabreado, dispuesto a irse de ahí.

A mí me molestó más su puto comentario.

—Sí, mejor vete en lugar de hablar tanta mierda. Ve y cuida de tu hermana, no vaya a ser que en este momento le estén haciendo lo mismo, aprovechándose de que cuidas a otra y es lo que ella también busca. De la mía me encargo yo.

Fue bajo meterme con Essie, ya que la quería igual que a Abby, pero cuando me chinchaban, como Dasher en ese momento, me rebajaba a su nivel de estupidez con mucha facilidad. Abby negó, dolida, al escucharnos. Le estaba dando la razón en sus motivos para irse y me sentí un completo imbécil.

Jacob, sin importarle que casi lo hubiese estrangulado minutos antes, se fue hasta donde Abby y la abrazó con fuerzas. Mi hermana le correspondió enseguida y noté entre ellos una fraternidad inmensa (aunque tal vez él sentía más por ella), la cual me sentó como un buen puñetazo en el estómago al darme cuenta de que ese chico conocía más a mi hermanita que yo, dándole lo que necesitaba en ese instante sin reprocharle nada.

Sabiendo que sobraba en ese cuadro, y no teniendo cara o las palabras correctas para pedirle perdón a Abby, me fui de ahí y les di su espacio. Entendí tarde que era mi única hermana y no la cuidé como tal, solo la miré como un ser débil sin derecho a enfrentarse a la vida con todo lo bueno y lo malo; en lugar de guiarla y enseñarle lo necesario para ser fuerte, la privé de mucho, y cuando intentó conocerlo por su cuenta, fue solo para que la lastimaran.

Llegué al bar de la casa y cogí una botella de licor. Bebí y arrugué la cara cuando la quemazón en la garganta me obligó; todavía no tenía la experiencia de papá, a pesar de que había otras cosas que me quemaban más que el alcohol. Me senté en el taburete de la barra y fijé la mirada en la nada, todos esos días estaban siendo estresantes, comenzando con los deseos desenfrenados que sentía por cierta asiática y la rabia por su rechazo, hasta las razones por las cuales mi hermana se alejaría de nosotros.

—Creo que hoy no ha sido nuestro día. ¿Cierto, pequeño curioso? —La voz de tía Maokko me sacó de mis pensamientos. Ya lucía achispada e iba a por más bebida, al parecer.

Todos los adultos estaban en el jardín, bebiendo, charlando y consolando a mis padres.

—¿Qué te ha pasado a ti, tía preciosa? ¿Marcus no te está respondiendo como se debe? —Alcé una ceja.

Tenía una confianza especial con ella, esa mujer me permitía decirle cosas por las cuales madre me hubiera colgado de los huevos, aunque siempre respetando algunos límites.

—No, cariño, ese hombre responde como todo un veinteañero hormonado —lo defendió con una sonrisa pícara.

Cogió tres botellas de licor, acomodándolas entre un solo brazo y su torso, y noté la tristeza que la embargaba. Ella no era así, y me preocupó.

—Sabes que puedes decirme lo que quieras, así sea para desahogarte o para ayudarte. En lo que sea, tía, solo dilo —la animé, intuyendo que, así se pusiera la borrachera de su vida, no soltaba aquello que la atragantaba y dañaba.

Me miró y sonrió, agradecida.

—Han pasado nueve años desde que encontré a Sadashi, desde que intento llenar un poco el lugar que su madre dejó, pero no lo logro —dijo, frustrada.

Aquello me tomó por sorpresa, no sabía nada del pasado de su sobrina y me di cuenta de que, desde que la conocí, únicamente me concentré en meterme entre sus piernas.

—¿Qué pasó con sus padres? ¿Por qué vive contigo?

—Le he prometido no hablar de eso jamás con nadie y lo voy a cumplir, así que siento no poder decirte nada —se excusó y asentí. Respetaba las promesas—. El punto es que, desde que está conmigo, he intentado que se abra a mí, pero no lo hace. Hoy está de cumpleaños y odia que se lo recuerde, sin embargo, lo hice y, como todos los años, lo tomó a mal.

Mis ojos se abrieron de más al escucharla. ¿Sadashi estaba de cumpleaños y sentía tal aversión por su natalicio? Esa chica era de otro mundo si odiaba eso y las celebraciones que se podía hacer con esa excusa, aunque, pensándolo bien, no veía que a esa mujer le gustaran las fiestas.

—Tía, el problema reside en que intentas llenar un espacio que no puedes, ni te corresponde, en lugar de crear el tuyo. —La tomé de la mano y la hice mirarme a los ojos—. No necesitas ser como su madre, siendo Maokko es mejor. Eres de puta madre y cualquiera mataría por tener una tía como tú, solo respeta su espacio, sus gustos y decisiones. Ella es como Daemon, aunque sin su condición, y sabes que intentar abrir a mi hermano es como pelar una cebolla capa por capa.

—¡Puf! Y como arde esa mierda —soltó y me reí. Estaba más desbocada que de costumbre gracias al alcohol en su sistema.

—Sé solo Maokko con ella, lograrás más y te evitarás un buen escozor de ojos —aconsejé. Sin decir más, me besó la mejilla y sonrió, agradecida.

—Gracias, amor. Eres único —contestó y respiré profundo—. Ahora seguiré mi camino, antes de que esos borrachos se desesperen por más alcohol —avisó y asentí.

—¿Dormirán aquí? —cuestioné antes de que se marchara.

—Nos quedaremos aquí, pero no dormiremos —repuso y me guiñó un ojo.

Pensé en lo que me dijo de su sobrina, en cómo me estaba sintiendo al fallarle a Abby y el estrés que me cargaba por Sadashi, sobre todo la frustración por no lograr mi objetivo una noche antes, ya que a la tonta le dio por confundirme con mi hermano.

Casi volví a gruñir como animal al recordarla a horcajadas sobre Daemon, devorándole la boca como una posesa.

La engreída odiaba su cumpleaños, bueno, pues yo la estaba odiando a ella por tenerme con las bolas azules, así que creí justo vengarme y amargarla con mi presencia.

Pensando en eso, me puse de pie y ordené comida y postre en mi restaurante favorito que, gracias al cielo, trabajaba hasta la medianoche los viernes. Ideé un plan mientras conducía a mi destino y me preparé para lo que haría; respetaría el deseo de Sadashi de no recordarle su

natalicio, pero, encantado, le daría su regalo y, de paso, le enseñaría a reconocerme. No sería fácil que me dejara entrar, sin embargo, tenía mis métodos, sobre todo cuando algo se me metía entre ceja y ceja.

Y lo logré, de una forma un tanto extrema, sí, pero lo hice, y dos horas más tarde estaba en casa de Maokko, en la cocina, sentados en unos taburetes altos que iban a juego con la isla, comiendo postre y bebiendo como decepcionados con la chica que me estaba robando el sueño; solo una camisa larga y ancha cubría su esbelto cuerpo y a cada momento me preguntaba si usaba sostén o si el material de este era tan delgado que me dejaba ver sus pezones tan remarcados, como diamantes duros pidiendo atención. Mis dedos picaban por las ganas que tenía de tocarlos y mi boca salivaba como un puto perro con la necesidad extrema de saborearlos.

Sin que lo notara o sospechara algo, le pedí que fuera ella quien cortara el postre. Fue un gesto simbólico de mi parte y me sentó bien verla sonreír mientras lo hacía, como si en verdad cortara su tarta de cumpleaños, y lo celebrábamos siendo conscientes los dos. Tenía curiosidad por saber qué la hacía reprochar ese día, pero me contuve y decidí preguntárselo de alguna manera en otro momento.

—¿Conque le temes a los besos? —preguntó con burla y sonreí.

Lucía demasiado tierna con las mejillas rosadas y sus gruesos labios rojos debido al alcohol ingerido. Sus ojos estaban soñolientos y el brillo en ellos era pícaro. Habíamos estado charlando largo y tendido y le conté algunas cosas que ya sabía, pero se las confirmé.

—Digamos que mi regla es no besar a quien únicamente quiero follar. Así como la tuya es joder con este niño bonito solo estando borracha —refuté y su sonrisa creció todavía más.

Dejé claro mi punto desde que llegué, ella ya sabía que no me encontraba ahí únicamente por comer y beber, iba a por todas, y esa noche no estaba dispuesto a dejarla ir. Sadashi me aceptó así y esperaba que no fuera una cobarde.

Se bajó del taburete y se sacó aquella enorme camisa que la cubría, dejándome ver que solo usaba bragas, sus pechos pequeños estaban demasiado apetecibles. Tragué con dificultad y acomodé mi erección con descaro, ella lamió sus labios y miró, atenta, lo que hacía, saboreándose como cuando yo le miraba el culo a una chica buena, regalándome una sonrisa sensual que indicaba que no tenía ninguna vergüenza en actuar así. Las cosas acababan de aumentar a otro nivel y hasta la música que sonaba de fondo se puso de acuerdo.

—Si quieres probar todo esto —habló y arrastró las manos por sus curvas—, tendrás que darme el combo completo porque, si voy a caer contigo, tendrá que valer la pena —advirtió, demostrando que las reglas del juego las poníamos los dos—. Yo beso sin enamorarme, niño bonito.

Hacer tratos con Sadashi era casi siempre obtener un treinta por ciento, pues era la que se llevaba la mayor parte.

Lo comprobé cada vez que intenté algo con ella y me volteó todo como la cabrona que era, pero en ese instante no estaba dispuesto a ceder, esa vez quería el setenta por ciento para mí. Iba a demostrarle que el juego lo dominaba yo. Así que, sin que se lo esperara, me bajé del taburete, la tomé por debajo de las axilas y la subí a la isla; de inmediato me colé entre sus piernas y la miré a los ojos. Solo así podíamos estar a la misma altura. Sus labios me tentaban como unos endemoniados y, cuando se los relamió, mi polla protestó y apretó mi pantalón, rogando que la liberara.

—Sí, pero esta vez seremos parejos. Tú jodes conmigo estando ebria, yo te follo sin besos de por medio —dejé claro, y, con eso, la besé muy cerca de la comisura de sus labios.

Por supuesto que daba besos castos, siempre que no fueran en la boca.

Con una mano, recorrí su cuello y llegué hasta su pecho izquierdo para acariciarlo con la punta de dos dedos. De inmediato, aquel botón café claro se endureció y se tornó más oscuro. Continué dando besos castos hasta llegar a su clavícula y me separé un poco para poder ver cómo su abdomen se movía con brusquedad por su respiración acelerada; mi mirada siguió descendiendo y se detuvo entre la marca de sus labios vaginales, sobre la tela de sus bragas blancas de seda.

—Eso es lo justo, ¿cierto? —pregunté, escuchando mi tono ronco y oscuro.

Con el dedo índice, que antes tuve en su pezón, bajé a su vientre y llegué a su entrepierna. Palpé con la yema aquellos labios que se sentían suaves por la tela de las bragas, calientes por la necesidad que estaba despertando en ellos.

—Sí —respondió cuando detuve la suave caricia y sonreí de lado, complacido por tenerla tan dócil.

Con la mano izquierda amasé el otro pecho y retorcí su pezón con dos dedos, el índice derecho seguía el trabajo en su entrepierna y lo alternaba con el pulgar.

—*Va bene, dolcezza*[13] —celebré al sentir el leve movimiento de sus caderas buscando fricción.

Estuve a nada de perder el control en cuanto me percaté de que las bragas se le estaban mojando, imaginando que recibía sus fluidos en mi polla, lo que provocó que la sangre corriera con más velocidad en mi sistema y se concentrara en mi pelvis, sacudiendo mi falo con dolor y más deseo.

Cazzo.

Sadashi se arqueó, buscando más fricción y, con ello, sus pechos se alzaron; apoyó las manos en la isla y se recargó en ellas mientras yo me iba a por su pezón para introducírmelo en la boca, chupándolo y acariciándolo con la lengua, arrastrando su carne tierna y dulce entre mis dientes. Lo besé, haciendo que su boca se sintiera envidiosa de su teta, ya que ella recibía la atención que sus labios reclamaron antes.

—¡Dios! —gimió y subió una pierna a mi cintura.

—Soy yo —le recordé—. No blasfemes.

Sus ojos estuvieron cerrados hasta entonces, los abrió y vi el más puro deseo en ellos; aquellos orbes rasgados eran muy similares a los de una pantera, sin embargo, en ese momento tenía a una gatita que se deshacía con mis caricias.

—¿Te gusta lo que hago? —pregunté, pero, antes de que me respondiera, metí el pecho restante en mi boca y lo succioné, soltándolo después con un sonoro chupetón.

—¿Esto en serio va a pasar? —respondió con otra pregunta, como si creyera que se encontraba en un sueño erótico. Su voz estaba ronca.

—Claro, no lo dudes ni un segundo. Esta noche serás mía en cuerpo y te sacaré esa borrachera a punta de orgasmos —sentencié e hice las bragas a un lado.

Desde pequeño me fascinaban las manzanas por su sabor, pero cuando mi mente se despertó a los placeres de la vida, comprendí que también eran mis favoritas por su forma en cuanto la cortaba por la mitad. El coño de Sadashi quedó al descubierto, mostrándose ante mí como mi fruta favorita, solo que en color rosado y más jugosa por lo que mi dedo le provocó.

—¡Joder, Aiden! —gruñó cuando lo moví de arriba hacia abajo, deslizándolo con facilidad por la humedad que brotaba de sus profundidades.

Estaba depilada por completo. El olor de su jabón llenó mis fosas nasales y se mezcló con la dulzura que soltaban sus fluidos; ese coño me tentaba demasiado y sentí deseos de probarlo, de comérmelo completo, sin inhibiciones o tapujos. En ese momento, Sadashi era la manzana de mi

jardín y no solo quería darle un mordisco, me urgía devorarla como un hambriento.

—Es… Esto será solo… solo sexo —señaló entre titubeos y se mordió el labio para no gemir.

—Creí que no era necesario aclararlo, Engreída. Ambos lo tenemos claro.

—¡Aiden! —Jadeó cuando introduje un dedo en su vagina.

La palma de mi mano le daba golpecitos en su manojo de nervios, mientras que mi dedo medio la embestía, burlándose de mi polla por ser el primero en lograr estar ahí, donde ella tanto deseaba. Las caderas de Sadashi comenzaron a moverse y, de un momento a otro, dejó de pensar en las consecuencias de lo que estábamos haciendo y se abandonó a mis atenciones. Introduje un dedo más y no pudo contenerse con los gemidos; los gestos de placer que hacía me estaban torturando y sentí que comencé a mojarme únicamente por verla disfrutar.

De pronto soltó algunas palabras que no reconocí, aunque se escuchaban demasiado calientes. Los gritos que daba no se comparaban a los que escuché antes con otras mujeres y, podría parecer estúpido de mi parte, pero en ese momento recordé una charla que tuve con los chicos; en ella Dasher se preguntaba si las mujeres asiáticas en verdad gemían como en los vídeos porno de *Hentai* que había visto, y yo estaba teniendo la puta suerte de comprobarlo.

Sadashi era toda una muñequita caliente de *Hentai* y, si no me corría por verla disfrutar, lo haría al escucharla en esa lengua tan excitante que tenía, o por esos gritos que se confundían entre dolor o placer, pero seguro estaba de que era lo último.

A los tres minutos de embestirla con mis dedos, ya se estaba corriendo, y sonreí como todo un cabrón cuando la vi retorcerse de placer, uno que yo le daba. Me cogió de la muñeca para que desacelerara y pegó unos pequeños brincos al seguir sufriendo de los espasmos.

—¡Demonios! —se quejó, poniendo la frente en mi hombro—. Creo que la tensión de estos últimos días me ha hecho correrme rápido.

—Ajá —murmuré en su oído con diversión. Me miró indignada, le costaba aceptar que lo que la hizo correrse rápido fue que era yo quien le daba placer, pero lo dejaría pasar, le seguiría demostrando que no era la tensión de los días pasados, sino mi habilidad.

—Es en serio, Aiden. No tienes ni idea de todo lo que…

—Shhh, no es necesario que te excuses. —Ya había sacado los dedos de su interior y la callé poniéndolos sobre sus labios—. Saboréate —ordené y, con cuidado, los abrí para introducirlos.

Su lengua me dio la bienvenida. La calidez de su boca me envolvió los dedos y chupó como si fuese mi polla la que disfrutaba; con una mano me retuvo ahí y la otra la llevó a mi entrepierna. Siguió succionándolos y acariciando mi dura erección a la vez, provocándome, tentándome sin saber que, si me descontrolaba, sería como un animal feroz y la devoraría con desdén.

—Mi habitación es la del fondo, solo camina recto por el pasillo. —Sacó los dedos de su boca para decirme eso.

Sin ningún esfuerzo, la cogí de las piernas y la cargué con sus muslos enrollados en mi cintura, ataqué su cuello en el camino y la escuché jadear otra vez. Necesitaba penetrarla antes de que me corriera en los pantalones, puesto que podía hacer muchas tonterías sin sentir vergüenza, pero algo así sí heriría mi orgullo.

Cuando llegué a la habitación, la deposité en la cama, el tamaño era suficiente para que ella durmiera muy cómoda, pero no me hacía responsable de destrozarla con ese encuentro.

Únicamente una pequeña lámpara de noche se encargaba de darnos una tenue luz y ya estaba encendida desde que llegamos. No inspeccioné nada más de lo que me rodeaba, ya que lo más importante para mí era Sadashi, de lo único que me aseguré fue de arrancarle la única pieza que

me impedía verla en todo su esplendor.

Con ropa esa mujer parecía más esbelta, pero desnuda me demostró que era dueña de unas curvas deliciosas. Se puso de rodillas sobre el colchón sin vergüenza alguna, sabía lo que me provocaba verla así. Me saqué la playera con una sola mano y ella comenzó a desabrochar el botón de mi pantalón. Mi polla se lo agradeció demasiado.

Me quité los zapatos y saqué el pantalón de mis piernas. Sin perder tiempo, Sadashi se deshizo de mi bóxer y juro que escuché un sonidito que quiso disimular en cuanto vio a mi amigo saludándola, muy ansioso. Soy hombre y claro que reacciones como la de esa chica hacían crecer mi ego. Con la ropa interior todavía en las rodillas, me acarició y esparció por la corona de mi pene aquella gota de líquido preseminal que salía de ella, demostrándole los estragos que sufrí cuando solo la follé con los dedos.

—Vamos a ver qué tal la usas —apostilló mirándome y alzó una ceja.

Sonreí por su atrevimiento, esa mujer disfrutaba de provocarme con sus palabras listillas. Aguanté un gemido por la avalancha de placer que me embargó cuando me tomó entre el falo y la corona de mi polla y comenzó a hacer movimientos de arriba abajo; eché la cabeza para atrás y me mordí el labio, ella también sabía lo que hacía y cómo lo ejecutaba.

Su otra mano llegó a mis bolas y las acarició sin dejar de bombearme. Pronto comencé a mecerme al compás de la mano que me sostenía sin darme tregua alguna y, cuando creí tener suficiente, la detuve y la hice tumbarse.

Cogí un preservativo de mi billetera y, tras colocármelo, tiré de sus piernas hasta llevar su culo a la orilla del colchón. La cama era alta, eso me permitió estar a la altura adecuada para colocarme con comodidad en su entrada; tomé mi pene y comencé a abrir su raja con él, acariciando su clítoris de arriba abajo, esparciendo la humedad que lo recubría y logrando que ella apretara la sábana entre sus puños.

Los estragos de su orgasmo anterior todavía seguían presentes y eso me hizo fácil comenzar a introducirme, pero traté de no ser bruto. Me zambullí con cuidado, hasta que estuve ahí por completo y mis bolas tocaron su culo.

Nos miramos a los ojos, sus mejillas estaban más rojas y sus labios hinchados de tanto morderlos; me quedé quieto unos segundos y, antes de salir un poco y volver a meterme en su apretado canal, llevé la mano a su coño y lo acaricié.

De nuevo, el rostro de la chica se estaba deformando por el placer.

Inicié las embestidas y sus fluidos me recubrieron, volviéndolo resbaladizo. Era obvio que Sadashi era más pequeña, en comparación a mi tamaño, sus paredes vaginales me apretaban de forma deliciosa y eso me provocaba más placer. Enseguida comencé a moverme con rapidez y ella empezó otra vez con aquellos gemidos y gritos eróticos.

¡Puta madre! Tenía mi propio episodio de porno *Hentai.*

Me enloquecí.

Los pechos de Sadashi rebotaban con mis embestidas, los talones de sus pies apenas me llegaban a los hombros, pero eso era suficiente para que se recargara y se impulsara siguiendo el vaivén de mis penetraciones; logró torturarme, aunque también se torturaba a ella misma.

—¡Joder! —gruñí cuando sentí que el orgasmo comenzaba a formarse en mis bolas.

—¡Oh, sí! ¡Joder! *¡Okashiku narisou*[14]*!* —comenzó a gemir, más descontrolada, y yo empecé a cantar la puta macarena para no correrme de inmediato cuando su calor húmedo me recubrió y su interior me succionó con furia—. Esto… estoy a punto de… ¡Aaah! —gritó en el instante que un segundo orgasmo la arrasaba.

Su rostro se volvió rojo, abrió la boca con un grito sordo y sus piernas se tensaron como

cuerdas de guitarra. No aminoré mis embestidas y seguí atacándola, hasta que volvió a respirar. Besé el empeine de su pie derecho y sonreí regodeándome al verla tan desecha gracias al sexo que le estaba dando, pero no paré, únicamente le di un poco de tregua penetrándola suave, sacando todo mi falo y jugando con su punto G con la corona de mi polla.

—¿Sigues corriéndote así de rápido por la tensión de estos días?

Aquel rostro serio lo dejó de lado y me sonrió con diversión.

—Veo que eres de armas tomar, niño bonito —me halagó y le guiñé un ojo.

Se recargó en uno de sus codos y, con la mano libre, me limpió el sudor que me corría por la frente.

—Quiero el tercero —avisé.

Me salí de ella y le di la vuelta, dejándola tumbada en su estómago y con los pies en el suelo. Puso el culo en pompa, arqueando la espalda (donde noté algunas marcas que no identifiqué) y se recargó en las puntas de sus pies; llevaba las uñas de color rojo y verla en esa posición hizo que mi erección creciera más, por increíble que sonara.

Puta mierda.

Tenía unos pies muy bonitos y delicados y esas uñas rojas me enfermaban de deseo. Esa vez ya no fui delicado al penetrarla, su piel se erizó cuando me ensarté de golpe y mordió la sábana para no gritar.

—No te prives, Sadashi. Me encanta cómo gritas y, aunque no tenga ni puta idea de lo que dices, me excita oírte hablar en… ¿japonés? —Me miró sobre su hombro, parte de sus mechones negros se le habían ido al rostro, pero aun así la vi sonriéndome.

—Te he dicho muchas cosas en una mezcla entre japonés y coreano —aclaró. Me tomó por sorpresa que supiera también coreano—. Y te estoy insultando —señaló, pero sus ojos me demostraron que mentía.

Me salí de ella casi por completo y la embestí con más fuerza. La cama rechinó y todo su cuerpo tembló por la fuerza que usé. Apretó los ojos y se mordió el labio, no la lastimé.

—¡*Baka*[15]! —No me contuve las ganas y le di un fuerte azote a la vez que volví a penetrarla —. *¡Kuso*[16]! —gritó esa vez y me miró, entre sorprendida, molesta y excitada.

—La tuya, por si acaso.

Quiso reírse fuerte al oírme, pero recargué el torso en su espalda y la nueva posición me permitió llegar más profundo, demostrándole que así siguiera con mis tonterías incluso en momentos como ese, procuraba ser un excelente amante. Mis puños estaban a ambos lados de su rostro, subió una pierna a la cama y eso me hizo ahondar un poco más.

—¡Mierda! —gruñí en su oído, esa posición se sentía demasiado bien.

Puse una mano en su espalda baja y la retuve ahí para apoyarla. Sabiendo todo lo que esa mujer era capaz de hacer, no debió sorprenderme que lograra impulsarse con una sola pierna para, otra vez, encontrar mis embestidas, pero lo hizo.

Besé y lamí su cuello y ella me cogió de la nuca para retenerme.

Dejé de cantar la macarena desde un rato atrás y mi orgasmo volvió a formarse en mis bolas. Aquel movimiento que ambos teníamos era increíble y sabía que esa vez ya no me podría contener.

—*¡Ikisou*[17]*!* —soltó de pronto y sonreí.

Esa sí me la sabía, pues, por curiosidad, le pregunté una vez a Maokko y me lo explicó.

—Yo también, hagámoslo juntos.

La penetré con fuerza tres veces más y ella ensartó sus uñas en mi cuello, cegada de placer, provocándome una avalancha de calor en mi pene. Me tensé apretando los ojos, consciente de

que donde no desacelerara me correría antes esa vez.

—*¡Iku, iku, iku*[18]*!*

Escucharla y sentirla fue explosivo y gruñí comenzando a correrme junto a ella, apretando una de sus nalgas, queriendo meterme hasta su estómago con aquellas penetraciones tan profundas y rugiendo con el más puro placer cuando mis abdominales se apretaron y cada músculo en mi cuerpo se tensó y quemó.

Merda, esa mujer era dinamita pura y muy fácilmente una tremenda y peligrosa adicción.

Tu regalo

[Capítulo 11]

{Aiden}

Nuestras respiraciones estaban aceleradas y mi corazón golpeaba mi pecho como cuando subía, sin descanso y corriendo, los ochenta escalones del parque al que iba a ejercitarme en Virginia Beach, así me sentía, y la chica a mi lado estaba igual o peor. El pelo negro y lacio se le pegaba en el rostro debido al sudor, seguía roja y con una expresión de satisfacción total. Aparté el cabello de su frente y la encontré mirándome, divertida y relajada.

—No dejas de sorprenderme, Aiden —murmuró. Mi nombre dicho por sus labios se escuchaba perfecto.

—¿Porque te he hecho correrte como precoz y culpas al estrés? —jugué con ella y rodó los ojos.

—No, tonto, porque no dejas tus payasadas incluso en momentos como este. ¿Eres así con todas las chicas que te acuestas?

Hablaba con mucha naturalidad. Preguntó eso sin una pizca de molestia, y me gustó que fuera así, no como otras chicas que, a pesar de que les dejaba claro que solo sería sexo, después de darles el primer polvo se molestaban si mencionaba a alguien de mi pasado. Y no es que lo hiciera a propósito, sino a que respondía preguntas que ellas mismas me hacían e implicaban a mis examantes.

—Eres la primera asiática con la que me acuesto, todas las demás hablan mis idiomas —aclaré. Ella ya sabía que mi primera lengua era la italiana—, así que no me dicen cosas que no entiendo.

Se recostó de lado y se recargó en un solo brazo para alzar un poco el torso y darme más atención de esa manera, su diminuta cintura se acentuaba más en esa posición.

—¿Y tú? ¿Hablas en esos idiomas siempre que te acuestas con alguien? —Me miró a los ojos cuando hice esa pregunta, creo que también buscó en ellos indicios de celos o posesividad, pero no encontraría más que deseo.

—No creas que me acuesto con tantos chicos como tú.

—No me acuesto con chicos, Engreída —apostillé y negó.

—Según tu declaración a los vecinos, sí —me recordó y reí por ello.

—Buen punto.

—A lo que voy es que no tengo una vida sexualmente activa como la tuya y, con los pocos chicos que me he acostado, no recuerdo haber confundido los idiomas que hablo.

—Me siento especial —bromeé y ella sonrió—. Y no te preocupes, vamos a cambiar esa calma que has tenido en tu vida sexual. Ya llegué yo y, después de esta noche, me encargaré de darte como a televisor viejo —aseguré.

Comenzó a carcajearse como loca y terminó contagiándome a mí, sus ojos se volvieron casi una línea y solo sus pestañas rizadas quedaron al descubierto. Sus dientes blancos estaban alineados y su lengua lucía rosada, su nariz se arrugó y me dejó ver una versión tierna. Era increíble que esa mujer fría como el hielo también pudiese ser cálida como el sol de la mañana, únicamente con reírse de esa manera.

—Ya, ponte serio —pidió, tratando de no reír más.

En un segundo, ambos estábamos de lado y al siguiente ya me tenía tumbado en su cama, con

ella a horcajadas sobre mí. Su pose divertida cambió, dejó de ser la gatita que antes se deshizo con mis caricias y volvió a ser la pantera que siempre me demostró ser.

—Ya me follaste tú y sigo borracha, así que ahora quiero follarte yo —declaró y solo con esas palabras mi polla reaccionó como serpiente encantada.

Estaba dándole tiempo para que se recuperara y, por lo visto, no necesitaba mucho.

—Soy todo tuyo esta noche, tu regalo —dije y me miró, sorprendida, por lo último.

Le sonreí para que creyera que eso fue uno más de mis juegos, para que no sospechara que sabía de su cumpleaños, y se lo creyó, ya que me devolvió la sonrisa, aunque de forma malvada. De inmediato me hizo poner las manos arriba de la cabeza y se fue a por mi cuello, besándome de la misma manera que antes la besé, comenzando con lamer el lóbulo de mi oreja para bajar poco a poco; sus labios gruesos me palpaban y su lengua me saboreaba, siguió hasta llegar a mi tetilla y le dio un chupetón.

De pronto su lengua comenzó a moverse y logró endurecerme por todas partes, rozó su sexo con el mío y gruñí por todo lo que me estaba haciendo sentir.

Me miró sensual, sin dejar de lamer, y volvió a rozarse en mi erección. Bajé una de las manos y aparté el cabello que se le iba al rostro, metiendo algunos mechones detrás de la oreja. Si estuvo con pocos hombres, como me confesó, aprendió muy bien cómo dar placer, puesto que yo estaba disfrutando demasiado de todo lo que me hacía.

Jugó con ambas tetillas y no dejó de provocarme con sus caderas, sobre todo cuando mi polla se metía entre el canal de sus nalgas.

—Si buscas calentarme, te aseguro que no necesitas tanto esfuerzo —dije y alzó una ceja.

—¿Tienes más condones?

—Nena, en mi billetera solo encontrarás eso. Es una condonera, en realidad —confesé.

Se bajó con una sonrisa y se fue hasta donde estaba mi pantalón, sobre él dejé la billetera y la vi sacar un preservativo; notó que no jugaba del todo con mi declaración y me miró, divertida. Regresó a mi lado y rasgó el sobre, luego se colocó entre mis piernas y se recargó en los talones; dejó el condón fuera del empaque y esa vez decidió comenzar a besarme desde una de mis piernas para después llevar su mano a mi falo y bombearlo con delicadeza. Iba muy en serio con lo de follarme y estaba encantado con la idea.

Sadashi me provocaba, jugando a que me hacía un buen sexo oral, y llegué a desearlo, mucho, para ser sincero; mas no lo esperaba, ni lo propiciaría, esos ya eran otros términos a los que no sabía si llegaríamos. Era la primera vez que nos acostábamos, muy pronto para pensar en eso.

Me mordí el labio cuando la vi incorporarse y coger el preservativo, me lo puso con cuidado y cuando vio que todo estaba bien, terminó de hacerlo perfecto, pues volvió a ponerse a horcajadas, me tomó de la corona y buscó su entrada, penetrándose poco a poco, hasta que solo su coño quedó a mi vista.

—Me gusta tu tamaño —confesó.

—Y a mí lo apretada que estás.

Llevé las manos a sus caderas y la obligué a moverse. Gimió cuando la sensación se intensificó, puse los talones en la cama y me impulsé en cuanto ella se apoyó en mi pecho y levantó su culo para clavarse de nuevo en mi falo. Todo se tornó intenso, Sadashi cerró los ojos y se mordió el labio, intentando callar los gemidos que le provocaba sentirme.

Amasé sus pechos y la acerqué a mí a la vez que levantaba la cabeza, me metí una de sus tetas a la boca y jugué con ella, así como esa asiática jugó con las mías; con una mano me cogió del pelo y me unió más, disfrutando de cómo mamaba aquellos dulces y pequeños pechos.

Gruñí.

Quería dejarla llevar el control, pero ni yo mismo me controlaba al tenerla en esa posición, así que, impulsándome de nuevo con los pies, la embestí hasta el punto en que ella únicamente pudo mantenerse quieta y gritaba cada vez que la empalaba hasta la empuñadura. Sus nalgas se azotaban con mis piernas, sus pechos rebotaban cuando yo no los chupaba o se rozaban en el mío en el momento que lamía su cuello y llegaba a su barbilla para morderla; hubo un instante en que la sentí buscar mi boca, aunque pronto me perdí en sus tetas y ella buscó mis embistes, logrando sincronizarse con mis movimientos.

Entramos en un frenesí más intenso que el que tuvimos antes, envolví mi brazo en su cintura y la retuve para solo penetrarla. La cama estaba a punto de ceder con la brusquedad que soportaba, Sadashi se dejó ir y ya no calló más sus gritos; repetía mi nombre a cada momento, la respiración se le entrecortaba y únicamente lograba gemir en mi oído. Eso y el golpe de su aliento junto a las embestidas y su apretado canal, consiguieron que mis bolas se endurecieran y se prepararan para una nueva eyaculación.

En el segundo polvo siempre me tardaba, pero en esa ocasión no sería así, también yo iba a correrme rápido, aunque no le echaba la culpa al estrés. Todo era a causa de esa pequeña ninja que me montaba como a un caballo de guerra.

—¿Te gusta? —le pregunté.

Llevé una mano a la parte de atrás de su cabeza y enredé mis dedos en su cabello, lo tiré con un poco de fuerza y la hice mirarme; su boca estaba semiabierta, la marca de sus dientes se lucía en el labio inferior y, con el pulgar, lo acaricié; ella aprovechó para lamerlo, me miraba de una forma sensual y perdida por el deseo.

Dicen que los ojos pueden hablar y que las miradas matan, pero la suya en ese momento me follaba tal cual lo hacía su cuerpo.

—Tanto como para no parar esta noche —confesó.

La acerqué a mí, satisfecho por su respuesta, y la retuve a unos centímetros de mi boca, mirándonos a los ojos, dejando que nuestros alientos se mezclaran, que nuestros labios se secaran por el aire y la necesidad de saber el sabor que tenían.

—M-Me voy… a…

—Sí, nena. Dámelo, no te prives de él. Demuéstrame cuanto te gusta mi ver…

—¡Aaah, Aiden! —comenzó a gritar antes de que terminara de estimularla con mis palabras.

Enterró su rostro en mi cuello. Todo el cuerpo se le tensó en el momento en que el orgasmo la arrasaba, sus paredes vaginales me ordeñaron como expertas y segundos después comencé a correrme, ralentizando mis movimientos, pero sin perder la intensidad; apreté su cadera con más fuerza de la necesaria, mas no pude evitarlo. Yo también estaba perdido en aquel mar de sensaciones, intentando no ahogarme por no poder respirar y rogándole a mi corazón para que no se me saliera por la boca.

Habíamos comenzado algo que no íbamos a poder parar tan fácil.

****

Me desperté cuando el reloj de mi móvil marcaba las siete de la mañana, no paramos hasta que la madrugada nos descubrió y Sadashi dijo que no podía con uno más; no pretendía quedarme dormido ni invadir su espacio personal, pero el cansancio me ganó y retocé unas horas.

Me fui al baño para lavarme la cara y la boca, cepillándome con el dentífrico y utilizando el dedo como cepillo; cuando salí me puse el bóxer y cogí la ropa. Sadashi dormía, así que fui lo más silencioso para que no despertara.

Horas antes me pidió que mantuviéramos las cosas en secreto y acepté, no me suponía ningún problema que supieran lo que pasó entre nosotros, pero ella quería evitar que las cosas llegaran a oídos de mis padres, y lo respeté. Tenía que llegar a casa antes de que Abby se fuera, necesitaba pedirle disculpas, así que salí a toda prisa decidiendo que me vestiría en la sala.

—¡Mierda, Aiden! —Pegué tremendo respingo cuando encontré a Maokko en la cocina, preparándose un café.

El apartamento en el que vivían era moderno y grande, la sala y la cocina estaban separadas por una larga isla y eso permitió que ella me descubriera cuando salí del pasillo, vestido solo con un bóxer y con el resto de mi ropa y zapatos en la mano.

El secreto acababa de irse a la mierda.

—Tía —dije y le sonreí, entre apenado y divertido.

—¡Joder, cariño! Vi todo eso de niño, pero ahora con esas proporciones que tienes. ¡Uf! —soltó, dramática. Recordándome que fue mi maestra de artes marciales y mi niñera a la vez, casi desde que nací—. Mejor vístete antes de que Marcus se despierte y te vea, creo que hoy sí le darán celos.

—¡Tía! —la reprendí y me miró, divertida.

—Conque por eso querías saber si vendríamos a casa —señaló y le dio un sorbo a su café.

Estaba de más que lo negara, esa mujer me conocía como si fuera mi madre.

—Es la primera vez que pasa y pretendíamos que fuera un secreto.

—Lo pretendía Sadashi, porque tú no creo. —Lo dicho antes, esa mujer me conocía como si fuera su hijo—. Yo sabía que ibas a mejorar tus gustos, andas volando alto, ¿eh?

—¿Es un halago? ¿No estás molesta?

—Es un halago porque es a mi sobrina a la que acabas de follarte. No debería decir eso, pero ya me conoces, y me encanta que tengas tan buenos gustos. Y no, no me molesta, aunque, conociéndolos a los dos, sé que esto solo es juego; uno en el que deben cuidarse muy bien para no salir lastimados.

Comencé a vestirme mientras me comentaba eso y luego la vi servir otra taza de café, la arrastró por la isla hasta acercármela y le di las gracias.

—Hemos dejado todo claro, ninguno busca más que un buen sexo. Sadashi me conoce más que yo a ella y sabe cómo soy y, por lo poco que yo la conozco, sé que no es una chica de flores, chocolates y palabras bonitas. —Asintió con la cabeza ante mi respuesta—. Le advertí a madre que esto pasaría y me lo prohibió, pero tanto ella como tú saben lo que me provoca que me prohíban algo. —Me encogí de hombros.

—Por mí, nadie sabrá lo que ha pasado —aseguró, aunque eso ya lo sabía—. Solo te pido que mantengas claro lo que me has dicho, no quiero que salgas lastimado. —Alcé una ceja.

—Se supone que eso deberías decírselo a ella, son las chicas las que buscan algo más, no yo.

—Ya dijiste, cariño, las chicas, no Sadashi. Ella está demasiado lastimada, es una cebolla que te joderá mucho los ojos si intentas pelarla.

Sus palabras fueron dichas con cariño, pero no quitaba que me estuviese dando una advertencia, la cual guardé muy bien. Era realista, y todo podía pasar, por eso tomé en cuenta los consejos de una mujer que conocía a Sadashi más que yo, y después de la noche que pasamos, sabía que tenía que irme con cuidado.

Cuando llegué a casa lo primero que hice fue hablar con Abby, pasé casi dos horas en su habitación y me disculpé tal cual deseaba; era irónico que, ya que iba a irse, lográramos hablar como debimos hacer tiempo atrás, pero teníamos la mala costumbre de reaccionar tarde. Me puse en su lugar y entendí sus puntos, sus razones para irse.

Me hizo ver las cosas de una manera tan cruda que me asusté y me arrepentí por haber sido como fui; la sobreprotegimos hasta tal punto de quitarle su libertad y casi ahogarla, pero me enorgullecí de que fuera una chica fuerte y que luchara hasta lograr cumplir sus objetivos.

Iba a extrañarla como loco, pero de corazón le deseé que encontrara todo lo que soñaba, que se encontrara a ella misma, que es lo que más anhelaba. Cuando llegó la hora de irse, todos la despedimos en el jardín delantero de la casa de mis padres, solo ellos dos la acompañarían y viajarían con ella hasta dejarla instalada en su nuevo hogar. Leah e Essie no querían soltarla cuando la abrazaron, Daemon le dijo algo al oído que estremeció a mi hermanita y lo abrazó con más fuerzas; se suponía que Dasher estaría también, pero después de la pelea del día anterior, no apareció, y lo creí mejor así.

—No cambies nunca, no quiero que dejes de ser mi patito feo —susurré en su oído cuando fue mi turno de despedirme.

La sentí reírse.

—Yo sí quiero cambiar, llegó la hora de comenzar mi transformación y convertirme en el más hermoso cisne.

La separé de mi lado y le limpié las lágrimas.

—Ya lo eres, princesa. Si te llamamos patito es solo porque nos acostumbramos y suena bien —aseguré, y no mentía. Mi hermana nació hermosa y lo seguía siendo.

La vi marcharse y suspiré fuerte, una nueva etapa comenzaba en su vida y rogaba porque fuera la mejor.

No sentí la presencia de Essie hasta que se coló entre mi brazo y mi costado, obligándome a abrazarla; era tan escurridiza como esa mascota que abrazaba cual peluche, el gato negro que llevaba en su otro brazo.

—Me sorprende que Sabina no se haya comido ya a esa bola de pelos.

Sus grandes ojos me miraron de forma reprobatoria. A Essie le gustaba estar en casa y siempre estaba acompañada por ese gato, en muchas ocasiones lo terminábamos pisando y ella se volvía toda una fiera cuando sucedía, así fuera su culpa el no cuidar por donde ese animal caminaba.

—Deja a Luna, y ni me hables de Sabina, no lo mereces, ya que la tienes abandonada —me reprochó.

Me reí y le di un beso en la coronilla, esa chica usaba un champú con olor a coco y era delicioso.

—Y que ni te sorprenda, ya que también ha abandonado a Coffee. —Leah había escuchado la conversación y se unieron para recriminarme el abandono de los cachorros, no tan cachorros ya, que les obsequié para sus cumpleaños.

No las culpaba, puesto que era cierto, ya que al obsequiárselos les dije que siempre iba a estar pendiente de ellos y en los últimos días los había olvidado.

Pasé un buen rato con ellas dos, Daemon y Lane se unieron y terminamos haciendo una tarde de películas y chucherías, como en los viejos tiempos. Dasher nos hacía falta, era mi primo y debía hablar con él para arreglar las cosas, ya que no podíamos estar así. Mientras veía una de mis películas favoritas, salió una escena en la que la chica peleaba usando llaves y movimientos ninjas, a mi cabeza llegó Sadashi y, con ella, los recuerdos de la noche y madrugada que pasamos juntos.

Había tomado una ducha, aunque los recuerdos eran tan fuertes, que sentía todavía su olor en mi cuerpo; no me equivoqué en el momento en que la vi, esa chica era fuego arrasador en la cama y por algo mi polla ansiaba por probarla. No la veía desde la mañana y tenía curiosidad de

saber cómo reaccionaría cuando nos volviéramos a encontrar.

—Oigan, chicos, ¿qué hace Sadashi reunida con todos esos tipos en el jardín? ¡Y, mierda! Sabía que sus padres tenían guardaespaldas, pero no un ejército.

Me acerqué a la ventana cuando Lane dijo eso, él todavía creía que Sadashi era solo una chica más que buscaba nuevas aventuras en la ciudad y desconocía por completo lo que había detrás de mis padres.

La asiática lucía recién llegada, pero el ceño en su frente me indicaba que estaba preocupada.

—A lo mejor ya la conocen y son amigos —respondió Daemon, quitándole importancia.

Con un gesto de cabeza, me animó a ir a averiguar y asentí, yendo hacia afuera con la mentira de que quería ir a sacar algo de mi Rubicon. Cuando salí, vi a Maokko llegar con Marcus en un *todoterreno* negro, el moreno iba apresurado, ya que hizo levantar el polvo al frenar.

—¿Qué sucede, tía? —pregunté cuando ambos se bajaron del auto. Todos lucían alerta y los hombres se preparaban como para la guerra.

—*¡Mierda! ¡Se acercan y tiran a matar! ¡Necesitamos refuerzos, joder!* —Escuché, atento, aquella voz masculina y preocupada. Marcus llevaba un radio y el canal estaba abierto, por lo mismo, todos fuimos testigos del tono desesperado de aquel hombre.

—No sucede nada de lo que debas preocuparte, solo necesitamos que se mantengan dentro —respondió Maokko a mi pregunta y negué—. Sadashi, ve con toda tu gente y apoya a Lupo.

—Un momento. Dime qué carajos está pasando, Maokko. —Ella me miró, impaciente—. Y tú no te irás con nadie de aquí a menos que yo salga, ya que me cuidas a mí —advertí a Sadashi, quien me miró alzando la barbilla, molesta por mi orden—. No olvides que prácticamente estoy dentro de las organizaciones y exijo saber qué está pasando.

—El cuartel está siendo blanco de un ataque por parte de los Vigilantes —habló Marcus.

—¡Ey! —lo reprendió su mujer y él la dejó callada con una mirada.

—Lo he visto pelear y tomar el mando cuando se le ha permitido, tiene derecho a saberlo. —La voz del moreno fue dura al dirigirse a ella—. Nos están pidiendo refuerzos, ya que los superan en números, y son liderados por Demian Sellers, uno de nuestros chicos lo ha identificado —terminó para mí y apreté los puños.

—¿Por qué el cuartel y no aquí? Él busca joder a mis padres por medio de nosotros.

—Ahora no busca joderlos a ustedes, sino recuperar algo importante para él y que nosotros tenemos en nuestro poder, justo en el cuartel —se unió Sadashi a la explicación y despertó mi interés.

—¿Qué es? —pregunté. Ella miró a su tía y a Marcus antes de responder. Maokko negó, pero no la calló.

—No es qué, sino quién. Desde que pasó lo de tu hermano tenemos en nuestra custodia a Nóvikova para evitar que vuelva a joder a Daemon. Demian va en su busca.

Mi cuerpo entró en tensión al escucharlo. Eso revolucionó mi adrenalina y la hizo correr por mis venas junto al odio y las ganas que tenía de vengarme, ya no solo de Demian, sino también de esa puta rubia que le jodió la vida a mi hermano.

—Imagino que aquí están los mejores hombres de la organización, ¿cierto? —quise saber y los tres asintieron.

—Ronin se quedó junto a Serena, Owen y Lewis —comentó Maokko.

El primero era un japonés, miembro de la élite especial de madre en La Orden. Los otros tres eran parte de los Oscuros, el escuadrón más letal de padre en Grigori.

—Belial y Lilith están en el cuartel junto a Cameron —añadió Sadashi, mencionando a los otros miembros de los Oscuros.

—Isamu acompaña a tus padres y a Abby, Caleb los resguarda desde otro coche —aportó Marcus.

Asentí, aliviado de que aquellos dos acompañaran a mis progenitores y hermana, ya que, así todos los miembros de las élites más especiales fueran letales y poderosos, Isamu y Caleb lo eran aún más.

—Ni Ronin ni los mellizos se moverán de aquí —ordené. Lewis y Owen eran esos mellizos y este último también era el esposo de Ronin—. Manda a Serena dentro de casa para que le informe a Daemon de todo.

—¿Qué pretendes con esto? —indagó Maokko.

—Si ese hijo de puta es tan inteligente, entonces busca matar dos pájaros de un solo tiro —expliqué refiriéndome a Demian—. Atacando el cuartel para rescatar a esa rubia busca dejar débil la mansión y aprovecharse para darnos un ataque duro y certero. No lo logrará.

Marcus se alejó de nosotros luego de que dije eso para atender una llamada que recibió.

—Estamos bajo ataque en el cuartel, nuestros hombres van a morir si no los auxiliamos. Lupo está allí —repuso Sadashi y fruncí el ceño. Lucía demasiado preocupada por ese tipo.

—Caleb ya va de camino hacia allá —avisó Marcus regresando a la pequeña reunión que montamos.

—Tú y Maokko quédense aquí para apoyar a Ronin y los demás. Yo me voy con Sadashi y su grupo —anuncié.

—No, no y no, tú no saldrás de aquí —advirtió Maokko.

—Tía, no sé si te das cuenta de que ni mis padres pudieron evitar que me inmiscuyera en las organizaciones y, lo siento, ya que te quiero mucho, pero tampoco lo lograrás tú.

—No puedo permitir que te pase nada.

—Para eso está tu sobrina. Ella cuida mi culo, ¿no es así, Engreída?

—Sí, aunque a veces sea yo la que quiera pateártelo —respondió, haciendo que sonriera—. Tía, Aiden no es ningún estúpido y ya hemos luchado juntos. También necesitamos a los mejores en el cuartel para impedir que ese malnacido se salga con la suya. Allí adentro está Daemon, Leah, Essie y Lane; y solo tú, Marcus y los otros pueden mantenerlos a salvo —dijo, señalando hacia la casa, apoyándome.

En serio agradecí que creyera en mis capacidades y no solo pensara que necesitaba ser cuidado. Soy un Pride White, ¡joder! La necesidad de estar en batalla corría por mis venas.

—Exacto, vamos a demostrarle a ese idiota que nosotros también sabemos matar dos pájaros de un solo tiro —aseguré crujiendo mi cuello y sonreí con altanería.

Por fin había llegado el momento de vernos cara a cara con ese hijo de puta y no permitiría que se llevara a esa maldita rubia, la tenía casi en mis manos y no dejaría que se me escurriera como agua entre los dedos.

Eres fuego

[Capítulo 12]

{Sadashi}

Me levanté muy tarde después de aquella madrugada desfogando como nunca gracias a un chico con el que dije que no estaría jamás de esa manera; aquellas palabras de: «no digas de esta agua no beberé porque en el camino puede darte sed», llegaron a mi cabeza, burlándose como unas bandidas porque me dio sed, una muy tremenda.

Por supuesto que Aiden no estaba en mi cama, y tampoco sentí cuando se fue, ni me molestó que lo hiciera sin avisar, no lo esperaba, puesto que no éramos una pareja con pensamientos de tener algo serio. Solo queríamos pasar el rato.

Sentí una molestia en mi entrepierna cuando fui al baño a por una ducha, en mi cadera lucía un cardenal con marcas de dedos gruesos y mi cuerpo todavía tenía su aroma, uno cítrico y masculino. Cerré los ojos e inspiré con fuerza, dejé que aquella lluvia artificial me mojara y se llevara con ella los restos de esa madrugada, aunque los recuerdos quedarían en mi cabeza como leyes marcadas en piedra.

¿Qué pasaría después de lo que hicimos? ¿Lo repetiríamos? ¿Todo estaba claro? ¿Cómo actuaría Aiden al volver a verme?

Todas esas preguntas me atacaron cuando me estaba vistiendo. Me miré al espejo de cuerpo completo vestida solo con un *jean* negro, de la cintura para arriba seguía desnuda y una toalla enrollaba mi cabello para evitar que me mojara, y así también se secaba un poco. Me puse de espaldas y vi las marcas en mi columna vertebral, lucían blanquecinas, y agradecí que la luz en mi habitación fuera tan tenue que Aiden no se dio cuenta de ellas porque, con lo curioso que era, sus preguntas habrían salido como una verborrea.

—Buenos días —saludé a tía Maokko cuando llegué a la cocina.

Estaba lista para tomar su turno en el cuartel y lucía seria conmigo, molesta todavía por lo que hice con su intento de celebrar mi cumpleaños.

—Es sorprendente que te levantes a esta hora. ¿Te dormiste tarde anoche? —cuestionó e ignoró mi saludo.

Estaba limpiando algo en la isla, yo le daba la espalda en ese instante porque cogía un poco de zumo del refrigerador, pero volví a mirarla por encima del hombro tras hacer esa pregunta. Sin que me viera, sonreí de lado, pensando en las razones que me hicieron dormir hasta la madrugada.

—Un poco.

—Espero que al menos haya valido la pena pasar sola tu cumpleaños, encerrada aquí —soltó y sentí el reclamo implícito en sus palabras, pero también ironía—. De verdad trato de comprenderte, Sadashi, pero me es difícil que, después de tantos años, sigas odiando una fecha tan especial y desprecies los gestos o regalos que he querido hacerte.

«Soy todo tuyo esta noche, tu regalo». Escuché de nuevo esa voz y esa declaración, que Aiden lo dijera y, sobre todo, que apareciera en casa, con comida y postre, todavía me extrañaba; podía ser una coincidencia tremenda o también que mi tía bocona soltó esa información.

—Inconscientemente, he aceptado algunos regalos, o al menos pienso que han sido por coincidencias de la vida y no porque tú te encargas de ventilar cosas mías que prefiero mantener en secreto —señalé y me serví zumo en un vaso.

Tía irguió su espalda y se plantó, tratando de parecer ofendida. Me apoyé de espaldas en la isla y bebí el zumo mientras la veía seria.

—No soy ninguna bocazas —se quejó.

—Ajá, y yo soy virgen.

Comenzó a reírse al escucharme y terminó contagiándome. Sí, a veces, si no siempre, esa mujer desconocía los filtros y me hizo pasar muchas vergüenzas por no quedarse callada cuando debía, pero confiaba al cien por ciento que jamás diría nada delicado sobre mí; mi pasado lo supo mantener oculto y de eso no tenía ninguna duda.

Cuando terminé mi jugo y me lavé los dientes, me puse en marcha hacia la casa de los Pride White; mis jefes ya tendrían que haberse ido con Abby y yo tenía que relevar al compañero que me estaba cubriendo como guardaespaldas de Aiden. Casi estaba llegando cuando recibí una llamada de Lupo, y me pedía ayuda, pues notaron que había muchos movimientos extraños cerca del cuartel y detectaron a varios Vigilantes, al parecer, otro Grigori le estaba informando a Marcus y tanto él como tía Maokko iban a la mansión a desplegar más seguridad.

Lupo apenas había salido del hospital y el maldito necio decidió incorporarse a labores de oficina en el cuartel, aun cuando todavía no se recuperaba. Su lesión fue grave y temía que no pudiera defenderse en caso de un ataque fuerte. Cuando llegué a la mansión lo que menos esperaba era que Aiden quisiera unirse a la batalla que estaba a punto de desarrollarse, puesto que Marcus recibió un aviso muy malo por parte de nuestros compañeros.

Menos mal que tía Maokko no interfirió más en aquella decisión que el niño bonito ya había tomado y, tras cambiarse de ropa para vestir una de combate y dar una excusa a los chicos que se quedaban en la mansión, pusimos rumbo al cuartel, seguido de otros hombres. Caleb, que volvió a incorporarse a las organizaciones después de un largo tiempo fuera, era quien escoltaba a los jefes al aeropuerto, pero se le dio el aviso de lo que sucedía para que nos apoyara.

Demian Sellers quería recuperar a su puta y supo en qué momento atacarnos.

—Gracias por apoyarme en esto —dijo Aiden a mi lado.

Iba vestido con una playera gris lisa, se le pegaba a cada músculo que recubría su enorme cuerpo, y, sobre ella, se colocó un chaleco antibalas negro; un pantalón tipo cargo, camuflajeado en colores verdes, *beige* y grises, muy al estilo militar, y unas botas caqui de combate. Se puso una cinta en el cabello de diadema y en la cintura un cinturón con armas blancas, de fuego y un radio. El maldito se veía más caliente así, casi como uno de esos soldados americanos que me quitaban el sueño.

—Era la única manera de no perder más tiempo —respondí sin dejar de mirar la carretera.

—¡Mierda! En lugar de estar más relajada conmigo después de la noche que te hice pasar, finges esa cara de culo. —Su tono fue divertido e hice todo para no sonreír.

—A lo mejor la noche no fue tan buena como tanto te mofas —ataqué y rio.

—Eso ni tú te lo crees —repuso, seguro—. Antes de lo que imaginas, te estaré follando de nuevo hasta que tengas solo una sonrisa tonta en el rostro para mí.

Solté una sonora carcajada al escucharlo, el idiota era tan fanfarrón que muchas veces me molestaba, pero otras, como esa, me causaba gracia.

—Antes la tendrás tú por mí, presumido —aseguré, todavía riéndome.

—Ya veremos, Engreída —apostilló.

Tomé una izquierda cuando llegamos a la avenida cercana al cuartel y la tensión regresó a mí. La había olvidado por un momento al escuchar al tipo a mi lado, pero volvió en cuanto más cerca estaba del peligro.

—¿Por qué tienen a esa rubia todavía aquí? —preguntó Aiden. Él también dejó su lado

fanfarrón y juguetón de lado.

—Es la única manera en que tus padres se aseguran de que no vuelva a acercarse a Daemon.

—¿Y por qué no mejor la matan? —Bien, no me esperaba eso de él.

—Tu padre ha opinado lo mismo, incluso yo, pero tu madre ha tenido compasión y Caleb ha tratado de hacerle entender que estuvo del lado equivocado todo el tiempo —expliqué y me detuve en una tienda que estaba a unas cuadras del cuartel.

Íbamos en el coche de Lane, Aiden sugirió que era mejor, ya que así no nos reconocerían, y tuvo mucha razón.

—¿Y ha servido? —Lo miré y sonreí, irónica. Esa fue suficiente respuesta para él—. Seré tu esclavo sexual por una semana si te quedas callada y me apoyas en que hoy pasó un lamentable accidente con esa rubia —propuso de pronto.

¡Joder! Me encantaba que se pusiera así, que tuviese las bolas para cargarse a esa maldita sin ningún remordimiento, ya que no lo merecía. La hija de puta me restregó en la cara todo lo que hizo frente a Daemon el día que lo obligó a caer en aquel pozo tan profundo y, si no dije nada a nadie, fue porque no quería lastimar a mi Sensei. Y no era ni Dios, ni juez, pero eso no me impedía asegurar que esa tipeja no se merecía las consideraciones que se tomaban con ella.

—Hecho —respondí y él sonrió, complacido.

Un compañero de La Orden avisó que teníamos el camino libre y salimos del coche para entrar, apresurados, en la tienda de cosméticos frente a la que me estacioné; todo ahí funcionaba normal, pero, además, era una fachada de Grigori y la entrada a un túnel que nos llevaría al cuartel sin ser descubiertos.

El resto de los compañeros ya estaban encargándose de los Vigilantes que rodeaban el cuartel y, según nos informaban a cada momento por los intercomunicadores, la batalla había comenzado dentro de las instalaciones. Giramos indicaciones para que la mayoría en el interior se resguardara mientras llegábamos, nuestras intenciones eran controlar el exterior y hacerles una encerrona de las bonitas; otros Grigoris y Sigilosos estaban entrando por diferentes tiendas que rodeaban el cuartel y se unían a él por más túneles. Demian Sellers se consideraba inteligente y estratega, pero se le olvidó que estaba tratando con las organizaciones más poderosas del país y del mundo.

—Oye, Dom, ¿puedes poner *Icon*, de Jaden Smith? —habló de pronto Aiden, justo cuando íbamos a entrar por el pasadizo secreto del cuartel.

Lo miré con una ceja alzada, incrédula por lo que estaba pidiendo.

—*¿Busca inspiración, joven?* —preguntó el hombre encargado de mantenernos comunicados desde un lugar secreto. Era como el ojo que todo lo ve y el oído que todo lo oye.

—Digamos que es mi canción de guerra. Siempre fantaseé con escucharla en un momento así, cúmpleme ese deseo —pidió y escuchamos a Dom reírse.

Segundos después aquel grito melódico de la canción inundó los intercomunicadores. Vi a Aiden crujir el cuello, sonreír de lado, coger una daga con la mano izquierda y sostener una *glock*, con silenciador incluido, en la derecha. Y, al igual que él, me contagié de emoción y adrenalina por lo que estábamos a punto de hacer.

—Cuídame ese culito tuyo, Engreída. Esta vez el mío me lo cuido solito —demandó y me guiñó un ojo.

No tuve tiempo a responder nada, porque abrió la puerta y se adentró en aquella zona de guerra; lo seguí de inmediato y caminamos pegados a las paredes, actuando como verdaderos compañeros. Él cuidaba mi espalda por momentos, en otros yo cuidaba la suya. Todo el tiempo con las armas frente a nosotros, atentos a lo que sucedía.

De pronto lo vi disparar tres veces y escuché la misma cantidad de golpes secos caer al suelo. Apenas acabábamos de entrar y ya estábamos deshaciéndonos de aquellos intrusos. Cuando murmuró un *libre,* pegué mi espalda a la suya y comenzamos a caminar de forma sincronizada por el pasillo, yo hacia atrás y él de frente. Disparé cinco veces en cuanto una línea de tipos quiso atacarnos a traición, pero nunca esperaron que fuera a estar esperándolos.

—Toma la izquierda, llega al final y de allí coge la derecha. Al final del pasillo nos estará esperando tu adorada y ex cuñadita —indiqué y lo escuché bufar.

—Vaya humor negro el que tienes —se quejó y sonreí.

Hizo lo que le pedí, pero en el camino nos encontramos con más Vigilantes. Dom nos informó que los demás compañeros que antes se resguardaron, estaban entrando en acción y deshaciéndose de todos los imbéciles que quisieron tomarnos por sorpresa; nosotros hicimos lo que correspondía y atacamos a matar, esa vez yéndonos a un combate cuerpo a cuerpo.

Me encantaban esas situaciones, sobre todo cuando saltaba sobre los hombros de esos pobres diablos y enrollaba las piernas en sus gruesos, pero delicados cuellos, o cuando me barría en el suelo, pasaba por entre sus piernas y golpeaba sus bolas. Los que lograran quedar vivos, jamás tendrían descendencia, y era mejor así, menos cucarachas que contaminaban el mundo.

Aiden sonreía, disfrutaba y se divertía cada vez que hacía crujir un cuello hasta quebrarlo, cuando escuchaba costillas rompiéndose, veía dientes saliéndose de las encías de sus dueños o rostros llenos de dolor. En ese momento era casi como un psicópata que se alimentaba del dolor de sus enemigos, muy parecido a Dylan White (su tío) en todas las veces que luché a su lado.

Tan sádico como su padre, letal como su madre y malditamente caliente como solo él podía ser y, aunque no se dio cuenta y jamás lo sabría, por un segundo lo admiré y observé con una tonta sonrisa dibujada en mi rostro.

Corrí cuando tuve el camino libre y lo dejé peleando con otros Vigilantes, tenía que llegar a la celda de Inoha y sacarla de allí antes de que Demian lograra llegar hasta ella. Lupo me había avisado que pudieron sacarlo del cuartel, pero vio a aquel malnacido custodiado por muchos de su séquito y buscaban *los aposentos* de su amante. Quería salvar a su princesa, pero no sería en esa ocasión y, con los planes de Aiden, quizá ya no tendría otra oportunidad de hacerlo.

—Hola, hola, muñequita rusa. Llegó tu salvadora —ronroneé al verla.

Estaba caminando de un lado a otro, mordiendo la uña de su pulgar, al escuchar el alboroto que había alrededor. Toda la esperanza que pudo haber tenido, abandonó sus ojos al verme con la cara salpicada de sangre, atenta a los movimientos de mano que hacía para abrir la celda.

—¡No me sacarás de aquí! ¡Demian! ¡Estoy aquí! —gritó, desesperada, y me reí.

—Casi lo logró, pero no contaba con la bienvenida que le dimos —me mofé, acercándome a ella. La vi plantarse ante mí, decidida a esperar a su salvador—. O caminas por tu propio pie o ahora mismo le quito el deseo a cierto gemelo de darte tu merecido. —La apunté con la *glock* y sus ojos se desorbitaron. No por mi acción, sino por lo que dije.

La maldita desconocía lo que pasó con Daemon después de la bajeza que le hizo, si es que esa palabra era adecuada para la mierda que provocó, pero de seguro imaginó que era él mismo quien iba a por ella y no quise aclararle nada.

El gemelo que ella quiso destruir estaba tranquilo en la casa de sus padres, viendo películas, comiendo palomitas de maíz y mensajeándose con una persona misteriosa que lo hacía tener metido el rostro en la pantalla de su móvil. ¿Qué mejor venganza que el olvido? Tal vez la que Aiden quería darle.

Comenzó a caminar cuando quité el seguro del arma en mi mano. Iba delante de mí, pero pronto fui sorprendida por tres Vigilantes que me apuntaron directo a la cabeza. La cogí del

cuello, envolví el brazo alrededor y apunté a su sien.

—Antes de que los tres disparen, los sesos de esta puta habrán decorado la pared —amenacé.

Ellos rieron, sintiéndose superiores.

Inoha gritó un largo *no* cuando Aiden apareció detrás de ellos, disparó en el cráneo a dos y al tercero lo cogió de la cabeza y la giró hasta dejarlo como la chica del *Exorcista*.

—Tanto tiempo sin verte, cariño —habló.

Tenía la voz ronca, como excitado, su enorme cuerpo parecía más hinchado por todo el ejercicio que le provocó la pelea y su cabello rubio oscuro en ese instante estaba más rojizo por la sangre que le decoraba. A cualquiera le hubiese dado miedo, más con esa oscuridad que opacaba el gris de sus ojos y, de hecho, la chica entre mi brazo tembló al verlo. Sí, lo estaba confundiendo con Daemon, aunque en ese instante Aiden lucía más cabrón que su hermano.

La solté y la empujé hacia él.

—Demian viene a por mí —advirtió con desesperación, como si eso fuera a salvarla.

—A Demian le meteré muchas balas por el culo, así como haré contigo —susurró y la cogió del rostro. Aquel gesto lucía tierno si no veías la fuerza que ejercían sus grandes manos en sus mejillas—. No tienes idea de las ganas locas que tenía por cogerte así, con todo el amor que guardo por ti.

Inoha chilló cuando aquella presión la lastimó. Puso las manos en las muñecas de Aiden y luchó para que la soltara, pero lo único que obtuvo fue que el chico la empotrara contra la pared y la levantara a su altura. De verdad la odiaba como para tratarla así.

—Madre me enseñó a que las mujeres no se tocan ni con el pétalo de una rosa —confesó. Inoha lloraba como una Magdalena, victimizándose después de haber provocado aquella ira en su verdugo. Tuvo los ovarios y el descaro para dañar a un ser que solo quiso amarla, pero le faltaban cuando de pagar se trataba—. Dice que las mujeres son seres valientes y merecen todo nuestro respeto. No se lo discuto, y lo acepto, aunque tú no eres una mujer, eres más un pequeño monstruo, capaz de llevar al abismo al hombre que se enamoró de ti como loco.

—¡Diooos! Suéltame, te lo suplico —lloró al pedirlo, pero Aiden no se compadeció.

—*Atentos a Demian, está a punto de llegar a ustedes. Hay diez hombres con él. Quince de nosotros están llegando para apoyarlos y protegerlos, pero les aconsejo que saquen a esa chica antes de que llegue a ella* —avisó Dom y sabía que Aiden también estaba escuchando.

—Grítale a tu salvador, dile que estás aquí. Ese hijo de puta puede escucharte —la animó Aiden.

¡Mierda! Buscaba enfrentarse a Demian.

Me preparé para lo que se nos venía encima si ese imbécil la escuchaba y llegaba a nosotros, pero suspiré, tranquila, cuando vi a nuestros compañeros aparecer antes que los enemigos.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste, Inoha? —preguntó Aiden.

La había soltado para que pudiera gritar a su amante. La tipa era tan pequeña que hasta daba risa verla frente a aquel mastodonte que la acorralaba, y no como un gato a un ratón, más bien como un león a un pequeño cordero.

—¡Estoy aquí, Demian! —gritó y Aiden sonrió, ladino—. Me arrepiento de haberme quedado para salvarte, de cuidar de que no te ahogaras con la espuma que salía de tu boca, tal cual como el puto perro rabioso que eres.

—¡Hija de la gran puta! ¡No tienes madre, zorra de mierda! —espeté sin poder controlarme en cuanto mencionó la epilepsia que le provocó a Daemon, ayudada por Demian cuando permitió que él se la follara frente al gemelo del hombre que estaba a nada de matarla en ese momento.

Pero, en serio, esa maldita no merecía morir, sino ser torturada, sanada y repetir el proceso

por el resto de su vida. El acto tan vil que hizo con Daemon no tenía perdón y seguía queriendo lastimar con sus palabras.

—Lástima por ti, te aseguro que Daemon hubiera tenido piedad contigo, pero yo no, *troia*[19] —escupió Aiden y la cogió del cuello hasta subirla de nuevo a su altura.

Al parecer, la muy perra también sabía que Daemon fue débil con ella y se confió de que era él y seguiría siendo compasivo ante su mirada verde, con una esperanza falsa marcada en sus ojos. Pero cuando vio que era Aiden quien la cogía con tanto odio, lo miró con verdadero terror, pues ese clon nunca sintió cariño por ella, así que pataleó cuando comenzó a ponerse roja.

En ese momento Demian hizo acto de presencia y gritó, enfurecido, al ver a su puta con las venas de los ojos a punto de explotarle; corrió con todos sus hombres, pero los nuestros estaban ahí para proteger al chico que iba encaminado a ser su líder en un futuro mientras yo me quedaba a su lado para resguardarlo, atenta a cualquier ataque sorpresa.

Aiden le sonrió con malicia sin dejar de estrangular a Inoha, solo aflojó su agarre para alargar el sufrimiento de la rubia y sacó una daga que comenzó a arrastrar con fuerzas por el estómago de aquel pedazo de mugre entre sus manos.

La tipa gritó con dolor. Demian se desesperó al escucharla sufrir y peleó con más furia, deshaciéndose con facilidad de varios compañeros, sin embargo, más hombres de las organizaciones llegaron.

—¡Hijo de puta! ¡Nooo! —gritó cuando vio que Aiden clavaba la daga en el vientre de Inoha.

El pequeño LuzBel sonreía, complacido, al ver que estaba obteniendo su venganza, y no solo para él, sino también para su alma gemela, el chico que, tanto Inoha y Demian, le jodieron la vida. La rubia miró, incrédula, su abdomen cuando Aiden la soltó de golpe y la dejó caer con brutalidad; lo que ella no sabía era que esa herida no era mortal, el niño bonito conocía los puntos vitales del cuerpo, sus padres y entrenadores se lo enseñaron. Únicamente jugaba con la mente de aquella mujer.

—*¡Salgan ahora mismo de ahí! ¡Han puesto bombas y las han activado!* —Caleb estaba a cargo en ese momento de los intercomunicadores—. *¿¡Me escuchan!? ¡Salgan ya de ahí, joder!*

Me tensé al pensar que podíamos quedar achicharrados de un segundo a otro.

—Salvado por tu propio juego, pero te irás con las manos vacías, sabiendo que esta puta se queda en las mías. Te haré comer mierda por todo lo que has hecho —le amenazó Aiden.

Demian sabía que estábamos contrarreloj, sus hombres lo protegían y a nosotros los nuestros, pero debíamos correr por nuestras vidas y él se iría sabiendo que el sufrimiento de Inoha no iba a acabar por un buen tiempo.

—Te haré llorar lágrimas de sangre por esto, hijo de puta. Te lo juro por mi vida —sentenció y se cortó la palma, la empuñó y dejó caer un hilo de sangre para sellar la promesa que acababa de hacer.

Corrió, escudado por sus guardaespaldas. Aiden se echó al hombro a Inoha, tomándola como un costal de papas, sin importarle que iba lastimarla. Ella dio un alarido de dolor y se desmayó.

Corrimos como pudimos hasta alcanzar los pasadizos que nos meterían en los túneles y, cuando estuvimos en ellos, comenzamos a escuchar las detonaciones. Todo el cuartel iba a volar en mil pedazos; los túneles nos daban una brecha corta para protegernos, pero debíamos ser más rápidos.

—¿¡Y si la dejamos aquí!? —gritó Aiden, señalando a Inoha sin dejar de correr.

—*Ni se te ocurra, Aiden* —advirtió Caleb—. *Tú no eres así, hijo. Y si quieres pertenecer a esta organización, obedece órdenes porque, de momento, soy tu superior*.

—Así qué chiste, aguafiestas —se quejó, pero obedeció. Y corrimos hasta llegar a zona segura.

Esa batalla resultó mejor de lo que esperábamos a pesar de perder el cuartel, pero estábamos vivos. Aiden lo estaba y, así mi Sensei me pusiera el castigo del año cuando volviera, su hijo seguía vivito, coleando y jodiendo por un buen rato.

—Eres fuego, niño bonito —halagué cuando estuvimos a salvo.

—Sí y pronto voy a demostrarte qué tanto incendio tus entrañas con este fuego —advirtió, y vi, incrédula, que se tomó el paquete—, porque verte pelear me pone duro, muy duro.

Podía ser un hijo de puta cuando de pelear se trataba y un depravado la mayor parte del tiempo.

¿Cambiaría eso algún día?

Una manada

[Capítulo 13]

{Sadashi}

Mis jefes volvieron al siguiente día. El señor Myles Pride y su esposa Eleanor viajaron para tomar el relevo con Abigail. Estábamos en la mansión Pride White y Aiden lucía muy tranquilo y todavía emocionado por lo sucedido el día anterior, el tonto no tenía ni idea de lo cabrona que era su madre cuando se cabreaba y esa reunión a la que se nos convocó de urgencia, no era precisamente para felicitarnos.

—Si sabes que este día te podrían colgar de las bolas, ¿cierto? —le dije en un susurro.

Tía Maokko, Marcus, Lupo y Ronin nos acompañaban. Caleb estaba haciéndose cargo de recoger a mi Sensei y a su marido en el aeropuerto.

—Le veo el lado bueno, después me las sobarás para recompensarme —soltó.

Negué, rendida, ese idiota no cambiaba ni en momentos tan serios y delicados.

La habitación en la que estábamos era muy grande y, según me explicaron, tenía paredes insonorizadas, ya que ahí se llevaban a cabo reuniones importantes de las cuales los herederos de ese imperio no debían enterarse hasta llegado el momento. Aunque Aiden ya sabía mucho y cada vez se adentraba más en el mundo de sus padres.

Lo vi sentarse y hacer una mueca de dolor, salimos victoriosos de la batalla, pero no ilesos; un Vigilante logró asestarle un buen golpe en las costillas y en la cara tenía pequeños cortes. Yo estaba igual del rostro y una mano se me inflamó cuando la impacté mal en la barbilla de mi enemigo. Dormí en la mansión esa noche para poder resguardarla, ya que, aunque intentaron atacarla sin ningún efecto favorable para ellos, nos manteníamos atentos para evitar otra sorpresa.

Caleb se hizo cargo de Inoha y se la llevó a un búnker cercano para que fuera tratada, con Aiden nos quejamos porque no la dejaban morir, pero órdenes son órdenes y debíamos cumplirlas.

—Puedes irte conmigo después de esta reunión y me encargaré de esas pequeñas lesiones. —Me sorprendí un poco cuando Lupo ofreció tal cosa.

Lo dijo en voz baja. Mi tía y su marido estaban en una llamada, así que ni se enteraron, pero no podía decir lo mismo de Aiden, puesto que estábamos cerca y alcanzó a escucharlo.

—Tú no te has sanado bien ¿y pretendes atenderme a mí? —Él sonrió con picardía.

—Ambos nos daremos la atención que necesitamos, Sadashi. Hace mucho que no estamos juntos y la verdad es que te extraño. —Me incomodé con la situación.

Más cuando vi a Aiden sonreír sin ganas, gélido e irónico. Con lo curioso que era, de seguro tenía el oído muy fino y nos escuchaba a la perfección. Lupo me miró, esperanzado, con sus ojos marrones; sus labios delgados me sonrieron de lado y alzó de forma graciosa sus cejas oscuras. Su barba creciente y muy bien arreglada le daba un toque maduro que le sentaba muy bien.

—Creo que no es buen momento para hablar de esto —señalé cuando Aiden se puso de pie.

Lucía tranquilo y se acercó a Marcus para decirle algo.

—El niño bonito resultó un cabrón —repuso cuando vio que lo estaba mirando—. Todos están hablando de sus proezas de ayer y de que Shi volvió a la carga junto a él —añadió y me observó con orgullo.

Iba a responderle, pero entonces la puerta de la oficina se abrió y nos dejó ver a la gran

Isabella Pride, cabreada hasta la coronilla y queriendo asesinar a su hijo.

—¡No me vuelvas a hacer esto! —gritó y lo empujó.

Él retrocedió al haberlo agarrado desprevenido y se puso la mano en el costado izquierdo cuando la acción de su madre lo lastimó. Lo miró con preocupación, pero lo camufló con la ira.

—¡Si te ordenan que te quedes aquí, obedeces y punto! —siguió despotricando.

El señor Elijah negó al ver a su mujer convertida en el diablo.

—Cálmate, Isabella —le pidió con una tranquilidad fingida.

—¿¡Que me calme!? ¿¡Es enserio, Elijah!?

—Sí, muy en serio.

Por primera vez quise huir de una zona de guerra, ya que el enfrentamiento de esos dos titanes ponía a cagar a cualquiera, por muy fuertes que nos creyéramos. Y tanto Elijah e Isabella prometían arrasarnos en ese combate verbal y de miradas.

—Estoy bien, *mammina*. No te pongas así.

—¡*Mammina* y una mierda! No estás bien; si lo estuvieras, si pensaras un poco con la cabeza y no con los pies, te habrías quedado aquí cuando Maokko te lo ordenó. —Aiden negó al oírla—. ¿Y tú? Te tengo aquí para que lo cuides, no para que apoyes sus estupideces —reviró contra mí.

La miré sin decir nada, sabía las órdenes que me dio y no las seguí. No podía discutírselo.

—Joder, madre. Ya estoy grandecito ¿no? Tomo mis propias decisiones, quise ir a apoyar a mi gente y lo hice.

¡Ay, joder! Eso no me lo esperé, ni ella, ya que lo miró, sorprendida, pero más nos sorprendimos todos cuando se fue contra él para darle una bofetada y, antes de lograrlo, su marido se interpuso y la cogió de la mano.

—Le vas bajando dos rayitas a este puto espectáculo, White —advirtió.

Aiden no podía creer lo que estaba viendo, tampoco nosotros. Mi loca Sensei se zafó del agarre de su marido, muy indignada por lo que acababa de hacerle.

—¿Es un espectáculo? —le cuestionó, gélida y dolida, pero no lo dejó responder—. Se fue a una puta batalla y asesinó a diestra y siniestra. Buscando su maldita venganza, metiéndose en asuntos que no debe, arriesgó su vida cuando tú y yo vivimos por protegerla, y dices que hago un puto espectáculo. Y no es tu gente —le aclaró al chico que ella todavía veía como su pequeño.

—Mi gente, mi organización también. Igual que la tuya. Ya basta de querer tenerme en una burbuja, madre. Ya explotó, salí de ella y estoy reclamando un lugar que, por derecho, me pertenece, así como tú tienes el tuyo porque el abuelo te lo formó y heredó. Desde que me secuestraron y asesinaron a Yuliya y a su bebé te dije que iba a meterme en esto de lleno, así que no te sorprendas.

Respetaba mucho a esa mujer, pero admito que en ese momento estaba de parte de Aiden, y creo no solo yo; notaba que Marcus y Ronin apoyaban al niño que vieron crecer; tía Maokko, porque lo sentía como su hijo, también estaba de su lado, y no digamos el señor Elijah. Él; intuí que era el que más claro tenía que, tarde o temprano, ese momento llegaría por parte de cualquiera de sus hijos.

—Isabella, sé lo que sientes, pero no los preparamos por nada. Ambos sabíamos que este día iba a llegar y tampoco quiero una vida llena de peligros para ellos, mas no puedo pretender ser un hipócrita al negarles un lugar en las organizaciones cuando yo me impuse ante mi madre para obtener el mío, y mi padre me apoyó en eso, ayudándome a ganarlo y cuidándome mientras me preparaba.

Isabella se limpió las lágrimas con brusquedad al escuchar a su marido, no quería dar su brazo a torcer, pero sus palabras vertían solo verdades que debía aceptar tarde o temprano.

—Tu madre creó La Orden del Silencio para que tú la lideraras luego, tu padre te preparó para que tomaras su lugar en Grigori, así no hayas escogido esta vida, bonita. Así que no pretendas que ninguno de tus hijos se niegue a ella, cuando bien sabes que por sus venas corre tu sangre y la mía —sentenció, tratando de ser más suave con su mujer cuando vio lo asustada que estaba.

No me podía poner en sus zapatos, ni siquiera me atrevería a decir que mi madre vivió lo mismo conmigo, puesto que ambas luchamos siempre para sobrevivir; la pelea se volvió nuestra rutina y vivir y quitar vidas un camino para alargar la nuestra. Todo a mi alrededor fue muerte, hasta tal punto de llegar a verlo normal, así que estar en las organizaciones, más que un trabajo o forma de agradecimiento hacia las personas que me rescataron, era una manera de respirar y alimentarme.

—Siento mucho decir esto en este momento, Isabella, pero está de más que quieras alejar a Aiden a estas alturas. Los Vigilantes ya lo creen un miembro activo de las organizaciones, y después del enfrentamiento que tuvo ayer con Demian Sellers, tenerlo dentro es la mejor forma de protegerlo.

—Tu marido tiene razón, no queda más que apoyarlo y enseñarle a cuidarse —aconsejó Caleb y ella lo miró, reacia.

El hombre era su consejero y mejor amigo, también el más fiel a ella, y que apoyara al señor Elijah significaba para mi Sensei darse por vencida en su posición como madre sobreprotectora.

—Me ensucié demasiado las manos con tal de que no llegaran a eso y ¿de qué me sirvió? —se quejó y buscó donde sentarse.

Tanto Lupo como yo sentimos que ese ya no era sitio para nosotros y miré a tía Maokko, buscando que me diera autorización para marcharnos. Ella, Marcus, Ronin y Caleb eran parte de esa familia y podían estar ahí sin ninguna pena, nosotros no, pero Marcus, con una mirada, me indicó que me quedara en mi lugar.

—Sirvió para darnos tiempo, al menos para dármelo a mí —respondió Aiden y ella lo miró, dándole una sonrisa sarcástica—. Para sobrevivir necesito aprender de los mejores, y esos son ustedes, no me lo nieguen —les pidió con humildad, y lo respeté por eso.

Para ser el mejor se necesitaba ser humilde, y él, que siempre se mostraba como un fanfarrón empedernido, estaba ahí, bajando la cabeza con respeto hacia sus superiores.

—La fortaleza del lobo no está en sus colmillos, rapidez o agilidad, Isabella —dijo el señor Elijah y todos lo miramos.

—Lo sé —contestó ella, sabiendo que no podría salirse con la suya esa vez.

—¿En dónde está? —preguntó él, mirándola serio.

—En la manada —contestó, alzando la barbilla como la reina que siempre demostraba ser.

—¿Y nosotros qué somos?

¡Mierda! Me picaba la lengua por querer responder a eso, sobre todo cuando la adrenalina me recorrió al verlos a ambos como los malditos jefes que eran.

—La mejor puta manada que existe y vamos a morder el culo de esos hijos de puta hasta destrozarlos en pedazos.

—¡Aiden! —lo reprendió su madre y me mordí el interior de la mejilla para no sonreír.

El señor Elijah no la reprimió y miró a su hijo con orgullo, intuí que por dentro tenía miedo por Aiden, pero estaba segura de que le enseñaría lo mejor de él para convertirlo en el perfecto sucesor y, antes de que cualquiera de sus hijos pudiera estar en peligro, ponía las manos en el fuego en que daría su propia vida a cambio de la de ellos.

De un momento a otro la tensión mermó y comenzaron a tocar puntos importantes de lo que

se haría en adelante, de cómo procederíamos para defendernos y protegernos. Desde ese día ya podíamos asegurar que la guerra una vez más estaba declarada y, como siempre, pelearíamos a muerte por los nuestros.

Caleb nos hizo saber que Demian no era un simple fanfarrón al que quitaríamos del camino con facilidad; Evan, Connor, Dylan y Tess se unieron a la reunión junto al resto de miembros de la élite de Oscuros y la de los Sigilosos y, cada uno aportó parte de la investigación que hicieron desde que aquel grano en el culo apareció una vez más.

Aiden escuchaba atento, aprendiendo de aquel nuevo mundo del que ya era parte; su curiosidad le jugaba a favor y su cerebro era como el de un niño, absorbiendo todo.

—Nuestros contactos en Tokio, China, Italia y Londres nos han informado que el chico está construyendo nuevas alianzas y recurriendo a viejos aliados que Lucius tenía —comentó Isamu, mencionando por último al fundador original de los Vigilantes—. Junto a David Black, están convenciendo a los antiguos miembros de los Vigilantes a activarse y cerraron un gran negocio con la Tríada China para que los apoyen.

De la élite especial de los Sigilosos él era quien más viajaba por el mundo junto a Serena (miembro de los Oscuros), desempeñándose como los emisarios de ambas organizaciones.

—Al parecer, David Black crio a ese chico para que fuera su gran as bajo la manga y lo está utilizando en el momento exacto —añadió Evan.

Todos escuchábamos con atención.

David Black era hermano del difunto líder de los Vigilantes, abuelo de Inoha y el cerebro de esa mafia.

—¿Se sabe algo más de él? ¿Quién es su padre? ¿Dónde estudió? ¿Dónde estuvo todo este tiempo? —quiso saber el señor Elijah sobre Demian, quien era el tema de discusión en esa junta.

—Estoy investigando quién es su padre, ya que, al parecer, Charlotte ha estado sola todo este tiempo. Tiene veintitrés años y es mayor que los clones por meses. ¿Tú le conociste algún novio cuando viviste con ella? —se dirigió Caleb a mi Sensei, pues la mujer era parte de su pasado, además de la madre de Demian.

Ella negó.

—¿Viviste con ella? —cuestionó Aiden, muy sorprendido.

El señor Elijah se mantuvo en silencio, aunque demasiado pensativo al escucharlos.

—Sí, después de esta reunión hablaré bien contigo de todo. Ya estás dentro y necesitas estar al tanto de mi vida —contestó su madre—. Y, respondiendo a tu pregunta, no. Siempre fue reservada con sus cosas y solo me mostró lo que le convenía y no la comprometiera —le dijo a Caleb.

—Si ese chico es mayor que los clones por meses, quiere decir que cuando la ataqué ya estaba embarazada. ¡Joder! Ese tipo tiene genes fuertes como para haber sobrevivido a lo que le hice a su madre y esa maldita, más vidas que una gata —espetó el señor Elijah.

No conocía bien la historia, pero sí escuché que años atrás la lucha contra los Vigilantes fue peor que en el presente. Mi jefe estuvo a punto de matar a Charlotte Sellers cuando descubrieron que ella traicionó a mi Sensei y quiso entregarla con los Vigilantes para cobrarle a su padre algunas cuentas pendientes. Además de eso, Isabella junto a su hermano Dylan eran los ejecutores de los hijos de David Black, por ello el viejo seguía buscando venganza, razón por la que no le importó utilizar a su nieta para que enamorara a Daemon y los destruyera con tal de que Isabella sintiera el dolor de perder a su descendencia.

Pero en esa historia no era mi Sensei la villana, todo lo contrario, ella únicamente actuó en consecuencia del daño que le hicieron. Se defendió como la leona que era y lo seguiría haciendo,

de eso no tenía ninguna duda.

—Sobrevivió, igual que nuestros gemelos —señaló Isabella y ambos se miraron.

Pero el señor Elijah apartó su mirada de inmediato, su ceño estaba fruncido y casi escuchaba los engranajes de su cerebro maquinar como locos. Él sabía algo que nosotros no, mas no lo decía, solo se lo tragaba y, ya que mi Sensei estaba sumida en la conversación y explicaciones que se daban, no se percató. No obstante, yo sí vi algo raro y no dejé de mirarlo hasta que me sintió y conectó sus ojos con los míos.

Sin embargo, nunca podría sostener su mirada fría, me intimidó de inmediato.

Cuatro horas más tarde salimos de aquel despacho, me sentía un poco mareada de toda la información que debía procesar y respiré, agradecida, el aire fresco que la noche me regaló en el porche de la mansión. Lupo iba detrás de mí y me cogió de la cintura cuando me alcanzó.

—¡Carajo! Necesito relajarme con urgencia después de esto —exclamó en mi cuello y lo aparté de inmediato.

—Relájate alejado de mí, hombre. Ya sabes lo que opino acerca de que violen mi espacio personal —me quejé y sonrió, divertido.

—Ya, no te gusta aquí o frente a la gente, pero sí en la soledad de mi apartamento —repuso en tono de broma y rodé los ojos.

—Casi acabas de salir del hospital y ya estás pensando en follar, eres increíble.

—¿No tienes antojo de mí? —preguntó, alzando una ceja.

Iba a responderle, pero lo vi mirar hacia atrás y seguí su dirección, entonces me encontré con Aiden cerca de nosotros.

—Venía a decirte que tengo pensado salir esta noche, pero no voy a joderles los planes. —Me sorprendió su declaración.

Miró a Lupo, quien le sonrió con agradecimiento y Aiden le correspondió con un guiño de ojo, casi como un camarada ayudándole a otro a conseguir el revolcón de la noche. ¡Mierda! No esperaba que se molestara o que reaccionara mal por imaginarme con otro luego de lo que pasó entre ambos, pero tampoco que me empujara a la cama de nadie.

Iba a decirle algo, pero recibió una llamada.

—Tiempo sin saber de ti, cariño —dijo en tono seductor y se alejó un poco.

Lupo me miró, esperando una respuesta.

—Venga, Shi. Al parecer, el niño bonito tendrá diversión, no nos quedemos atrás —propuso y negué.

—No creo que a los jefes les agrade que pida libre, sobre todo después de lo que ha sucedido —me excusé y miré hacia Aiden, hablaba muy animado con quien fuera la que le llamó.

No acordamos tener exclusividad tras la noche que pasamos juntos, pero no me sentaba bien que volviera a sus andadas, además, tenía una promesa que cumplir y quería recordárselo.

—¿Es enserio? ¿Prefieres ver follar que follar? —preguntó Lupo, incrédulo.

—Pues es lo que he estado haciendo desde hace un tiempo, ya me acostumbré.

—Parece que te gusta el *voyeur* —soltó y lo miré, demostrándole que su comentario no fue gracioso.

—No me gusta, y tampoco te tiene que importar. Y si tanto quieres relajarte, ve y jálatela, o busca a otra chica, porque yo paso esta vez, Lupo. Gracias por el ofrecimiento —solté, tajante, y lo dejé ahí cuando vi que Aiden terminó de hablar por teléfono.

Lo vi irse para su Jeep y lo seguí de inmediato. Me sentí estúpida por preferir cuidarle el culo mientras estaba con otra, a ir y pasarla bien con un tipo que me daba buen placer, pero ahí estaba yo.

—¿A dónde vamos? —pregunté cuando se detuvo para abrir la puerta del coche.

—Ya le he pedido a alguien más que me acompañe. Esta noche estás libre, Sadashi, aprovecha y disfruta tu tiempo —deseó y no me agradó para nada que me hablara como lo hizo.

—Paso, no me apetece. Además, no estás para descuidarte y sabes que juntos somos un buen equipo. No le daré más motivos a tu madre para que se moleste conmigo, así que me encargaré de lo que me encomendó a mí, a nadie más —dejé claro y caminé hacia el lado del copiloto.

Me subí al Jeep bajo su atenta mirada y negó para después hacer lo mismo en el lado del piloto.

—Vamos a Elite, he quedado de verme allí con los chicos, e invité a una amiga —informó cuando se puso en marcha y asentí. No hice ninguna pregunta, ya que no me importaba, pero sentía la tensión entre ambos.

Él tampoco pretendía hablar nada, puesto que puso la música a un volumen que indicaba que solo quería escuchar las voces melódicas y no una con acento asiático, así que me puse en contacto con otros compañeros y, en clave, les dije dónde estaríamos.

Esa vez ya no sería solo yo la que me encargaría de su seguridad, aunque sí la única que estaría cerca de él.

—Ahora comprendo tu preocupación por Lupo —soltó en un momento en el que el coche se quedó en silencio.

Lo miré, estaba serio y se dedicaba a ir pendiente de la carretera.

—Es mi amigo —aseguré.

Desde los controles del volante bajó el volumen. ¡Puf! Ya quería hablar.

—Tu amigo con derecho a roce —aclaró—. Es tu vida, y la respeto, pero te agradecería que me dejes las cosas claras.

—¿A qué te refieres?

—Si piensas tener algo serio con Lupo, dímelo, porque no seré el tercero en discordia.

Me reí sin gracia.

—No eres el tercero de nada. Me he acostado con él en el pasado y no lo hacemos desde hace mucho tiempo y, sí, el chico pretendía que pasara hoy, pero heme aquí. Decidí cuidar tu culo, como he venido haciendo desde tiempo atrás.

—Y quieres comprobar con tus propios ojos si cumplo mi promesa —aseguró.

Abrí y cerré la boca, tratando de parecer indignada, e intenté decirle algo, pero las palabras no me salían. Comenzó a reírse.

—No hace falta que te indignes, Engreída. He aprendido mucho durante mis años como casanova y sé lo que pretendes, pero te hace falta conocerme más. Yo cumplo mis promesas y, hasta que concluya el mes, no me acostaré con nadie que no seas tú. —Eso último atascó más mis palabras—. A no ser que quieras exclusividad durante el tiempo que este juego dure. —Me miró con una sonrisa ladina.

¡Madre mía! Esa noche el chico se había propuesto dejarme muda.

—Nunca he hecho eso. Sería nuevo para mí, ya que jamás me acuesto más de dos veces con la misma chica, y lo sabes. Pero después de la follada que nos dimos, sigo con ganas de ti y estoy dispuesto a intentarlo… lo de la exclusividad —aclaró.

No estaba acostumbrada a sonrojarme, pero es que nunca me había cruzado con un tipo tan desbocado, depravado y sincero como él, así que no lo pude evitar.

—No es necesario que respondas ya, piénsalo, pequeña ninja. Solo ten por seguro que, por un tiempo, estaré encantado de ser tu caballo de guerra para que me montes cuando quieras. —Abrí los ojos desmesuradamente.

Lo miré, estaba sonriendo, muy consciente de mi reacción.

¿Tener exclusividad? Admitía que me gustaba la idea.

—Solo tú y yo mientras esto dure —acepté. No tenía mucho que pensar.

Aiden me miró, complacido y victorioso.

—Esta noche, después de Elite, te daré lo tuyo —prometió y en ese momento fui yo la que sonrió, complacida y victoriosa.

El pasado vuelve

[Capítulo 14]

{Sadashi}

Después de aquella increíble noche, el juego que Aiden y yo iniciamos siguió su rumbo. Nuestros encuentros sexuales se volvieron casi diarios, incluso con mi periodo; al principio sentí pudor cuando propuso que lo hiciéramos mientras menstruaba, pero qué hacía cuando ese chico era el más insistente del planeta.

Dar mi brazo a torcer era fácil en algunas cosas con él, puesto que era un hombre capaz de actuar como un niño la mayor parte del tiempo, pero que se convertía en todo un semental cuando estábamos en la cama, en el baño, la sala o donde fuera que nos diera la gana.

Cuando llegamos a Virginia Beach las cosas se volvieron más intensas, sobre todo porque Lane y Dasher no estuvieron en casa por una semana. Mis compañeros comenzaron a sospechar por qué apagaba los micrófonos demasiado tiempo y dejaba las cámaras congeladas en imágenes que se veían muy falsas, mas no dijeron nada y aceptaron la explicación vaga que les daba.

Estaba relajada, cometiendo, así, un grave error, lo analicé al despertar al lado del niño bonito, desnuda y entre sus brazos. Habíamos dormido juntos dos noches seguidas y esa mañana lo sentí incorrecto, pero no me pude negar, sobre todo por las razones que me llevaron a caer de nuevo entre su cuerpo.

Al fin había descubierto mis cicatrices en la espalda.

—Dime que es un tatuaje que te hiciste por gusto y el hijo de puta que te tatuó no tuvo buen pulso —pidió.

Después de follar caí tumbada bocabajo en la cama y olvidé mi sello, su habitación tenía una luz fuerte y logró verlo a la perfección.

—Es un tatuaje y el tatuador tenía un pulso de mierda —dije, tratando de parecer tranquila.

No lo logré.

Las letras en mi espalda se notaban que fueron hechas con brusquedad, el malnacido que me las hizo no hirió profundo y con el tiempo las cicatrices quisieron desaparecer. Fue en ese momento cuando el comandante del campo mandó que me sellaran como si fuera ganado y, con hierro caliente, reescribieron aquella marca que indicaba que era de su propiedad.

Me tensé cuando Aiden pasó los dedos por cada *hangul*[20] y los recuerdos del pasado llegaron a mi cabeza como ráfagas destructoras.

Vi a mis padres curándome, poniendo en ellas ungüentos que hicieron de las mismas hierbas que lograban cultivar a los alrededores del campo. El dolor y ardor me atacó como si acabaran de marcarme y me alejé de la mano de Aiden cuando vi a Kwan haciendo lo mismo que el chico hacía en ese instante, tocándome como si deseara borrarlas y, con ellas, los terribles recuerdos.

—¿Qué significan? —preguntó, ignorando mi forma tan brusca de alejarme.

—Ya no recuerdo —mentí y sonrió, burlón.

—Solo tú te tatúas algo que no recordarás luego. No te tenía por tonta —repuso en tono amargo.

Me coloqué mirando hacia el techo y él me imitó, ambos en silencio, meditando las cosas

que no decía y Aiden no escuchaba.

Nos llevábamos mejor desde que cedí a acostarme con él, hablábamos sobre cosas de nuestras vidas, pero jamás profundizábamos. Al menos yo no lo hacía y tampoco le daba pie para que preguntara lo que no quería que supiera. Mi pasado era algo que necesitaba mantener al margen.

—Sabes todo de mí y yo nada de ti. Solo sé que te pagan para cuidar mi culo, que eres Shi, la mejor ejecutora de ambas organizaciones y que follas de puta madre —soltó de pronto y lo miré, divertida.

Ya se había quejado porque decía que no lo tomaba en serio siempre que intentaba discutir conmigo, pero me resultaba imposible hacerlo cuando salía con comentarios como ese.

—Sabes lo más interesante de mí, considérate afortunado —señalé en tono seductor.

—No me hables así, que intento enojarme contigo.

—¿¡Ah, sí!? —inquirí y me subí a horcajadas sobre él.

Lo escuché maldecir por lo bajo, mas no me quitó; apoyé las manos a cada lado de su cabeza y bajé el torso para besarlo en el cuello y llegar hasta el pecho. Los besos en la boca todavía no se daban y no insistí en que rompiera su regla cuando él intentaba respetar las mías, me gustaba ser justa.

—Ni creas que me vas a convencer de dejar esto de lado. Quiero saber más de ti, Sadashi, de dónde eres, dónde están tus padres, por qué estás con Maokko, dónde estudiaste y todas esas cosas —refunfuñó y, aunque me tensé, seguí en lo mío.

Nunca iba a estar preparada para hablarle de eso, y tampoco quería darle explicaciones de por qué no podía. Reaccionó a mí, incluso molesto, y sonreí victoriosa, por ello, sobre todo cuando gruñó de placer al clavarme en él.

—Esto no significa que esté contento, sigo molesto contigo por excluirme así. Se… ¡Mierda! —jadeó cuando lo monté con más intensidad—. Se supone que somos amigos.

Me cogió de la cintura y me tumbó de espaldas sin salirse, tomando el control, demostrándome lo molesto que estaba. Cuando llegamos al final nos cubrió con la sábana y me abrazó de la cintura, sin hablar más, sin más preguntas incómodas y sin darme la oportunidad de irme a mi cama.

Éramos amigos y la pasábamos de puta madre, como bien dijo, pero no estaba dispuesta a hablar de nada, ni siquiera con tía Maokko.

Al siguiente día, al despertar, me sonrió como si no hubiese estado *molesto;* sus ojos grises parecían de otro mundo con ese color tan increíble, las diminutas pecas cerca de su nariz se notaban más y sus mejillas lucían sonrojadas debido al calor corporal de ambos. Esa mañana los Pride y Black llegarían para acompañar a los nuevos profesionales de la familia, puesto que, por mucho que lo dudé debido a sus constantes fiestas, tanto Aiden, Dasher y Lane iban a graduarse por la tarde. Daemon también estaría presente en el gran día de sus hermanos, celebrando algo que tuvo que compartir con ellos, pero que, por culpa de las malditas circunstancias, no se dio.

Treinta minutos después estábamos bañados y listos para recibir a la familia. Quince minutos antes Dasher había llegado con Bárbara, la chica ya era su novia oficial y pretendía presentarla a sus padres. Lane no llegaría hasta más tarde con los suyos.

—Es en serio, viejo. Siento que es muy pronto —le dijo Aiden a su primo.

Pasaron molestos unos días, pero se arreglaron cuando los dos aceptaron que no podían vivir el uno sin el otro.

—No lo es. Me gusta, me siento bien con ella y tengo ganas de algo serio —alegó Dasher.

Bárbara estaba en la habitación de él, había subido minutos antes al baño; en lo personal, me

caía bien, era dulce, amable y muy bonita. La típica chica a la que querrías odiar, pero no puedes, ya que es capaz de caerle bien hasta al mismísimo diablo cuando la conocías.

—¿Es pronto para ti, asiática? —preguntó Dasher.

Estaba comiéndome unas uvas y mirando el móvil, sentada en la isla frente a la sala donde ellos se encontraban.

—No creo que te gusten mis respuestas, así que mejor ni preguntes.

—Dispara, estoy preparado —animó y me encogí de hombros.

—Bárbara es demasiado buena para que un desesperado como tú la dañe. Te estás obligando a estar en una relación seria, quizá porque no puedes estar con quien deseas, o porque te quieres convencer de algo, y…

—Ya, mejor no sigas. No sé por qué dices esas tonterías. —Sonreí, burlona.

—Sabes que sí sé de lo que hablo —lo reté y miré de forma cabrona, diciéndole que se atreviera a llevarme al límite, a ver si de verdad tenía las bolas para enfrentarme de esa manera.

—Claro que no sabes. No tienes idea de lo que es estar enamorada, amar a alguien. Solo buscas follar para pasar el rato y…

—¡Mierda, Dash! Cuida tu boca. Ella te advirtió que no te gustaría su respuesta y, aun así, la pediste, ahora aguanta y respétala —exigió Aiden cuando su primo quiso atacarme.

Como siempre, los hombres actuaban a la defensiva cuando no eran capaces de aceptar la realidad.

—Sentirte bien con ella y tener ganas de algo serio no son palabras que suenen bien juntas. Si presentas a una chica a tus padres, que sea porque estás enamorado. Si ilusionas a Bárbara, que sea porque la amas y te ves en un futuro a su lado, con hijos, amor y pasión. Si yo busco solo follar con alguien al menos lo dejo claro y no me engaño a mí misma —ataqué. Ya me había chinchado y no me pararía tan fácil.

—Me gusta, me siento bien con ella, me veo en un futuro a su lado y claro que la a…

—No todo el que besa, ama, Dasher. Eso lo demostró Judas —lo interrumpí y me miró, sorprendido.

Podía estar con esa chica, besarla, acariciarla, follarla y todo lo que se hacía en una relación *seria*, pero que no dijera que eso era amor, porque podría apostar mi vida a que no era eso lo que sentía por Bárbara.

Nuestra *conversación* terminó ahí, ya que la chica llegó de nuevo. Aiden los dejó solos y se fue hacia donde yo estaba, mirándome, intrigado, y con muchas preguntas que se reflejaban en sus ojos; me encogí de hombros, evidenciando así que dije lo que tenía que decir y su primo merecía. No obstante, el obstinado de Dasher siguió con sus planes y me reí cuando la señora Black casi se fue de culo en el momento que conoció a la primera novia oficial de su bebé.

Por supuesto que mi Sensei aprovechó el momento y encontró su venganza, jodiendo a Laurel Black por los celos que no pudo esconder al ver a Dasher tan entusiasmado con Bárbara.

—Pobre de ti, chica. No tienes ni idea de la víbora que tendrás por suegra —comentó el señor Elijah.

—Más respeto con mi mujer, hermano —advirtió Darius, el padre de Dasher.

Después de todo, los hijos no eran diferentes a los padres y cuando se juntaban relajados en momentos como ese, sabían ponerse al nivel de los más pequeños de la familia.

Esa noche se celebró en grande un suceso único (y me refería a la graduación). Estuvimos en una reservación del hotel más lujoso de la ciudad y se comió y bebió como ameritaba. Abigail se unió al día especial de su hermano por medio de una videollamada y él aprovechó para interrogarla. Me burlé después diciéndole que solo le faltó preguntarle de qué color usaba los

calzones y me gané un buen azote en el culo. Quise protestar por su atrevimiento, aunque fue poco lo que estuvimos solos y le juré que me la iba a pagar caro.

—¿Y los jefes saben que te estás follando a su hijo? —preguntó Lupo cuando fui a hacerle compañía.

No me sorprendió para nada esa pregunta, el tipo era muy observador cuando de mí se trataba y sabía que sería el único en indagar la estúpida excusa que les di.

—No, no voy por ahí diciéndoles a quien me follo. Además, lo que pasa entre ambos no afecta a cómo lo cuido ante el peligro. ¿Se los harás saber tú? —inquirí y él rio sin gracia.

—He visto películas donde el guardaespaldas se tira a su protegida, incluso he leído sobre eso, pero nunca imaginé verlo en la vida real y desde otra perspectiva.

—Pues no creas en lo que ves o lees, como bien dices, estamos en la vida real. Aquí soy una mujer cuidando de un chico, una guardaespaldas tirándome a mi protegido. Ahora responde a mi pregunta —exigí con poca paciencia.

—No, Shi. No les diré nada, no soy un chivato, y no eres mi novia como para actuar como un celoso. Si se follan, bien por ustedes. Solo ten cuidado en lo que haces y no veas las cosas como jamás serán, Aiden es el tipo de hombre que buscará a una pija como él cuando piense en tener algo serio y no quiero que te ilusiones y seas la única afectada con este juego que tienen. —Reí, cínica, con su *consejo*, y negué, divertida.

—Todavía te hace falta mucho para conocerme, Lupo —ironicé—. Tengo claro este juego, pero ten claro tú que no soy menos que las pijas con las que se relaciona y, si quisiera, sería la mujer que él buscaría en un futuro para formalizarse, porque tengo todo para calzar bien en su mundo, ya que, así como juego a la perfección en tu liga, sé jugar en la suya. Aquí todo está en que yo lo desee, y sabes bien que soy de las que se baja la luna sola y a katanazos porque, si quiero, puedo —zanjé y me miró sin saber qué decir.

—No quise decir que eres poca cosa —logró responder segundos después.

—¡Puf! Pues escoge mejor tus palabras la próxima vez y no vuelvas a rebajarme de esta manera, ya que he recorrido muchos kilómetros en mi vida como para que me quieras minimizar en segundos.

Y no lo dejé decirme nada más y me fui de donde estábamos. Aiden la estaba pasando bien con una de sus excompañeras y había muchos de mis compañeros a su alrededor para que lo cuidaran, así que decidí desaparecer por un rato.

Las palabras que Lupo me dijo me pusieron muy de malas, y no porque considerara ser lo que insinuó, más bien porque odiaba que las personas todavía creyeran que las clases sociales nos hacían valer más o menos. Y no, no me hacía falta el dinero, de hecho, me sobraba, tenía más del que una chica de mi edad podría llegar a tener por sus propios medios, mas no me gustaba la vida ostentosa, ni nada de eso.

Menos mal que encontré un lugar donde pude estar sola unos minutos, en el camino cogí la bebida de Dasher y él solo me miró, sorprendido, por quitársela sin pedirla, pero dejó que me la llevara.

Me encontraba en un salón. Había mesas y sillas por doquier y me acomodé en una, pensando en todo y nada a la vez. La luz que iluminaba era la que entraba por la ventana y agradecí la privacidad. Estar rodeada de tantas personas no era mi fuerte, mucho menos tener que actuar amable. Escuché unas risas a lo lejos y negué, irónica, al reconocer a Aiden y a la chica que había estado pegada a él peor que pulga en perro, pronto la puerta se abrió y los vi entrar, buscando privacidad.

—Es en serio, Adela. Este no es un buen momento, dejémoslo para después.

—Vamos, cariño. Sabes que me voy pronto, dame mi despedida —rogó la chica.

—Estoy con la regla, nena.

—Ya, Aiden. Deja tus tonterías.

—Me duele la cabeza —siguió él y rodé los ojos.

—Idiota, no sé por qué te niegas tanto.

—Es porque está conmigo y sabe que, si te folla, no volverá a tocarme a mí —hablé, poseída por quien sabía qué demonio, pero lo hice, y no me arrepentí.

¿Cómo hacerlo después de la cara que puso Aiden al darse cuenta de mi presencia? Me miró, sorprendido, al verme ahí, y más por esa muestra de posesividad que estaba dándole.

—No sabía que tenías novia —dijo ella, un tanto asustada.

—Ni yo —respondió él con diversión—, pero al parecer es una loca celosa, así que mejor vete antes de que nos mate a los dos. Intentaré contenerla.

Todavía me hallaba sentada, pero me puse de pie cuando vi que la chica no se animaba a dar el primer paso para largarse; quise sacar el arma para asustarla y hacer creíble lo que Aiden le dijo. Sin embargo, no necesitaba que saliera corriendo y gritando a los cuatro vientos que su ex polvo tenía una novia celosa que estaba a punto de dejarlo sin bolas por casi pillarlo siéndome infiel. Menos mal que Adela se fue antes de cometer tal locura y me dejó a solas con el niño bonito.

—Creí que solo a mí me gustaba meterme en los papeles de los personajes que leo, pero veo que a ti también.

Sí, ese chico leía como un empedernido y en los últimos días me había dado por leer algunos de los muchos libros que tenía, pero no me estaba metiendo en ningún papel.

—Sí y me ha dado por ser la asesina psicópata del último que leí —le seguí el juego y sonrió.

—Bien, yo podría ser el psicólogo que trata de ayudarte y termina follándote como loco. Podríamos fingir que este es mi consultorio y deberías comenzar a masturbarte para provocarme, aunque yo no necesitaré tanto como ese loquero. —Negué de inmediato y traté de no reírme—. Págame el polvo que me acabas de hacer perder —exigió y me cogió de la cintura. Se encontraba duro y me presionó a su pelvis para que lo sintiera.

—Te estabas negando a ella, así que te salvé y no te hice perder nada —le recordé.

—Ya, pero sabes que solo te veo y mi amigo despierta. —Me hizo subir a una mesa, sentándome en ella, y abrió mis piernas para meterse en medio, dejando claro que su erección era debido a mí, a nadie más.

Y le creía porque yo era testigo de la sinceridad que ese chico poseía.

—¿Te la hubieses follado si yo no hubiera estado aquí? —La luz que entraba por la ventana daba en un lado de su rostro. Su ojo derecho parecía sin color y sus labios más rojos de lo normal.

No respondió de inmediato, aunque tampoco lo vi sorprendido o asustado por no saber qué decir.

—No, de momento tengo a una ninja que cada vez me deja con ganas de más y, al parecer, también es bruja, ya que no se me para con nadie que no sea ella. —Sonreí por las tonterías que decía y me miró a los labios.

Mi corazón se aceleró cuando se acercó unos centímetros más y lamió sus labios, terminando con un pequeño mordisco en el inferior. Quería probarlos, tener lo que muy pocas tuvieron, saber qué se sentía besarlo; eso fue algo que nunca me pareció importante, lo consideré como un acto más para llegar al sexo. No obstante, Aiden me estaba haciendo entender que muchas veces besé solo por hacerlo y que la mitad de los que di no me provocaron nada, un tercio de ellos quizás

asco y solo uno me llegó a emocionar y destruir a la vez.

—¿Quieres que salgamos de aquí? —preguntó, sacándome de mis cavilaciones, recordándome que había límites que era mejor no sobrepasar.

—Estamos en tu fiesta de graduación. Tus padres están aquí y no quiero darles motivos para que se preocupen.

—Reservé una habitación esta mañana en un hotel frente a la playa. He hablado con los hombres que te apoyan para que sean discretos y les he exigido que lo que vean, lo callen, a menos que me ponga en peligro. Padre me dio poder frente a ellos y saben que no les conviene perder puntos conmigo. Quiero mi regalo de graduación y no me lo has dado.

—Es porque no te compré nada —solté, un tanto sorprendida por las órdenes que giró.

—No era necesario, cargas mi regalo entre tus piernas. Quiero eso y, si no me lo das en el hotel, lo tomaré aquí —advirtió y mis ojos se desorbitaron. Ahí había mandado a la mierda al niño y dejó solo al semental exigente—. Yo también puedo darte una muestra de posesividad.

—Salgamos de aquí —acepté.

Sonrió, victorioso, y salimos del salón. Me quedé pasmada cuando vi que planeó todo muy bien y mis compañeros cumplieron sus peticiones al pie de la letra. En verdad, Aiden había estado buscándome y no pudo deshacerse de Adela tan pronto como esperaba, así que la llevó junto con él, aprovechándose de eso para despistar a sus padres. Daemon lo iba a cubrir, y no me extrañó que ese clon se prestara para las locuras de su hermano.

El hotel era uno de los mejores de esa playa y nos recibieron con respeto y amabilidad, entregándonos la llave de la habitación, informándonos de todo lo que incluía la reservación. La verdad, no esperé que Aiden quisiera pasar esa noche conmigo en lugar de celebrar con su familia, pero ese chico era toda una caja de sorpresas y cosas inesperadas.

—¿¡Jiyu!? —Todo mi cuerpo estuvo a punto de colapsar en cuanto escuché que me llamaron así justo cuando entramos en el pasillo que nos llevaría a nuestra habitación.

—¡Eh! ¡Alto ahí! —advirtieron los hombres que nos cuidaban.

Aiden se giró para ver al dueño de aquella voz y la causa del alboroto que se estaba formando.

—Tranquilos, no busco problemas. Solo he visto a una amiga y he querido saludarla. —Deseé salir corriendo, eso no podía estar pasando. No en ese momento.

—¿Qué amiga? —preguntó Aiden.

—La que llevas tomada de la mano. Es Jiyu Park, ¿cierto? —preguntó Kwan Jeong, sabiendo a la perfección que era yo, exponiéndome únicamente porque le dio la gana.

Aiden me miró con intriga, pero yo no fui capaz de verlo.

Ese imbécil no tenía que estar en el mismo hotel que yo, ese hijo de puta no podía presentarse de nuevo en mi vida y amenazarla de esa manera; no frente a Aiden, no cuando quería que mi pasado se mantuviera en donde pertenecía.

—No, te has equivocado, no conocemos a ninguna Jiyu Park —respondió este y la sonrisa ladina que Kwan le dio me estremeció, sobre todo por la burla implícita—. ¿Quién eres? —quiso saber y, sin pensarlo, apreté su mano con fuerza.

El corazón estaba a punto de hacer explotar mi pecho, mi cabeza había recreado un remolino y me sentía en el medio de él. En el centro del caos que era mi vida.

—No la conoces tú, pero ¿qué hay de ella? —satirizó el maldito y sentí la tensión en Aiden. Me miró de soslayo y endureció la mandíbula. Sabía que quería preguntarme qué pasaba, pero se abstenía frente a ese imbécil—. Soy el primer amor de tu novia —prosiguió con malicia, sin dejarme contestar, y ladeó la cabeza, mirándome con burla—, Jiyu Park.

En ese momento Aiden me soltó de la mano.

Mi novia

[Capítulo 15]

{Aiden}

Si no hubiese estado más interesado en la respuesta de aquella copia estúpida de Jet Li en su juventud, sin duda alguna me habría quejado por el apretón quiebra huesos que Sadashi me dio. No obstante, que la llamara por otro nombre y que ella no lo negara me tomó por sorpresa, así que lo usé de excusa para soltarla.

Esa actitud suya me hizo odiar al tipo que se hallaba frente a nosotros que, además, aseguraba ser su primer amor, y me molestó enterarme de algo así solo porque las circunstancias se dieron y no porque esa chica hubiera querido contármelo.

Las incógnitas de su vida me estaban desesperando y odiaba que se cerrara tanto a mí, que fuera tan recelosa de su pasado, como si hubiese sido lo más horroroso del mundo, y me excluyera igual que al acostón sin importancia del momento, sobre todo cuando estábamos demasiado lejos de ser únicamente un revolcón pasajero.

Las cosas entre ambos estaban siguiendo un curso que no me propuse y tampoco quería, pero no era de los que se negaba a nada cuando las sentía correctas, y no me refería a algo relacionado con la sangre, más bien a la atracción y las ganas que tenía de dejar de cuidar a la mujer de otro. Porque, por mucho que ese cabrón frente a mí alardeara, Sadashi no era la mujer de nadie, incluyéndome.

—Pues apestas como primer amor, ya que *mi novia* no te ha mencionado nunca —dije, siguiendo su juego, ignorando el pinchazo en mi pecho al fingir que no me importaba que la conociera por otro nombre.

—Vámonos de aquí —pidió Sadashi, hablando por primera vez desde que llegamos al hotel.

Nadie iba a joder mis planes esa noche, y menos ella.

El idiota sonrió al escucharla desesperada, casi como si esa partida la estuviera ganando él y fuera a sacar la carta que le daría la victoria. Miré, intrigado, a Sadashi cuando se alejó más de mí de repente, luego de que *su primer amor* le dijo algo en un idioma que no sabía, pero que reconocí como coreano, ya que ella lo utilizó conmigo en varias ocasiones. La asiática le respondió igual, muy enfadada, situación que no me causó ni puta gracia.

—Están hablando de su vida pasada, joven. Y mencionan algo de un campamento —me informó uno de los tipos que estaban ya a mis órdenes.

—¡Cállate! Te prohíbo que le traduzcas —amenazó Sadashi y la miré, molesto.

—Aquí las órdenes las doy yo y, si no tienes el respeto para hablar con tu ex en un idioma que yo entienda, no pretendas que los otros también me lo falten —le advertí y me miró, sorprendida.

—¿Sabes ya que ambos compartimos una marca? Una que nos une de muchas maneras. —Miré con intriga a mi nuevo grano en el culo y las imágenes de la espalda de Sadashi llegaron a mi cabeza.

Comencé a ponerme más incómodo al entender que ese maldito no estaba alardeando en nada, ni mintiendo. Recordé la manera en la que la asiática me evadió aquel tema y los nervios que noté en sus ojos cuando quise saber sobre sus cicatrices, unas que estaban grabadas en su piel como un tatuaje antiguo que quisieron imponer a la fuerza.

—Bien, has despertado mi curiosidad —acepté, cediendo a mis ganas de saber un poco más

de la chica que me estaba follando cada noche—, así que más te vale que comiences a hablar, y empieza por decirme tu nombre y quién demonios eres, aparte del primer amor de Jiyu Park —pedí, convencido de que no la llamó así solo por joder.

—Es Kwan Jeong, un enemigo de tus padres. Ellos quieren su cabeza cueste lo que cueste y deseo quedar bien con ellos. —Vi a Sadashi sacar su arma y apuntarle.

Que fuera enemigo de mis padres mermó un poco mi curiosidad y por un momento tuve ganas de ordenarle a Sadashi que dejara de apuntarle, pero no era tan estúpido y no me gustaba jugar con esas situaciones, por muchas ganas de saber cosas que tuviera.

—Mira cómo cambian las cosas, hoy sí quieres cumplir con tus jefes cuando antes me dejaste escapar, pidiéndome que te utilizara como escudo y…

—¡Cállate, hijo de puta! —gritó Sadashi o Jiyu. Ya ni sabía cómo llamarla.

Y antes de reaccionar a lo que pasaba, la vi dispararle a Kwan. El maldito parecía ser un actor de películas asiáticas de esas exageradas, pero viéndolo moverse como lo hacía para esquivar aquellos proyectiles, me replanteé si todo lo de las pelis era mentira.

—¡Tenemos que salir de aquí, joven! ¡No venimos suficientes como para enfrentarnos a ellos! —recomendó uno de mis hombres y asentí, conforme.

Era de los que disfrutaba de una buena pelea o batalla, siempre y cuando estuviera igual o con ventaja ante mis enemigos, y ese no era ninguno de los casos, pero sí uno de esos momentos en los que decir «aquí corrió», era mejor a decir «aquí murió».

Madre me acusaba de tener las mismas ganas de meterme en problemas como padre, pero también corría por mi sangre su sensatez para situaciones como esas.

Escuché a Kwan ordenar a sus hombres que se protegieran, pero les prohibió atacar a la loca que deseaba dejarlo como colador, y eso solo me confirmó que Sadashi fue importante para él. Así que, aprovechando su momento de *bondad*, tomé a aquella engreída de la cintura y la arrastré conmigo, a pesar de que luchó por soltarse.

Kwan tomó mi acto como tregua y tampoco dejó que nos atacaran, aunque intuí que sus ganas de que Sadashi me hablara de él, fue la razón más grande de dejarnos salir del hotel con vida.

—No informen a mis padres que estuve en este enfrentamiento, pero si lo que dice Jiyu es cierto, avisen que ese tipo está en la ciudad para alertarlos —ordené, con ironía en su nombre, a los hombres cuando me metí en el coche.

—¡No me llames así! —exigió y la ignoré.

—¿A dónde vamos ahora, joven?

—A mi *Townhouse* —respondí.

Desde hacía unos días tomé la decisión de irme a vivir solo. Mis padres me apoyaron en eso y, aunque la casa de la playa estaba disponible para mí el tiempo que quisiera, necesitaba algo que fuera mío, y así dejarles a ellos su espacio disponible para cuando llegaran a vacacionar, además, la casa era muy grande para mí solo y Lane también había buscado su propio espacio en la ciudad, al igual que Dasher. Ya habíamos comenzado a montar nuestra propia compañía de remodelación y estábamos muy concentrados en eso. Aunque, en mi caso, también dedicaba mi tiempo a las organizaciones.

—Toma mi lugar esta noche, necesito estar sola —exigió Sadashi a Sebastián, el hombre encargado de apoyarla conmigo, pero el tipo respondía más a mí y me miró, esperando mi aprobación.

—Sigues olvidando que las órdenes las doy yo, y no me apetece dejarte libre esta noche —repuse, tratando de sonar tranquilo—. Vamos a mi casa.

Sadashi me miró, indignada, y la ignoré. Ya era suficiente, si no quería hablar conmigo estaba bien, pero no huiría como en otras ocasiones.

Cuando llegamos, les pedí a todos que se quedaran fuera, el lugar había sido decorado por madre y un día antes admiré cada detalle que puso en mi nueva casa, pero en ese instante lo dejé de lado.

—Sabes a cuantos investigadores tenemos en las organizaciones y lo fácil que sería para mí pedir un informe detallado de tu vida —solté, tratando de contenerme—. Más pronto de lo que te gustaría sabría hasta cuándo perdiste el primer diente, Sadashi, y si no lo he hecho es por respetar tu privacidad, pero estoy harto de que me evadas, así que, al menos, espero que tengas los ovarios para decirme quién demonios es Kwan Jeong, qué papel jugó en tu vida y por qué carajos te llamó por otro nombre —exigí cuando los dos estábamos en la sala.

—Si no te hablo de mi vida es porque no te importa, así que deja de joder con eso.

—Si te tratara como a una fulana más en mi vida, creo que entonces sí hablarías, y sin que te lo pidiera —escupí, muy encabronado. Había tratado de controlarme, pero se estaba pasando, y me prometí que esa sería la última vez que la dejaría hablarme así.

—No hables estupideces, no me tratas así porque no soy ninguna fulana —se mofó, tomando su pose altanera y mandó a la mierda mi control. Ya era suficiente, la hice crecerse demasiado y era momento de dejarle claro ciertos puntos.

—En cambio yo sí soy uno en tu vida ¿cierto? —largué, subiendo el tono—. Estoy siendo demasiado condescendiente contigo y creo que te estás haciendo una idea equivocada de mí. Te trato tal cual me enseñaron a tratar a las mujeres, así que no tomes mi respeto por debilidad —escupí, imantando mi mirada con la suya—. Te miro como mi igual, pero no olvides que aquí el que manda soy yo porque, por injusto que te parezca y sea, estoy por encima de ti. Soy el heredero del puto imperio al que sirves, Sadashi Kishaba, Jiyu Park o como mierda te llames en verdad. Y, así seas la protegida de madre, yo soy su hijo.

Por primera vez me estaba aprovechando del poder que mis padres me dieron y lo hice con quien no quería, aunque no tuve otra opción.

Sadashi merecía mi respeto. En las organizaciones tenía un rango que ganó a punta de esfuerzo, y eso siempre lo tendría claro, pero odiaba y me desesperaba que fuera ella quien me mirase como menos cada vez que quería solo porque le encomendaron ser mi guardaespaldas y le restaba importancia al que mis padres también llevaban escoltas y no porque eran débiles.

Me subestimaba, incluso cuando ambos fuimos los mejores compañeros de batalla, cuando cuidé y protegí su culo, así como ella el mío y, aunque mi camino en las organizaciones fuera más fácil que el suyo, no me aprovechaba de eso hasta en ese instante, que necesité dejarle claro ciertos puntos.

—Ya basta de creerte más lista o inteligente que yo, porque no lo eres, y lo demostraste hace un rato en el hotel —señalé. Sus ojos me miraban con odio, pero también con dolor—. Me pusiste en peligro a mí y a mis hombres solo por callar a tu ex. Él estaba muy bien custodiado y te importó una mierda, y no me salgas con que sabías que él no te atacaría, ya que, si es enemigo de mis padres, entonces sabe quién demonios soy yo, y pudo haber aprovechado la oportunidad para eliminarme.

—No, no iba a hacerlo porque me debe una.

—Sí, te debe el que lo dejaras escapar, que le permitieras usarte como escudo ¿cierto? —ataqué y se tensó—. ¿Saben mis padres eso? ¿Saben que es tu ex, tu primer amor? ¿Siquiera saben que tienes otro nombre y apellido? Porque los hombres allá afuera pueden decírselo.

—¡Mierda! —masculló y tomó el radio que escondía en el bolsillo interior de su chaqueta—.

Tienen prohibido decirle a los Pride lo que el imbécil del hotel dijo —habló de inmediato, activando el canal de comunicación.

—*¿Órdenes tuyas o del joven Pride?* —No debía, pero aquella respuesta casi me hizo sonreír.

—¿Y eso qué importa? —inquirió, enfurecida.

—*Lo siento, Shi, recibimos indicaciones claras del señor Pride. Estamos aquí para apoyarte, pero también para seguir las órdenes de nuestro nuevo jefe, y si él está de acuerdo en lo que nos pides, lo haremos. No lo tomes personal, estás pidiendo algo que compromete la seguridad del chico al que debes cuidar.*

Era Sebastián el que hablaba y tenía un enorme punto, esa información podía ser útil. Sadashi me miró, indecisa, entre queriendo pedirme que la apoyara o dejar que aquel hombre cumpliera con su misión; era una mujer demasiado orgullosa, y eso no era fácil para ella, así que pensé que se decidiría por dejar que su compañero hiciera su trabajo.

—Todavía no me siento capaz de hablar de mi pasado —susurró, y no con la intención de no ser escuchada por nadie más que yo, sino porque su voz se quebró.

—Me importas mucho, Sadashi. No eres una fulana más en mi vida, ni la chica a la que me follo cada vez que se nos da la gana. Eres mi amiga, y quiero ser tu amigo, uno de verdad —hablé, cediendo un poco al ver que de verdad su pasado era demasiado difícil y doloroso.

—Significa *propiedad del campo de concentración 666.* —La miré con el ceño fruncido al no entender nada—. No es un tatuaje, es una marca. Primero lo escribieron con una daga, pero cuando las cicatrices quisieron desaparecer, me las marcaron con hierro caliente.

—¿¡Qué!? —exclamé y mi piel se erizó al escucharla.

En mi cabeza se reprodujo aquel vídeo de madre, que ella misma nos mostró, cuando Inoha pretendió tergiversar la historia al asegurarle a Daemon que Isabella Pride era un monstruo que merecía lo peor, asegurando con eso que todo lo que estaba haciendo era en venganza porque nuestra progenitora torturó al malnacido de su padre, para que luego papá lo asesinara; y volví a ver claro el momento en que el hijo de perra que esa rubia tanto defendía marcó a mamá con hierro fulgurante después de haberla torturado, confirmándonos con ello que sí, madre era el monstruo que el mismo Derek Black creó, pero ella simplemente le devolvió a esa mierda lo que antes recibió.

Maldición.

Esas jodidas imágenes todavía me seguían torturando en algunas pesadillas y me negué a aceptar que Sadashi hubiese corrido la misma suerte, o quizá peor.

—Nací en Corea del Norte bajo el nombre de Jiyu Park e imagino que has escuchado todo lo que se dice de esa puta nación.

Mis ojos se desorbitaron. Claro que había escuchado mucho de ese país, incluso lo investigué por curiosidad, y lo poco que averigüé todavía me sabía muy mal. Sadashi se sentó de golpe en el sofá individual de la sala y yo la seguí mirando, incrédulo.

—Y todo lo malo es cierto. Viví en un campo de concentración desde los cinco años. Mis padres fueron condenados por hacer una llamada a tía Maokko; ella vivía en Tokio y las llamadas internacionales están prohibidas, sin embargo, lo grave fue que en ella descubrieron que mamá era en realidad una japonesa viviendo en tierra coreana de incógnita.

Había leído cosas estúpidas y bizarras de ese país, pero lo que estaba escuchando en boca de Sadashi me resultó tan atónito que me quedé congelado.

—Una falta como esa es castigada con prisión y lo paga hasta la cuarta generación de la familia del acusado. En ese momento solo estábamos mi padre, Jung Park; mi madre, Akiko

Kishaba, a quién conocí como Hyo-ri Park debido a que tuvo que usar un nombre coreano el tiempo que estuvo de incógnita, y yo.

»Pero con mis padres juramos que el día que fuéramos libres mamá usaría de nuevo su nombre real, papá cambiaría el suyo y a mí me bautizarían como siempre quisieron llamarme desde que soñaban con tenerme en sus brazos. Por eso, el día que casi conseguimos lo que anhelábamos gracias al sacrificio de mi padre, Akiko cumplió su promesa y me nombró Sadashi Kishaba. Y si nunca menciono ese otro nombre es porque forma parte de un pasado que detesto y me trae malos recuerdos, muy malos, Aiden. Kwan Jeong también estaba recluido en el campamento y compartimos la misma marca por eso.

Sin pensarlo tanto, tomé el radio de su mano y lo activé.

—Acata la petición de Sadashi.

—*Entendido, joven.*

—Y consígueme una botella de *bourbon* o lo que sea.

—*Ahora mismo.*

Me senté en la mesa de centro frente al sofá de Sadashi y la tomé de las manos.

—Puede que hablar de eso te duela, pero tal vez te libere un poco; y no, no voy a decirte que pares —advertí y medio sonrió.

—Ahora mismo sí quisiera que fueras como los chicos de los libros, caballerosos y dispuestos a esperar —señaló y negué con la cabeza.

—Ser Aiden me funciona más contigo —declaré y asintió.

—Está bien, hablaré y romperé una de mis reglas contigo. Así que, al menos, espero que consideres tú romper una de las tuyas.

Antes de que comenzara a hablar de verdad, decidí darle una muestra de igualdad e hice algo que ambos deseábamos, porque ya estaba más que claro que los dos queríamos que eso pasara, así que la tomé de la nuca y la acerqué a mí, mirándola a los ojos por unos segundos y después uní mi boca a la suya.

Y desde ese momento dejé claro que ya no habría retorno para los dos.

Un nuevo sabor

[Capítulo 16]

{Aiden}

«*Existen más frutas y sabores que podrían ser tus favoritos, ¿sabes?*»

Esas fueron las palabras de Essie en una ocasión que le explicaba por qué mi fascinación por la manzana, y en ese momento llegaron a mi cabeza, justo cuando mi boca se abría para acoger el labio inferior de Sadashi. Lo tierno de su carne, la calidez de su piel y la dulzura de ella estaban haciéndome sentir muchas cosas por primera vez.

En los primeros segundos, ambos actuamos como novatos y esperamos a que el otro continuara con la acción, pero luego tomé el control y, por primera vez, la hice mía. Y no necesitaba del sexo para eso. Era esa simple acción y la entrega de los dos para compenetrarnos como nunca, esa mujer sabía delicioso.

Mi corazón se volvió tan loco como la primera ocasión que estuve con una chica y, con las manos, la tomé del rostro y la uní más a mí.

Un beso.

Uno dado en el momento correcto, no para callar, sí para animar. Un gesto que me afectaba más a mí, o al menos eso imaginaba; estaba probando unos labios después de más de un año y no existía comparación alguna.

Los labios de Sadashi eran gruesos, carnosos, cálidos y, por un momento, inexpertos, hasta que entendió lo que sucedía, hasta que se dio cuenta de que mandé a la mierda una de mis reglas, una que no rompía con cualquiera. Me abrí paso entre su boca con la lengua, pues, si iba a hacer algo, lo haría bien; la escuché gemir cuando intensifiqué el acto y me fue imposible no sonreír.

Madre decía que había besos de amor, de pasión y solo por gusto. Padre me explicó el significado de cada uno y, según sus palabras, en ese momento el que le daba a Sadashi estaba lleno de vehemencia, pues la erección que tenía lo comprobaba, pero también era de apoyo, uno incondicional.

Sadashi estaba sintiendo lo mismo, y me lo demostró cuando, con agilidad, se subió a mi regazo. Menos mal que madre escogió madera de calidad para la mesa de centro y soportó el peso de ambos.

—¡Joder! —gimió en mi boca. Sus manos acariciaban mi espalda, las mías estaban en sus nalgas. Sentía aquella curva divina y deseaba dejarme ir sin frenos.

—No pierdas el foco, Shi. Solo buscaba animarte —dije, dejando de besarla unos segundos para poder hablar.

—Podríamos aprovechar mejor el tiempo —murmuró y sonreí al tener su boca de nuevo en la mía.

—Créeme que lo haremos, besucona. Ahora comienza a hablar —exigí, tomándola del rostro, haciendo que me mirara a los ojos.

Los suyos estaban brillosos y el café parecía caramelo fundido.

¿Será que mi sabor favorito podría cambiar? Porque en ese momento el caramelo me tentaba demasiado. Aunque dejé de pensar en eso cuando el destello desapareció y le dio paso al temor tras un suspiro intenso y lleno de resignación.

—Como ya te dije antes, nací en un país de mierda… —comenzó y me quedé ahí con ella por un rato. A medida que avanzaba, terminamos por acomodarnos en el sofá y me sorprendió

que no soltara una sola lágrima ante tal horrible historia, porque yo deseé hacerlo.

Me resultaba inaudito que una pequeña pasara por mierdas tan horribles, que la condenaran y castigaran de esa manera por cosas que no hizo; dejé de ver a la chica de hielo y conocí a la niña sufrida; quise meterla entre mis brazos y no soltarla jamás, deseé matar a todos aquellos hijos de puta, y Kwan se hallaba al principio de la lista.

Yo podía ser un follador de primera, pero nunca me aprovecharía de esa manera de una mujer que estaba enamorada de mí. Y hablar con la verdad no contaba, ni se asemejaba, a lo que ese malnacido le hizo a Sadashi.

Ya no era más Jiyu Park, y lo había demostrado.

—¿Y si vamos a Corea del Norte y quemamos vivos a esos hijos de puta? —propuse cuando terminó de hablar y medio sonrió.

—Te juro que lo he deseado, pero no soy tan idiota como para volver a ese infierno, ni siquiera para destruirlo.

La vi suspirar con fuerza, y no sé si fue mi imaginación, pero la noté más aliviada, un poco más libre y serena. No me podía imaginar una vida sin mis padres, sin mi familia, y ella estaba ahí, con una postura de reina a pesar de haber perdido lo más importante, la niñez y a unos padres que la amaron y defendieron por encima de sus propias vidas.

—¿Por qué respetas tanto a mamá? —Se me ocurrió preguntar y me miró, sorprendida—. Sé que va más allá de que sea tu maestra.

—Al principio la odié, y mucho —soltó. Fue mi turno de mirarla, atónito, y rio por eso—. La vi como alguien que me quiso imponer reglas cuando estaba huyendo de las imposiciones, pero con el tiempo se ganó mi respeto. Ella es la combinación de mi madre y tía Maokko, y créeme que es una suerte para mí tener un poquito de mamá, aun cuando me la arrebataron; y amo a mi loca tía, pero Isabella Pride es la unión de lo que perdí y encontré, así que no solo la respeto. Tu madre es alguien muy importante para mí y, mientras tenga vida, valoraré su presencia.

Si antes respetaba a esa chica, no podía ni describir lo que sentí en ese momento al ver la devoción con la que dijo cada palabra referente a mi progenitora; madre era parte de mi todo y si alguien me quería conquistar, tenía que ganarse primero a ella, y Sadashi logró tenerme en la palma de su mano en un segundo.

Sus vidas eran muy parecidas y *luchadora* era una palabra que debían tener escrita en sus frentes porque las describía a la perfección.

—¿Puedo ver tu marca otra vez? —pedí de pronto y se sorprendió.

Sin embargo, segundos después se puso de pie frente a mí y se sacó la camisa sin vergüenza alguna. Esa noche estaba vestida de forma casual, siempre en color negro, pero cambió el cuero y la mezclilla por un atuendo más adecuado a la fiesta que nos ofrecieron por graduarnos. La tela de la camisa era cubierta por cientos de lentejuelas y descubrí que solo eso protegía sus deliciosos pechos, no usaba sostén, y me lamí los labios cuando sus pezones erectos se descubrieron. Sadashi me ponía como nadie, de eso ya no había duda alguna.

Se giró para que viera su espalda y todos mis negros pensamientos se fueron a dormir cuando vi una vez más lo que creí que fue un mal arte. Las líneas de los símbolos eran desiguales, hechos a la fuerza, y deseé con todo mi corazón que aquellos malditos pagaran muy caro por lo que le hicieron a tan hermosa piel, por haber dañado de esa manera la inocencia de tan bella mujer.

Toqué con delicadeza cada símbolo y Sadashi dio un respingo con mi primer contacto. La acaricié solo con las yemas de mis dedos y, sin pensarlo tanto, reescribí algo muy diferente, una pregunta; luego besé su hombro y liberé el cabello, que esa vez lo retenía en un delicado moño.

—Eres demasiado hermosa —murmuré en su oído y vi que había cerrado los ojos.

—¿Qué escribiste en mi espalda? —cuestionó con voz suave.

Lamí su cuello y envolví los brazos en su pequeña cintura, tras eso llevé las manos a sus pechos y los cubrí con las manos.

—Algo que me enseñaron a no hacer jamás, y al parecer no aprendí bien. —Masajeé sus pezones con los dedos y la escuché jadear.

—Dímelo para darle un nuevo significado a esa marca —rogó y sentí la súplica en su voz, la desesperación.

—¿Quieres ser mía? —susurré. Fue más veloz que un rayo y se giró para quedar frente a mí.

—¿Estás loco? —inquirió, pero más loca parecía ella.

—No, estoy más cuerdo que nunca —aseguré y negó—. Querías saber qué escribí, pues fue eso. Tú decides si le das o no un nuevo significado a esa marca.

—No sabes lo que me estás pidiendo, esto podría ser un infierno —aseveró y quiso alejarse, pero no se lo permití.

La besé, esa vez sí para callarla, y la abracé con fuerza, necesitaba fundirla en mí o hundirme en ella. Fui rudo y arrebatador, demostrándole que no sería un infierno si a ambos nos gustaba cómo quemaba.

—Mi infierno reside en tus labios —aseguré. Sus labios estaban rojos—. Además, ya saliste victoriosa de uno peor, ¿por qué le temerías a este? —cuestioné y me miró, temerosa.

Sé que en parte tenía razón, le pedí algo que no nos convenía a ninguno, aunque en ese instante no estaba para analizar nada, solo quería estar seguro de que ella podía ser mía y rogaba porque madre jamás se enterara de lo que le había propuesto, ya que se iba a decepcionar de mí, y mucho, pero no podía evitarlo, y no es que quisiera a esa chica como un objeto, todo iba más allá de eso.

—Quedamos en que esto sería solo sexo.

—Y lo es —aseguré—. Puede seguir siendo lo que nosotros queramos, pero ya no quiero hacerlo a escondidas. Si te besé es porque pienso seguir haciéndolo cuando se me dé la gana, donde quiera y frente a quien sea. Ni tú ni yo tenemos relaciones aparte, somos libres, ya no actuemos como si lo que hacemos fuera prohibido; y antes de que digas algo de mamá, ella sabía que iba a pasar, le advertí que te alejara de mí si quería evitarlo, y no lo hizo. Además, no es tonta y sé que Maokko no puede mantener secretos con ella tanto tiempo, así que de seguro lo sabe.

—¿¡Que tía Maokko qué!?

—¡Joder! Entonces sí puede mantenerlos contigo —deduje y me fulminó con la mirada.

Sonreí al ver a la chica ruda resurgiendo y más cuando la tenía entre mis brazos, desnuda de cintura para arriba. Me quité la camisa en un santiamén con una sola mano y disfruté de nuestra piel rozándose.

—Maokko sabe todo desde el día que follamos por primera vez. Me encontró saliendo de tu habitación —confesé, y cuando quiso protestar, poseí su boca.

Sentí su molestia, pero aun así me correspondió. Cabreada besaba mejor y en cuestión de segundos mi polla estaba luchando por salirse de mi pantalón, queriendo domar a esa fiera que me comía la boca como loca. Mi habitación se encontraba en la segunda planta, pero no lograríamos llegar hasta allí, así que la llevé a la que sería de ella, puesto que madre se encargó de eso.

Lo que le dije a Sadashi antes era cierto, mamá no era tonta y estaba seguro de que sabía lo que pasaba entre su protegida y yo, o por lo menos lo imaginaba.

—No he aceptado nada todavía —me advirtió cuando me tiró en la cama y se montó encima de mí.

—Piénsalo el tiempo que quieras, igual te seguiré follando.

Comenzó a besarme el cuello y bajó hasta mi pecho. La dejé que jugara conmigo de esa manera, que hiciera lo que se le diera la puta gana ahí en la cama, total, yo también lo aprovechaba y disfrutaba de lo que nos hacíamos, pero tenía que admitir que me sorprendió cuando llegó al cinturón de mi pantalón y siguió descendiendo al sur de mi cuerpo; por encima de la ropa lamió el bulto de entre mis piernas y desde esa posición me observó, esperando ver mi reacción.

Me mordí el labio y murmuré una maldición cuando recosté la cabeza en la almohada. Era la primera vez que algo así pasaba, y si esa mujer me bajaba el pantalón para hacerme sexo oral, lo tomaría como una aceptación silenciosa.

Volví a mirarla en cuanto sentí que estaba desabrochándome el cinturón y desabotonó el pantalón. Mi erección quedó libre cuando bajó el bóxer, para ese momento se había posicionado a un lado de mí y la ayudé a que me desnudara. Iba a hacerlo, me la chuparía y llevaría nuestro juego a otro nivel, uno del que no bajaríamos.

—¿Estás segura de hacerlo?

Necesitaba que estuviese convencida de verdad, no solo dejándose llevar por el momento.

—Ya saboreé tu boca, ahora quiero seguir probándote y no parar. Quiero degustar hasta el último rincón.

—Alto ahí, chica sucia. Hay rincones a los que jamás llegarás —advertí y la vi reírse.

—Ponte serio, idiota. Hablé de forma hipotética.

—Mejor prevenir que lamentar.

Me hallaba recargado en un brazo, así que con la otra mano la tiré hacia mí para besarla. Su sabor me embriagaba, su pequeña lengua era deliciosa y me ponía como una moto la intensidad con la que se entregaba a mí; gruñí cuando sentí su mano en mi polla y me acarició de arriba abajo.

Al principio de nuestro juego, Sadashi estaba un poco cohibida, pero poco a poco se soltó, convirtiéndose en una chica sucia conmigo; no se inhibía, no tenía pudor y eso volvió nuestras sesiones de sexo únicas e incomparables.

Dejó de besarme y de nuevo volvió a descender por mi cuerpo, hasta que llegó justo a la corona de mi polla. Observé cuando sacó la punta de la lengua para probarme y admito que se me aceleró el corazón porque lo deseaba y al fin iba a…

—¡Aiden! —El grito de una chica llamándome nos asustó a ambos.

—Señorita, cálmese. —Escuché a Sebastián.

—¡Por favor, dile que estoy aquí! —suplicó la chica y la reconocí.

—Es Leah —susurré a Sadashi y ella asintió.

—Dejé mi camisa en la sala, no puedo salir así —se quejó, para ese momento ya había acomodado mi erección y tenía puesto el pantalón.

—No te preocupes, quédate aquí. Veré qué pasa —avisé y asintió.

Sin perder más tiempo, salí de la habitación y llegué a la sala que estaba casi pegada. Leah iba con el maquillaje corrido, su cabello, que antes estuvo muy bien peinado, lo llevaba desordenado y el *glamour* que la caracterizaba se había perdido. Me preocupó encontrarla así.

—¿Qué ha pasado? —hablé, llamando su atención. Ella corrió hacia mí de inmediato y me abrazó con fuerza.

Seguía sin camisa, y a ella no le importó.

—Lo siento, joven. Vino con unos de nuestros hombres, pero no quiso esperar a que le avisáramos que estaba aquí —se excusó Sebastián.

—No te preocupes, déjanos solos —pedí y asintió.

Respondí al abrazo de Leah cuando la sentí temblar y sobé su espalda. Estaba llorando y me preocupó demasiado, pues después del ataque en el hotel y con Demian jodiéndonos la vida, todo podía pasar.

—¿Están bien nuestros padres, los chicos? —Asintió a mi pregunta con la cabeza y apretó más su abrazo. Al menos me tranquilizó por ese lado.

—Mamá fue una asesina. Mató a tus abuelos, a su propia madre, Aiden —soltó entre sollozos y la separé al escuchar semejante barbaridad.

—¿¡Qué mierda estás diciendo!? —espeté. Sus ojos se estaban hinchando de tanto llorar e hipaba como una niña resentida.

—Pa-papá no… pudo negarlo y encima busqué… a Lane para desahogarme y lo encontré con otra.

¡Mierda! Eso no podía ser cierto, Lane no pudo haber sido tan estúpido, y era increíble que tía Amelia hubiera matado a mis abuelos. Leah tenía que haberse fumado una de la buena para decir tal cosa, y Dominik igual como para no negarlo.

—Si esto es una broma, te estás pasando, Leah —reviré al cogerla de las mejillas, pero solo lloró y su rostro en verdad reflejaba el dolor que sentía.

—No quiero volver con papá, y tampoco que Lane me busque. No necesito a ese traidor en estos momentos, y tampoco quiero perturbar a Daemon con mis cosas, a Essie o a Dasher, por eso te busqué a ti; pero si te molesto, dímelo y me voy.

—No seas tonta, sabes que siempre vas a contar conmigo. —Besé su frente y la llevé a mi habitación.

Mi *Townhouse* únicamente contaba con dos habitaciones y no podía llevarla a la de Sadashi. Aproveché a enviarle un mensaje de texto a Daemon para que avisara que Leah se quedaría conmigo y le prohibí que dejara a Lane llegar a ella, pues, según como la vi, la pobre de verdad necesitaba un poco de tranquilidad, hasta dejé de lado pedirle explicaciones con tal de que se sintiera mejor.

—¿Por qué estás sin camisa? —preguntó cuando le entregué una para que se sintiera cómoda.

Se había calmado un poco y le ofrecí prestarle algo de ropa, lo que aceptó enseguida.

—Es mi estilo para andar por casa, de hecho, antes de que llegaras estaba a punto de quitarme los pantalones. Quería aprovechar que ya vivo solo y pasearme en pelotas por donde quiera. —Medio sonrió al escucharme.

—¿Puedes darte la vuelta? —pidió de pronto y alzó la camisa en su mano para indicarme que quería ponérsela.

—Claro, lo siento —respondí y miré hacia la puerta que dejé abierta—. Si quieres puedo darte un bóxer también.

—Eso estaría bien —aceptó y la escuché hacer movimientos para despojarse del vestido.

Caminé a la cómoda donde guardaba la ropa interior y al verla ya con mi camisa me sentí menos raro. Sus piernas quedaban al descubierto, aunque se cubría lo más importante. Cuando estuvo lista la invité a acostarse y le prometí que todo estaría bien. Necesitaba hacerle muchas preguntas y me estaba costando callarme, pero no era el momento, y la respeté.

—¿Puedes quedarte conmigo? —La súplica fue clara, aun así, no me sentí seguro de ceder—. De verdad lo necesito, Aiden. Tus padres no están aquí para juzgarnos y esta noche en especial

no quiero quedarme sola.

—Está bien, deja que me cambie este pantalón por uno de dormir —dije, aceptando ser su mayor apoyo esa noche.

Me metí en el baño y me puse cómodo, luego regresé y encontré a Leah bajo las sábanas. Me lastimaba verla tan mal y casi le escribí a Lane para decirle que se preparase, ya que me iba a pagar muy caro haberla dañado de esa manera, pero, conociéndolo, lo tendría en casa en un rato para intentar aclarar las cosas y, como amigo, esperaba que tuviese una buena explicación.

—¿Quieres ver la tele? —pregunté cuando me metí bajo las sábanas.

Leah negó y se dio la vuelta para quedar de lado y así poder mirarme; un suspiro de dolor se le escapó y negué. Necesitaba a mi prima extrovertida de regreso, esa chica triste no me gustaba para nada.

—Quiero olvidar, y no puedo —se quejó.

Me coloqué también de lado y quedamos frente a frente, recostados y mirándonos.

—Tanto lo de tía Amelia como lo de Lane debe tener una explicación, no te tortures más.

—No puedo, Aiden. Me aterra confirmar que mamá asesinó a la abuela y a tu abuelo porque entonces todo lo que me han dicho de ella es mentira, ha sido únicamente para no lastimarme con la verdad, y Lane… ¡Dios! ¿Cómo pudo fallarme así? En su fiesta, justo cuando celebrábamos algo tan importante, cuando planeamos tanto para nuestro futuro.

—Ya, cálmate. No pienses ahora mismo en eso porque lo harás mal. —Acaricié su rostro y me tomó la mano con la suya para que no me apartara.

—Supo enamorarme cuando creí que no podría amar a otro hombre. Soñamos tanto juntos… Creí que éramos invencibles y estaba besándose con otra. Besando a otra —recalcó para que, según ella, lo entendiera mejor—. Y si llego a ese salón unos minutos más tarde, créeme que lo hubiera encontrado follando con esa estúpida.

—En serio, nena, no pienses más en eso. Ya mañana te ayudaré a matar a ese imbécil, hoy solo descansa —pedí, ya que, si seguía hablando, sería yo el que terminaría buscando a Lane para darle su merecido.

Entonces me abrazó y metió su rostro en el hueco de mi cuello.

—Gracias por no echarme de tu casa. —Su voz sonó amortiguada por mi piel.

—Tu casa también cuando lo necesites.

Sacó el rostro y se alejó unos centímetros de mí, estaba recargada en su codo y yo con la cabeza sobre la almohada; algo cambió en su mirada al mirarnos y creo que en la mía también. Los dos metidos en la misma cama, con poca ropa, y luego de todo lo que pasó, era una combinación muy mala que necesitaba evitar por muchas razones, pero no pude hacerlo a tiempo y, sin esperarlo, me besó.

Jodida mierda.

Miradas que matan

[Capítulo 17]

{Aiden}

Probar de nuevo esos labios en ese momento sí se sintió incorrecto, tan fuera de lugar, tan malo como debió ser siempre.

Tomé a Leah del rostro y la alejé de mí sin ser brusco, sin necesidad de llegar a ser pesado, y cuando me miró, tan asustada, me di cuenta de que ella también entendió ese gran error.

—¡Oh, mierda! —exclamó y salió de la cama de inmediato—. *¡Cavolo, Aiden!*[21] *¡Scusami, scusami, scusami!*[22] —pidió y caminó de un lado a otro.

—No te diré que no te preocupes porque yo sí lo hago, Leah. No podemos volver a caer en lo mismo, esto está mal —reprendí y me miró, avergonzada.

—Claro que está mal, ahora lo veo más que nunca. Sigo teniendo novio y no puedo pagarle con la misma moneda; yo no soy así, Aiden. Tú sabes que no, solo perdí el rumbo por lo que supe de mamá y por descubrir a Lane con otra. ¡Madre mía! Perdóname, te lo suplico.

Salí de la cama y llegué hasta ella para cogerla de los hombros.

—Respira hondo y trata de calmarte, porque me estás asustando —pedí y lo hizo de inmediato.

—Te juro que me arrepiento. No debí hacerlo, eso se sintió horrible. —Sonreí por su cara de asco. Cómo cambiaban las cosas.

—Te creo, Leah. Olvidemos eso, ahora lo importante es que descanses. —Me miró, agradecida—. ¿Quieres un té? —Asintió y la llevé de nuevo a la cama para que se metiera.

—Sé que deseas saber cómo he sabido lo de mamá y quiero decírtelo cuando vuelvas. —Asentí. Como dije antes, no iba a presionarla, pero si ella quería, no me negaría, porque lo necesitaba.

Bajé de inmediato a la cocina y encontré a Sadashi saliendo de la habitación con su camisa puesta. Sentí cierta incomodidad por lo sucedido con Leah y creí justo comentárselo, aunque no deseaba que volviesen a juzgarme.

—Sebastián ya tiene las órdenes a seguir, pueden pedirle a él lo que se les ofrezca —avisó y alcé una ceja.

—Te tengo a ti, ¿por qué tendría que pedirle algo a él? —inquirí y la vi reír con sorna.

—Porque esta noche no se me da la gana servirle, joven Pride, así que váyase a la mierda junto con su *primita* —soltó y pasó por mi lado como alma que lleva el diablo.

Cuando dio dos pasos lejos de mí entendí todo y me apresuré a detenerla.

—Fuiste a mi habitación ¿cierto? —quise saber y se soltó de mi agarre con brusquedad.

—No vuelvas a tocarme, imbécil.

—No es lo que piensas —me apresuré a decir y comenzó a carcajearse.

¡Joder! Odiaba esas malditas confusiones.

—De seguro que no, es solo que por accidente le besaste la boca en lugar de la frente. —No debía, y lo sabía, pero me fue imposible no sonreír al verla así.

—Te ves hermosa con un ataque de celos, Shi —respondí y me alejó con un golpe en el pecho—. ¡Auch! No seas abusadora.

—No te burles de mí, porque no te lo toleraré —advirtió, alzándome un dedo.

—Que no me estoy burlando. ¡Joder! Y no la he besado. No seas tonta, ni actúes como las

chicas que lees en mis libros porque, si lo has hecho bien, sabes que detrás de esas confusiones siempre hay una explicación.

—¿Y en tu caso cuál es? ¿Quieres volver a follarte a tu prima? ¿Quieres volver a probar lo que tu amigo se está comiendo?

—Cuida lo que dices.

Me podían caer en gracia sus celos, pero estaba llegando a un límite que no le permitiría.

—No digo nada que no sea, y si Leah te ha buscado es porque quiere lo mismo. ¿Ya se aburrió de follar con su novio y quiere seguir comiéndose al primo?

Reí, irónico, al escucharla.

—Ella está mal y cometió un error, no respondí a ese beso y la aparté. Ambos somos conscientes de que lo que pasó estuvo mal, así que deja de hablar mierdas, porque, si quisiera follármela, ahora mismo estaría en eso, y no explicándote cómo sucedió todo. Es más, creo que solo hubiese bajado a buscarte para hacer un trío —solté, comenzando a molestarme por su actitud.

—¡Imbécil! Haz un trío con quien se te dé la puta gana, total, eres un hombre libre, al igual que yo.

—Tú no eres hombre, y tampoco libre —señalé y sus ojos se abrieron mucho.

—¿¡Qué dijiste!?

—Lo que oíste, Sadashi Kishaba, y no voy a repetirlo —aclaré al verla indignada—. Leah es mi prima y está pasando por un mal momento. Es tu decisión si te vas, pero luego no vayas a estar pensando en cómo la pongo en lugar de comprobar que únicamente quiero apoyarla.

Estaba muy molesta y me miró con ganas de golpearme, pero no iba a darle más explicaciones si quería pensar cosas que no eran. Y, sí, deseaba estar con ella, sobre todo después de lo que me confesó, pero Leah era mi familia y en esos momentos se encontraba devastada, por tanto, necesitaba calmarla y saber cómo obtuvo esa información acerca de su madre.

—Pues que te aproveche —soltó y siguió su camino.

Negué al verla partir, pero no pensé en detenerla, ya que me molestó su desconfianza aun cuando me conocía a la perfección. Ella fue testigo de que jamás le mentí a una chica para conseguir lo que quería, y a ella menos, así que tenía que recordarlo por sí sola.

Subí a la habitación con el té listo y encontré a Leah con su móvil. Lo bloqueó al verme llegar y me miró, un tanto asustada, actitud que me hizo fruncir el ceño.

—¿Lane? —cuestioné con la ceja alzada y negó.

—Ven —pidió y palmeó un lugar frente a ella.

Dejó el móvil en sus piernas y tomó la taza de té cuando se la extendí. Sopló y dio un sorbo, tras eso lo colocó en la mesita de noche y suspiró con fuerza; sus ojos estaban hinchados y tenía la nariz muy roja.

—A ti no voy a mentirte, solo te pido que me comprendas. —Su petición me puso alerta.

—Lo haré, pero no me callaré si tengo que decirte cosas que te molestarán —advertí.

Miró para todos lados antes de decidirse a hablar y agradecí en mi interior cuando se animó.

—Hace unos días conocí a familiares de mamá —soltó y sentí que cambiaba de colores. Ella lo notó y se apresuró a hablar—. No los he visto personalmente, solo se comunicaron por medio de correos electrónicos. Al principio creí que era una broma, pero sabes que a veces soy tan curiosa como tú y les pedí pruebas.

»Me enviaron fotos, vídeos de mamá cuando estaba con su padre y muchas otras cosas que me convencieron. Tú sabes que siempre he querido saber más de ella, y papá no cede, entonces, por medio de la persona que me escribió, tuve esa oportunidad, y, pues… siguió dándome

información hasta que llegamos al punto de que mi madre fue una cruel asesina, tan miserable que no tuvo corazón y asesinó a su madre y luego al papá de tía Isabella.

Sentí ira y miedo por lo que estaba escuchando. En algún momento me recordé preguntándole a padre por qué madre no hablaba tanto de su hermana, su respuesta fue que la relación entre ellas no siempre fue buena debido a la rivalidad entre sus padres, y el daño que Lucius le provocó a la madre de ambas. El abuelo Jonh y Lucius fueron fundadores de Grigori, pero este último, el progenitor de tía Amelia, los traicionó y creó a los Vigilantes junto con su hermano David.

Y si relacionaba eso y lo que Leah decía, todo podía cuadrar, y me atemorizó, aunque más lo hizo que esa chica estuviese en comunicación con los Black, parte de su familia materna.

—Comprendo que te sientas mal, pero no debes confiar en todo lo que esas personas te digan, ya que, si hubiesen apreciado a tu madre, y de verdad quieren relacionarse contigo, no te hablarían mal de tía Amelia.

—Lo sé, Aiden. No soy tonta, y entiendo que no quieren nada bueno, pero el punto es que enfrenté a papá y no me lo pudo negar. ¿Entiendes? Me aterra, me duele pensar en que mamá fue ese ser tan cruel e insensible que me describieron. —Lloró.

La abracé con fuerza para consolarla, para darle mi apoyo y decirle así que todo mejoraría, que iba a estar bien y las cosas se aclararían, pero por dentro también tenía miedo de que eso que decían de tía Amelia fuese verdad.

Cuando se calmó le prometí que hablaría con mamá, y también le pedí que no se expusiera más con las personas que le escribían. Al principio se negó, pero le dejé claro que informaría de ese hecho y monitorearíamos al malnacido detrás de esa pantalla. Al final, decidí irme a dormir a la sala; había escogido un sofá cama pensando en las visitas de los chicos, jamás imaginé que sería yo quien lo usaría, sin embargo, sabiendo cómo se fue Sadashi, no quise arriesgarme a ir a su habitación.

No podía dormir pensando en lo de Leah, y también al darme cuenta de que eran las dos de la madrugada y esa asiática no volvía. Me preocupaba, y más tras lo de su ex, pero tenía que darle su espacio para que se calmara.

—¿Sadashi se fue sola? —pregunté a Sebastián por la radio.

—*No, joven. Lupo vino a por ella.* —Bufé al oír su respuesta—. *Y, de hecho, ya vienen, están estacionando.*

—No le digas que pregunté por ella —ordené y cerré el canal de comunicación.

Me quedé acostado, pensando en muchas cosas. Minutos después escuché la puerta abrirse y unas risas de fondo. Al menos se estaba divirtiendo.

—Bien, ya te di mucho. Nos vemos mañana o en unas horas.

—¡Vamos, Shi! Déjame pasar a tu habitación, todavía no me das mi beso. —Me tensé al escucharlo.

Las luces estaban apagadas y solo se iluminaban por la del exterior, pero vi a ese cabrón tomar a Sadashi de la cintura y presionarla a él; ella le puso las manos en el pecho, fingiendo que quería apartarlo. Me molestó, claro que sí, pero no los interrumpiría y les dejaría hacer lo que quisieran si esa asiática lo permitía.

—Aquí no, estamos en casa de mi jefe. No puedo faltarle el respeto de esta manera a mi trabajo. —Bufé con una risa irónica al oír su respuesta.

—No creo que tu jefe se dé cuenta. A estas horas la prima lo ha de haber dejado seco.

Escuchar tremenda estupidez fue mi detonante. Me puse de pie de inmediato y encendí las luces para que ambos me vieran, estaba molesto con ese imbécil y me dieron ganas de molerlo a

golpes.

—No sabía que eras de los que hablan mierdas a espaldas de sus jefes. ¿Tan mal te trato? —satiricé y me observó, realmente sorprendido—. ¿O es ya una fea costumbre en ti? —Soltó a Sadashi y, a diferencia de él, ella me miró como si nada pasara.

—Fue una broma entre nosotros, lo siento —dijo y negué. Caminé hasta acercarme mucho a él.

—Ya veo que se la pasan hablando de mí cuando están juntos —señalé, burlón—, pero para la próxima, evita incluir a *mi prima* en esto. Y no, no me ha dejado seco, y te recomiendo que cuides bien lo que dirás de ella. Respétala o te enseñaré a hacerlo.

Alzó las manos y se alejó de mí. Sabía bien que no lo hizo por tenerme miedo, más bien porque el tipo cuidaba su trabajo. Llevaba años trabajando para mis padres y ellos lo apreciaban mucho, era un muy buen elemento, aunque bocón, según estaba comprobando.

—Mi error, lo siento —murmuró—. No volverá a suceder.

—Vete ahora mismo de aquí y, para que evites los cotilleos, no me la estoy follando y, si lo hiciera, es algo que no te importa, por tanto, no tienes por qué repetir. Sé como los tres monos[23] si aprecias tu trabajo —recomendé y le cerré la puerta en la cara.

Volví a mirar a Sadashi cuando estuvimos solos y la encontré de brazos cruzados. Sabía a la perfección que ella tuvo que mencionar algo para que ese imbécil se expresara como lo hizo y eso me molestó más que verla toda melosa con él.

—En serio no te creí con ese nivel de bajeza —solté y la molestia deformó su rostro—. No tienes que divulgar lo que hago o dejo de hacer, a menos que sea porque me pone en peligro, así que cierra la boca para la próxima, y más si no estás segura de lo que hago.

—No me hables así.

—Te hablo como mereces, Kishaba —espeté. Las cosas iban a terminar muy mal entre ambos, pero tenía que entender que odiaba los cotilleos fomentados por celos y mentiras—. Ahora vete a tu recámara y déjame dormir.

Y, como dije antes, había miradas que mataban y otras que hacían el amor, la de ella en esos momentos era la de una asesina muy sádica.

Sentimientos peligrosos

[Capítulo 18]

{Sadashi}

Empuñé las manos y me mordí la lengua para evitar hacerlo mierda o mandarlo a comérsela. Odiaba que me diera órdenes y más después de lo que pasamos, no lo veía como mi jefe, pero lo era, claro que sí, y debía tenerlo claro. Aunque lo que más me repugnaba era sentirme de esa manera, tan descolocada, tan fuera de mí, molesta, indignada y una serie de cosas que no deseaba ni pensar.

—¿Aiden? —Ni siquiera volví a ver a Leah cuando lo llamó.

Sabía que estaba cerca, la sentía, pero no deseaba verle la cara porque temía rompérsela y meterme en problemas mayores que no valían la pena. Sin embargo, tenía el suficiente valor para aceptar que en ese instante y, por primera vez, solo deseaba el mal para esa chica, injustificado de mi parte, sí, aunque no lo podía evitar.

—¿Está todo bien? ¿No es Lane quien vino a buscarme? —preguntó, preocupada y ansiosa.

Estuve con ese chico esa noche, lucía desesperado por su novia y descubrimos cosas interesantes sobre él, pero no se lo diría, no era el momento, según como yo lo veía.

—No, fue un amigo de Sadashi que pensaba estrenar la cama que compré para ella —respondió Aiden, haciéndose el gracioso, y sonreí, satírica. Le encantaba chincharme aun sabiendo que podía soltar mucho veneno si me provocaba.

—Así como tú querías estrenar la de tu primo —solté. En ese momento sí la miré y noté la vergüenza que le provoqué.

—Cuida tu boca y lo que sale de ella —me advirtió el idiota.

—O si no, ¿qué? ¿Me callarás tú?

Ni yo misma me reconocía. Creí que la ira con la que me fui había desaparecido, pero me equivoqué, se mantenía latente y más fuerte que nunca; todo en mi interior era una revolución de sentimientos peligrosos que amenazaban con la vida de cualquiera que quisiera pasarse de listo. Era otra, una Sadashi tonta y débil, una mujer que se estaba dejando llevar por algo en lo que juró no caer.

«No es bueno jugar con fuego, porque, por muy experta que te creas, siempre llegarás a quemarte».

Recordé las palabras de mi Sensei y maldije porque se me aplicara si no tenía cuidado. Y, sí, al parecer tía Maokko no pudo mantener la boca cerrada por mucho tiempo, aunque ignoré a mi Sensei cuando dijo tal cosa.

—Fue un error, Sadashi. Por favor, no digas nada —suplicó Leah y blanqueé los ojos con burla.

Bufé y decidí marcharme, ya bastaba de esos juegos tontos, de que siguieran pidiendo que callara algo que ya muchos sabían y que con eso insinuaran que era una chivata. Que hicieran lo que quisieran y me dejaran tranquila.

Pensando en eso, me di la vuelta y caminé hacia *mi habitación*. Al llegar cerré con un tremendo portazo y me quité la chaqueta para aventarla con fuerza sobre la cama; quería gritar, tirar todo, pelear, sentir cualquier cosa que no fuera lo que sentía en esos momentos. Necesitaba dejar esa misión de una vez por todas, librarme de ese gemelo cabrón que me estaba trastornando y volver a la tranquilidad que la vida en batalla me daba, porque prefería arriesgarme a morir en

ella, que seguir lidiando con ese tipo.

—Grita, tira lo que quieras. No te contengas. —Me sobresalté cuando lo escuché y giré en mi eje para mirarlo. Con el portazo que di la puerta no se cerró y lo dejó presenciar todo.

—Vete de aquí, por favor. No me sigas jodiendo —pedí, cansada de esa situación. Estaba siendo insoportable.

Mis días con él se volvieron demasiado con el tiempo, nuestros temperamentos chocaban cada dos por tres, peleábamos a cada instante por estupideces y por querer tener el control, la razón en todo; nos contradecíamos, nos disgustábamos y, luego, nos follábamos como dos locos amantes aprovechando su tiempo juntos; y en mi cabeza eso estaba siendo más de lo que podía soportar y pronto explotaría, era seguro.

—No, no me iré hasta que aclaremos esto.

Miré la katana que se hallaba cerca, era lo único que tenía ahí mío, puesto que mi ropa seguía en la casa de la playa, ya que irnos para su nuevo hogar me tomó por sorpresa.

—Te lo digo en serio, Aiden. No es buen momento para que hablemos, y no hay nada que aclarar.

—¿Qué hiciste con ese imbécil para que viniese aquí y te pidiera un beso?

Me quedé pasmada al asimilar su pregunta. Era estúpidamente increíble que me exigiera una explicación cuando no lo merecía.

Salí con Lupo por distraerme, para no ver a Aiden un rato y evitar hacer una locura. Y, sí, Lupo trató de aprovechar la situación, me insinuó muchas cosas y quiso llevarme a su apartamento, pero fui clara con él y le dije que eso no pasaría, tras ello insistió en que le diera un beso, uno de despedida para dar por finalizado nuestro folleo y, pues, lo consideré por un momento, aunque lo pensé mejor y entendí que no era bueno.

Después decidí reportarme con mis jefes y avisarles de lo acontecido con Kwan, o Escorpión, como ellos mejor lo conocían; también notifiqué que Leah estaba con su primo, sana y salva, fue allí cuando me encontré a Lane conectado a una bolsa de suero, desesperado por hablar con su todavía novia.

—No lo que hubiese querido, créeme —solté con veneno y negó. Vio cuando cogí la katana y comencé a jugar con ella. Era una clara advertencia de que esa madrugada era pésima para meternos en una *conversación.*

—Has estado conmigo desde hace meses, me conoces de años atrás y, si no, al menos sí sabías de mi reputación, de mi forma de ser, hablar y tratar a las chicas. ¿O me equivoco? —Giré la katana en mi mano y lo miré, seria.

Comencé a contar y a respirar profundo para calmarme, ese imbécil me estaba llevando a un límite peligroso.

—¿Qué demonios tiene que ver eso con lo que está pasando? —cuestioné, alzando la voz.

—Mucho, y si lo recalco es porque sabes que, sobre todo, he sido sincero con cada una de las chicas que han estado conmigo. Yo no engaño, Sadashi Kishaba, no miento para conseguir lo que quiero, y contigo menos.

—Esto se nos está yendo de las manos —dije de pronto, aceptando en mi interior que tenía razón en lo que decía.

—No, cariño. Yo lo tengo todo bajo control y caminamos por el sendero que quiero —aseguró y mi corazón comenzó a descontrolarse. Tenía que recuperarme, volver a donde yo quería estar, donde me sentía segura.

—¡No alucines! Tú y yo no vamos a ninguna parte —contradije—. ¿¡Qué acaso no lo ves!?

—Veo todo muy claro. ¿Qué es lo que no quieres ver tú? —Odiaba en demasía cuando se

ponía así.

—¡Por Dios! ¡Nos queremos matar un día y al otro nos follamos como si el mundo se fuera a acabar! ¡Me vuelves loca y eso me desespera! ¡Sobre todo cuando actúas de esa manera! ¡Y no quiero sentir esto! —Estaba vuelta loca y le gritaba a Aiden como tal.

Él sonrió con chulería, arriesgándose a que lo matara por burlarse con descaro de mí.

—¿Y qué sientes? —preguntó, acercándose sin sentir ni una pizca de miedo cuando le puse la punta de la katana en el pecho para intentar detenerlo.

¡Madre mía! Sentí que todo me dio vuelta al enfrentarme cara a cara a mi mayor temor, porque Aiden en ese instante era como un Boggart[24] de *Harry Potter* para mí. Y me desafiaba con descaro, amenazándome con ganar esa partida.

—Un maldito caos —respondí cuando cogí valor y él sonrió todavía más.

Lo quería odiar, me esforzaba mucho para lograrlo, y el tipo me ayudaba con su altanería, pero no lo estaba consiguiendo.

—¿Recuerdas lo que un día te prometí? —Pensé en su pregunta y a mi cabeza llegaron de nuevo las imágenes de la primera vez que él, sin darse cuenta, me descubrió en mi misión. Cerca de la playa, cuando el estrés de estar de un lado a otro y esconderme para que no me viese me estaba jugando una mala pasada.

—¿Engreída? —me llamó justo cuando estaba por arrancar la moto e irme—. Algún día —prometió. Su forma de decir aquello me puso nerviosa y sobre todo la seguridad en su voz, pero no entendí nada y lo miré, intrigada.

—¿De qué hablas? —bufé.

—Algún día —repitió, dispuesto a marcharse con sus amigos y hermano—, te lo prometo —añadió, dejándome esa respuesta como una estocada de curiosidad que sabía que cargaría por mucho tiempo.

Tiempo que, al fin, iba a finalizar, y eso me ponía más nerviosa.

—Recuerdo que hiciste una promesa que jamás dijiste en voz alta —reclamé saliendo de mis pensamientos.

Desde la primera vez que nos vimos algo en mi interior me gritó que ese chico era un peligro inminente, uno al que estaba dispuesta a enfrentarme porque no era una buena perdedora y me juré vencer cualquier obstáculo. Aunque ya comenzaba a considerar retirarme de la partida, de la batalla.

—Prometí que sería tu caída, pero en el proceso creo que tú te convertirás en mi verdadera libertad —confesó, observándome, atravesándome el alma.

Ese acto me dejó débil el tiempo suficiente para que él zafara la katana de mi mano y la tirara al suelo alfombrado. Un escalofrío reptó por mi espalda y me provocó un leve temblor en el cuerpo; Aiden puso las manos en mi cuello y lo rodeó con delicadeza, obligándome a mirarlo.

—Sadashi, eres el tipo de pendiente en el que deseo dejarme ir sin frenos, permitiéndole al camino que me lleve directo a estrellarme o a seguir en mi libre destino.

—No sa… —Puso los dedos pulgares en mis labios para callarme.

—Lo que escribí en tu espalda es lo que deseo. Así me haga egoísta, te quiero para mí, y te juro que no tengo ganas de entregarme a nadie como me quiero entregar a ti. Me gustas demasiado como para tenerte solo para follar cuando se me dé o se nos dé la gana —siguió y creí que necesitaba sentarme.

—¡Dios, Aiden! Tú y yo peleamos mucho, somos demasiado iguales en el temperamento y ambos buscamos liderazgo y tener siempre la razón. Jamás serviremos como pareja —aseguré y

me aparté de él.

Le di la espalda, aunque no pude dejar de mirarlo, puesto que el espejo enorme que recubría las puertas del *closet* nos hacía seguir observándonos. Su altura se hizo más notoria y, cuando se acercó a mi espalda, la diferencia fue enorme. Me sentí pequeña, y no solo en estatura, ese era uno de esos momentos en los que yo cedía y él tomaba todo el control.

—Te pusiste celosa al ver a Leah aquí, casi me matas cuando viste lo del beso que no correspondí, huiste como una cobarde haciéndome una escena únicamente porque quisiste creer que algo más pasaría entre ella y yo, y te comportas exactamente igual a esas chicas que sienten todo, pero que no quieren ceder a nada. Te gusto, Sadashi, quieres estar conmigo, aunque no deseas dar tu brazo a torcer.

—No pongas palabras en mi boca.

Me tomó de la cintura y me pegó a su pecho. Mi trasero sintió su bulto y ahogué un gemido.

—Calla y escucha, que te estoy haciendo un favor al decir lo que tú no te atreves —exigió en un susurro en mi oído que me erizó la piel—. Ni Leah ni ninguna otra chica hace que sienta lo que siento cuando estoy contigo. Somos iguales en temperamento, ambos queremos tener la razón y liderazgo, por tanto, discutimos mucho, y eso nos lleva a tremendas folladas en las que nos reconciliamos, sí, es cierto, pero, dime algo, ¿acaso eso es malo? ¿Conoces a alguna pareja que sea igual a nosotros y que lo que iniciaron se hubiera convertido en un desastre?

Como una estúpida, pensé en sus padres y él sonrió, intuí que imaginando a dónde me llevó la mente.

—¿Los ves infelices?

—No compares —pedí.

—Es solo un ejemplo. Tú y yo no tenemos comparación, y lo que te pido no es nada que no se esté cumpliendo ya, únicamente quiero poder decir que estoy contigo, es lo único que nos hace falta, puesto que tenemos un secreto a voces.

—Leah no lo sabe —susurré como pensamiento.

«¡Mierda! ¿¡Es en serio, estúpida Sadashi!?»

Me besó el cuello y lo sentí sonreír. ¡Joder! Quise llorar al sentirme así.

—Ya lo sabe, mi pequeño monstruo. Y se siente más mierda que antes por lo que hizo. De hecho, quiso venir a disculparse, pero le dije que no era necesario, ya que a esta fiera solo la sé calmar yo.

Me abrazó la cintura y puse las manos sobre las suyas para presionarlas, suspiré con fuerza y me tragué el nudo de lágrimas y frustración que se me atoró en la garganta. Ese día se convirtió en estrés, ira y desesperación. Lo que creí un fugaz folleo estaba durando más de lo normal, Lupo quiso hacerme sentir poca cosa para ese chico detrás de mí, el traidor de Kwan estaba de regreso y con él le confesé muchas cosas a Aiden, Leah había llegado para impedir que hiciera una mamada que dije que no haría hasta que me besara, acción que se cumplió después de tanto desearlo y, como la cereza del pastel, la propuesta de ese chico me descolocó por completo y, sí, cambió mi forma de ver y recordar aquella marca en mi espalda.

Pero no podía dejarme ir así por así y echar a perder años de disciplina, debía pensar bien las cosas, recapacitar y no cometer más errores.

—No quiero verme envuelta en etiquetas —reviré y me giré para quedar frente a frente—, ni complicar más las cosas.

—Sin etiquetas, lo aceptaré hasta que te acostumbres —señaló y negué—. Solo respóndeme a esto con la sinceridad que te caracteriza. —Esperé para escuchar qué iba a soltar por esa boca —. Aparte de caos, ¿qué sientes cuando me tienes cerca?

Me alejé y miré a todos lados, esa era una pregunta que no podía responder, por más que lo intentara, y menos si era él quien quería saberlo; me senté en la cama y cerré los ojos para enfocarme. Definitivamente, ese no era un buen momento.

—Desde que salimos de la fiesta todo ha sido demasiado y no me siento en condiciones para responderte, pero, si te sirve de algo, eres el único chico con el cual he tenido exclusividad y el que hace que me hierva la sangre cuando alguna zorra se le acerca.

Eso último lo remarqué demasiado. No me avergonzaba decirlo, ya que mucho lo callé con todas esas tipejas que lo rodeaban casi siempre, *amigas* que buscaban algo más que un trago, una cena o un café.

—Esa respuesta me vale —concedió. Vi que sus ojos brillaban cuando se acercó a mí, me cogió de la nuca e hizo que me pusiera de pie—. Y has estado a mi lado durante todo este tiempo, así que sabes que solo te miro a ti.

Unió su boca a la mía y acepto que lo recibí aliviada de que por fin diéramos por terminada esa conversación incómoda. Sus labios eran eso que me prohibí, una droga que necesitaba dejar, pero que me decía que probaría una última vez para no extrañarla y, sin embargo, las últimas veces no acababan y cada vez me hacía más adicta.

Cuando su lengua se sumergió en mi boca, gemí y no supe más ni en qué dirección era arriba, ya que colocó una mano en mi pecho y lo masajeó con decisión, luego me mordió y chupó el labio inferior de una forma que me enloqueció.

Saqué la punta de la lengua y comenzó a lamerla y succionarla de una manera erótica que logró que humedeciera mis pantis. Era casi como si su boca me diera lo que mis labios vaginales deseaban.

—¿¡Chicos!? ¿Está todo bien ahí dentro? —Una vez más, Leah nos estaba interrumpiendo, y vaya que en ese instante me enfureció más que antes—. ¿¡Siguen vivos!? Porque tanto silencio me está asustando —dijo y me giré, dispuesta a ir y mandarla a la mierda.

Aiden rio al ver mi intención y me cogió de la cintura.

—¡Está todo bien y a punto de volverse una maravilla! —respondió, me giró de nuevo hacia él y me sacó la camisa en un santiamén—. Y mejor usa algo para taparte los oídos, ya que estamos a nada de volvernos muy ruidosos —soltó y, con dificultad, logré contener una sonrisa. No sabía decir si fue de orgullo y satisfacción, o de diversión.

Chillé cuando Aiden me tiró en la cama y se subió sobre mí, de inmediato se metió uno de mis pechos a la boca y masajeó el pezón con la lengua.

—¡Oh, mierda! —proferí y me tragué un gemido.

—¡*Okeeey!* Creo que mejor me voy.

Aiden me miró desde su posición con esos ojos grises brillando como plata líquida; estábamos una vez más en ese punto que recalqué antes: peleábamos para luego terminar follándonos y descubrí que esa combinación tan peligrosa me estaba gustando demasiado.

Sexo y caos, tentador y dinamita pura.

Me quitó el pantalón, junto a las bragas, y descendió con los besos hasta el sur de mi cuerpo, sin perder el tiempo, dejando saliva a su paso y deleitándome con todo lo que me hacía sentir; me tensé cuando besó justo arriba de mi raja, mi sexo era pequeño y sus labios gruesos lo acentuaban.

Pasó el dedo índice de arriba hacia abajo por mi coño, sumergiéndose y sacando la humedad, extendiéndola por mi clítoris y llegué a sentir vergüenza cuando lo sacó empapado. Para nada era un secreto que ese hombre me tocaba por encima y yo ya estaba mojando todo, pero justo en ese instante el hecho me avergonzó; Aiden en cambio, sonrió, casi sacando el pecho, orgulloso de lo

que me provocaba, y por poco me derrito cuando llevó el dedo a su boca y lo saboreó.

¡Joder! ¿En serio ascenderíamos a ese nivel? Porque no lo vi tan cercano ni cuando horas antes yo estuve decidida a subirlo por mi cuenta.

—Oh, por Dios —gemí cuando metió la punta de su lengua entre mis labios vaginales.

Volvió a hacerlo con la lengua ancha y estuve a punto de correrme. Ver un hilo de saliva unir su boca y mi sexo fue casi como de película y mis pezones se pusieron tan duros como unos diamantes. Apreté la sábana entre mis manos, la posición que tenía era semiabierta, con los pies apoyados en la cama, las rodillas flexionadas y él en medio de ellas; comenzó dándome caricias suaves y me saboreó sin pudor alguno, me devoraba como si se estuviese comiendo su fruta favorita, disfrutando, sin querer que aquel manjar se acabara.

—¡Mierda! Eres exquisita, Sadashi —susurró y se acomodó para seguir comiéndome.

Nunca en la vida vi a alguien besar unos labios como ese clon besaba los míos, mi boca se llegó a sentir celosa por ello, sin embargo, el éxtasis hizo que se esfumaran y deseara más. No iba a soportar mucho y Aiden apenas estaba comenzando; su lengua me acariciaba con suavidad, pero el morbo, la sensación y al ser la primera vez en eso con él, me tenían como una chica inexperta y sin una pizca de aguante.

Comencé a gemir, sin importarme que me escucharan, y no, no pretendía hacerlo porque Leah estaba ahí, puesto que al final Aiden dejó al descubierto lo que pasaba entre ambos y el resto ya sobraba; vi el gozo en él cuando me descontrolé y comprobó lo loca que me volvía. Llevó las manos a mis pechos y los masajeó.

Su lengua llegó a mi entrada y me dio pequeños embistes que provocaron a mis caderas para moverse y encontrarlo. Cada segundo que pasaba necesitaba más, cerré los ojos con fuerza tratando de evitar que el tornado en mi vientre se siguiera construyendo, pero estaba yendo demasiado duro y no quería correrme si no era con él dentro de mí, así que lo aparté y lo besé para sentirme en sus labios, con eso también lo desvestí y en cuanto lo tuve desnudo, lo tumbé y me subí sobre él.

—Todavía quería seguir devorándote —trató de quejarse, pero no me convenció.

Su erección acariciaba el canal de mis nalgas y me balanceé para sentirlo y provocarlo más. Me cogió las caderas y marcó su ritmo, segundos después ya lo tenía clavado hasta lo más profundo y los gestos de placer deformaban de manera sexi su bonito rostro.

—Es increíble que no quieras ver lo que tú y yo provocamos —reviró.

Sabía de lo que hablaba, pero me limité a buscar su boca y lo besé mientras me clavaba más en esa parte de su hermosa anatomía. Porque las cosas como eran, y Aiden era poseedor de una belleza que enloquecía a cualquiera.

Mis caderas tomaron vida propia y ninguno silenció los sonidos que escaparon de nuestras bocas cuando la fricción de nuestros sexos comenzó a intensificarse; arriba y abajo, adelante y atrás. Me encantaba la sensación de él dentro de mí, cómo encajaba tan perfectamente. Era adicta a su olor y sabor, los cuales me excitaban y calmaban al mismo tiempo.

Aunque lo que más loca me volvía eran sus ojos mirándome mientras me cernía sobre él, dejando por sentado que era únicamente yo.

—*Sei mia, diavola, anche se non vuoi vederlo o accettare*[25] —aseveró y maldije porque me enloqueciera tanto escucharlo hablándome en italiano mientras nos follábamos.

Sus manos subieron de mis caderas a mis pechos, las mías estaban apoyadas sobre sus pectorales para tener mayor resistencia. Los empeines de mis pies se engancharon a sus piernas y me sirvieron de palanca para embestirme como más me gustaba, íbamos a llegar pronto y juntos a un orgasmo excepcional, podía preverlo; explotaríamos en el mayor placer que podíamos

darnos.

—¡Madre mía! —gemí y tragué saliva, mi boca como un desierto por el esfuerzo.

La piel blanca de Aiden estaba perlada por el sudor, sus labios rojos por los besos que nos dábamos; como pudo, se sentó sin apartarme de él y me cogió con fuerza de las nalgas para moverme a su manera, el cabello ya se me pegaba a la frente por mi transpiración y sentí las paredes de mi vagina apretarse y prepararse para soltarlo todo.

El olor de nuestras fragancias y el corporal se mezcló para embriagarnos como un afrodisíaco, la temperatura que emanábamos opacaba la de una hoguera y eso fundió mis neuronas, tanto, que solo hablé sin pensar.

—No vuelvas a permitir que alguien más te bese —exigí y lo hice con dominio—, porque, si quieres tanto conmigo, pues pido igualdad ante todo.

—Me vuelves loco cuando te pones posesiva —confesó, me tomó de las caderas y me restregó con fuerza en su falo, haciendo que lo sintiera hasta donde nunca imaginé.

Si seguía haciendo eso, pronto gritaría su nombre.

—Te volveré loco de una manera que no te gustará, sobre todo cuando haga desaparecer a tus amiguitas —advertí. Entonces me cogió de la barbilla y me hizo mirarlo a los ojos, en ningún momento dejé de moverme sobre él.

—¿No confías en mí, *diavola*? Porque yo sí en ti, tanto, que estoy seguro de que no dejaste que nada pasara con ese imbécil esta noche.

¡Mierda! Sabía que era seguro de sí mismo, pero que supiera eso era otro nivel. Yo, en cambio, entendí que tenía muchas inseguridades sobre mí.

Volvió a besarme y me abrazó por la cintura, mis pechos se restregaron en su torso y esa fricción que provocó en mis pezones subió mi nivel de excitación, mis músculos ardieron y el placer se acumuló en mi vientre. Iba a correrme, ya no aguantaba más; lo abracé con fuerza y cerré los ojos, pero de nuevo me cogió y me obligó a mirarlo. Esos momentos me encantaban.

Casi siempre era así, me hacía correrme mirándolo a los ojos, asegurándose de que era su rostro, sus caricias, movimientos, él, el maldito Aiden Pride White, quien me enloquecía en la cama y fuera de ella, en cada rincón que tuviéramos para nosotros.

—Naciste para mí, Engreída —aseguró y los espasmos se hicieron presentes, devastándome sin darme tregua, el orgasmo explotando entre mis piernas y flotando hasta llegar a mi cabeza—. Esta vez sé que cuidaré a la correcta —añadió y, aunque no entendí, la forma en la que comenzó a correrse conmigo me demostró que esas palabras significaban mucho.

¡Maldita sea! Eso no podía estar pasando.

Regreso

[Capítulo 19]

{Sadashi}

Nos levantamos ya muy tarde después de dormir juntos. Una vez más, despertábamos uno al lado del otro, aunque esa mañana, en lugar de echarnos un *polvo rápido*, como Aiden lo llamaba, recuperé la conciencia con los besos que me daba en la columna; comenzó desde mi nuca y terminó al principio de mis nalgas. Cada una de mis marcas fue cubierta por sus labios y deseé que el corazón no se me hubiese acelerado como lo hizo ante su acto.

Tras eso nos fuimos a tomar una ducha y volvimos a la cama para volver a ensuciarnos; no quería pensar en nada de lo que estaba haciendo o permitiendo, solo decidí disfrutar de esa experiencia que seguía siendo nueva para mí.

Estábamos desnudos, riéndome de una de las locuras que ese chico soltaba a cada momento cuando escuchamos los toques en la puerta.

—¡Chicos! En serio no los quiero interrumpir a estas horas, pero acaban de avisarme que mis tíos vienen hacia aquí y supongo que querrán saberlo —comunicó Leah.

Salí pitando de la cama en busca de mi ropa y por esa vez agradecí que esa chica fuera inoportuna.

—Vuelve a la cama, Shi —demandó Aiden, todo tranquilo, y negué. De ninguna manera lo haría sabiendo que mis jefes estaban casi por llegar.

—¿Dónde carajos están mis bragas? —pregunté, exasperada.

Aiden salió todo campante de la cama, sin una pizca de vergüenza, luciendo ese monumental cuerpo que tenía. El tatuaje que marcaba un costado de su torso se veía colorido, nítido, perfecto y muy de acuerdo con él.

—Ni te esfuerces en buscarlas, no las encontrarás —recomendó y le vi ponerse su bóxer.

—Me asustaría saber que me las has robado —revelé y lo miré con intriga.

—Más te asustaría saber lo que haré mientras las huelo —soltó y los ojos se me desorbitaron.

Ese tonto era imposible y me lo demostró cuando sacó lo que andaba buscando y se las llevó a la nariz para olerlas con profundidad. Su acto en verdad me dejó pasmada.

—Eres un maldito depravado —reviré y se encogió de hombros.

—A ese nivel me haces caer —aceptó y sonrió, divertido, por mi reacción.

Un rato después terminé vestida con uno de sus pijamas y acabé en la cocina preparando a duras penas unas tortitas, rogando para que mis jefes no fueran a tomar de mala manera encontrarme así en casa de su hijo.

—Huele a quemado —expuso Leah al llegar a la cocina y la vi arrugar la nariz.

—No comiences a joder tan temprano, porque puede que termines con una tortita caliente en la cara.

Se sentó en un taburete de la isla y comenzó a reírse; segundos después entendí la razón. Al parecer, en esa familia la mayoría eran unos malpensados.

—A Aiden no le gustaría eso. Puede que no lo parezca, pero es muy celoso, y no creo que le agrade la idea de verte haciéndolo.

—Ja, ja, ja —ironicé y maldije cuando vi que se me había quemado otra tortita.

—En serio, Sadashi, si querías impresionar a Aiden, vas a lograrlo.

—¡Joder! Ya cállate y deja de burlarte, porque me sobran las ganas de ponerte en tu lugar —

espeté, aunque en realidad ya no estaba enojada con ella. Pero, a pesar de eso, rogué para que Aiden bajara rápido y me evitara el estrés de estar a solas con su prima.

—Antes de que lo logres, quiero pedirte disculpas por lo de ayer. De verdad, no sabía que ustedes estaban juntos, y comprendo que me quieras matar —formuló y la ignoré—. Cometí un error y no voy a culpar a las circunstancias, pero créeme que estoy muy arrepentida, sobre todo por dañarte con mi estúpido acto.

En su voz no hubo dudas o inseguridades, es más, solo escuché sinceridad y verdadero arrepentimiento, pero me seguía sintiendo reacia con ella. Siempre tuve dificultad para relacionarme con las personas, y sobre todo con las mujeres, ya que en su momento descubrí que, en nuestro género, en lugar de apoyo, casi siempre se encontraba más destrucción.

La sinceridad, lealtad y apoyo desapareció entre la mayoría de las mujeres.

—¿Quién me asegura que la próxima vez que te pelees con tu papi o tu novio, no vendrás aquí a buscar apoyo en tu primo? Y con apoyo me refiero a que vuelvas a besarlo —urdí, apagué la cocina y la miré, muy seria.

Alzó la barbilla y no se inmutó. Leah D'angelo Black heredó el porte de su tía, aunque decían que tenía más de su madre y, según las historias que corrían por allí, las hijas de Leah Miller, Isabella y Amelia siempre se caracterizaron por tomar al toro por los cuernos y era conocedora de que esa chica no se inmutaría tan fácil conmigo.

—De los errores también se aprende, Sadashi. Y si has trabajado con tía Isabella durante mucho tiempo, deberías de saber que se nos ha enseñado que la lealtad, mantener la palabra o cumplir promesas son unos de los mandamientos que nos rigen. No soy de las que va por ahí metiéndose en relaciones ajenas, sé respetar, y anoche entendí que lo que un día sentí por Aiden es solo un espejismo en comparación a lo que siento por el traidor de Lane. —Carraspeé—. Y seré sincera contigo porque te lo mereces —añadió e intuí que lo que continuaría no sería del todo bueno—, no me arrepiento de lo que hice en el pasado porque fue lo que deseé hacer.

»En ese momento tanto Aiden como yo éramos libres y, así hoy yo vea que jamás llegaríamos a nada, esa fue una experiencia que me convirtió en una mejor persona y me hizo madurar en varios sentidos. Dejando de lado lo de anoche, he aceptado que ambos fuimos creados para personas diferentes y te doy mi palabra de que, por mi parte, jamás volverá a suceder nada como lo que viste ayer.

La miré con seriedad, ella también vestía con un pijama de Aiden y sentí la situación demasiado extraña, mas no me compliqué con eso. Si en algo tenía razón era que ese era un pasado de ambos, lo que hicieron fue porque los dos lo desearon y, aunque jamás toqué, ni pensaba tocar ese tema con Aiden, conociéndolo, intuía que tampoco se arrepentía.

Yo tampoco me arrepentía de mi pasado, era por eso que estaba donde estaba y creía que las cosas siempre tenían una razón de ser, así que evitaría caer de nuevo en el error de juzgar a las personas por lo que fueron o hicieron. Al menos lo haría con ella.

—Espero que no pretendas que nos convirtamos en mejores amigas después de esto, porque créeme que no va a suceder —advertí y sonrió.

—Ya lo sé, pero al menos quiero que dejes de mirarme como si me fueras a asesinar.

—Eso jamás va a pasar, Leah. —Aiden nos sorprendió a las dos cuando llegó a la cocina—. Incluso a mí me mira así la mayoría del tiempo y eso que, en lugar de asesinarme, me come.

Sentí las mejillas muy calientes al oírlo, imprudente debía de ser su segundo nombre. Leah rio por la broma y lo miró con cara de ilusión cuando lo vio acercarse a mí y me plantó un pico en la boca antes de que pudiera impedírselo.

—No hagas eso —me quejé—. ¡Joder! —espeté cuando volvió a hacerlo y lo miré con ganas

de estrangularlo.

Le estaba costando entender que yo no era una mujer muy expresiva y que por mucho tiempo odié esas muestras de cursilería frente a otras personas.

—¿Ves lo que te digo? —expuso hacia su prima. Ella rio más cuando vio demostrado el punto de ese tonto—. ¿Y qué has hecho que apesta tanto? —preguntó de pronto y me rasqué la cabeza.

¡Mierda! Eso sí que me avergonzó, y mucho. Mis destrezas iban en todas partes, menos en la cocina, y esas cosas negras apiladas en un plato lo demostraban.

—No te asesinará con la mirada, pero sí con la comida —bromeó Leah y, con un leve movimiento de cabeza, le señaló hacia donde estaban las tortitas.

Me reí al verlo con los ojos muy abiertos, contemplando *mi arte culinario*.

—Creo que haré huevos y tocino para acompañar estas delicias —anunció al recuperarse y, como una maldita loca, comencé a carcajearme.

Era divertido verlo queriendo enmendar *su error* por la pregunta anterior y ellos se unieron a mi diversión.

Al final sí comimos tortitas, pero esas no estaban quemadas, ya que Aiden tuvo la delicadeza de hacer unas que fueran comestibles y me enseñó todo el proceso para que quedaran deliciosas.

¡Bendita fuera su madre por enviarlo a aprender a cocinar! Ya que, si no, ambos tendríamos que aprender a invertir el dinero en comida y buscar las mejores ofertas.

____**____**

Me llegué a sentir muy incómoda cuando estábamos en la sala. Los Pride White por fin llegaron y, con ellos, los padres de Leah: Dominik y Lee-Ang D’angelo (su madrastra en realidad). Esta última, que también era una Sigilosa y parte de la élite de mi Sensei, lucía estupenda, con su gran porte y figura esbelta, no se le notaba que había dado a luz a un hermoso niño, aunque supongo que ya, después de once meses, era tiempo suficiente para que su cuerpo se recuperara por completo.

Ellos acompañaban a Leah en la habitación de Aiden, mientras que yo estaba a punto de salir huyendo con las miradas que mi Sensei me daba de vez en cuando.

Aiden estaba de lo más normal y ni siquiera se percataba de que sus padres nos miraban extraño, o, conociéndolo, le importaba un carajo y por eso se pasaba por donde no le daba el sol tal acción de sus progenitores.

Creo que usar su ropa no me ayudaba para excusarme de que nada pasaba entre ambos y sus padres no eran conocidos por ser idiotas, más bien por ser unos perros de caza a la hora de querer investigar, saber o detectar algo.

—Pues bien. —El señor Pride carraspeó.

Antes le explicaron a Leah que Lane en realidad fue drogado por la misma chica que acosó a Aiden en el salón aledaño a la fiesta y estaban investigando si fue un acto de maldad o solo por pura diversión. Lo único cierto de todo eso era que esa tipa se puso una diana en el culo y no la dejarían en paz hasta descartar cualquier peligro, ya que la dosis que le dio al chico fue tan fuerte que lo hizo perder el conocimiento y por poco le provocó una sobredosis mortal.

Así que la verdad era que Lane no quiso traicionarla, y no lo hizo en realidad.

—Nos informaron de un enfrentamiento en el hotel de la playa, casualmente con un tipo al cual le hemos perdido la pista justo cuando ya lo tenemos cerca. —Estaba sentada, pero me puse de pie al escucharlo y les di la espalda.

Como dije antes, era de esperarse que ellos intuyeran que estuve en ese lugar, aunque no se

los informaran. Y agradecía que ese hombre no fuese una persona a la que le gustase recalcar errores cada vez que se le presentaba la oportunidad y en ese instante su comentario no fue acusatorio, pero igual me incomodé por mi historia con Kwan.

—Sadashi, sé que no deseas hablar sobre esto, pero el tipo está demasiado cerca y no permitiré poner en riesgo a mi familia —dijo mi Sensei—. Y en ella te incluyo a ti —agregó y, como tonta, miré a Aiden, el maldito trataba de ocultar una sonrisa—. Y no, no tiene que ver con el hecho de que entre ustedes hay algo. Eres parte de mi familia desde el día que te acogí en el monasterio de Tokio.

¡Madre mía! No supe ni cómo reaccionar, solo la miré, estupefacta.

—Entre su hijo y yo no…

—No la asustes, *mammina*. Es como padre cuando inició contigo —me interrumpió el maldito bocón y mis ojos se desorbitaron. Al parecer no solo yo fui la incómoda, pues el señor Elijah carraspeó, intentando desviarse de ese tema.

—El punto aquí es que tú conoces a ese tipo. Nosotros únicamente sabemos que es peligroso, escurridizo y un puto grano en el culo —comenzó a hablar el señor Pride—. Está en la ciudad y, con los acontecimientos pasados, tememos que tenga una alianza con los Vigilantes. Escorpión, como se le conoce en la Tríada China, es un maldito sádico, además de inteligente. Caleb lo investigó junto a Evan y Connor, y descubrieron que no es la primera vez que viene al país. Estuvo aquí tres semanas atrás, las mismas desde que las desapariciones de niños y mujeres han aumentado en la ciudad. —Agradecí que nos llevara a lo importante de esa conversación, aunque también me asusté, y mucho.

Escuché de la preocupación que había por lo que al principio se manejó como secuestros, pero cuando no se recibió ninguna llamada pidiendo rescates y las personas desaparecidas no fueron encontradas, sospecharon que aquello tenía la marca de los Vigilantes, aunque con un método mejorado que nos estaba impidiendo dar con los responsables, y la llegada de Escorpión nos iba a aclarar muchas incógnitas.

—Las mujeres y adolescentes latinos y de raza morena son el punto fuerte para esos malnacidos. Estamos trabajando con las autoridades locales para crear grupos de apoyo y así explicar mejor la situación y advertir a la población, pero no será suficiente con las tácticas de ese tipo, si llega a utilizar las mismas de la Tríada —añadió Isabella y un enorme pesar se instaló en mi pecho.

Me caracterizaba por ser una mujer fría, calculadora e insensible, pero sabía que había niños entre las víctimas, incluso tuve la suerte de conocer a una pequeña hispana que logró escaparse de un tipo que iba a por ella en una tienda local y, cuando habló de su aterradora historia y cómo logró pedir ayuda, sentí que era momento de actuar con más dureza contra esos hijos de puta y también el de hablar con la verdad ante mis jefes, sobre todo si era Kwan el que estaba al frente de todo.

—Fuimos creados por ángeles, pero criados por demonios —empecé, mirando a mi Sensei.

La sorpresa deformó sus bonitas facciones, ya que, así conociera parte de mi pasado, solo supo por encima lo que tía Maokko le dijo, puesto que ni ella sabía lo que en realidad viví.

—Shi, si no estás preparada, sé que mis padres podrán esperar un poco más —intervino Aiden y se lo agradecí con la mirada.

—No estoy de acuerdo con lo último —habló el señor Pride.

—Padre —lo llamó Aiden, apenado e incómodo. Su mujer lo miró en desacuerdo, yo solo me limité a sonreír por su sinceridad.

—Te lo agradezco, pero tu padre tiene razón. No es un buen momento para seguir callando

—repliqué y los miré a los tres—. Perdí mucho en el pasado por ese idiota, y con ustedes cuando lo dejé escapar. Como verán, también tengo mi debilidad y Kwan Jeong supo sacarla a la luz al reencontrarme con él; ese es el verdadero nombre de Escorpión, aunque es algo que ya saben.

Aiden era el único a quien le conté parte de mi historia de una forma más profunda. Su madre conoció algo gracias a lo poco que tía Maokko supo por medio de sus investigaciones, pero era consciente de que no le dijo nada a su marido, así que Elijah Pride ignoraba el noventa y cinco por ciento de mi pasado.

—Cabe recalcar que no sabía de él hasta el día en que lo dejé ir en la fallida misión de Tokio. ¿Han escuchado hablar de los campos de concentración en Corea del Norte? —cuestioné. Aiden miró hacia el suelo y sus padres se miraron entre sí.

—Sí, sabemos de ellos, de las personas que condenan injustamente y de lo imposible que les resulta escapar —respondió el señor Pride y sonreí.

—No es imposible, simplemente te arriesgas a perder la vida al intentarlo, o a lo más importante que tienes en ella, si lo logras —expliqué con un tono burlón y él me miró, serio, adivinando lo que quería decir.

—Maokko me dijo que tú y tus padres fueron reclusos en Corea del Norte porque tu mamá vivió de manera clandestina en ese país y que, en cuanto lograron escapar con ella, te secuestraron unos chinos, y fue cuando ella te rescató —intervino mi Sensei y asentí.

—Y así fue, ella solo hizo lo fácil, mis padres hicieron lo difícil para que yo pudiera huir. —Tragué con dificultad al recordar esos días—. Viví en un campo de esos desde los cinco años, a los ocho ya estaba peleando por comida, a los diez conocí a un niño que se convirtió en mi mejor amigo y a los quince me traicionó. Desde ese momento no supe más de él, hasta que lo encontré como uno de los líderes de la Tríada China. Lo odio, se los juro, pero encontrarlo así de golpe me provocó un choque de estupidez.

»Durante muchos años he vivido odiándolo por lo que me hizo y me juré hacerlo pagar caro, aunque, como repito, ese día los buenos recuerdos se mezclaron con los malos. Me vi envuelta en una encrucijada y terminé cometiendo la mayor cagada de mi vida, una de la cual me sigo arrepintiendo.

Los dos estaban muy callados, quizás atónitos por lo que escuchaban.

—Sé que no es suficiente para que comprendan mi falta, sin embargo…

—A veces hacemos cosas de las cuales únicamente nosotros sabemos las razones, por estúpidos, buenos, ignorantes, o por lo que sea, pero en el momento nos parecen correctas. —Todos escuchamos con atención al señor Elijah.

Por mi parte, me quedé estupefacta. Durante todo ese tiempo él fue el único que no volvió a ser el mismo conmigo tras lo que hice, aunque en ese instante sentí una verdadera comprensión hacia mí.

—Así es, con Kwan me sucedió algo similar, y no se equivocan al intuir lo peor de él. Como dije antes, fuimos criados por demonios, vivimos durante años en un infierno y, al parecer, él aprendió muy bien de sus maestros.

—¿Sabes cómo escapó? —preguntó mi Sensei y negué.

—Solo sé que no volví a verlo más desde el día en que me dejó a merced de varios hijos de puta, hasta que descubrí que él era Escorpión —solté con odio. Vi en los ojos de ella un miedo inmenso por lo que intuía que me sucedió, mas no quise adentrarme en ese punto.

No en ese momento.

Seguí hablándoles de mi vida en Corea del Norte, aunque no profundicé tanto, les confesé el nombre con el que nací y les dije todo lo que sabía de Kwan, al parecer su pasado como

prisionero en nuestro maldito país era su mayor secreto, así como fue el mío, y por eso Caleb y los demás no sabían más de él, pero con todo lo que aporté tenían una base para conocerlo mejor y así investigar si el imbécil poseía puntos débiles por los cuales atacarlo.

—Esta noche haremos una cena en la casa de la playa. Maokko ha traído algunas cosas para ti, está en su apartamento —avisó mi Sensei cuando acabamos la improvisada reunión.

Tía también tenía su pequeño espacio en la ciudad y había venido para unirse a la celebración de su sobrino postizo. Agradecí que se tomara esa molestia y les pedí permiso para irme un rato a donde ella, ya necesitaba estar un momento a solas y me urgía reunirme conmigo misma para aclarar lo que me estaba pasando.

—Puedo acompañarte a ir a por tus cosas —se ofreció Aiden y negué.

—Te veré en la cena —avisé, y lo vi reacio—. Necesito estar sola, y si no quieres que me canse pronto de ti, déjame hacer esto —pedí en susurros para que sus padres no me escucharan.

Asintió sin mostrar que mis palabras lo dañaron y agradecí que no fuera tan dramático.

Me despedí de sus padres y les prometí que nos veríamos para la cena. El señor Elijah me miró, después de tanto tiempo, con el orgullo que una vez tuvo, y sentí que respiraba un poco mejor, pues comprobé que llegó, tal vez no a aceptar, pero sí a entender un poco la razón de mi falta.

Cuando llegué al apartamento de tía Maokko, la encontré sobre su novio. Estaban en el sofá grande de la sala, dizque[26] mirando una película, pero, más que eso, se metían mano y disfrutaban cual adolescentes en pleno calentamiento global. Marcus se disculpó por eso, tía, en cambio, solo se rio por casi ser pillada en acción. Hablamos un rato y tras ello me fui a la habitación de invitados y tomé una larga ducha, luego me quedé en la cama vestida solo con ropa interior, escuchando música y pensando demasiado en mi pasado y presente, en lo que me estaba sucediendo y a las cosas que sabía que muy pronto me iba a enfrentar.

La noche cayó más rápido de lo que esperaba y, con un poco de pereza, comencé a prepararme para la cena en casa de los Pride White. Tía pasó de esperarme sabiendo que tardaría y solo me advirtió que no llegara hasta después del postre. Las cenas familiares para esas personas eran muy importantes y siempre querían que todos estuviéramos presentes para comenzar, pero, conociéndome, no estaría allí hasta que ya hubiesen hecho la bendición de los alimentos.

Miré el móvil cuando vibró con un mensaje entrante y desde el panel de notificaciones leí un: «No te tardes, *mia cara*[27]», por parte de Aiden. Blanqueé los ojos al leer el apodo, pero no pasé desapercibido el aumento de mi ritmo cardíaco.

Me hallaba sentada frente al espejo, en un banco del pequeño tocador, vestida medianamente formal y poniendo un poco de rubor en mis mejillas, pero tan pronto como dejé el móvil sobre la madera y vi mi reflejo, boté la brocha y cogí una daga que mantenía cerca.

—Hace mucho que no te veía sonreír así —dijo Kwan. Quien, por unos segundos, estuvo detrás de mí, mirándome sin que yo me hubiese percatado de su presencia.

—Y será la última que me verás, hijo de puta —sentencié, pero antes de poder lanzar la daga, ya lo tenía sobre mí, mirándome con una sonrisa llena de orgullo, apresada entre sus musculados brazos.

Una marca

[Capítulo 20]

{Aiden}

Miré el móvil por quinta vez y el mensaje que le envié a Sadashi no recibió respuesta alguna, ni siquiera tenía las marcas de visto, solo lo ignoró, así como sabía que deseaba ignorarme a mí a veces. Estaba teniendo mucha paciencia con ella, más de la que creí que podría tener, aunque por momentos me desesperaba, pero trataba de controlarme porque entendía que debía llevar todo con calma; las cosas tenían que correr su curso y no podía interferir en eso.

Las horas pasaban y todos los invitados a la cena organizada por madre se hicieron presentes, a excepción de Sadashi, quien nunca llegaba; traté de no pensar en ello y me dediqué a compartir con mi familia y amigos.

Tía Laurel se encargaba de darle consejos a Bárbara sobre cómo tratar a su hijo, la pobre chica estaba pasando tremendo bochorno al escuchar a su posible suegra hablando de sexo de forma tan abierta, y Dasher intentaba callar a su madre. Todos los demás disfrutábamos de su espontaneidad y lo serio que mi primo quería volverse cuando de sus padres se trataba.

—*Te veo muy ansioso* —dijo D en nuestra lengua natal a manera de broma, dándome palmadas en la espalda.

Me había acercado a la mesa de bebidas para servirme una nueva y él, aprovechando que me encontraba solo, llegó, quizá para joderme un rato.

—*¡Cazzo! ¿Te has dado cuenta de eso? Digo, creí que no, ya que te la vives con la nariz metida en ese puto móvil* —bufé y él sonrió de lado.

—*Soy multifuncional y puedo estar en todo lo que quiera* —respondió y se encogió de hombros.

—*Pues no estés en mis asuntos, viejo.*

—*La sobrina de Maokko está reunida con madre desde hace treinta minutos en la oficina.* —Lo miré con sorpresa.

Lo dijo de forma casual, así como que no le importaba y solo me estuviera haciendo un favor… ¡Mierda! Creo que eso hizo, de hecho, hasta ese momento no había notado la ausencia de madre; padre, en cambio, se hallaba con sus amigos hablando de quién sabía qué, pero muy tranquilo, disfrutando de la velada.

Detuve a Daemon cuando quiso irse y miró la mano que puse en su antebrazo, tras eso alzó una ceja y sonrió, burlón.

—¿Cómo sabes que quería saber eso? —inquirí, volviendo a hablarle en inglés.

—¿Es en serio? —cuestionó y callé—. Aiden, estuvimos en los mismos huevos y viajamos juntos al mismo ovario, madre casi nos expulsó al mismo tiempo y…

—¡Joder, D! Me estás haciendo imaginar cosas muy feas y no llegas al punto —me quejé y se encogió de hombros.

—Todos vemos que entre ustedes dos hay algo. Tú actúas como un idiota ilusionado y ella como la chica difícil que no quiere caer en las garras de las relaciones serias, pero que ya está más pirada que Jacob por Abby.

—Ya, viejo. Deja las comparaciones —pedí y lo solté. Casi me puse de rodillas y di gracias al cielo cuando guardó el móvil y se concentró únicamente en mí.

—Te conozco más que a mí y veo que lo que te pasa con esa chica jamás te sucedió antes, o,

bueno, eso quiero creer contando con que olvidé un buen tiempo de mi vida. —Me miró esperando a que dijera lo contrario si así era y solo callé.

Le conté muchas cosas que pasaron antes de que perdiera la memoria, pero jamás profundicé en temas que lo hicieran pensar de más. Evitábamos decirle lo que no preguntaba y, por recomendaciones de los médicos, dejábamos que recordara por su cuenta. Por supuesto que estaba siendo tratado y preparado por si algún día la memoria decidía volverle de pronto, pero hubo cosas que no cambiaron, y jamás lo harían, y lo que sucedía en ese instante era una de ellas, él me conocía como a sí mismo.

—Por lo visto soy un cabrón masoquista y puse mis ojos en una mujer dura de roer —acepté, rascándome la cabeza.

—Ya, pero tú no eres un puto ratón, ni ella un pedazo de queso metido en una trampa para roedores, y, si de algo estoy seguro, es que siempre consigues lo que te propones, ya sea porque te lo mereces o para que dejes de joder. —Reí, nuestros padres siempre decían lo mismo. Creo que me gané esa fama a pulso.

—No tengo prisa en nada con ella y estoy dejando que las cosas se den en el momento indicado —le confesé y asintió.

—Es mejor así. Sadashi es de las chicas que se dan cuenta de lo que sienten en el peor momento. Solo te pido que no te vuelvas un idiota por ella. —Me reí, sarcástico.

—Te lo prometo, jamás me verás como un idiota con las narices metida en un puto móvil, esperando por una respuesta de mi chica —ataqué y fue su momento de reírse.

—Solo juego, me relaja bastante —aseguró y me mostró el móvil para que lo comprobara—. No hay nadie importante en mi vida, ni lo habrá; simplemente disfruto de follar sin compromiso con la chica que lo acepte y me evito el estrés de las relaciones. Sigo al pie de la letra un consejo que alguien importante me dio. —Lo vi tan seguro al decir eso, que no tuve duda de que hablaba en serio.

No sabía quién le dio ese consejo y no quise preguntarle, me bastó con verlo bien tal cual estaba llevando su vida, aunque por dentro sentí lástima de la chica que se enamorara de verdad de él, ya que se enfrentaría a una versión más cabrona de la que un día fue Daemon Pride White. Y todo por culpa de la maldita rubia.

Seguimos charlando un rato más y esperé, ansioso, a que madre llegara junto a Sadashi. Vi a padre irse hacia la oficina en un momento y tuve la intención de seguirlo, pero me contuve. En lugar de eso, me quedé mirando a todos los invitados de la cena. Essie conversaba con Jacob, él parecía frustrado y ella lo escuchaba atenta; de vez en cuando le hablaba, serena, y sonreí al entender que lo estaba aconsejando; esa pequeña era demasiado sabia para su edad y admito que llegué a tenerle miedo a sus refranes y consejos.

Lane platicaba con Leah, al parecer había logrado que entendiera que no la quiso dañar y se estaban dando una nueva oportunidad; se notaba desde lejos cuanto él la amaba y de parte de ella era igual. Dasher al fin logró rescatar a su novia de las garras de tía Laurel y se alejaron de la multitud.

Justo en ese momento Daemon mantenía una videollamada con Abby y le mostraba a cada uno de los invitados. Mi hermanita saludó a todos con entusiasmo y les aseguró que estaba bien y muy feliz con esa nueva etapa de su vida.

—Espero que estés manteniendo a raya a todos esos cabrones que intentan tontear contigo, Patito —le dije cuando me acerqué a D y me puse en el foco de la cámara para que me viese.

—*Claro que sí, hermanito. Solo dejo que me hablen los que a mí también me gustan* —respondió con descaro.

Reí con ironía. No me agradó su respuesta, pero tampoco me iba a meter más en su vida. Tomó la decisión de irse porque la ahogamos con nuestra sobreprotección y no me iba a arriesgar a que me dejara de hablar por seguir igual.

—Solo no dejes que ninguno juegue contigo —pedí y vi la sorpresa reflejada en sus ojos.

—*No volverá a pasar, te lo prometo.* —Hizo una cruz con los dedos y luego la besó—. *El patito que conociste ya evolucionó y entendió muchas cosas, ahora llegó el turno de disfrutar bien.* —Daemon estuvo a punto de decir algo, pero Abby se adelantó—: *Y no se preocupen, chicos, fui educada por unos grandes padres, así que de momento estoy disfrutando sanamente*.

—¿¡De momento!? —preguntamos los dos al mismo tiempo y ella rio, divertida.

—*Los amo, clones del demonio. Les llamo luego* —se despidió y, tras tirarnos besos, cortó la llamada y nos dejó mirándonos como idiotas.

—Pero… ¿Dasher? —Volvimos a mirar hacia atrás y vimos a Bárbara hablarle, tal parecía que se molestó con ella por algo y la chica se fue tras él.

D murmuró que por eso no volvería a estar en una relación y casi lo llegué a entender, las chicas podían volverte loco de un segundo a otro. Sin embargo, olvidé ese drama cuando vi llegar a mis padres y a Sadashi; la asiática estaba increíble con un vestido negro que se asentaba a sus curvas y dejaba ver sus piernas, sus pies estaban protegidos por unas sandalias de tiras a juego con el vestido y el cabello lo llevaba suelto. Usaba maquillaje y noté lo fantástico que le quedaba lo femenino y lo rudo, pues lucía estupenda con sus atuendos diarios, así como vestía esa noche.

La alcancé cuando madre invitó a todos a pasar al comedor y la tomé del brazo para que ralentizara sus pasos.

—¿Está todo bien?

—Todo perfecto —respondió, lacónica. La detuve cuando entendí que no tenía intenciones de pararse unos segundos, ni siquiera para responderme bien.

—¿Segura? Porque tardaste mucho en venir y, al hacerlo, te encerraste con madre por un buen rato.

—Aiden, ya dije que todo está perfecto —repitió y alcé una ceja.

La miré con detenimiento y ella me sostuvo la mirada. Justo cuando iba a dejar de analizarla, mis ojos se posaron en su cuello y me percaté de una marca verdosa que, con claridad, se notaba que quiso cubrir con maquillaje.

Le solté el brazo y miré para todos lados. Sentí que se me aceleró el corazón, junto con la respiración, y pensé bien en cómo formularía la siguiente pregunta, ya que la verdad era que quería gritar y exigirle una respuesta.

—¿Tan perfecto como la marca que quisiste cubrir en tu cuello? Porque, si no me equivoco, es un chupetón, que no hice yo. —Se llevó la mano justo al lugar y, sin darme respuesta alguna, siguió su camino al comedor.

¡Puta mierda! Me contuve de seguirla y pedirle que hablara, ya que no era el momento ni el lugar, mis padres planearon esa cena para que saliera perfecta y no iba a arruinarles nada, así me estuviese muriendo de rabia. Tal vez lo que estaba pasándome era una señal para que pensara mejor lo que quería, estaba a tiempo de tomar el ejemplo de Daemon y no complicarme la vida, sobre todo con una persona que, por lo visto, le huía a lo serio.

Antes de continuar mi camino, empuñé las manos y presioné la mandíbula con demasiada fuerza, sentí la vista un poco nublada y respirar me resultaba difícil, me obligué a sacar lo hijo de puta que escondía por dentro y negué, a la vez que reí, sarcástico. Eso tenía que ser una puta broma.

Busqué un lugar justo al lado de los chicos, Daemon estaba a mi izquierda y Dasher a mi derecha, de reojo, vi que Sadashi buscó espacio cerca de su tía y ambos actuamos como si nada hubiese pasado. Bebí un trago de jugo y sentí que me ardió la garganta. Traté con todas mis fuerzas de distraerme, pero en mi cabeza se formaban muchas imágenes de cómo Sadashi terminó con su cuello de esa manera.

¡Joder! Me sentía como la mierda, fingir que nada te dolía era una total basura y solo deseaba irme de esa cena y no ver más a la tipa que me tenía rabiando por dentro, porque ella pudo evitarme mucho; siempre fue directa y sincera conmigo y justo ese día no pudo, prefirió dejarme pensando lo que mi cerebro quisiera y le importó un carajo que mi imaginación se creara tremendas películas.

—Queremos ir al club, ya que estamos los cuatro juntos de nuevo. ¿Te apuntas? —preguntó Dash, dos horas después.

—¿Solo los cuatro?

—Sí, iré a dejar a Bárbara en su casa. Lane ya obtuvo el permiso de Leah —se burló y negué. Claro que nadie le pedía permiso a nadie, pero a Dasher le encantaba joder así—. Y D está dispuesto, solo faltas tú.

Controlé la mirada antes de buscar a Sadashi y pensé en aquella propuesta, quizás era momento de volver a disfrutar como un verdadero soltero.

—Claro que sí, ya extraño algunos de los viejos tiempos —comenté y Dasher asintió.

Quedamos en irnos todos juntos y acompañarlo a dejar a Bárbara para luego ir al club, avisamos a nuestros padres que nos quedaríamos en el apartamento que antes compartimos los cuatro y nos despedimos de todos.

—Deja al menos que Sadashi busque ropa adecuada para poder acompañarte —pidió madre y negué de inmediato, la asiática se encontraba cerca y escuchó nuestros planes.

—No, madre, esta noche manda a quien quieras a cuidarnos menos a la asiática o a Lupo —solicité y me miró, extraña. En mi interior algo me decía que ese cabrón pudo ser el causante de aquella marca en el cuello de Sadashi—. Sebastián se maneja bien como jefe de seguridad, me basta con él y su gente.

Iba a decirme algo más, pero besé su mejilla y me fui. No le daría más explicaciones.

Llegué al coche y Daemon me miró, sospechando lo que me estaba sucediendo, pero no dijo nada y solo propuso que esa noche fuese como una de las más locas que tuvimos en el pasado y la última que recordaba de esa magnitud era la de nuestro cumpleaños número veintiuno, cuando nada importaba más que las chicas del club, justo antes de que nuestras vidas se jodieran un poco.

Lo primero que hicimos al llegar a Elite fue pedir un privado y ordenar una ronda de bebidas; beber alcohol no era algo que hiciéramos con frecuencia, pero esa noche ameritaba ponernos un poco locos.

Algunas chicas de privados cercanos nos miraban con interés y nos regalaban sonrisas coquetas. Dasher optó por llamar a algunas y se nos unieron de inmediato, horas más tarde nos encontrábamos en la pista bailando y tratando muy bien a nuestras invitadas improvisadas; después de mucho tiempo nuestras redes sociales se llenaron con historias de una noche, como las de los viejos tiempos, con la única diferencia de que esa vez Lane y Dasher no tenían a ninguna mujer colgando de sus cuellos, incluso al bailar fueron cuidadosos de no meterse en problemas con sus parejas.

Al menos estaban dando un avance.

—¿Quieren algo más, chicos? —ofreció de pronto una voz que conocía a la perfección y lo

miré, serio.

—Que desaparezcas de mi puta vista —respondí a Lupo, quien servía como *bartender.*

—¿Qué demonios pasa contigo, *bro*? —inquirió Dasher y lo miré, pidiéndole que no se metiera.

Tenía metido entre ceja y ceja que ese imbécil fue el causante de la marca en el cuello de Sadashi y, aunque fuese ridículo que actuara así, me costaba evitarlo.

—Aiden, entiendo que estés molesto, pero… —Sin pensarlo más, callé a Lupo de un puñetazo que lo tomó desprevenido y lo lancé al suelo.

El grito de sorpresa de algunas chicas que estaban cerca fue escandaloso y eso alertó a Daemon, quien se encontraba bailando con una, y llegó de inmediato al ver mi acción.

—¡Ponte de pie y olvida de quien soy hijo, *pezzo di merda*![28] —reté al tipo que me miraba desde el suelo y se limpiaba la sangre que saqué de su boca.

—¿¡Qué diablos pasa contigo, Aiden!? —exigió saber Daemon, tomándome del brazo, alejándome de mi objetivo.

Me zafé de inmediato y en ningún momento dejé de mirar con odio a Lupo. Tal vez él no era el único culpable de lo que le hizo a Sadashi, pero me ardía en el ego que el hijo de puta la tocara después de saber mi interés por ella.

—Si es lo que quieres, será un gusto darte tu merecido —respondió a mi petición y sonreí con frialdad.

—¡Claro que no lo harás! —advirtió Daemon y se colocó en medio de ambos—. Vete y déjame hablar con mi hermano, que es obvio que dejó que la idiotez le nublara la cabeza —añadió y me miró con advertencia.

Lupo escupió sangre y me miró con ira, pero se fue minutos después de mantener una disputa de miradas conmigo; sentí un empujón repentino que Daemon me dio para que me fijara en él y casi me tiró de culo, algo que solo avivó mi ira.

—Andando a la oficina, ya —exigió.

Vi a Dasher y a Lane hablando con Lupo, pero caminé hacia la oficina arrastrado por Daemon y me solté de su agarre a medio camino; odiaba que interfiriera en eso, ya que necesitaba desahogarme con aquel hijo de puta.

—¡Te digo que no te vuelvas un idiota por una puta falda y vas y es lo primero que haces! ¿¡Es en serio, Aiden!? ¿¡Estás peleando como un imbécil por una chica!?

—¡Claro que no!

—¡Claro que no, mis pelotas! Eres un puto idiota, ¿cómo se te ocurre actuar así? Es obvio que ese tipo no tiene una maldita idea de por qué le pegaste.

—¡Sí lo sabe! —contradije—. El hijo de puta quiso follar a Sadashi en mi maldita casa y, al impedírselo, logró hacerlo en otro lugar —confesé con toda la rabia que me estaba carcomiendo por dentro.

Daemon se pasó las manos por la cabeza y negó, frustrado.

—Si así fue, no ha sido solo porque él quiso, *fratello*[29]. Sadashi también accedió, y, si ustedes tienen algo, pues quien te faltó el respeto fue ella. No tienes por qué actuar como un imbécil celoso con ese tipo, si no te fue fiel tu chica, no esperes que otro lo sea. Nadie se mete donde no lo dejan. —Lo miré, serio.

Tenía toda la maldita razón y sentí asco de mí mismo por actuar así, si Sadashi fue la primera en romper nuestro acuerdo, no podía esperar que alguien ajeno me respetara; las cosas se me estaban yendo de las manos por sentir lo que sentía, me estaba complicando la vida y adquiriendo un estrés que, ni quería, ni necesitaba.

Salimos de la oficina cuando estuve más calmado. No encontré a Lupo y traté de no joderles más la noche a los chicos; mientras bebía unos tragos analizaba las palabras de Daemon y entendí que era mejor pasar página con respecto a Sadashi.

Cuando sucedió lo de Leah y me di cuenta de que la asiática vio todo y llegó a pensar lo que no era, me preocupé por aclararle las cosas; esperé lo mismo de su parte al estar en su lugar, pero decidió callar, y estaba dispuesto a comprenderla, aunque también a alejarme y dejar todo por la paz.

Era lo mejor para los dos.

____**____**

A la mañana siguiente me desperté con un mensaje de texto por parte de madre en el que me pedía que me reuniera con ellos en el cuartel nuevo. Sebastián fue el encargado de llevarme hacia allí alrededor de las once; llegué con una resaca del demonio que no se me quitó ni con todo el café del mundo o las duchas que me di.

—Hice que te prepararan una hamburguesa doble carne. Cómetela antes de que te reúnas con nosotros —dijo madre luego de besarme y recibirme.

—No se me antoja eso —respondí.

Mi voz aún estaba ronca por haber gritado tanto la noche anterior en el *club* para ser escuchado por encima de la música, y por lo soñoliento que todavía me sentía.

—No es porque se te antoje, cariño. Es para que te pase esa resaca y estés lúcido antes de que hablemos —avisó y me condujo hacia una mini cafetería que tenían ahí.

—Al parecer, aprendiste algunos trucos con las de padre —señalé en tono de broma y ella negó.

—Sé que no es necesario que diga esto, pero que no se te haga costumbre beber, amor, porque a la próxima te sacaré la resaca a golpes. —Su tono fue cariñoso, aunque sus palabras estaban llenas de promesas que sabía que cumpliría si se lo permitía.

Me reí al escucharla, sin embargo, madre era consciente de que la bebida no era un problema para nosotros y pocas veces me vio como esa mañana, también estaba segura de que no volvería a encontrarme de esa manera en mucho tiempo. Odiaba las náuseas, el dolor de cabeza y el malestar estomacal que no me dejaba tranquilo.

Media hora después me encontraba en una sala de juntas reunido con mis padres, tíos y otros miembros de las organizaciones. Sadashi y Lupo incluidos, y este último lucía un morado en la comisura de los labios y, sin poder evitarlo, pensé en que, al menos, compaginaba en eso con la asiática.

Se nos había informado de ciertas cosas que estaban sucediendo y las medidas que se tomarían.

—Como todos saben, Kwan Jeong ha vuelto a aparecer, y esta vez en nuestro territorio —informó padre y puse especial cuidado.

Noté que Sadashi se tensó, pero la ignoré, como venía haciendo desde que nos cruzamos al entrar en la sala; la escuché hablar con Lupo, informarnos de algunas cosas en el transcurso de la reunión, aun así, no quise mirarla; me sentía muy dolido y, hasta no apaciguarme un poco, no pensaba hablarle, ni siquiera como compañera de organización.

—Ayer estuvo con Sadashi antes de la cena —añadió padre y casi me congelé en mi lugar. En ese momento mi mirada se cruzó con la de Lupo, quien estaba de pie cerca de la puerta, y casi lo escuché hablarme en la mente. Conque el ex logró recordar viejos tiempos con la mujer por la cual casi lo dejo sin dientes. ¡Grandísima mierda! Más idiota, imposible—. Ha pedido una tregua

y desea mantener una reunión con alguien de Grigori o La Orden. Explícitamente, quiere hablar contigo, Aiden, como representante de ambas.

—Estoy dispuesto a hacerlo, si es que consideras, o consideran, que eso es lo correcto —dije y miré tanto a él como a mamá.

—Sabes que, si fuese solo por mí, de una vez te diría que eso jamás pasará, pero te aceptamos en las organizaciones, no solo porque lo exigiste, también porque te ganaste un lugar. Así que estamos considerando aceptar, sin embargo, antes nos aseguraremos de que no corras ningún peligro —intervino madre y asentí.

—Lo hemos estudiado, sabemos cómo opera y nos tomó por sorpresa que busque una tregua tras aliarse con los Vigilantes, aunque después de saber su pasado con Sadashi, intuimos que busca redimirse con ella.

—¡Puf! —bufé al oír lo dicho por Caleb—. Va por buen camino —me burlé y entonces sí miré a Sadashi y, con toda la intención, me llevé la mano al cuello para que entendiera de lo que hablaba. En ese momento fue ella quien me ignoró.

Casi todos creyeron que mi comentario fue tirado al azar, como la mayoría de los que hacía, solo mis padres y Maokko imaginaron la razón verdadera. Dejé de mirarla cuando Caleb continuó hablando, consciente de que sintió mi mirada y el mensaje implícito que había en ella.

Siendo profesional, me enfoqué en que me reuniría con ese tipo para saber qué juego se traía y no por lo que hizo con Sadashi. Iba a ser muy estúpido de mi parte querer matarlo o complicar las cosas solo porque tocó a una mujer que se dejó, suponiendo que no debió, ya que se acostaba conmigo.

Cuando mis padres dieron por finalizada la reunión y programaron otra para dentro de tres días, les pidieron a todos que se fueran, a excepción de Sadashi y de mí. Al estar solos, nos miraron a ambos, que estábamos casi de extremo a extremo y, tras unos segundos muy, más bien, demasiado incómodos, padre se animó a hablar y confrontarnos.

—Es más que obvio que pasa algo malo entre ustedes y no es nuestra intención meternos, pero, para que esta misión salga bien, necesitamos que aclaren lo que se tengan que aclarar. Si no lo desean, al menos comprendan que debemos ser un equipo en estos momentos, uno muy unido. —Miré a la asiática, quien, como siempre, tenía una cara de póker que a muchos les podría provocar estreñimiento. Y no, no vi ninguna intención en ella de aclarar nada.

Ya me lo esperaba.

—De mi parte no tienes nada de qué preocuparte, padre. Lejos de lo que todos creen, sé ser profesional y no arriesgaré a nadie en esto, menos a mí.

—Decirlo no es igual a cumplirlo —refutó mamá, y la miré—. Justo ayer vimos entre ustedes algo muy intenso y eso, así como puede ser lo mejor, también lo peor, y únicamente les pedimos que piensen bien lo que harán de aquí en adelante. Este juego suele ser el cielo, y de igual manera el infierno, y no deseamos que ninguno se lastime. —Estuve a punto de decir algo, pero madre siguió—: Les dejaremos solos y tomen una decisión sensata juntos, es todo lo que pedimos.

Dicho esto, salieron de la sala y me dejaron a solas con Sadashi. Me quedé observándolos hasta que desaparecieron y aun así, dejé la mirada clavada en la puerta.

Una noche antes tuve en mente todo lo que quería decirle a esa descarada, lo ensayé a la perfección en mi cabeza y creo que, cuando estuve más borracho, tomé a Dasher como si fuera esa asiática y él me siguió el juego, hasta tal punto de que me dio una bofetada cuando lo llamé de manera despectiva; eso fue un flashazo que tenía de una noche loca y por momentos creí que me lo imaginé, pero, conociéndonos como lo hacía, intuí que en realidad pasó. Sin embargo,

descubrí que con él tenía más valor de hablar que con Sadashi frente a mí, pues, estando ahí cara a cara, mi lengua no se movía y mi cerebro no era capaz de ordenarle que lo hiciera.

—Lupo no merecía que lo golpearas. —Ella fue la primera en hablar tras casi diez minutos de silencio.

—Ya me he dado cuenta hoy, me disculparé con él después —incidí y nos volvimos a quedar en silencio.

¿Así o más idiotas? ¡Puf! Pero, en realidad, nunca habíamos sentido una tensión como la de ese momento. Yo estaba muy herido y ella poseía un orgullo del demonio y eso provocaba que el mío saliera a flote.

—¿Vas a explicarme lo que pasó? ¿Cómo te hiciste ese chupetón en el cuello? Porque he visto que algunas chicas pueden lamerse sus propios pechos, pero jamás vi a una que pudiera hacer eso con su cuello, específicamente cerca de la oreja —satiricé y vi que rodó los ojos.

—La verdad es que no tengo porqué darte explicaciones y menos después de que piensas lo peor de mí a la primera de cambio —respondió en tono de reclamo y mis ojos casi se salieron de sus cuencas al escucharle decir semejante mierda.

—¿Te estás escuchando, Sadashi? Porque no sé si tengo que recordarte que tú piensas lo peor de mí a la primera de cambio, y yo, sin tener que darte explicaciones, te las doy, ya que odio que te imagines cosas que no son.

—Pero yo no soy tú, así que no pretendas que actúe igual —espetó y no pude más que mirarla sorprendido, dolido e incrédulo.

Eso era el colmo y no lo toleraría ni un segundo más.

—Creo que estás ignorando adrede todo lo que quiero contigo y te importa una mierda. Eres de las chicas que trata con la punta del pie al chico que la desea para algo bueno solo porque un imbécil te hizo mierda y nos encierras a todos en el mismo círculo.

»Pero te estás equivocando conmigo, Sadashi, ya que, si bien te he demostrado que puedo ser de los buenos, te olvidas que también he jugado mucho en el lado de los malos y, por muy buena que estés, por muy maravilloso que folles y por mucho que me gustes, no estaré detrás de tu culo, mendigando un poco de tu atención.

»Si quieres un perro, pues vuelve con el hijo de puta que te marcó con toda la intención de que yo lo viera, y cuando madures y desees estar con un hombre de verdad, *tal vez* yo todavía esté libre. No seguiré con este juego tuyo.

Terminé agitado con todo lo que le dije, el corazón me iba a mil y, por el aleteo de sus fosas nasales, intuí que también el suyo, aunque no me dijo nada, únicamente me miró con detenimiento y comprobé que los ojos eran las ventanas del alma, pues vi en los suyos una completa turbulencia. Una de la que tendría que salir por sí sola, ya que, si intentaba ayudarla, solo terminaría más herido.

—De aquí en adelante te veré como quisiste desde un principio, como mi guardaespaldas. Y me comportaré como el chico al que tienes que cuidarle el culo. Tengo más que claro que eres una profesional y no habrá ningún problema en que sigamos trabajando juntos. Lo laboral jamás se mezcla con lo personal —añadí al darme por vencido en que ella no diría ni pío.

La miré una última vez y luego decidí irme.

—Voy a pedirle a tu madre que me releve, no seré más tu guardaespaldas. Es mejor así. —Sin volver a mirarla, sonreí con ironía. Esperaba más de ella, en verdad, creí que le importaba más de lo que demostraba, pero qué equivocado estuve.

—Hazlo oficial si quieres, aunque Sebastián ya está en tu lugar.

Eso fue todo lo que dije y terminé de salir de aquella sala de juntas donde di por finalizado

algo que jamás se llegó a concretar. Y únicamente aceptaría en mi interior que me dolía porque, aunque fue por poco tiempo, había sido lo mejor que viví en muchos años.

Cara a cara

[Capítulo 21]

{Aiden}

Las cosas se dieron tal cual Sadashi quiso, fue relevada por Sebastián y la veía solo cuando nos reuníamos en el nuevo cuartel, el cual tenía más seguridad que el que destruyeron los Vigilantes e iba allí más veces de las que quería. Mis días iban pasando entre la pequeña compañía que monté junto a Dasher y Lane, las misiones que me encomendaban mis padres en las organizaciones, las fiestas con los chicos y los viajes que hacía con más frecuencia a California para estar con D.

Mi esperado encuentro con Kwan Jeong se retrasó, y todo porque mis padres querían asegurarse de que el malnacido no nos tendiera una trampa.

—Me ha asegurado que los Vigilantes no saben nada de esto y que la Tríada China solo busca una tregua con nosotros. —Me aguanté una risa irónica al escuchar a Sadashi.

Por supuesto que ella seguía sirviendo como mediadora entre su ex y mis padres y me callaba los comentarios de mal gusto que quería hacer porque la respetaba como miembro de Grigori y La Orden.

Había pasado un mes desde que terminamos nuestra aventura y, sin quererlo, acabé cumpliendo con la promesa que una vez le hice de no follar con nadie por un tiempo. Fue algo que se dio sin pretenderlo, en realidad, no me apetecía estar con nadie. Ella estaba más delgada, un poco pálida y con un humor de perros, peor del que ya era poseedora; era lo único que sabía y porque lo veía, puesto que evitaba pedir información suya o saber cualquier cosa que se refiriera a su persona.

—¿Y crees que dice la verdad? —preguntó madre, confiando en el criterio de la chica al contar con que ella lo conocía mejor que nosotros.

—No puedo asegurarlo. Él es experto en el engaño y bien podría fingir a la perfección con tal de que caigamos.

—¿Tienes alguna idea de por qué pide reunirse conmigo y no con mis padres, Caleb o algún otro miembro antiguo de las organizaciones? —quise saber tras escuchar su respuesta.

Estando en esas reuniones nos hablábamos como si nada hubiese pasado, demostrando así que no mezclábamos lo personal con el trabajo, aunque cuando salíamos del cuartel no existíamos el uno para el otro, al menos yo fingía eso.

—Pienso que Escorpión cree que eres fácil de embaucar, tu inexperiencia en tratos importantes te hace un blanco obvio.

—Conque cree que soy el imbécil de la familia —espeté y ella se encogió de hombros.

—Que lo crea nos juega a favor —opinó Connor y lo miré. Todos lo hicimos, de hecho.

—Con tu madre sucedió lo mismo cuando tomó el lugar de tu abuelo —se unió padre y madre asintió—. La subestimaron por ser tan joven y desconocer mucho de Grigori, incluso yo lo hice, pero terminó sorprendiéndonos a todos. —La observó y noté el orgullo en mamá al recordar cómo calló muchas bocas, en papá también lo vi e imaginé que se le hinchó el pecho al afirmar, una vez más, el tipo de mujer que tenía a su lado.

Por inercia, miré a Sadashi, ella también los estaba observando y creo que sintió mi mirada, ya que me buscó de inmediato. No dejé de observarla a pesar de que esa acción me provocó cosas que no admitiría en voz alta.

—Discúlpenme un momento —pidió de pronto y salió pitando de la sala de juntas sin esperar respuesta, más verde que blanca.

Me preocupé al verla así, aunque no me moví de mi lugar para no dar que hablar, pero la verdad era que quise correr detrás de ella y averiguar lo que le sucedía, pues no la veía para nada bien. Todos en la sala siguieron hablando, ignorando aquello y, usando mi fuerza de voluntad, puse atención.

—Hijo, ¿puedes ir a ver a Sadashi? Me preocupa, no la veo bien. —Miré a madre cuando me pidió tal cosa en un susurro.

Bien podía ir ella y averiguar qué le sucedía a la asiática, también pude negarme a hacer lo que me pidió, pero ahí estaba yo, disculpándome con los demás y saliendo en busca de la chica. Sebastián me indicó hacia dónde ir, puesto que la vio salir, y caminé con prisa hacia los baños de mujeres. Entré sabiendo que no había nadie más que Sadashi y la encontré lavándose el rostro en el lavabo.

—El baño de hombres está al fondo —me censuró al verme y negué, divertido. Por supuesto que no me haría nada fácil.

—Lo sé, pero tú estás aquí y vine por ti —solté y tomó una toalla de papel para darse toquecitos en el rostro para secarse—. ¿Te sientes mal? Porque no te veo bien. —La vi meterse una goma de mascar en la boca y se acomodó el cabello.

—Hoy por la mañana pasé comprando unas tortitas a *Waffle House* y creo que estaban en mal estado, ya que siento el estómago revuelto —informó mientras seguía mirándose en el espejo como si hablara con una amiga, así de forma casual.

—¿Y no has tomado nada para esa indigestión?

—No creo que sea necesario, ya he vomitado y considero que eso será suficiente. Mi estómago solo necesita sacar lo que le ha hecho mal. —Comenzó a caminar hacia la puerta y me puse en su camino. No iba a dejarme con la palabra en la boca.

—¿Es en serio, Sadashi? No puedes dejar tu salud a la suerte y creer que vomitar bastará —zanjé.

En ese instante quedamos muy cerca y, a pesar de lo que acababa de hacer, olía muy bien, pues la menta de la goma se mezclaba con su fragancia. Miré sus mejillas y no vi color en ellas. La testaruda no estaba bien y a mí sí me preocupaba.

—Siempre he dejado mi salud a la suerte, Aiden. Y gracias por tu preocupación, pero no es necesario. Más tarde beberé un té de hierbas, esas han sido mis medicinas desde que tengo memoria y confío más en ellas que en los químicos. —Entendí que con eso se refería a su pasado y me supo mal pensar en la miserable vida que le tocó.

Al final, madre tuvo razón y ese juego nos quemó de una manera que terminó lastimándonos; ni siquiera podíamos ser amigos y no tenía la suficiente confianza como para indagar en su salud, en cómo estaba comiendo o llevando sus días. Bien decían que el diablo sabe más por viejo que por diablo y mi progenitora no se equivocó en su advertencia.

«Siempre habla con la verdad y actúa como crees que es correcto. No temas al qué dirán o pensarán los demás porque al final es mejor que te odien por sincero y directo, que por hipócrita y mentiroso».

Recordé las palabras de padre, ese era uno de sus consejos más repetitivos y lo apliqué siempre en mi vida.

Miré a Sadashi y, mentalmente, me agarré bien las bolas, pues esa mujer me importaba demasiado y, así no estuviésemos juntos como quería, no olvidaba que viví a su lado unos días de puta madre y eso tenía que valer más que mi orgullo.

—Me importas mucho, Sadashi, y no te veo bien. Prométeme que, si no te sientes mejor con eso, irás al médico. O, mejor aún, llámame y te llevaré con el doctor de la familia.

—En serio, no es necesario, niño bonito. Esto me pasará pronto, es solo una indigestión, no tienes que preocuparte. —Sonreí al escucharle el apodo que tenía para mí.

Sentía que llevaba una eternidad sin oírlo.

—Prométemelo, Engreída. Estaré un poco más tranquilo así, sabiendo que respetas las promesas.

Mis manos estaban inquietas por acariciarle el rostro, incluso alcé una con la intención de hacerlo, pero supo mi objetivo y se alejó. Le hice un gesto de rendición respetando su espacio, su decisión de no dejar que nada volviese a suceder entre nosotros, y esperé a que prometiera lo que le pedí. Me conformaría con eso.

—Está bien, quédate tranquilo. Si algo pasa, te avisaré —prometió y asentí, conforme.

La vi marcharse segundos después y, tras eso, decidí unirme de nuevo a la reunión con los miembros de las organizaciones; ella también lo hizo y, como ya se nos había hecho costumbre, actuamos como dos compañeros que no tenían más en común que pertenecer al mismo equipo.

Eso fue lo que nos buscamos por pretender de más, al menos por mi parte.

____**____**

Por la noche llevé a unos nuevos clientes a Elite para que se tomaran unos tragos y celebrar el cierre de un jugoso trato. Nuestra compañía tenía su sede en Virginia Beach, pero decidimos apostar en grande y tomábamos trabajos fuera de la ciudad; por supuesto que los buenos proyectos que nos precedían nos estaban abriendo muchas puertas y la remodelación de un complejo hotelero en Richmond nos lanzaría a un nuevo nivel del que esperábamos no bajar, y sí seguir subiendo.

Dasher y Lane se estaban encargando de otros trabajos y, por eso, solo yo me encontraba esa noche con nuestros nuevos clientes.

—Este *club* está increíble —admiró Connie; ella era la encargada del complejo hotelero. Su secretaria y su abogado la acompañaban.

—Me alegra que opines eso y espero que todo lo demás te parezca igual —deseé y me sonrió de lado.

La mujer era empoderada, sabía lo que quería y no se andaba por las ramas; creo que esas cualidades le servían mucho para mantener a flote los hoteles que administraba, ya que, según muchas personas, era una cabrona en lo que hacía.

Antes de llegar, le pedí a Sebastián que se encargara de tener listo un privado con las mejores atenciones para ellos, y no me decepcionó, el tipo estaba haciendo muy bien su trabajo. Aunque casi me fui de culo cuando vi que los meseros que nos atenderían esa noche formaban parte de La Orden y Sadashi los lideraba.

—¿Gustan que les sirva? —preguntó la asiática, metiéndose muy bien en su papel de mesera, poniendo en la mesa una botella de *champagne* junto a sus copas.

No entendía muy bien por qué todos se encontraban ahí, aunque imaginé que sospechaban de mis clientes, y eso me decepcionó un poco.

—No te preocupes —le respondió Connie—. Me halagaría más que nuestro anfitrión me sirviera el primer trago. —Me miró y sonreí, de acuerdo.

Mientras no averiguara qué estaba sucediendo, debía actuar amable con ellos. Por esa razón saqué la botella de la cubeta con hielo en donde la llevaron y la abrí de inmediato, sirviendo un poco en las cuatro copas. Propuse un brindis por el negocio que acabábamos de cerrar en el

restaurante donde estuvimos horas antes y vi a Connie mirarme con sensualidad; ya la había ignorado antes, puesto que noté que la mujer buscaba diversión con su nuevo ingeniero y la verdad era que, por muy hermosa que fuera, no me apetecía.

—No pareces tan feliz por este nuevo trato —me susurró en el oído.

Ya iban por la tercera botella de *champagne*, aunque ella y yo éramos los que menos habíamos bebido. El abogado y la secretaria eran todo lo contrario y ambos se hallaban bailando muy achispados.

—Claro que lo estoy, es un nuevo logro —Traté de sonar animado. Puso la mano en mi pierna y comenzó a acariciarla de arriba hacia abajo.

«¡Diablos! La mujer quería celebrar a lo grande», pensé y me puse un tanto tenso. Creo que estar en el otro lado del juego me llegaba a intimidar, aunque, claro, yo siempre tocaba cuando una tía me daba señales de que iba a gustarle y estaba seguro de que, en mi caso, no le insinué nada a ella.

Carraspeé para aliviar un poco mi tensión y le tomé la mano de manera discreta.

—No creo que mezclar el trabajo con lo personal vaya bien —comenté y sonrió con burla.

—No te preocupes, cariño. Nada de esto será personal, mañana ni nos acordaremos —contradijo y, aprovechando que le cogí la mano, comenzó a acariciarme en el espacio que hay entre el pulgar e índice.

—¡Ejem! —Ambos miramos a Sebastián cuando nos interrumpió—. Disculpen por ser inoportuno.

—No lo eres.

—Lo eres.

Tanto Connie como yo respondimos al unísono, aunque, como era de esperar, mientras yo me sentí agradecido, la mujer era todo lo contrario.

—Me disculpo de nuevo, *madame*. —El tipo hizo una reverencia hacia mi invitada—. Joven, hay un caballero que solicita hablar con usted y manifiesta que es muy importante. Lo está esperando en la oficina.

Si no conociera a Sebastián y su forma tan correcta de hablar, habría creído que se expresó de esa manera para ponerle más sazón al asunto y así Connie no sospechara que estaba rescatándome. Asentí, agradecido, y le dije que iría de inmediato; la mujer a mi lado lo miró con interés y casi me reí al ver lo descaradas que muchas podían ser, y luego decían que solo nosotros lo éramos; no obstante, en ese instante agradecí que quitara su atención de mí.

—Vuelvo pronto —avisé y quiso protestar, pero no la dejé—. ¡Tráeme una botella de *whisky* y algunos bocadillos para picar! —pedí a una mesera que teníamos cerca y se movió de golpe.

Me fui a la oficina y respiré profundo tras librarme un rato de aquella mujer, creo que socializar con el sexo opuesto ya no se me estaba dando tan bien como antes y me aburría a mogollones. Cuando entré, me encontré con Sadashi mirando fijo a la cámara que enfocaba el privado en el que me encontraba antes, se veía con claridad a Connie hablando con su abogado y a la secretaria bebiendo de su vaso como una sedienta.

—Así de mal es la cosa que no quieres perderles de vista ni un segundo —resollé.

No se inmutó al escucharme, por lo que entendí que fue ella quien envió a Sebastián por mí.

—No está nada comprobado, pero es demasiado sospechoso que después de trabajar solo con grandes compañías, busque la tuya para una renovación de esa magnitud.

—Esas palabras las podría tomar como una ofensa, Kishaba. —Alcé la mano cuando volvió a mirarme con la intención de replicar—, pero estoy seguro de mi capacidad y la de los chicos. Además, ya tenemos una buena cartera de clientes que nos precede y entiendo tus sospechas. —

Relajó el ceño y asintió.

—Sigue el rumbo como lo llevas y no demuestres desconfianza hacia ellos. Junto con mi equipo, nos encargaremos de investigar hasta el más mínimo detalle —avisó y la miré.

—¿Me hiciste venir solo para decirme eso? —inquirí y se irguió para disimular la sorpresa que le causó mi pregunta—. Y, por cierto, creí entender que ya no tenías nada que ver conmigo y mi seguridad.

—Noté tu incertidumbre cuando nos viste aquí y quise que supieras lo que pasaba para que controlaras la situación. Sé que Escorpión hará todo por provocar un encuentro contigo sin que tus padres lo sepan y prefiero prevenir, por eso estoy a cargo esta vez.

Que mencionara a ese tipo y sus intenciones no me resultó agradable.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué crees eso? —cuestioné. Mi tono de voz fue más elevado de lo que pretendía.

—Estuve anoche con él y lo vi en sus ojos —confesó y admito que esa declaración quemó más mi garganta que los tragos que ingerí antes de llegar a la oficina. A veces, que Sadashi fuese tan directa sentaba como una patada en el hígado.

En ese momento deseaba preguntarle muchas cosas, me urgía salir de todas las dudas que asaltaban mi cabeza, pero era consciente de que no debía de importarme y me mordí la lengua para controlarme.

—Madre en verdad confía ciegamente en ti como para permitir que sigas en las organizaciones y, de paso, tengas encuentros con tu… con ese tipo —solté y tuve que empuñar las manos para refrenarme.

—No sé si ellos todavía no te han explicado ciertas cosas, Aiden. Si no es así, lo haré yo. —Entendí que después de eso debía prepararme para lo que soltaría—. A veces, y para lograr culminar ciertas misiones a la perfección, hacemos todo lo que está en nuestras manos, y si eso significa acostarme con el mismísimo diablo, pues le enseñaré lo que es el placer.

Y no me equivoqué. Aunque no estaba preparado, no me dio tiempo de hacerlo.

Me miró a los ojos tras soltar semejante mierda y alzó la barbilla, dándome a entender que no se inmutaba ni avergonzaba de nada de lo que estuviese haciendo con aquel imbécil, tampoco le importaba restregármelo en la cara. Mi reacción inmediata fue sonreír con ironía y preguntarme qué demonios estaba esperando para entender que la Sadashi de la cual me enamoré, murió un mes atrás.

Porque, sí, me enamoré de Shi, la fría ejecutora de Grigori y La Orden, y ya no me lo iba a negar a mí mismo, aun así, no se lo diría ni a ella ni a nadie.

—Tienes razón, jamás me lo dijeron, pero agradezco que me lo dejes claro —satiricé con una rabia de los mil demonios—. Y si sospechas de Connie como posible anzuelo de Escorpión, pues podría hacerte el trabajo fácil —propuse y me miró, esperando a que siguiera hablando—. No la considero una diabla, aunque sí un buen…

—Hazlo —me cortó y la miré, serio—. Tienes la capacidad de que cualquier mujer te diga lo que deseas cuando estás en medio de sus piernas, así que ve y aprovéchalo. —Lo último lo hizo sonar como una orden.

La muy cabrona me habló como una proxeneta que quería prostituirme para facilitarle el trabajo y no sé qué odié más, si que me enviara a follar con otra o que me demostrara que le importaba una mierda si lo hacía.

—Bien —respondí, decidido, y me di la vuelta.

No iba a esperar a que demandara nada más y, si lo que me dijo era cierto, pues lo aprovecharía. Así que llegué a la puerta y la cerré con llave para después girarme y acercarme a

ella.

No esperaba ese movimiento de mi parte, por lo que la tomé desprevenida cuando me lancé a su boca y comencé a besarla como un maldito poseso. En el arrebato, me lastimé los labios con sus dientes, sin embargo, no le hice caso al dolor que me atravesó y seguí comiéndola con ese beso, uno que se tardó en responder, pero, cuando lo hizo, dio paso a que todo se descontrolara.

Estaba enfurecido hasta la coronilla y quería usarla, aunque se me haría difícil.

—¿Qué pretendes? —logró preguntar con mi boca todavía en la suya.

En ese momento ya la había subido sobre el escritorio y arrancado la camisa, probarla de nuevo me estaba llevando a un desenfreno que no conocía. Esa maldita mujer era como una droga en mi sistema, la tocaba y me perdía, me hacía olvidar todo lo que me propuse y lo que pretendía no hacer.

—Solo sigo tu consejo —declaré.

Con locura, arranqué el botón de su pantalón, bajé la cremallera y se lo quité con brusquedad, hasta tal punto de que le saqué el trasero del escritorio; ella logró sostenerse con las manos y terminé por destrozar sus bragas.

—Me vas a…

—Cállate —ordené y, sin quitarme la ropa, solo abriéndome el pantalón y dejando libre mi erección, volví a besarla. Gimió mientras tanto y aproveché para bajar las copas de su sostén y amasarle los pechos.

Sadashi tenía la capacidad de detenerme si así lo quería, con facilidad podría sacarme de encima y, si no lo estaba haciendo, era porque deseaba tanto como yo lo que sucedía. No pensé en el tiempo que llevábamos separados, ni las razones, tampoco en lo que acababa de decirme o en lo que era posible que hiciera con aquel hijo de puta, mucho menos en el objetivo que tenía para follarla. Únicamente me importaba hundirme en ella, sentirla una vez más.

Me cogí la polla y restregué la corona en su raja. Sadashi ya estaba húmeda y sus flujos nos provocaron una sensación que nos obligó a gemir al mismo tiempo.

—No quiero que me folles solo porque deseas saber algo —murmuró sobre mis labios.

Me separé unos centímetros sin dejar de restregarme en su coño. Se encontraba sonrojada, con el cabello revuelto, los labios hinchados y la respiración acelerada. Mi respiración estaba igual de errática, sobre todo al verla así, tan bella, tan única, tan ella.

Me sentí hechizado por sus ojos y de un segundo a otro pasé de la furia a la añoranza.

—Lo haré porque estoy enamorado de ti, tanto, como para mandar a la mierda todo —confesé, incluso envié al carajo que aseguré que no le diría nada sobre mis sentimientos.

Pero ahí estaba confesándole todo.

Sabía que protestaría al oírme pronunciar esas palabras, pero no la dejé, ya que la penetré de una estocada y únicamente tuvo tiempo para hundirme las uñas en los hombros y espetar un: «¡Mierda!».

¿A qué estaba jugando?

[Capítulo 22]

{Sadashi}

Me sostuve del borde del escritorio y envolví las piernas alrededor de la cintura de Aiden.

¡Mierda!

Esa era la única palabra que se repetía en mi cabeza y gemí de manera incontenible con cada estocada que me daba. El tipo me estaba follando con rudeza, pero también sentía su adoración, el deseo y placer que le daba a mi cuerpo. Esa vez yo me hallaba desnuda y él con ropa, algo que le agregaba un morbo especial a la situación.

No debí permitir que eso pasara, de hecho, lo provoqué para que se fuera de la oficina en cuanto me di cuenta de que no sería capaz de dejarlo ir, pero el maldito tuvo otros planes, y ahí nos encontrábamos, follando como dos amantes que aprovechaban su poco tiempo juntos, gozando de lo que ambos provocábamos cuando estábamos así de cerca.

—¿Todavía quieres que me vaya a follar a otra? —indagó con burla.

—Si es lo que toca… ¡Joder! —grité cuando me envaró hasta la empuñadura, lo hizo justo después de decirle semejante estupidez.

—Quiero la puta verdad, Sadashi —exigió en un susurro en mi oído, tras eso me lamió el cuello y cogió mi cabello con fuerza para que echara la cabeza hacia atrás y así apoderarse de mi boca.

¡Jodida mierda! Esa era una nueva versión de él que me ponía más que la anterior y agradecía que se concentrara en eso y no en lo que dijo antes de penetrarme con una fuerza brutal.

—No, no, no —renegué cuando se detuvo. Lo cogí de las nalgas e intenté moverlo, pero cuando quería no se dejaba dominar. Y todavía tuvo el descaro de reírse en cuanto notó mi desesperación.

—¿Quieres que vaya a hacerle todo esto a mi nueva cliente? —preguntó y bajó el rostro hasta meterse una de mis tetas en la boca, medio se movió dentro de mí y gemí.

Decidí no seguir pensando antes de hablar. A la mierda el orgullo.

—No, Aiden. No quiero que se lo hagas ni a ella, ni a nadie. De hecho, creo que la habría matado con mis propias manos después de que la dejaras. —Hizo un movimiento de cadera que me llevó más cerca del orgasmo.

—Por eso quiero ver a Escorpión, para hacerlo mierda por haberte tocado —soltó con la voz dura y tragué con fuerza. Iba a dejar de mirarlo, sin embargo, me cogió de la barbilla y me impidió huir—. Y quiero matarte a ti por dejar que te tocara.

Me mordí el labio para no gemir cuando me embistió. Y siguió haciéndolo sin dejar de observarme, en ese instante su mirada me intimidó e intenté besarlo para recuperarme, pero no me dejó. Me cogió con más fuerza y no apartó los ojos de los míos, luciendo cautivado con mi rostro y enfurecido a la vez.

En ese momento comprendí que las palabras que le dije antes no fueron en vano, si quería, lograba lo que deseara de mí estando entre mis piernas, en mi interior.

—No… —Me detuve cuando mordió mi labio.

Inhalé y exhalé frenéticamente, sintiendo el orgasmo venir.

—¿No qué, *diavola*?

—No me ha tocado, no se lo he permitido —confesé y volvió a detener sus movimientos—. Si quieres que hable, no pares —exigí. Su mirada lució perdida al escucharme, aunque siguió en lo suyo—. Sí, lo ha intentado, incluso le he permitido creer… ¡Oh, Dios! He dejado que crea que puede llegar a tenerme solo porque me conviene, pero me da asco, Aiden. Odio a cualquier tipo que desee algo más conmigo si no eres tú.

—¡Mierda, Sadashi! ¿Por qué me haces creer lo contrario? —Lo besé cuando terminó de hablar, me dejó hacerlo y correspondió.

Sentí mi cuerpo tensarse y temblar.

—Tú deduces lo contrario y me acusas, odio eso, y por lo mismo no te explico nada —aclaré y lo cogí con más fuerza de la cintura, tratando de encontrar sus embestidas—. Pero también necesito enfocarme en Escorpión y entregárselo a tus padres. Se los debo, Aiden. Y si estoy contigo, interferirás, y no lo puedo permitir.

Calló de pronto y me besó para que no siguiera hablando, en ese momento lo que sentía por mí se percibió más y, así me estuviese tomando con rudeza, sabía que me hacía el amor.

¡Maldición! Amor era un lujo que no podía darme, pero ya habría tiempo para analizar esa situación, puesto que en ese instante solo quería correrme y seguir gozando del caos que provocaba en mí.

Como pude, le saqué la camisa y me permití sentir su pecho caliente presionado contra el mío. Acaricié cada músculo de su espalda, me deleité con aquel cuerpo de modelo y en segundos me corrí, el orgasmo se extendió por mis muslos y a través de mi vientre; eché la cabeza hacia atrás, poniéndome una mano en la boca para sofocar el grito mientras cerraba los ojos, sintiendo que mi explosión lo estaba alcanzando a tal punto, que a duras penas logró contenerse, hasta que me sintió satisfecha y, tras eso, salió de mi interior y comenzó a correrse, esparciendo todo el semen en mi abdomen.

Mis piernas, de repente temblorosas como gelatina, soltaron su agarre en su cintura y se balancearon fuera del escritorio. Él estaba rojo, sus labios hinchados y las pecas que tenía en el cuerpo se oscurecieron. Las marcas de mis arañazos se destacaban en sus hombros y sabía que la espalda y nalgas las tendría peor.

Una vez más, cedíamos a aquellas pasiones oscuras que nos provocábamos cada vez que nos ponían en el mismo espacio, de nuevo nos rendimos a los placeres caóticos que solo existían entre él y yo.

____**____**

—La reunión con Escorpión se llevará a cabo esta semana. No tendría que decírtelo, pero igual tus padres te lo harán saber mañana. Finge que no lo sabías.

Ya había pasado un rato desde nuestro encuentro. Aiden se dedicó a limpiarme con unas toallitas de papel y me ayudó a vestirme. Me sentía vulnerable con sus acciones y me resultaba imposible actuar como antes tras haber permitido que me tocara.

—Ya era hora —expresó en un tono neutro—. ¿Necesitas que siga averiguando con Connie? —Estaba terminando de subirme la cremallera del pantalón y estuve concentrada en lo difícil que me estaba resultando esa simple tarea, hasta que lo escuché preguntar eso.

Lo miré, seria, necesitando que explicara en qué contexto hizo esa pregunta, pero únicamente me sostuvo la mirada y siguió acomodándose la ropa.

—Ya la investigaré yo, es mi trabajo —bufé y se encogió de hombros.

—Como quieras —respondió, lacónico, y alcé una ceja. La verdad era que no esperaba que actuara así después de todo—. Volveré con mis invitados, te veo mañana en la reunión.

¿Qué demo…? Su actitud me estaba cayendo como una baldada de agua fría y me sentó como una piedra en el estómago. Si bien todavía había muchas cosas de las cuales hablar, al menos esperé que la tensión entre nosotros bajara y no que actuara como si estuviera con una de esas chicas que únicamente le servían para desfogarse.

—¿Y te irás así? Ya follaste, te desahogaste y listo —espeté antes de que saliera.

—Sí, Sadashi. Me iré así porque no quiero acercarme a ti y darte un beso de despedida para que después me digas que no confunda las cosas, que tienes un objetivo estúpido que cumplir con mis padres y no me quieres de estorbo. Sé lo directa que eres y el hecho de que te haya confesado que estoy enamorado de ti no significa que seré un perro idiota que mendigará tu tiempo y atenciones.

—Yo no… —Callé cuando me miró con severidad—. No es un objetivo estúpido, se los debo.

—¿Mis padres saben que estás dispuesta a follar como una cualquiera con él? —Me quedé sin palabras y me sentí humillada—. Estamos en las mismas organizaciones, Sadashi, los conozco y sé que no aceptarían que te vendas de esa manera solo porque quieres hacer caer a tu ex. No lo harían sabiendo lo que siento por ti y, aun así, no pasara nada, sé que ninguno en La Orden o Grigori ha follado si no es por placer.

Odié las ganas de llorar que me atacaron y a él por provocarlas, me odiaba a mí misma por sentirme así de vulnerable cuando siempre fui fuerte. Quería llorar por todo, me enfurecía por nada. Digo, no es que antes no me pusiera furiosa por media cosa, pero es que estaba peor. ¡Demonios!

—¿Lo saben? Dímelo, porque, si es así, tengo una idea equivocada de ellos —apostilló.

Yo únicamente estaba haciendo lo que creía correcto. Quería hacer pagar a Kwan y, de paso, reivindicarme con mis jefes, y no, no me importaba hasta dónde tuviera que llegar. Al menos eso decía, puesto que al imaginarme con ese idiota poniendo sus manos sobre mí, me daban ganas de vomitar y arrancarme la piel.

Un mes atrás, cuando se coló en mi habitación, intentó convencerme de que estaba allí por mí; según él, buscaba mi perdón y necesitaba darme una explicación de lo que en verdad sucedió en el campo de concentración.

—Te juro que fue lo más difícil que hice, mi pequeña flor salvaje —dijo en nuestro idioma, llamándome con aquel mote que siempre utilizó conmigo—. Ellos me estaban probando y tenía que entregar a lo que más amaba para demostrarles mi fidelidad. Quería salir de ese infierno y solo lo haría siendo parte de ellos. El capitán vio mi capacidad como asesino y le servía más fuera que dentro. Él me juró que únicamente serían cinco años y luego me daría mi libertad, la tuya y la de tus padres si cumplía.

—Y fuiste tan estúpido para creerle. Viví de milagro después de la paliza que me dieron, imbécil, y ni siquiera volteaste a verme cuando escuchaste mis quejidos con cada golpe que recibí —mascullé.

Me había tumbado en la cama y me amarró de manos y pies para que no huyera o intentara lastimarlo, se quedó a mi lado y no dejaba de acariciarme el pelo y el rostro.

—Y esos sonidos me han atormentado cada maldita noche. Jamás me perdoné por lo que te hice.

—Ni yo, y jamás lo haré —sentencié.

—Supe cuando las sacaron del campo, y luego escapaste con tu madre. A quién enviarían a buscarlas —siguió, ignorando lo que dije—, lo maté antes de que te encontrara, a él y a todos los que te siguieron, pero no pude buscarte porque me arriesgaría a que me asesinaran antes de

volver a verte. —Traté de que esa confesión no me afectara, ya que no borraba todo mi sufrimiento.

Fue en ese momento que me abrazó con fuerza, aprovechándose de mi vulnerabilidad, y me besó el cuello, un beso que, por supuesto, dejó marca.

—Te busqué, amor, te lo juro, pero no te encontré y solo averigüé que ciertas personas te llevaron por órdenes de un familiar de tu madre; decidí confiar en que estarías bien y me dediqué a hacer el trabajo para esos malditos dictadores. Años después creé lazos con la Tríada China y me gané la confianza de algunos de sus líderes y el odio de sus enemigos, fue por eso que logré encontrarte, aunque con ello me pusiera una diana en el culo. Valió la pena, sin embargo, y que me dejaras ir aquella vez me dio esperanzas.

—Únicamente fue un puto error de mi parte —aseguré—, del cual me arrepiento y lo haré toda la vida.

—Para mí, en cambio, es una oportunidad contigo, una que quiero aprovechar y, si me dejas, soy capaz de convencer a mis jefes para hacer una tregua con los tuyos. Pero solo trataré contigo y con ese niñato que quiere ocupar mi lugar. Tú decides —soltó y no quise darle importancia a lo de Aiden para que no lo viese como un objetivo—. Te daré tiempo para que lo pienses y lo hables con los Pride, te buscaré cuando considere oportuno. Ahora te dejaré libre para que sigas poniéndote bella y vayas a esa cena.

En mi interior supe que el maldito estaba logrando ir un paso adelante de nosotros, pues sabía demasiado, hasta los detalles más insignificantes.

Me dio un beso en la boca y apenas tuve tiempo para esconder los labios; sonrió, divertido, y puso la daga en mi mano para que me liberara sola. Alcancé a gritarle «hijo de puta» antes de que saliera por la ventana de la habitación. Tiempo después estaba en casa de mi Sensei comentándole lo que me sucedió y tomando cartas en el asunto, eso incluyó terminar con Aiden algo que ni siquiera había comenzado.

Junto a mis jefes, decidimos indagar más sobre la propuesta de Kwan y, por decisión propia, dije que seguiría en contacto con él para averiguar más de sus planes. Por supuesto que el imbécil no tardó en buscarme y solo cuando me convenía cedía un poco para manejarlo mejor; que Aiden se alejara de mí resultó ser una buena jugada, pues así desviábamos la atención de él, aunque tenía que admitir que no fue tan fácil como imaginé.

—Confían en mí y haré lo necesario para cumplir —dije, ya que de verdad me sentía en deuda con ellos.

—Y, por supuesto, te importa una mierda lo que yo piense o sienta.

—Aiden, yo…

—No digas nada, Sadashi —pidió, alzando una mano—, lo tengo todo muy claro. Mis padres y las organizaciones lo son todo para ti, yo no tengo cabida en tu vida, y está bien. No te sientas presionada por mi declaración, te lo dije para dejar claro el punto de por qué iba a follarte, no para darte lástima, ya que, ni la quiero, y menos la necesito. Sé que el karma me las está cobrando contigo y estoy pagando lo que le provoqué a otras personas.

Bajé la cabeza tras escucharlo y lo oí suspirar con fuerza.

—Solo… Solo déjame terminar con esta misión y después hablamos —pedí sin poder mirarlo.

—Claro, tómate el tiempo que quieras —soltó, satírico—. Aunque te advierto que posiblemente las cosas ya no sean como ahora, pero será mi decisión y sé que la respetarás, así como yo estoy respetando la tuya.

No me dejó decir nada más y salió de la oficina.

Miré a través de las cámaras y supe lo decidido que estaba a dejarme el camino libre para cumplir con sus padres, siguió tratando a esa maldita mujer como lo venía haciendo y se dedicó a mantenerla contenta. En mi cabeza se seguían repitiendo sus palabras y por cada segundo que pasaba me sentía peor y me reí de mí misma al haber criticado a Lupo porque era más fiel a las organizaciones que a las relaciones sentimentales y yo resulté peor.

¿Era correcto lo que hacía? ¿Debía llegar hasta las últimas consecuencias con tal de hacer caer a Kwan? ¿Podía darme una oportunidad con Aiden?

Tantas preguntas se formaban en mi mente que terminé tratando de beber un trago que me provocó asco, y lloré como un bebé. ¡Dios! No sabía qué me pasaba y no podía seguir con ese embrollo en la cabeza; dejé que Aiden se fuera con sus escoltas y me olvidé por un momento de él, o al menos lo intenté. Un rato después me fui a mi apartamento para descansar y, a pesar de lo que creí, terminé durmiéndome con una profundidad increíble.

Al día siguiente me desperté, sintiéndome más recuperada. Bebí un poco de té y con ello alivié el malestar de mi estómago con el cual amanecí. Recibí una llamada de Sebastián pidiéndome que llegara al apartamento de Aiden y, aunque me advirtió que no me preocupara, porque no era grave, sentí en el pecho una opresión horrible.

Cuando llegué me encontré con Leah, quien estaba bajando de su coche, y, al verme, me saludó, animada.

—¿Estás cuidando el culo de ese tonto otra vez? —preguntó mientras me besaba en la mejilla. Por supuesto que no correspondía a esos saludos, pero la chica podía ser muy ladilla cuando se lo proponía.

—No, solo estoy aquí porque Sebastián me lo pidió, ¿y tú?

Ella ya sabía que todos en su familia tenían guardaespaldas luego de aquella vez que estuvo en el *Townhouse* de su primo, ya que la familia de su madre intentó embaucarla, por lo que los Pride White junto a los D'angelo consideraron que era tiempo de decirle la verdad, razón por la cual tuvo conocimiento de que fui quien cuidó a Aiden por un tiempo.

—Recibí un mensaje de Aiden y también me pidió que viniera. No me dio detalles, únicamente dijo que necesitaba verme. —Fruncí el ceño, pero no dije nada.

Me sentí nerviosa cuando nos decidimos a entrar y traté de pensar que la llegada de Leah no era por nada malo, Sebastián nos recibió a ambas y le dijo a ella que Aiden estaba en su habitación. La chica me miró, como pidiéndome permiso para seguir, y me sentí extraña; no era necesario, aun así, asentí.

—La reunión con los jefes es dentro de unos minutos, ya deberíamos estar allá —repliqué para Sebastián al ver la hora y que ellos todavía no se encontraban listos.

—Ha sucedido algo muy extraño —avisó y me alerté, más porque habló en un susurro—. Nos hemos levantado hace unos minutos, Kishaba. Ninguno de mis muchachos hizo su guardia, es como si nos hubieran dado algo para dormirnos, pero no ingerimos nada.

—¿Aiden? —inquirí, preocupada, y comencé a caminar hacia su habitación.

—Él está bien, también durmió profundamente, me ha costado despertarlo —avisó cuando me retuvo del brazo—. Tengo a alguien revisando las cámaras y hasta ahora no hay nada raro. Han investigado el aire y tampoco encuentran nada extraño; todo está bien, te lo juro.

—¿Entonces por qué me has llamado?

No lo dejé responder y continué mi camino hacia la recámara. El corazón me iba a mil y en mi interior una voz me gritaba que nada estaba bien.

—Esto está mal. Aiden. ¡Dios! ¿Por qué haces esto? —Alcancé a oír a Leah antes de entrar.

—Porque te amo, maldita sea —soltó él y me quedé estática viendo cuando la cogió de la

cara y comenzó a besarla.

Esa vez Leah intentaba detenerlo y Aiden, desnudo y recién duchado, no se lo permitía. Escucharon cuando abrimos la puerta y solo así se apartó de ella, aunque me destrozó ver su mirada por haberlos interrumpido y, sobre todo, su declaración y las siguientes palabras que soltó para nosotros.

—¡Salgan de aquí, joder! Quiero mi puta privacidad con ella.

Leah me miró, avergonzada; Aiden, con furia. ¿Qué mierda sucedía? Una noche antes dijo que se enamoró de mí y al día siguiente le decía a otra que la amaba.

¿A qué estaba jugando?

Celos

[Capítulo 23]

{Sadashi}

Sebastián me miró, como pidiéndome que obedeciéramos esas órdenes cuando vio mis intenciones de quedarme ahí. En ese instante me dio por mirar a Aiden con desafío, exigiéndole que explicara lo que pasaba y él se limitó a seguir viéndonos, enfurecido, con los ojos soñolientos y frunciendo el ceño como si algo le incomodara o doliese.

—No creo que sea buena idea que se vayan —murmuró Leah, un tanto asustada.

—*¿Perché no, piccola mia?*[30] ¿Acaso ya no quieres estar conmigo? —le habló, cariñoso, y la tomó del rostro para que lo mirase solo a él.

La verdad era que no sabía por qué seguía ahí, viendo esa maldita escena y, sobre todo, con Aiden desnudo, casi restregándole el pene a Leah frente a nosotros.

—Tú y yo no estamos juntos, ¿acaso no lo recuerdas? —inquirió y se alejó un poco cuando sintió el falo de su primo sobre ella.

—¡Mierda! Esto es incómodo. Salgamos de aquí, Kishaba —pidió Sebastián en un susurro, pero no me moví.

—Claro que lo recuerdo. Sé que soy un estúpido por haberte dejado ir, por no haber enfrentado a nuestros padres para estar juntos. Me odio por eso, cariño, te lo juro. Quiero recuperarte. —Mi respiración se cortó y ensanché los ojos de forma desmesurada. Aiden hablaba muy en serio, no estaba fingiendo, y mucho menos castigándome—. *¡Cazzo!* Si no se quieren ir y prefieren estar de entrometidos aquí mirando y oyendo lo que hablo con ella, al menos tráiganme algo para el dolor de cabeza —largó al vernos y se sentó en la cama.

Su rostro volvió a Leah y ella se reculó más a la pared para poner distancia con él.

—Yo voy a por ello —avisó de inmediato y Aiden se puso de pie para detenerla.

—No te vayas, amor. Te necesito aquí conmigo. —La cogió de la cintura y se aferró a ella.

—No me iré, pero déjame respirar y procesar un poco esto que está pasando. Volveré con tu píldora para el dolor, creo que he visto unas en la cocina.

En ese momento Aiden nos daba la espalda, mostrándonos sin vergüenza el culo, aunque, bueno, si no se abochornó por enseñarnos la polla, menos las nalgas.

—Prométeme que vas a volver enseguida, que no te irás. Necesito arreglar las cosas contigo —suplicó. Leah se quedó en silencio unos segundos.

—Te lo prometo. —Tras eso caminó libre y pasó por mi lado.

Aiden volvió a sentarse en la cama y le pedí a Sebastián que me dejara a solas con él. Mi estupidez tal vez se hallaba en un nivel muy alto, pero me negaba a creer que ese tipo era el mismo que un día antes me folló como loco y declaró que estaba enamorado de mí.

—¿Has bebido alcohol? —pregunté y caminé frente a él.

Se quedó mirando a la pared, muy pensativo, y no respondió. Me atreví a llegar hasta la cómoda donde sabía que guardaba su ropa y saqué un bóxer.

—Ponte esto —pedí y estiré el brazo para que lo tomara. En ese momento sí me observó, lo hizo durante varios segundos. Su mirada era cansada, soñolienta y confusa.

—¿Qué? —preguntó y fruncí el ceño.

—Estás desnudo y es incómodo verte así. Ponte el bóxer.

—Si te molesta pues… vete. No es… no es necesario que… que estés aquí. —Tomó la ropa;

creí que quiso ser brusco al hacerlo, pero no tenía fuerzas.

Sus palabras eran hirientes, aunque torpes.

—Me iré, pero necesito que me respondas unas preguntas antes. —Tal vez las respuestas no iban a gustarme, no obstante, debía hacerlas para descartar que lo hubiesen drogado.

Siguió mirándome, serio. Por momentos fruncía el ceño, aun así, no dejaba de observarme.

—¿Te sientes drogado o borracho? —Se quedó en silencio, quizá procesando la pregunta—. Responde.

—Me duele la cabeza. —Tras contestar eso, se puso de pie y lo vi tambalearse un poco, aunque fue algo fugaz y dentro de lo normal.

Se colocó el bóxer y, sin pena alguna, se acomodó la polla hacia arriba. En ese instante tuve que dejar de mirarlo porque yo sí que me avergoncé. Estaba parada frente a la ventana y ese día el sol despertó muy brillante, pues sus rayos iluminaban con exageración la habitación y daban de lleno en el rostro de Aiden; sus ojos lucían translúcidos porque el gris se aclaraba con aquel brillo y los entrecerró cuando sintió la molestia.

—¿Te golpeaste la cabeza con algo para que te duela así? —pregunté en cuanto volvió a sentarse. Se escudó del sol con mi cuerpo y negó en respuesta—. Sabes quién soy, ¿cierto? —Asintió—. Estás actuando muy extraño, Aiden, y necesito comprobar que no es por nada malo. ¿Recuerdas lo que hicimos anoche, lo que me dijiste?

—No me hables como si estuviera loco, y actúo como debí ser desde hace mucho. Me desperté esta mañana hecho una mierda, pensando en lo imbécil que fui por haber dejado ir a una mujer que me ama y que está dispuesta a todo por mí. ¿En serio es extraño para ti? —preguntó, indignado—. Y no me he drogado; no le hago a esas mierdas, y si me viste anoche, sabes si bebí o no, respóndete sola a eso y vete a la mierda. Estás haciendo que mi dolor de cabeza empeore —largó y tuve ganas de abofetearlo.

¡Carajo! Ese no era el Aiden que conocía, aunque tampoco lucía drogado, tal vez sí con una cruda del demonio porque, en efecto, lo vi beber la noche anterior, pero no creí que fuera para tanto.

Lo observé cuando se acostó en la cama, dejando los pies en el suelo. Hizo una mueca de dolor y, segundos después, se puso el brazo sobre los ojos para cubrirse de la luz. Su cuerpo se miraba normal, todo en él lo estaba, y una opresión en el pecho me atacó al entender que, así no actuara como el tipo que dijo estar enamorado de mí, sí lo hacía como alguien que decidió volver al ataque con una chica a la que juró no volver a tocar.

¡Puta mierda!

—No olvides que tus padres nos esperan para una reunión importante —dije al ver que me ignoraba de forma olímpica.

—Si saben, si saben contar… que no, no cuenten conmigo —avisó sin destaparse los ojos—. Ya vete y asegúrate de que Leah vuelva.

Celos… malditos y putos celos fueron los que me obligaron a empuñar las manos y cerrar los ojos con frustración. ¡Dios! Era por esa razón que involucrarme con él estuvo mal desde un principio, pero cedí como una estúpida novata y pagaría las consecuencias, me lo merecía.

Salí de la habitación como si me hubiesen prendido fuego en el culo y con unas ganas de llorar que me provocaban ardor en la garganta. El imbécil al final estuvo jugando conmigo y se quejó de que era yo quien lo hacía.

—¡Sadashi! No puedes irte. —Leah corrió desde la cocina cuando me vio ir directa a la puerta y se interpuso en mi camino.

—¿Qué? ¿Quieres que les cuide el culo mientras follan? —inquirí y negó de inmediato.

—Recuerda que te prometí algo, yo no he provocado esto. De hecho, no sé qué hacer, mujer. Ese de allí no es el Aiden que conozco —se defendió señalando la habitación y la vi desesperada.

—Eso también creí yo, pero ¡sorpresa! Nos equivocamos —satiricé.

—No, Sadashi. Me niego a aceptar eso. Algo tuvo que pasarle porque, ni cuando creí que pudo haber sido nuestro momento, actuó así —renegó y negué—. No quiero dejarlo solo, pero tampoco me quiero quedar a solas con él —aceptó y la miré, buscando el truco.

No lo encontré.

—Llévale la píldora antes de que venga a buscarte —pedí y negó—. Llamaré a tus tíos para avisarles que no llegaremos y les diré que bebió de más anoche y está con una resaca del demonio. Se molestarán, y mucho, pero sin él la reunión no se llevará a cabo. Me quedaré un rato más para averiguar qué pasó. Aunque, créeme, Leah, yo sí presiento que está cuerdo —opiné y me miró, aliviada.

—Gracias por quedarte, y mi promesa sigue en pie —respondió y me di la vuelta para ir en busca de Sebastián. Ella no me debía nada y, por primera vez, aceptaba que no era su culpa.

Mis compañeros se hallaban en el apartamento contiguo, lo rentaron junto al otro que se encontraba a la par del de Aiden; en ellos mantenían las cámaras y todo lo necesario para el cuidado de los *niños* de la familia y Lane, a quien le tenían un cariño especial y, siendo el novio de Leah, pues se había ganado algunos de los beneficios de los Pride White y Black.

Llamé a mi Sensei cuando estuve ahí y, por supuesto, puso el grito en el cielo y le pareció muy irresponsable por parte de su hijo haberse emborrachado. No le quise mencionar nada de lo que estaba sucediendo para no preocuparla y solo avisé que me encargaría de algunas cosas antes de ir al cuartel.

Sebastián tenía a uno de sus hombres revisando los vídeos de la noche anterior, no obstante, no veían nada raro; por órdenes de nuestros jefes, siempre manteníamos pruebas de drogas a la mano para descartar que nos metieran en ese estado de forma obligatoria y todos se hicieron una que les dio negativo; saber eso aumentó mi frustración y decepción, ya que significaba que Aiden tampoco estaba drogado.

—Le di una de estas a la señorita D'angelo para que se la tome el joven Pride, pero si nosotros dimos negativo, es obvio que él también —avisó Sebastián.

En ese momento me mantenía concentrada en la cámara de la habitación de Aiden. Leah había dejado que él la abrazara y le acariciaba la espalda; la chica trataba de no darle alas, pero le costaba cuando su primo se encaprichó en recuperarla.

—*Necesito que orines aquí* —le pidió ella y lo vi sonreír con picardía.

¿Era en serio?

—Bien, chicos. En serio creo que ya es hora de dejar de espiarlos —replicó uno de mis compañeros y lo miré, incrédula.

—He visto follar a ese tipo más veces de las que quiero recordar. Estoy acostumbrada y sé que no debo bajar la guardia ni en esos momentos, ya que es cuando lo pueden atacar. ¿O acaso ustedes dejan de vigilarlo cuando está con alguien? —pregunté, molesta.

Desde que dejé de ser la guardaespaldas de Aiden, mis jefes me permitieron tener un cargo más alto, me estaban dando una segunda oportunidad y, con ello, me convertí en la cuarta en jefe de La Orden y Grigori, por lo tanto, esos hombres debían de seguir mis órdenes y responder a mí cuando así lo requería.

—Pues no ha estado con nadie desde que tomé el cargo —confesó Sebastián y admito que me tomó por sorpresa, puesto que juré que el chico volvería a sus andadas tras acabar con nuestra aventura.

—Además, sería fácil si se tirara a cualquier otra chica, pero está con la señorita D'angelo. ¡Joder! Y créeme que su padre me ha dejado más que claro cuándo la debo vigilar y cuándo no. —El tipo que habló era el que vigilaba la cámara y también el guardaespaldas de Leah.

—Bueno, si quieres, deja de ver tú esa maldita cosa. Nuestras órdenes son distintas, y lo siento por Dominik, pero en mi equipo le vigilamos el culo a ese chico en todo momento; y que esté con Leah no nos hará tener excepción —aclaré y él asintió.

—*Es negativo* —confirmó Leah en ese instante.

—*Te lo dije* —gritó Aiden desde el baño. Segundos después salió de allí con una enorme sonrisa.

—*Eso no quita que estés actuando extraño.*

—*Comprendo que… que pienses eso. Te… te juro que me siento como… como un maldito imbécil por haberte hecho sufrir, nena. Perdóname y dame una oportunidad* —suplicó de nuevo.

La quiso coger del rostro y volver a besarla, pero esa vez Leah no se lo permitió.

Ya sabía que no estaba drogado, las cámaras no mostraban nada raro más que a él y sus guardaespaldas llegando muy de noche. Hizo todo lo que siempre hacía antes de acostarse, se durmió casi de inmediato y, mientras el vídeo corría, el sol salió y mostró a Sebastián despertándolo esa mañana, entonces ¿qué mierda necesitaba entender mientras lo seguía viendo con Leah? Todo era claro, maldita sea. Aiden quería intentarlo con ella y no le importaba romper su promesa.

—*Estoy con Lane, con tu amigo, y soy muy feliz, Aiden. No entiendo por qué hoy te ha dado por querer continuar algo absurdo.*

Se acercó a mirar por la ventana y Aiden llegó tras ella, la abrazó por la espalda y besó su cuello.

—*Quieres que te lo repita ¿cierto?* —jugueteó y negué. Era hora de irme—. *Porque te amo y, si me dejas, voy a recompensar todo el daño que te hice, no me importa con quién estés.*

Aquella puta opresión me volvió a atacar el pecho, ya era suficiente.

—Bien, ya está aclarado que no son más que unos malditos perezosos y de verdad espero que esto no se repita —hablé, dejando de ver las cámaras—, porque hoy no pasó nada, pero a la próxima no creo que corramos con la misma suerte.

—Es la primera vez, Kishaba. Por eso te lo hice saber, y no, no volverá a pasar, te lo aseguro —prometió Sebastián y asentí.

Sin despedirme, salí de ese apartamento con ganas de arrancarme los ojos, los oídos, la piel, la cabeza, todo con tal de olvidarme de lo que acababa de presenciar. Llegué a mi coche y, antes de ponerme en marcha, respiré profundo. No iba a caer, no me desmoronaría por algo que quise que acabara desde hace mucho. Tal vez lo que pasaba me hacía las cosas fáciles, era todo lo que necesitaba en esos momentos.

Cuando llegué al cuartel, me reuní con Caleb; él seguía encargándose del seguimiento de nuestros enemigos y también de Inoha; la muy puta tenía la suerte de que sintieran misericordia por ella y yo estaba segura de que cometían un gran error al mantenerla viva, aunque eso sirviera para mantener a raya Demian, a mí no me importaba, y, justo como me sentía, hubiera estado encantada de descargar mi frustración con ella.

—Acabo de escribirle a Aiden y en serio que ese cabrón se puso una buena anoche y todavía sigue borracho —mencionó Caleb y rio, viendo el móvil en su mano.

—Así parece —bufé mientras cogía unos papeles de la mesa y me sentaba para revisarlos—, pero ¿por qué lo dices si lo estás leyendo?

—Sabes la manía que tiene con la ortografía, y mira ahora, palabras mal escritas y usa signos

de interrogación cuando deberían ser de exclamación —señaló y me dio el móvil para que lo comprobara—. Parece que es un niño de cinco años el que me responde —añadió y siguió riéndose.

Vi los mensajes que se enviaron y también noté eso. A lo mejor estaba entretenido en algo más interesante que cuidar la ortografía.

—A mí lo que me sorprende es que hayas notado esos errores cuando escribes pésimo —solté y se le borró la sonrisa. Debía olvidarme de Aiden de una buena vez.

—Respeta a tus mayores, Kishaba —pidió y contuve las ganas de reír.

—Ah, ahora sí lo eres —ataqué y rio.

Me integré a su equipo un mes atrás, Caleb era muy guay la mayoría del tiempo, aunque estricto en cuanto a misiones se trataba. Isabella y Elijah le tenían mucha confianza, por eso era el que manejaba los hilos de la reunión que se llevaría a cabo con Kwan, si es que Aiden se ponía serio.

Me estuvo mostrando parte del plan que tenía y mi participación en él, puesto que acompañaría a Aiden llegado el día cero. Estaba segura de que Kwan me buscaría en cualquier momento para que le dijera cuándo se concretaría todo y debía prepararme mentalmente para otro encuentro con ese idiota.

Al terminar todo en el cuartel, me fui a mi apartamento; había dejado de vivir con tía Maokko para no exponerla en nada, aunque sabía que mi Sensei mantenía un ojo en mí por seguridad, y más después de que aquel maldito decidió buscarme. No obstante, Kwan no era un enemigo fácil y sabía cuidarse y pasar desapercibido, incluso con personas entrenadas, fue algo que aprendimos en el campo en el que crecimos; solo me quedaba estar atenta y tratar de ser más inteligente que él para no correr peligro.

Dos días después, Aiden volvió a faltar a la reunión y su madre le llamó para darle tremenda regañiza, pero él no le respondió y ella optó por dejarle un correo de voz. Aiden lo único que hizo fue enviarle un mensaje de texto y pedirle que se calmara, además de prometerle que, en cuanto estuviese libre, los buscaría.

Sus padres no le llamaban a diario para darle su espacio, se comunicaban más por mensajes de textos, aunque el chico siempre fue más comunicativo.

Mi Sensei decidió llamar a Sebastián para saber qué sucedía con su hijo y él le informó que nada malo, que estaba en el apartamento y no había salido para nada; la mayor parte del tiempo dormía y otras veces lo observaban en su *laptop* y suponían que trabajaba desde casa. Ellos no lo dejaban solo y le facilitaban comida cuando la pedía, o Tylenol, que era algo que consumía para el dolor de cabeza.

Eso último me dejó pensando mucho.

—¿Cuánto tiempo puede durar una resaca? —preguntó mi Sensei a su marido.

—De dos a tres días cuando has bebido hasta perder el conocimiento, pero todo depende de tu organismo. Lo normal es que solo dure un día.

Caleb y yo los acompañábamos en la sala de reuniones del cuartel.

—Y de cuánto estés acostumbrado a beber —añadió este—. Creo que lo que le afecta a Aiden es eso, que no es un bebedor constante y, cuando lo hace, puede ser que se le pase la mano.

Pedí permiso para irme, puesto que lo que siguieron hablando no era relevante, y mientras conducía hasta casa hablé con Sebastián para que me explicara mejor lo que estaba pasando con Aiden. Dijo que solo notaron que dormía mucho y también lo asociaban con la resaca, añadió que Leah estuvo yendo para echarle un vistazo y, por el bien de mis nervios, no quise saber nada

más sobre ellos.

Cuando llegué ya era de noche y me centré en revisar que nada raro hubiese pasado. Entonces decidí tomar una ducha para relajarme, aunque me quedé con la ropa interior para evitar una sorpresa, y no me equivoqué.

—¡Mierda! —bufé cuando sentí a Kwan detrás de mí.

Se había metido en la ducha, desnudo.

—No sé por qué me sigues privando de admirar algo que conozco a la perfección —susurró en mi oído y envolvió un brazo en mi cintura.

El agua caliente nos estaba mojando a los dos y presioné las manos en la pared para controlarme. Debía actuar, tenía que hacerlo de manera magistral si quería lograr mi objetivo.

—Porque no te lo mereces —espeté—. Ahora déjame salir y báñate solo si quieres, yo he terminado —zanjé y puse la mano en su brazo para sacármelo de encima. Sin embargo, esa vez sus intenciones eran otras y me giró para que quedáramos de frente.

—¿Qué te sucede hoy? Estabas siendo más empática conmigo hace unos días y hoy me demuestras asco —largó y me limpié el rostro.

—No estoy en mis días y odio que violes mi espacio personal, Kwan, y eso ya lo sabes —murmuré entre dientes.

Tuve muchas oportunidades de matarlo en nuestros encuentros pasados y en ese, pero el hijo de puta tenía un as bajo la manga que le interesaba a mis jefes y no me podía deshacer de él antes de descubrirlo.

—Está bien —cedió y se alejó de mí alzando las manos. Me concentré en ver únicamente su rostro—. Te prometí que sería paciente y voy a cumplirlo. Lo siento si a veces no controlo mis ganas de acariciarte, de adorarte como solo tú lo mereces, mi flor salvaje.

—Como sea —bufé y aproveché para salir de la ducha. Lo escuché reír tras mi respuesta y tomé la toalla para secarme.

—¡Joder, Jiyu! Hay cosas que nunca cambian ¿cierto? Y tú sigues siendo mi reina de hielo, como en los viejos tiempos. Sigues odiando las cursilerías —afirmó y negué.

—Es la última vez que te lo repito, Kwan, no vuelvas a llamarme así. Mi nombre es Sadashi.

Me puse un pijama, dejando la ropa interior de lado, y sequé mi cabello con una toalla más pequeña, luego salí de la habitación y lo dejé ahí para que se vistiera. Llegué a la cocina y me preparé un té; necesitaba calmarme y no demostrarle el asco que me estaba provocando su presencia. Se unió a mí tras unos minutos y me miró, atento.

—Espero que ya tengas fecha para la reunión con Aiden Pride, porque me estoy cansando de esperar —advirtió y lo miré, seria—. ¿Qué? Todavía ese niñato pijo no tiene los cojones para tratar conmigo. —Dedujo la negativa ante mi silencio—. Porque ya me harté de perder el tiempo y mis jefes están comenzando a tomar esto como una falta de respeto.

—No tendrían por qué, si son ellos quienes quieren negociar con mis jefes, no al contrario —le recordé y rio, satírico.

—Porque tenemos el poder, Jiyu Park. —Abrió los brazos y me contuve de irme encima de él —. Simplemente les queremos dar una oportunidad para llevar la fiesta en paz y, si lo desprecian, pues los Vigilantes están ansiosos por cerrar un tratado con nosotros y, si nos unimos a ellos, créeme, amor mío, los haremos comer mierda.

Fue mi turno de reírme, y lo hice con verdadera diversión.

—¿Tú por qué crees que los Vigilantes siguen en la clandestinidad? —inquirí, mas no lo dejé responder—. Somos organizaciones mundiales, Kwan. David Black a duras penas ha logrado reactivar a sus peleles y los ha dejado en manos de un niñato cagado que todavía anda corriendo

tras las faldas de una tipeja a la cual no volverá a recuperar —sentencié—. ¿Y adivina qué? —seguí y la superioridad se apoderó de mí—. Aiden Pride White, ese niñato pijo, como le llamas, es quien se lo ha impedido. El tipo con el cual mueres por reunirte es el encargado de tener amarrado del cuello al perro con el que te quieres aliar.

Vi su furia al decirle aquello y se crujió el cuello para controlarse.

—Creo que serán ustedes quienes comerán mierda si tratan con las personas equivocadas —puntualicé y se mordió el labio inferior con fuerza en señal de que lo había cabreado.

—Pues espero que ese maricón se alivie pronto de sus jaquecas y se reúna de una puta vez conmigo.

Todos los engranajes de mi cabeza maquinaron hasta encajar bien y notó la sorpresa que me embargó, hasta el punto de hacerlo reír.

¡Hijo de puta!

—¿Qué mierda le hiciste? —exigí saber y rio con regocijo.

—¿Quién hará comer mierda a quién? —se burló y, con destreza, cogí un cuchillo de cocina y se lo lancé.

Su agilidad era muy buena y logró esquivarlo, pero cogí varios más y se los seguí lanzando.

—¡Veo que ya has hecho un trato, imbécil de mierda! ¡Y con ello has firmado tu sentencia de muerte!

Logré esquivar un cuchillo que me devolvió, era lo malo de pelear así con una persona que sabía, pues el ataque lo podía devolver con tus mismos instrumentos. Me escondí detrás de la isla y saqué una *glock* que mantenía en uno de los cajones. Al carajo los tratos y la paciencia, al demonio con las órdenes de mis jefes, me desharía de ese pedazo de mierda de una buena vez.

—¡Y yo veo que prefieres a los forasteros en lugar de a tu gente! —se quejó.

Pegué un respingo cuando lanzó otro cuchillo y lo clavó en la tetera que mantenía en la estufa. El agua comenzó a derramarse y me preparé para salir y atacarlo.

—Es porque me cansé de la mierda, y lo extranjero me sabe mejor. —Disparé hacia el sofá y lo escuché maldecir.

Alcancé a ver que se cubrió ahí y rogaba por haberle dado. Me puse de pie, dispuesta a dispararle otra vez, pero él ya me estaba esperando, apuntándome con un arma. Vi que su camisa tenía un agujero en el costado derecho y se estaba empapando de sangre.

—Pues espero que lo extranjero no te haya quedado idiota e inservible después de nuestro regalito. —Hizo una mueca de dolor y ambos nos preparamos para disparar, pero el maldito fue listo y disparó hacia los bombillos, dejándome en la oscuridad.

Me metí de inmediato detrás de la isla para tener un poco más de tiempo, aunque segundos después escuché la puerta abrirse y cerrarse de golpe. El cobarde estaba huyendo de nuevo y yo decidí correr hacia la habitación para pedir ayuda por la radio que me comunicaba con mis compañeros.

—*He escuchado los disparos, estoy afuera* —avisó Lewis, a quien sabía que mi Sensei puso para cuidarme.

Me puse los zapatos y cogí el móvil, vi que tenía varias llamadas de Leah y, tras lo que me dijo Kwan, decidí devolver la llamada.

—¡*Joder, Sadashi! Aiden tiene un golpe en la cabeza* —dijo tan pronto como descolgó—. *Es muy grande y se le ve púrpura.*

—Dile a Sebastián que busque en el escritorio de Aiden un portalápices, allí dejé un bolígrafo que contiene una cámara, él lo reconocerá. Estoy saliendo para ahí —avisé.

Se me había olvidado por completo esa cámara, y más al ver que en las del apartamento no se

mostraba nada raro. Leah acababa de descubrir algo que no estuvo a la vista y con eso me confirmaba que el malnacido de Kwan decidió jugar sucio. Lewis llegó de inmediato a mi apartamento, y avisó que había revisado todo antes de entrar y no encontró peligro.

Era obvio. Kwan no se quedaría a esperar a que los refuerzos llegaran, y menos herido. Le pedí a Lewis que me acompañara al apartamento de Aiden y en el camino llamé al señor Pride para comunicarle lo que pasaba; en casos como esos era el más sensato, ya que mi Sensei reaccionaba como una leona herida cuando le tocaban a sus cachorros, y eso no me servía. Corrí cuando llegamos al apartamento, Sebastián estaba revisando la cámara y dejó a otros chicos encargados de la seguridad de Aiden y Leah.

—Apaguen todas las cámaras del apartamento, nos han violado el sistema —ordené y los hombres se movieron de inmediato—. Ustedes, traigan el detector de micrófonos y encárguense de botar todo lo que sea sospechoso de contener microcámaras —pedí a dos chicos en especial.

—¡Sadashi! Al fin llegas —exclamó Leah al verme y me cogió de la mano para llevarme a la habitación, donde encontré a Aiden en bóxer, tirado bocabajo sobre la cama; tenía el cabello húmedo y dormía como un bebé—. Esos dolores de cabeza comenzaron a preocuparme, y sobre todo hoy, ya que empezó a hablar más lento y su mirada permaneció perdida cada vez que estuvo despierto —explicó—. Lo obligué a que tomara una ducha para ver si espabilaba y casi se duerme parado, Sadashi. Me puse a secarle el cabello con una toalla y fue en ese momento que se quejó de dolor. Lo revisé y le encontré un chichón púrpura, enorme.

Me tiré sobre la cama y revisé justo donde ella me indicó. Las manos me temblaron al verlo, parecía como si le hubiesen dado fuerte con un bate y, como el cabezadura que era, el golpe no reventó la piel y solo se le inflamó. El cabello no permitió que lo notáramos, pero era obvio que le estaba afectando.

—Te lo dije, Sadashi. Estaba segura de que él no actuaba en sus cinco —me reprochó.

—Lo sé, joder. No me lo recuerdes más.

Un frío horrible me entró en el cuerpo y comencé a temblar casi de forma incontrolable.

—No, no llores ahora —exigió y me llevé las manos temblorosas al rostro. Ni siquiera sentí lo que estaba haciendo y me restregué la cara, tratando de parar aquellas cascadas en las que se convirtieron mis ojos.

—Te llamé a ti porque eres más sensata que yo en estas cosas, mujer. Así que no llores y ayúdame a revisarlo. —Asentí.

Enseguida puse una mano sobre el rostro de Aiden y lo moví para que despertara, necesitaba verlo así y no dormido, porque un miedo terrible de que no volviese a despertar me embargó hasta penetrarse en mis huesos.

—¿Aiden? Despierta, por favor —pedí. Frunció el ceño cuando lo moví con fuerza y, al abrir los ojos, intentó levantar la cabeza para ver lo que sucedía—. Aiden, necesito que me hables.

Como dijo Leah, su mirada estaba más perdida que antes, parecía que no escuchaba lo que le decía.

—Date la vuelta —hablé más fuerte para que me oyera y toqué su hombro derecho para ayudarle, pero se quejó e hizo una mueca de dolor—. ¡Joder, Aiden! Dime dónde te duele, por favor.

Mi voz fue lastimera y ya no pude detener las lágrimas. La culpa y el dolor me estaban destrozando al verlo así de vulnerable; era como un niño que todavía no podía hablar o, peor aún, como un cachorrito herido que no entendía que solo buscaba ayudarle.

—¿Eh? —murmuró muchos minutos después. Él no estaba procesando, no entendía, y comencé a desesperarme.

—¿Dónde te duele, cariño? —preguntó Leah al ver que me había quedado sin saber qué decir.

Él comenzó a darse la vuelta por sí mismo y ambas fuimos testigos de su expresión de dolor y el esfuerzo para hacerlo, suspiró fuerte y aliviado cuando logró ponerse sobre la espalda y miró al techo.

—Te-tengo migraña y me du-duele aquí. —Puso su mano izquierda en el hombro derecho y le tomé ambos brazos para dejarlos rectos.

Fue ahí cuando noté que el lado derecho tenía un desnivel muy pronunciado, su brazo estaba dislocado. No tenía pruebas, pero tampoco dudas. Años de entrenamientos y batallas me hicieron ver muchas lesiones como esas.

—Kishaba, he pedido refuerzos —avisó Sebastián al llegar a la habitación, muy apresurado —. Tenías razón, nos violaron el puto sistema y se metieron aquí para darle una tremenda paliza. —Miré a Leah tras escuchar eso y vi el terror en sus ojos.

—¿Quiénes fueron? ¿Y por qué me estoy enterando ahora? —preguntó el señor Pride, tomándonos por sorpresa a todos al aparecer de pronto en la habitación.

Sebastián casi se cagó al oírlo, y no lo culpaba, yo también quise hacerlo al escuchar ese tono de voz.

—Fue Escorpión —respondí y él me miró—. Llegó hoy a mi apartamento y tuvimos un enfrentamiento. Me dio a entender que hizo algo y deduje el qué.

—Sí, pero también lo acompañaba Demian Sellers —añadió Sebastián—. Ambos agarraron al joven como si fuese una piñata.

—¿¡Y me lo dices así, hijo de puta!?

Leah gritó y yo pegué tremendo respingo cuando el señor Elijah empotró al pobre de Sebastián en la pared, lo levantó del suelo al tomarlo del cuello, y eso que el chico era de la misma altura.

¡Mierda, mierda, mierda! Y yo que lo llamé por ser el más sensato.

No íbamos a salir vivos de esa.

Declaraciones

[Capítulo 24]

{Sadashi}

Nadie se metió cuando el señor Pride lanzó a Sebastián por el aire y lo hizo caer fuera de la habitación. Solo podíamos ver con miedo e incredulidad lo que sucedía, hasta que él lo hizo ponerse de pie otra vez para darle un puñetazo y Leah lo detuvo.

—¡No, tío! ¡No lo hagas! —suplicó—. Ahora mismo hay cosas más importantes por resolver, como llevar a Aiden a un hospital, por ejemplo —siguió. El señor Pride detuvo el golpe justo a centímetros del rostro de mi compañero—. Y créeme que esto no ha sido solo su culpa, todos somos culpables en realidad por no haberles comunicado que algo raro pasaba.

—Lo-lo siento señor Pride —murmuró Sebastián y cayó al suelo cuando nuestro jefe lo soltó —. Pecamos de imbéciles y nos dejamos llevar al ver que las cámaras principales no nos mostraron nada.

Él no le respondió, solo le pidió a Leah que llamara a una ambulancia y se acercó a su hijo de inmediato.

—Hijo, ¿puedes escucharme? —preguntó y lo tomó del rostro. Aiden se quejó de dolor porque lo movió y noté que era el brazo lo que le molestaba ante el movimiento.

—Creo que le dislocaron el brazo derecho —avisé.

—So-solo dé-déjame dormir un rato más —pidió Aiden en susurros.

—¡Hijos de puta! —bufó el padre y me miró, serio y afligido—. Dime que al menos lograste darle su merecido a ese malnacido.

—Le disparé. Logré darle en el abdomen, pero no sé si fue grave, ya que el cobarde escapó —dije y asintió.

—Prepárate, Shi, porque ya no habrá tratados con ellos. Me han declarado la guerra y voy a responderles cómo se merecen —sentenció y asentí, de acuerdo.

—Leah, quiero, quiero a Leah —comenzó a pedir Aiden entre quejidos, y su padre lo miró, asustado.

Su prima llegó al escucharlo y le tomó la mano, él se calmó al sentirla y decidí apartarme para darles espacio. En sus cinco o no, me lastimaba ver cuánto la necesitaba.

Mientras la ambulancia llegaba, le expliqué de forma rápida a mi jefe todo lo que pasó y no dejé de lado nada, incluso nuestro encuentro tres noches atrás. Acepté mi error y le dije que creí que Aiden solo cambió de opinión referente a su prima y se quería dar una oportunidad con ella, por eso actuaba así, también añadí que no fue hasta que Kwan insinuó cosas, que mi cabeza enlazó todo lo que sucedía y recordé la cámara que coloqué en la habitación de su hijo.

Aiden fue trasladado al hospital privado donde los atendían siempre y, por supuesto, pidió que Leah fuese a su lado. El señor Elijah mostró su impotencia, aunque no dijo ni hizo nada, solo me hizo subir a su coche e irme con él. En el camino vi el vídeo que Sebastián me envió para corroborar lo que sucedió y sentí ganas de ir en busca de aquellos hijos de perra y matarlos con mis propias manos.

Aiden no tenía marcas de golpes porque los imbéciles usaron tácticas de tortura silenciosa para que nadie lo notara; llegaron al apartamento una hora después de él y juraba que ese ataque lo tuvieron que estudiar y preparar con meses de anticipación para que les saliera tan perfecto.

Imaginé que debieron de poner algo en el aire central de los apartamentos aledaños para

poder dormir a los guardaespaldas y que no escucharan nada, puesto que Aiden les dio batalla antes de que el maldito de Kwan lo golpeara con un bate en la cabeza. Él cayó inconsciente en el suelo y lo hizo en una posición que comprometió su brazo.

Los idiotas aprovecharon para sentarlo en una silla y lo amarraron de pies y manos, lo cubrieron con toallas húmedas y, tras eso, lo obligaron a despertar. Desde ese momento solo vi que, tanto Kwan como Demian, usaron garrotes de policía y golpearon a Aiden hasta que los brazos se lo permitieron. Por supuesto que el chico se quejó, pero nada consiguió hacer ante dos cobardes que lo inmovilizaron para que no se pudiese defender.

Un golpe más en la cabeza por parte de Kwan lo dejó de nuevo en la inconsciencia.

—*¡Cálmate, imbécil! No quiero matarlo* —se quejó Demian y lo detuvo para que no lo golpeara más.

Pero ya no servía de nada, pues hicieron lo que quisieron antes.

—*Y qué importa uno más o uno menos, tío. Tienes la oportunidad de deshacerte de él para siempre, aprovéchala* —demandó y Demian negó.

—*No pienso matarlo, ya hice lo que quería. Ahora regresemos todo a su lugar y no dejemos rastro de que estuvimos aquí* —exigió. Kwan se acercó una vez más a Aiden para volver a golpearlo, pero su maldito compañero lo detuvo—. *He dicho que no más* —advirtió y el otro rio con burla.

Hicieron lo que Demian dijo y volvieron a poner a Aiden en la cama. Él no se movió más hasta que Sebastián llegó a despertarlo esa mañana y le costó levantarse de la cama, ahí sí vi el esfuerzo que hizo por mantenerse en pie y, cuando logró llegar al baño, lo escuché vomitar y, tras ello, bañarse.

—Pare, por favor —rogué al señor Elijah y me miró, extraño—. ¡Dios! Pare, se lo suplico —dije y, tan pronto como lo hizo, abrí la puerta y comencé a vomitar sin parar.

Los ojos se me inundaron de lágrimas. Sabía que no era solo por el esfuerzo que hacía con cada arcada, estaba llorando de nuevo al sentirme tan estúpida y haber permitido que Aiden pasara tanto tiempo sin atención, todo por mi maldito orgullo y porque me fue más fácil creer que él quería estar con alguien más, a aceptar que me moría de celos porque deseaba el lugar de Leah.

El señor Elijah llegó a mi lado justo cuando logré bajarme para no manchar el interior del auto y tuvo la delicadeza de cogerme el cabello.

—Alcánzame agua y papel —le pidió a Owen, que se detuvo al ver que él lo hizo.

Cogí el papel que me daba y me limpié la boca y el rostro, a la vez que me apretaba el estómago para tratar de calmar los calambres que me estaban atacando por el esfuerzo.

—¿Estás bien? —me preguntó y negué. Me recosté con la frente pegada al auto y comencé a llorar sin consuelo alguno.

No podía más, lo aceptaba. Llegué a mi límite y solo quería llorar sin parar.

—Fue mi maldita culpa —logré decir entre sollozos.

—¡Joder, Sadashi! No me hagas esto, porque no soy bueno para consolar. —Negué, sin apartarme del coche.

—Por querer cumplirle a usted y a mi Sensei, lo alejé de mi lado. Necesitaba que volviesen a confiar en mí plenamente como antes y sabía que con Aiden no iba a hacer caer a Kwan. Estaba dispuesta a todo, incluso a acostarme con ese malnacido con tal de entregárselos, y en el camino dañé a su hijo sin lástima alguna.

La verborrea se apoderó de mí y, mientras soltaba eso, quise volver a vomitar, ya que sentía asco de mí misma. Seguí sollozando sin poder controlarme. Desde que mataron a mi madre no

lloraba como entonces y sentí vergüenza de hacerlo frente a ese tipo tan frío, pero no pude parar.

—Aiden me reprochó el ponerlos a ustedes antes que a él y ahora me arrepiento, porque si hubiese tenido los ovarios para aceptar esa noche lo que siento, nada de esto habría sucedido. ¡Maldita sea! ¡Por mi culpa casi lo matan! ¡Por mi maldita culpa va de camino al hospital!

—¡Mierda! Contrólate, Sadashi. Te necesito en tus cinco, es una orden.

No pensé lo que diría a continuación.

—¡A la mierda sus órdenes! ¡Por ellas he perdido al tipo que… que...! —Me quedé en silencio y lo miré, asustada. Elijah Pride me observaba, incrédulo.

—No lo has perdido, tonta. Y qué bueno ver que te importa tanto como para hablarme de esa manera. —Traté de respirar profundo y controlarme.

—Lo siento, señor. No debí hablarle así —murmuré y miré hacia el suelo.

—No lo sientas, mejor bebe un poco de agua y continuemos el camino. Aiden nos necesita. —Asentí sin saber qué decir.

Lo vi irse para el lado del piloto y me dejó ahí, dándome espacio para limpiarme un poco.

¡Demonios! No entendía qué me pasaba, me sentía rara, vulnerable y muy débil.

Me ofreció una goma de mascar cuando estuve dentro del coche y la acepté con gusto. Inició la marcha de nuevo para el hospital y traté de contenerme, ya que deseaba seguir llorando y no parar hasta que se me acabaran las lágrimas.

—Desde el momento en que permitimos que cuidaras a uno de nuestros hijos, te demostramos que confiamos más en ti de lo que imaginas, Sadashi. No era necesario que nos demostraras nada —dijo, y no quise volver a mirarlo; sabía que él tampoco lo hacía, pues estaba muy concentrado en la carretera—. Y sé lo que sientes —añadió y me tensé— porque, al igual que tú, la cagué en incontables ocasiones por no aceptarlo. —Tragué con dificultad y miré el camino—. Aiden es igual a su madre en cuanto a aceptar sentimientos se trata y eso nos puede abrumar a personas como nosotros.

—Es que no solo me abruma, me hace cagarme del miedo, porque ya cedí una vez y no obtuve nada bueno —confesé, y ahí estaba de nuevo, chillando como una exagerada.

¡Dios! Me desesperaba eso y más no poder controlarme.

—Ese fue mi error, Sadashi, creer que Isabella sería igual a lo de antes. Pensé que esa mujer solo me haría débil y, créeme, jamás fui tan miserable como cuando no la tuve a mi lado.

Sabía que yo no era ninguna persona especial como para confiarme eso, pero me hizo sentir bien que intentara levantarme el ánimo con su experiencia.

—No cometas mi error, porque más duele vivir toda la vida sabiendo que dañaste a la única persona que te acepta tal cual eres. No importa lo que hagas después para resarcir ese daño, en tu interior siempre estará la culpa, torturándote por no haber sido una mejor persona con quien te alegra la vida día tras día.

—Gracias —fue lo único que pude decir.

Sabía a lo que se refería.

—Y, si te sirve de algo, a mí me gustas para él. —Me sentí cohibida cuando soltó semejante declaración y deseé hundirme en el asiento hasta desaparecer.

Creo que, para decirme eso, le motivó el que me hubiera desahogado con él y, si para mí fue un tanto fácil hacerlo, fue porque intuí que él me comprendería mejor que nadie, y no me equivoqué.

No hablamos más durante el camino y cuando llegamos al hospital nos fuimos directos hacia donde la enfermera nos indicó que llevaron a Aiden. Encontramos a Leah fuera de una habitación y nos informó que un doctor ya lo estaba atendiendo. Un rato después el profesional

salió e informó que era necesario practicarle una tomografía computarizada y lo prepararon de inmediato para llevarlo a una sala especial. En ese tiempo, el señor Elijah aprovechó para hablar con su esposa y decirle todo lo que estaba sucediendo.

—Ten. —Leah llegó a mí y me tendió un vaso con té caliente—. Te sentará bien, ya que estás muy pálida. —Cogí el vaso y le agradecí.

Se sentó a mi lado para esperar noticias.

—Me siento pésimo —solté de pronto y sentí su mirada en mí.

—Créeme que quisiera hacerte sentir peor por no confiar en él, pero no puedo, Sadashi. Me caes bien, a pesar de que yo a ti no.

Le di un trago a aquella bebida caliente y cuando llegó a mi estómago me rugió en agradecimiento. No dije nada y nos quedamos en silencio por varios minutos, hasta que volvió a hablar.

—¿Tienes un mejor amigo o amiga? —cuestionó y volví a verla.

—No, no creo en eso. —Decidí ser sincera al responder.

—Pero ¿existe alguien a quien le hayas confesado alguno de tus secretos con facilidad? —insistió y miré al frente.

Mis mayores secretos estuvieron muy bien guardados hasta que decidí confesárselos a Aiden. Tía Maokko no contaba, ya que no supo por mí todo lo que sabía. Confiaba en ella, sí, aunque fue a Aiden a quien decidí contárselos por voluntad propia.

—¿Qué relevancia tiene eso con lo que está pasando? —inquirí y sonrió.

—Ninguna, es solo que quiero ayudarte. —Alcé las cejas—. No te veo bien, Sadashi, y no me refiero a lo físico, sino a lo emocional —explicó y le di otro trago a mi té—. No sé si se debe a lo que pasa con Aiden o a otra cosa, pero no me gusta verte así. Por lo poco que te conozco, sé que eres una chica de pocas palabras, aunque directa, y me sorprende que, aun así, te dejes ir por lo que ves y no indagues.

—Sé que cometí un tremendo error al juzgar a Aiden —acepté.

—Y no solo lo juzgas a él, también a mí. No me preguntes cómo lo sé, pero te aseguro que Aiden me trató estos días como quisiera tratarte a ti, pero no lo dejas. Esos malditos imbéciles lo dañaron e hicieron que confundiera todo, hasta el punto de demostrarme a mí lo que siente por ti, y creo que en realidad necesitas hablar con urgencia con alguien de tu confianza sobre esto que te está pasando con él.

—Pues no hay nadie, ni lo necesito —zanjé.

—Maldita orgullosa, prefieres pasar con cara de culo todo el tiempo y muriéndote de celos por mi causa en lugar de aclarar las mierdas —soltó entre dientes y apreté la mandíbula.

—No te creas tanto —bufé.

Ambas tratábamos de no alzar la voz para no ser escuchadas.

—Me creo lo que soy —largó con orgullo—, y tienes suerte de que ahora mismo esté locamente enamorada de Lane, porque si esto hubiese pasado antes, te aseguro que habría aprovechado que Aiden me tratara como me trató.

—Solo estuvo confundido —espeté y nos miramos a los ojos.

Vi un poco de diversión en los suyos y quise golpearla.

—Incluso así, eso te puso loca de celos, ¿no?

—No tientes a la suerte, Leah, porque se me olvidará que eres sobrina de Isabella.

—Exacto, Sadashi. Por mi cuerpo corre sangre Miller, la misma que corre por las venas de mi tía. No lo olvides, porque tú podrás ser una ninja asesina, pero yo sé defenderme, y muy bien. —Negué con fastidio—. Tener esa sangre también me ayuda a no guardarme los sentimientos, y

en eso somos iguales que Aiden. Ese chico está enamorado de ti y jamás se ha interesado en ninguna chica; tienes la suerte que muchas quisieran y no lo aprovechas. Ya basta, mujer —se quejó—. Así como tienes los ovarios para asesinar y ponerte muy bocona conmigo, deberías de tenerlos para aceptar que estás hasta los huesos por mi primo. No es difícil, joder —soltó, exhausta.

—¿Y tú qué sabes?

—Sé lo que veo. Solo díselo y aprovéchalo porque, si no te has dado cuenta, ese tonto es tuyo desde el día en que te conoció, cuando salvaste su culo por primera vez. —La miré, sin saber qué decir.

De pronto a mi cabeza llegó aquel secuestro del que me tocó liberarlo y cómo después no dejó de joderme cada vez que me tuvo frente a él. Leah ya no dijo nada mientras el tiempo corrió, y lo agradecí, puesto que me entró una ansiedad que se me hacía difícil controlar. Tras una hora, el médico llegó para informarnos sobre Aiden; mi Sensei ya estaba ahí junto a su esposo y noté la rabia y preocupación que la embargaba.

Aiden tenía una lesión cerebral traumática y todavía no era seguro si sería moderada o severa, aparte de los muchos golpes internos que le encontraron; su brazo, en efecto, estaba dislocado y el médico dijo que lo estaban estabilizando, ya que necesitaban controlar su presión arterial, la presión dentro del cráneo, y asegurarse de que llegara suficiente sangre y oxígeno a su cerebro.

Era posible que tuviesen que intervenirlo de manera quirúrgica, pues había un hematoma riesgoso, aunque antes lo tratarían con anticoagulantes para evitarlo. El hombre siguió hablando y enumerando cada punto del proceso que comenzaría y llegó a marearme, tanto, que volví a sentarme, me cogí la cabeza y respiré profundo.

Era demasiado, todo lo era.

____****____

Tres días después Aiden seguía en el hospital y me fui de ahí solo cuando sus padres me pidieron hacer algo importante para ellos.

¡Joder! Había llegado su cumpleaños veintitrés y, en lugar de celebrarlo como siempre, estaba postrado en una camilla; eso añadió más culpa en mi interior.

«Está vivo, es lo que importa».

Había dicho su madre al recordar lo entusiasmado que se ponía Aiden por sus fiestas de cumpleaños, pero eso no me hizo sentir mejor, a pesar de que fue la intención de Isabella.

Admito que hubiera preferido estar investigando a una de sus conquistas y no estar ahí en el hospital, rogando para que reaccionara bien.

Caleb estaba concentrado en encontrar a Kwan y Demian, Leah seguía al lado de su primo porque él así lo pedía y yo, pues, aprovechaba a verlo cada vez que estaba dormido, ya que era de la única manera en la que no me miraba con fastidio.

La vida era bien perra cuando quería y me castigaba demasiado con esa situación.

Esa tarde llegué al hospital luego de ir a por unos informes que Connor necesitaba hacerle llegar a mis jefes. Cuando estuve cerca de la habitación escuché la risa de Leah y a mi Sensei hablar muy animada, pero el corazón casi se me detuvo al percatarme de que Aiden se hallaba despierto y su voz se escuchaba normal, como siempre fue.

—Permiso —dije cuando me decidí a entrar, preparada para aquella mirada fría que el niño bonito siempre tenía para mí en los últimos días.

—¡Sadashi! Entra —me animó Isabella, la noté muy feliz al hablarme.

El señor Elijah se hallaba con los brazos cruzados y con una media sonrisa en el rostro, Leah le daba de comer en la boca a Aiden y él estaba sentado, con el torso desnudo, los brazos rodeados con una venda para corregir su lesión y la sábana del hospital cubriéndolo de cintura para abajo. Mi Sensei me recibió los papeles que le tendí y traté de mirarla solo a ella para no llevarme un trago amargo, como siempre.

—Buenas noticias —me susurró con evidente felicidad—. Aiden ha despertado hace poco con un hambre voraz y siendo mi niño de siempre.

Supe que el rostro me cambió cuando dijo tal cosa, porque una felicidad inefable me embargó de pies a cabeza.

—Ni tan niño, *mammina* —alegó él, pues estaba claro que escuchó—. ¿Cierto, Engreída? —El corazón me fue a mil al oír aquello y me animé a mirarlo.

Sus ojos ya no eran adormilados, a pesar de haber dormido tanto; la lentitud en sus palabras desapareció y tenía dibujada aquella sonrisa pícara que en muchas ocasiones me volvía loca. Sus bromas estaban de regreso, la imprudencia que lo caracterizaba lo iluminaba como su aura natural.

—¡Dios! Extrañaba tus locuras, amor, pero cálmate, eh, que hay cosas que no necesito saber —lo reprendió su madre, sacándome de tremendo embrollo.

—Bonita, vamos afuera, necesito que revisemos esos documentos de inmediato —pidió de pronto el señor Elijah y cogió a su mujer de la cintura.

Ella se negó, pero él no cedió y se la llevó, asintiendo hacia mí, diciéndome con eso que era mi momento. Leah entendió todo y terminó inventando una excusa para irse también y, en el camino, me pasó la gelatina que le daba de comer a su primo.

—A ver si ahora sí tienes ovarios o, si quieres, te presto un poco de los míos —se burló cerca de mi oído.

Los nervios que sentía solo permitieron que sonriera, satírica, y me prometí que esa tonta me las pagaría pronto. Aiden me observó, divertido e intrigado, y logró que me olvidara de su prima de golpe.

—Sigo teniendo hambre —demandó.

Respiré profundo y tomé el valor para acercarme a él. Estando solos me resultaba más fácil y, antes de arrepentirme de lo que iba a hacer, puse el pote de gelatina en la mesa y lo cogí del rostro para besarlo. Por supuesto que él no esperaba ese acto, lo tomé desprevenido y tardó unos segundos en responderme, aunque, cuando lo hizo, me tomó con un brazo de la cintura y me apegó a su cuerpo cálido.

Sus labios me sabían a gloria y respirar se volvió fácil después de tantos días. Todos mis malestares físicos y mentales se disiparon cuando volví a sentir a mi niño bonito, el idiota que logró colarse en cada poro de mi piel y mandó a la mierda mis objetivos y promesas.

—Joder, Shi. Me has hecho tener una erección y esta sábana no me cubre nada. —Sonreí en sus labios al escuchar su locura.

¡Dios! Era él de nuevo. ¡Era él!

—Yo también, Aiden —susurré y volví a besarlo.

—¿Tú también tuviste una erección? —inquirió y reí de nuevo—. Porque si tienes una polla, estaré bien jodido.

—También estoy enamorada de ti, idiota —solté entre risas.

Entonces me cogió del rostro y me separó de él sin poder creer lo que dije. Yo tampoco me creía que hubiera sido tan fácil decirlo.

—Repítelo —exigió, y negué.

—Caí ante las idioteces de un niño bonito al cual solo debía cuidarle el culo —dije a mi manera y lo hice reír.

Sus ojos se iluminaron de verdad y supe que los míos también.

—Eso te lo creo más, *diavola*. —Dio un beso casto en mis labios y acepté que esa declaración era más creíble en mí—. ¿Y ahora? ¿Cuál sería la respuesta para lo que escribí en tu espalda? —preguntó y, de paso, me acarició en esa zona.

Usaba solo el brazo izquierdo y le acaricié el rostro antes de responder. Pensé en el día que escribió con su dedo en mi espalda y todas las sensaciones y miedos que tuve en ese momento, aun así, me hizo ver de forma diferente esas marcas y borró con ellos los fantasmas de mi pasado. Aiden siempre fue directo y seguro conmigo y se merecía lo mismo de mi parte.

Ya no había dudas en mí, tampoco miedo.

—Sí, quiero serlo —admití y me sonrió, feliz.

—¡Feliz cumpleaños atrasado para mí! —celebró con emoción y reí—. No le digas a madre que te pedí eso —susurró en mi oído y pegué una carcajada—. Solo dile que eres mi novia, la loca asiática con la que puedo jugar como un niño, a la única que puedo follar como un depravado y amar como un desquiciado —soltó, logrando que la piel se me erizara.

Y así acabó mi carcajada. El corazón se me volvió loco, la respiración se me cortó y los ojos se me inundaron de lágrimas.

¡Mierda! No quería llorar más.

Punto erróneo

[Capítulo 25]

{Sadashi}

Aiden dio otro beso casto en mis labios, pero se alejó de mí cuando sintió las lágrimas. Me limpió las mejillas y sonrió por mi acto; yo, por mi parte, no podía dejar de verlo y confieso que por un instante tuve miedo de que me estuviese confundiendo.

—Sabes quién soy, ¿cierto? —pregunté. Sus ojos se abrieron un poco más al oír esa pregunta.

—Sadashi, no sé qué hice en estos días para que estés dudosa, pero sí, sé quién eres, y recuerdo lo que te dije el viernes en la oficina de Elite. Así como recuerdo que esa noche dos malnacidos se metieron en mi apartamento y me atacaron, aunque no me acuerdo de nada desde entonces, solo que me desperté hoy aquí, creyendo que era sábado, y no viernes.

—Ya habrá tiempo de explicarte bien las cosas —dije cuando sentí que se estaba molestando —, lo importante ahora es que te recuperes. ¿Te sientes mejor? —quise saber y le acaricié el rostro.

—Supongo que sí. Me duele un poco la cabeza y no puedo mover mucho el brazo, pero ahora que estás aquí, y has aceptado que has caído por este bombón, pues me siento de puta madre —soltó y sonreí, divertida.

—Tampoco lo digas a cada momento porque me puedo arrepentir.

—No lo permitiré —replicó y me acercó a él de nuevo.

Se sentía bien soltarme un poco con él, admitir que me enamoré y no estar tragándomelo como una orgullosa y de paso dañarme y dañarlo. A pesar de todo, creí que las cosas buenas todavía podían pasar y tener a ese hombre abrazándome, sin querer soltarme, lo afirmaba. Aiden era algo nuevo en mi vida, él y lo que conllevaba estar a su lado me abrumaba, pero también me hacía vivir y respirar, porque, hasta en ese instante, sentí que lo hacía como debe ser.

Mi pasado poco a poco se volvía borroso, ya no pensaba en mis cicatrices como antes y ese chico influía en todo, tanto, que, si lo pensaba bien, me llegaba a dar miedo.

—¡Jesucristo! Si tiene sentimientos. —Ambos escuchamos a Leah y volvimos a verla.

Quise apartarme de Aiden cuando vi a sus padres llegar con ella, pero se aferró más a mi cintura y no lo permitió ni cuando puse la mano en su brazo para quitarlo.

—¿Leah? —inquirió su tío en tono de advertencia y la maldita sonrió, divertida.

—No me la asustes que luego me requiere un huevo y la mitad del otro tenerla así de dócil —pidió Aiden y le metí un pellizco en el brazo que lo hizo reír.

—Hijo, cuida esa boca —demandó mi Sensei, pero también se estaba riendo y quise odiarla por eso.

Al final pude soltarme y me alejé para que su madre estuviera cerca de él y el doctor cuando llegó a revisarlo. Me mantuve al lado del señor Elijah y sentí su mirada puesta en mí, algo que me incomodó hasta el punto de buscarlo con la mirada.

¡Maldición! Él también se estaba riendo, aunque con disimulo.

—No es gracioso, eh —susurré. Estaba con los brazos cruzados y se encogió de hombros tras oírme.

—Cuando lo miras desde el otro lado, sí que lo es —alegó y blanqueé los ojos. Era grandioso —. ¿Vamos a por un café? —propuso y suspiré fuerte.

—Mejor a por un té, no tolero el café en estos momentos —avisé y con un movimiento de cabeza me pidió que saliéramos. Tras eso avisó a su familia de que volveríamos pronto.

—¿Y no me darás un beso de despedida para que no te extrañe, *mia cara*? —En serio quise matar a Aiden por hacerme pasar esas vergüenzas.

—No te morirás porque no te dé uno —habló su padre y se lo agradecí de verdad.

—Mira quién lo dice, el tipo que no va ni al baño sin antes darle un beso a mamá. —Me aguanté una sonrisa cuando vi que el señor Pride negó y retrocedió, pues su intención sí era ir a besar a mi Sensei.

Me di la vuelta para salir de la habitación y lo sentí seguirme, pero estaba claro que Aiden no lo dejaría tan fácil.

—*Andiamo,* viejo. Haz lo que ibas a hacer, no te diré nada.

—Doctor, póngale un sedante, por favor —pidió mi jefe.

Escuché las risas de esos tres y seguimos nuestro camino hacia la cafetería, pero yo iba riéndome de lo que acababa de escuchar y comprendí sus palabras anteriores.

—Ya, no es gracioso —bufó.

—Cuando lo miras desde el otro lado, sí que lo es —repetí y negó, pero intenté controlarme cuando lo vi serio, aunque segundos después comenzó a reírse, y me sorprendí, pues durante mi tiempo en las organizaciones nunca lo vi así. Una vez se lo comenté a Aiden, pero me aseguró que sí lo hacía con ellos, en sus momentos familiares y tranquilos.

Cuando llegamos a la cafetería y nos sentamos en una de las mesas, comenzó a platicarme de que llegaron a un acuerdo con su mujer y sobrina y quería incluirme en él. No iban a decirle a Aiden lo que hizo en los días después de su ataque, en la confusión que tuvo y la manera en que trató a Leah, eso último porque la chica así lo prefería y ellos estaban conformes.

El doctor les dijo que era una buena idea, ya que lo que menos querían era que el chico entrara en un estado de estrés o preocupación, puesto que ciertas emociones revocarían todo el trabajo que estaban haciendo para estabilizarlo.

La lesión en su cerebro, por fortuna, la podían catalogar como moderada y había muchas posibilidades de que sanara solo con medicamentos, aunque lo tendrían en observación y le harían exámenes periódicos para monitorear sus avances. En tres días más le darían el alta y lo derivarían con un neurólogo de confianza para que continuara su tratamiento; imaginé que el doctor Fabio D’angelo pronto haría su aparición por la ciudad, puesto que la familia Pride White confiaba más en él que en ningún otro.

Caleb y todo su equipo seguían en la búsqueda de los cobardes que pusieron a Aiden en ese hospital y, aunque el señor Pride lucía feliz por la recuperación de su hijo, estaba segura de que lo que se acercaba haría derramar mucha sangre y me sentía más que lista para ser partícipe.

—¿El doctor les dio alguna explicación del comportamiento de Aiden en estos días? —cuestioné.

—Dijo que el coágulo en su cerebro lo hizo desvariar, tergiversó todo. No es algo sencillo de explicar, ya que, hasta para ellos, el cerebro sigue teniendo sus misterios. —Asentí—. Lo único cierto es que Aiden no recuerda nada de estos días, solo que un sábado fue atacado y despertó hoy en el hospital —añadió y sentí la ira en sus palabras.

—¿Estaré al frente del ataque a Escorpión y los Vigilantes? —pregunté, ansiosa, y me miró dubitativo.

—Ya veremos, ahora mismo te quiero al frente del cuidado de Aiden. A pesar de que eres su novia, haces bien tu trabajo y eso me vale más. —Me sonrojé con la declaración.

—Estaban escuchándonos, cotillas —acusé de pronto al captar todo y negó.

—Yo no. Isabella y Leah tal vez un poco —confesó.

Cambié de tema de inmediato y él me siguió, algo que agradecí.

Ambos éramos de pocas palabras cuando de temas personales se trataban, aunque si hablábamos sobre las organizaciones, podíamos pasar horas. La pasión que él sentía por lo que hacía me inspiraba y quería llegar a ser como Elijah Pride en un futuro, ese era mi objetivo y ya me las apañaría para que nadie me lo impidiera.

Ni siquiera Aiden, pero ya no lo dañaría en el proceso.

____**____**

Un mes después…

Me encontraba en el baño de mi habitación en el *Townhouse* de Aiden, pues volví a hacerme cargo de su seguridad. Virginia Beach era muy helada a pesar de ser una playa y el invierno comenzaba a hacer estragos, y el clima no ayudaba con la semana terrible que estaba pasando.

A Aiden le encantaba ir a caminar a la playa o a correr por las mañanas para iniciar así su rutina de ejercicio, sin importar el frío que hiciera; iba evolucionando bien y, a pesar de que seguía con dolores de cabeza, retomó su vida tal cual la dejó un mes atrás.

Las organizaciones continuaron con la búsqueda de Demian y Kwan, incluso acabaron muy cerca de ellos en varias ocasiones, tanto, que sabíamos que estábamos acorralando a esos imbéciles, pues intentaron algunos ataques fallidos en nuestra contra. Pero el ataque que me llegó a mí esa mañana no me lo esperaba, ni de ellos ni de nadie, y estaba mirándome en el espejo con el maquillaje corrido y cagada de miedo. La persona que me devolvía la mirada tenía los ojos cargados de terror y eso me ponía peor.

—¡Joder! Espe… —No pude terminar de hablar y comencé a vomitar.

Iba corriendo al lado de Aiden y no soporté más el malestar. Él se detuvo unos pasos delante de mí y regresó conmigo, muy asustado. Mis malestares estomacales no cesaron, ya tenía dos meses así y justo esa mañana me asusté hasta la médula.

—¡Mierda, Shi! Esto ya no me está gustando —dijo y puse la mano en su muslo cuando otra arcada me atacó.

Por un tiempo traté de ocultar mis molestias con él, pero esa semana ya me estaba resultando imposible. Sabía que comenzaría a joderme con que fuera al médico y yo lo odiaba, por eso no quería que me viese así, aunque ya era tarde.

—Ya, ya… Creo que algo que comí me cayó mal. —Me alejé para enjuagarme la boca con un poco de agua de mi botella. La llevaba en una especie de cinturón en la parte trasera de mi espalda.

—Sí, creo que lo que te doy de comer te tiene así. —Escupí el agua de golpe tras escucharlo y volví a verlo, incrédula. Me limpié las lágrimas de los ojos y lo encaré.

—¿Qué insinúas? —Él se encogió de hombros.

—Nada del otro mundo, somos novios y me atrevo a asegurar que follamos más que una pareja normal. No sería de extrañar que estés embaraza…

—¡Joder! Ni termines esa frase —exigí—. Siempre nos hemos cuidado, eso es imposible —recalqué y alzó las manos.

—No, no lo es. Y, si mis cálculos están bien, hemos hecho el amor cada día desde que me recuperé, y en ninguno has estado con tu periodo. A no ser que lo hayas tenido cuando estuve en el hospital y, si es así, ilumíname, cielo.

Mi corazón dio tremenda voltereta cuando me hizo pensar en eso y, con las manos temblorosas, saqué el móvil y busqué mi calendario menstrual. Hasta ese instante no caí en la cuenta de que no veía el periodo desde hace mucho y me desesperé cuando no vi las marcas de mi regla en ese mes, y tampoco en el pasado.

—Tenemos que irnos.

Eso fue todo lo que dije y comencé a correr de regreso hasta donde habíamos dejado el coche, lo hice como si corriese por mi vida y lo escuché maldecir detrás de mí. Cuando llegamos al estacionamiento apenas llevaba aire en los pulmones, él lucía como si solo hubiera corrido una cuadra, algo que odié, e ignoré.

En el camino a casa me convenció para pasar a una farmacia a por una prueba de embarazo y terminé comprando cinco, una de cada marca y precio. Mi cerebro estaba en negación, puesto que, viendo el calendario, algo en mi interior me dijo que no había vuelta atrás.

Y ahí estaba, mirando como una estúpida aquellas cinco pruebas y, de forma alternada, también mi reflejo en el espejo.

Pegué un respingo cuando la puerta se abrió de golpe y me encontré a Aiden, muy enojado.

—¿Qué parte de *necesito mi espacio* no entendiste? —reproché.

—Llevas una puta hora aquí dentro. He tocado como un maldito loco y no te dignas a responder. ¿Qué esperabas? ¿que me quedara afuera como un idiota y…?

Se quedó en silencio cuando vio todas las pruebas sobre el lavabo y sus ojos se abrieron de más. Me cubrí el rostro con vergüenza y me senté en el retrete que tenía con la tapa puesta. Únicamente en ese momento dejé que el miedo se apoderara de mí y comencé a llorar, desesperada.

¡Mierda! ¿Cómo pudo pasar si siempre nos cuidábamos?

Todas las putas pruebas dieron positivo, y entonces comprendí mis cambios de humor, los malestares estomacales, las náuseas, mi aversión por ciertos alimentos que antes amaba y mis ganas incontrolables por el sexo… Bueno, eso último no se debía a lo que me estaba sucediendo, pero me pareció una buena excusa.

Vi a Aiden tomar una prueba y noté el temblor en su mano, lo acercó más a su rostro, como queriendo estar seguro de que su vista no fallaba y, al ver de cerca esas dos rayas, murmuró un «mierda» y se llevó una mano a la cabeza. Alborotó su cabello, miró al techo y maldijo de nuevo.

Esa reacción suya solo me puso peor y lloré todavía más; acababa de joderme la vida y se la estaba perjudicando también a él.

—Yo…

—No digas nada, no lo jodas —me calló, se dio la vuelta y salió de la habitación.

La verdad era que no esperaba que se alegrara, puesto que ni yo me sentía así, pero verlo fue un golpe de realidad que creí que iba a derrumbarme. Nunca quise hijos, no estuvieron en mis planes, no iban con mi vida y saber que en ese momento tenía a alguien en mi interior fue como haber construido una torre con trocitos de madera, con mucho esfuerzo, y que una persona llegara y la destrozara de golpe.

Mis prioridades, sueños y objetivos se fueron abajo. No estaba preparada para encargarme de otra vida que no fuera la mía, y jamás lo estaría.

—¡Sí, joder! —Escuché de pronto y salí corriendo a la sala.

Ahí encontré a Aiden abrazando a Sebastián y este último lo felicitaba con verdadera alegría. El niño bonito fue el que gritó y, al ver esa escena, me quedé anonadada.

Sebastián se percató primero de mi presencia y quiso llegar a mí y hacer lo que hizo

previamente con Aiden, pero alcé la mano y negué. Aiden me miró entonces y lo vi con la sonrisa más radiante, enorme y genuina que jamás presencié.

—Déjanos solos —pidió a Sebastián y él asintió, yéndose enseguida.

No aseguro en qué momento lo decidí, pero lo hice, y solté esas palabras justo cuando Aiden caminó hacia mí.

—No voy a tenerlo. —Se detuvo de golpe—. No nací para ser madre, no estoy preparada para serlo y jamás lo estaré porque un bebé no cabe en mi vida.

Aiden cambió de colores, hasta que se volvió rojo.

—¿Qué jodida mierda estás diciendo? —habló haciendo pausas y respiré profundo.

—No seré madre, no voy a tener a este bebé —repetí y negó, incrédulo.

—A ver. —Suspiró profundo antes de continuar—. Entiendo que estés asustada, que esto sea algo que no planeamos y que nos obligará a cambiar todos nuestros planes, pero es un hijo, Sadashi. Nuestro hijo, una persona que hicimos con amor y mucha pasión. No puedes venir a decirme que no lo tendrás solo porque te cagas del miedo, yo también lo hago y aun así estoy feliz.

Negué al escucharlo, no era solo miedo, era que no quería un hijo, ni con él ni con nadie.

—No es por el miedo, es porque no quiero ser madre, y si no lo quiero tener, no lo tendré, punto.

—¿Y mi maldita opinión dónde queda? Porque ese hijo no lo hiciste sola, también es mío, y yo sí que lo quiero.

Mi primera respuesta ante lo que dijo pudo haber sido que era mi cuerpo y mi decisión, sobre todo en ese instante que tenía la cabeza caliente, pero lo cierto era que permití que formara parte de mi vida y, por ende, lo hice parte de ese momento y, así me hubiese dado cuenta de mi estado a sus espaldas, me sentía en la obligación moral de decírselo, por eso debía respetar su opinión y tratar de llegar a un acuerdo en el que los dos saliéramos beneficiados.

—Lo siento, tienes razón, pero eso no significa que desista. Jamás he querido tener hijos, Aiden, y espero que respetes eso.

—¡Joder, Sadashi! ¿Sí te das cuenta que quieres deshacerte de mi hijo? —Su voz bajó dos tonos al cuestionar eso. No lo vi así hasta ese momento—. Estás insinuando que considere la idea de aceptar que lo abortes. Vas a matar a mi bebé en mis narices y quieres que te apoye cuando yo deseo con el alma que lo tengas. ¡Mierda! ¿Qué sientes por mí en realidad para ser capaz de insinuarme esto?

Callé ante su última pregunta y pensé que lo que sentía por él no tenía nada que ver con mis ideales.

—Es solo que no quiero ser madre, Aiden. No tiene nada que ver con lo que siento por ti. —Sonrió, satírico.

—Claro que sí, porque si sintieras un poquito de lo que yo siento por ti, te hubieses sentido tan feliz como yo después del *shock* que pasé. O al menos te hubieras cuestionado si quiero a ese bebé, o, si opino igual que tú —replicó y noté su respiración errática y su voz temblorosa—. Y lo quiero, Sadashi… *¡Cazzo!* Es que… imagino que esa personita que llevas ahí —señaló mi vientre y me cohibí—, será una niña y la visualizo con tus rasgos, con sus ojitos rasgados, el cabello súper lacio y… ¡Mierda! Me vuelvo a enamorar, te lo juro.

»Y sé que siento esto porque te amo y amo todo de ti, y acabo de enterarme, pero también sé que ya amo a ese bebé, y tú solo piensas en eliminarlo como si fuese un punto erróneo, ya que en la historia de tu vida quieres continuar con las comas para así no darle un giro inesperado.

Me faltó el aire tras escucharlo, aun así, me obligué a responder.

—Estoy más enamorada de lo que tenemos ahora mismo, Aiden. Entiende que en mi vida nunca hubo cabida para un hijo. Esto no se trata de lo que siento por ti, sino de que no quiero ser madre. ¡Joder! ¿Tan difícil es para ti entender eso? ¿Por qué no podemos ser como tía Maokko y Marcus? Ellos son felices siendo solo dos.

—¡Son felices porque decidieron serlo a pesar de que la vida les negó lo que tanto deseaban, Sadashi! ¡Maokko no puede tener hijos, no es madre porque el destino se lo negó, no porque lo haya decidido así! —gritó y mis ojos se ensancharon de forma desmesurada.

No tenía idea de eso, tía Maokko jamás lo dijo y nunca escuché que ellos hablaran sobre el tema.

—Eso no es cierto.

—Ni siquiera tendría que habértelo dicho —se reprochó—. Lo escuché por accidente, un día que ella se lo contaba a madre entre lágrimas. No fue mi intención oírlas, pero lo hice, y jamás lo repetí hasta ahora.

Tomé asiento en el sofá y me quedé mirando a la nada, pensando en ella y en lo que me estaba sucediendo a mí.

—¿Ves la puta ironía de la vida? —susurró y no respondí. Sabía a lo que se refería—. Y soy consciente de que no es tu culpa y tampoco quiero chantajearte con nada, únicamente quiero señalar el punto de que tú tienes ahora en tu vientre lo que muchas mujeres desean.

—Todas, menos yo —solté, aunque me partió en pedazos verlo limpiándose las lágrimas.

—¿Sabes qué? Creo que no estamos preparados para seguir con esta conversación —bufó y se limpió el rostro con brusquedad—. Como te dije antes, no pretendo chantajearte y tengo claro que tú no eres una mujer sin criterio propio, por lo que piense lo que yo piense, tomarás tu decisión. Así que mejor me prepararé para ir a la oficina, tómate el día libre —zanjó en un tono que no me permitía replicar.

Y tampoco pretendía hacerlo, ya que tenía razón, él seguiría defendiendo su punto y yo el mío.

Me recosté por completo en el sofá y dejé salir todo el aire que estuve conteniendo. Me sentía preparada para estar con él, por eso acepté que me enamoré, estaba más que lista para enfrentarme a una horda de cobardes dispuestos a jodernos la vida, pero jamás a un bebé.

¡Puta mierda! La vida me estaba jodiendo de nuevo en cuestión de segundos.

Punto de quiebre

[Capítulo 26]

{Aiden}

Me encontraba en el apartamento de Lane. Dasher nos acompañaba mientras me bebía el quinto vaso de *whisky*. Se suponía que no tenía que ingerir alcohol, todavía estaba haciéndome un tratamiento para la lesión en mi cerebro, pero después de dos semanas en las que recibí la mejor puta noticia de mi vida, y también la peor, ya no soportaba el dolor que me carcomía el alma poco a poco.

Las festividades fueron una total mierda esa vez.

Los chicos no sabían mi razón de estar así, lo único que les dije fue que tuve problemas con Sadashi y esa vez no creía que tuviesen solución; no quise mencionarles lo del embarazo porque podía jurar que la juzgarían y, a pesar de que me sentía muy enojado con ella, no necesitaba que nadie más se pusiese a hablar mierdas.

Ella siguió encargándose de mi seguridad, aunque evitábamos hablarnos, y, cuando lo hacíamos, no tocábamos el tema del bebé, pero cada vez que la tenía frente a mí me moría de ganas por tocar su vientre y, de manera inevitable, mi ilusión crecía, y no debía, puesto que nada era seguro.

—Nos preocupas, Aiden —manifestó Dasher cuando me encontraba mirando a la nada.

El apartamento de Lane estaba ubicado cerca de una zona boscosa y la terraza tenía vistas hacia allí, por lo que me quedé ido mirando los árboles, sin verlos en realidad.

—Hace unas semanas estábamos pasándola bien, jodiéndote porque tenías a tu propia actriz de *Hentai* y se te hinchaba el pecho con orgullo, y ahora estás aquí, provocándote un suicidio, siendo un idiota irresponsable; ya que bien sabes que los medicamentos que bebes son peligrosos al mezclarlos con alcohol —reviró Lane.

Ni él ni Dasher bebían, únicamente me miraban con preocupación.

—¿Qué pasó con Sadashi, hermano? Porque sé que no solo discutiste con ella por tonterías, ya que tú no eres de ponerte así por mucho que esa asiática te importe. —Dash puso una mano en mi espalda. En ese instante tenía los codos sobre mis rodillas, sentado en una tumbona sin importarme el frío del exterior, negando, mirando al suelo y con unas ganas inmensas de llorar.

Me estaba desesperando; me sentía en un callejón sin salida, en un túnel oscuro.

Esa mañana Sadashi me pidió el día libre y una opresión se instaló en mi pecho al imaginar que iría a alguna clínica para informarse sobre los procedimientos para un aborto seguro, lo intuía porque vi unos volantes informativos que intentó ocultar. Entendía a la perfección que era su cuerpo, y no podía decidir sobre él o por ella, pero me mataba la idea de que le importara una mierda mi opinión y se deshiciera de lo que denominó un error en su vida.

—Creo… —Comencé a hablar, pero me callé y los miré a ambos—. Creo que necesito ir a Richmond. —Dasher asintió.

—Voy contigo, quedé de ir a cenar con Bárbara y sus padres esta noche, pero eso puede esperar —avisó y asentí.

—También voy, me servirá para ver a Leah. —Se nos unió Lane.

Veinte minutos después los tres íbamos en el coche de Dasher. Ni siquiera quise ir a mi casa a por ropa y Sebastián nos siguió, ya que era quien cubría a Sadashi. En el camino llamé a madre para pedirle que nos reuniéramos y prometió que me esperaría en la mansión junto a padre. Por

supuesto que se preocupó y quiso que le adelantara algo, pero le dije que no podía y que, por favor, aguardara.

No pretendía inmiscuirlos, únicamente necesitaba que me aconsejaran, me urgía que me guiaran en ese momento de mi vida donde pensar con claridad no estaba siendo para nada fácil.

Llegar a casa me costó bastante, pues nos encontramos con dos accidentes que provocaron un tráfico pesado y, cuatro horas después, Dasher me dejó en el jardín delantero de la mansión Pride White. Madre me recibió en la entrada y, tras darme un fuerte abrazo, que quiso cortar enseguida, me aferré a su cintura y hundí el rostro en su cuello, lo que la alarmó, y cuando me preguntó qué pasaba, negué y dejé que las lágrimas que quise contener a punta de alcohol salieran libres.

Ella me enseñó a nunca suprimir mis sentimientos y dejó claro que llorar jamás me haría un hombre débil, al contrario, limpiaría un poco mi alma y despejaría la niebla en mi cabeza. Sin embargo, era solo cuando estaba entre sus brazos que podía liberarme así.

—Nos estás preocupando, Aiden —dijo padre—. ¿Y dónde está Sadashi?

No supe cuánto tiempo llevaba viéndonos y me separé de madre al escucharlo.

—Vamos adentro —pedí tratando de recomponerme, ignorando su pregunta.

Nos encaminamos hacia la sala familiar y cogí una botella con agua de la nevera que estaba en el minibar de padre. Di dos tragos y les pedí que se sentaran. Madre lo hizo frente a mí, papá optó por quedarse de pie detrás del sofá.

—Lo soltaré de una vez porque, si no, no podré después.

—Habla —demandó padre.

—Hace dos semanas nos enteramos de que Sadashi está embarazada —informé y ambos se fueron de culo, de manera literal—. El mismo día que lo descubrimos ella dijo que no quiere tenerlo y está pensando en abortarlo.

—¡Joder! —maldijo papá y se llevó una mano a la nuca.

—Eso… eso no puede ser —titubeó mamá y vi que perdió el color del rostro—. ¿Ya lo pensaron bien? Porque es cierto que los dos son jóvenes, pero te aseguro que no es un problema. Digo, te toca modificar tus planes, sin embargo, se puede, amor.

Madre nunca se identificó por ser provida, o proaborto, lo que sí se encargó de enseñarnos muy bien fue que cualesquiera que fuesen las elecciones que tomáramos, siempre fueran a conciencia y tras pensar las cosas con cabeza fría. Por esa razón entendí que no intentaba imponerme nada al comprender mal la situación (ya que, yo sí quería a ese hijo que Sadashi no).

—Tu madre tiene razón. Comprendemos que tengan miedo, pero deben reconsiderarlo —se le unió padre y sonreí, irónico, ya que como noté con mamá, no estaban entendiendo bien.

Y en su caso, él siempre declaró que estaba a favor del aborto, pero en situaciones que lo ameritaban. Una opinión que respetábamos tanto como él las nuestras.

—Padre, madre, yo quiero a ese bebé —los corté—. Es Sadashi quien no quiere tenerlo, y por eso estoy aquí. No sé qué hacer… ¡Maldición! —grité y entonces se preocuparon más.

Comencé a explicarles todo lo que pasó cuando nos enteramos, mi reacción y la de la asiática. Les conté cada palabra que ella me dijo y cómo le respondí, también añadí que desde ese día no volvimos a tocar el tema y que pensaba que esa mañana fue a alguna clínica para informarse y poner en marcha su plan. Asimismo les admití que por mi cabeza pasaron ideas sobre amarrarla y obligarla a llevar hasta el fin ese embarazo, u ofrecerle una buena cantidad de dinero a cambio de que gestara a mi hijo.

Obviamente eso lo pensé en esos momentos de desesperación por no saber qué hacer y todo ello me llevó a buscarlos, ya que, aunque me sentía en la obligación de apoyarla porque me

importaba demasiado, también odiaba que fuera a obligarme a aceptar que se deshiciera de nuestro hijo. Esa fue la principal razón de no buscarla al sospechar lo que haría, puesto que no deseaba interferir en su decisión porque era algo que ella necesitaba elegir por cuenta propia.

Me tomé con fuerza la cabeza cuando terminé, deseando que el dolor que tenía se apaciguara un poco.

—Yo también lo haría —admitió padre, refiriéndose a mi pensamiento de obligar a Sadashi a gestar a mi hijo. En ese instante se encontraba mirando hacia afuera por la gran ventana y bebía un poco de *bourbon*.

En Richmond había nevado y el bosque que rodeaba la casa se veía majestuoso con sus colores blancos y oscuros.

—¡Dios! ¿Cómo puedes decir eso, Elijah? —reprochó mamá.

—¿Y por qué ella sí puede tomar la decisión de abortar a un bebé, que también es de nuestro hijo, sin importarle lo que él piense y Aiden no puede obligarla a tenerlo? —inquirió y lo miré.

Madre abrió la boca para decir algo, pero él continuó.

—Y no me salgas con que es su cuerpo y la última palabra la tiene ella, Isabella. Porque, en ese caso, Sadashi está obligando a Aiden a aceptar que maten a su hijo en sus putas narices.

—A ver, vamos a respirar y a calmarnos, porque, si no, no le daremos a nuestro hijo un buen consejo.

Papá negó y se fue a servir otro trago, yo solo me estaba sintiendo peor.

—No se trata de obligar a nadie a que ceda… ¡Maldición! Estamos hablando de nuestro primer nieto y, aunque entre mis planes no estaba ser abuela tan joven, me duele pensar en que Shi no lo quiera. Pero, amor. —Me miró—, yo conozco a esa chica desde hace mucho, y hace unos días estuvimos juntas, Maokko nos acompañaba, y se abrió un poco más con nosotras, contándonos su historia de una forma más profunda, y créeme que no es fácil.

Me sorprendió saber eso porque Sadashi seguía siendo muy cerrada con su pasado, pero no dije nada.

—¿Y eso justifica que no quiera a su propio hijo? Porque, entiéndeme, mamá, cuando lo pienso así, la desconozco.

—Y, en todo caso, si no querían hijos ¿por qué demonios no se cuidaron? —bramó papá.

—¡Jesús, Elijah! No ayudas —intercedió mamá—. Y bien sabes que los métodos anticonceptivos no son cien por ciento seguros.

—Lo entiendo. Pero entonces, si Sadashi nunca quiso hijos, y eso fue algo que siempre tuvo claro, ¿por qué jodida mierda no se operó para así evitar este tipo de *accidentes*? Y no intentes decirme una vez más que es su cuerpo y puede hacer lo que se le dé la puta gana, porque, entonces, aparte de irresponsable, la tacharía de una mujer cruel, ya que, si follas, es obvio que en algún momento vas a procrear, y no puedes pretender no tener hijos y cuidarte con métodos que son un noventa y nueve por ciento seguros.

—Él tiene un punto —dije—. Además, Sadashi tuvo un buen ejemplo de madre, y, por lo mismo, me resulta inconcebible que quiera deshacerse así de nuestro bebé.

—Sí, Aiden. Tuvo un buen ejemplo, pero también una vida de mierda. Elijah, tú ya sabes algo de eso. Sadashi se crio en un infierno, durante años obtuvo lo peor de lo peor en la vida. Tuvo que aprender a asesinar por un plato de comida… ¡Dios! Era solo una niña cuando le enseñaron a matar, a defenderse sin importar qué o quiénes. La convirtieron en una máquina asesina, sin sentimientos, y te juro que para mí es un milagro que siquiera sienta algo por ti, ya que hasta he dudado de que le tenga cariño a Maokko, y no me malentiendan, no la juzgo por eso, puesto que es lo único que conoce.

Me restregué el rostro mientras escuchaba a mamá recordándonos eso.

Conocía el pasado de Sadashi, lo único que me confió, y no era estúpido, sabía que me dijo solo lo que quiso, y cuando madre comenzó a recordarme todo eso, entendí mejor que estuve entre los brazos del peligro por mucho tiempo.

—Lo único bueno que no pudieron borrar de ella fue la lealtad y agradecimiento, por eso aprendió a respetarnos, y eso es todo lo que siente hacia nosotros —siguió y suspiré profundo—. Y creo que en estos momentos se está muriendo de miedo, hijo. Sadashi no cree, o no creía, en el amor porque lo ve como una debilidad, un suicidio; considera a la familia el peor talón de Aquiles, ya que en ese maldito campo se lo hicieron ver así. No tiene amigos porque solo confía en ella, puesto que la traición la llevó a perder todo.

»Fueron quince años, Aiden, viviendo en el infierno. Pasaron nueve desde que escapó y su estilo de vida solo cambió en que aprendió a ser libre y a tomar sus propias decisiones, y hasta hace unos meses ella no había mostrado empatía contigo. Se enamoró de ti, amor, pero sigue siendo egoísta con respecto a la familia, y es algo que le costará cambiar, puesto que solo está enamorada de ti, y le será difícil amarte, aceptar que le provocas un sentimiento tan fuerte que para ella siempre ha sido debilidad en su máxima expresión, y descubrir que lleva una vida en su vientre la ha de tener aterrorizada y por eso piensa así.

—La puedo entender —de verdad lo hacía—, pero no quiero que mate a mi bebé, mamá, y tengo miedo de que ya lo haya hecho. —Ella negó.

—No lo hará, amor. Al menos no sin antes comunicarte su decisión final.

No me tranquilizó su respuesta.

—Quiero proponerle que no interrumpa su embarazo. Ella no quiere a mi bebé, yo sí, y estoy dispuesto a cuidarlo por mi cuenta una vez nazca si acepta mi propuesta —comuniqué y mamá asintió.

Padre se mantuvo callado y solo escuchó, atento.

—Eres consciente de que, ya sea que aborte, o que siga adelante hasta entregarte a tu hijo, su relación ya no tiene futuro —señaló padre y asentí.

—Lo sé, porque yo jamás la apoyaré para que aborte y sé que ella no será capaz de estar conmigo y un bebé al que jamás quiso.

Verlo así me dolía y mi corazón se hizo pedazos al pensar en que esa vez sí la perdería de verdad.

Por un tiempo creí y juré que por esa mujer iría hasta el fin del mundo, la seguiría hasta donde quisiera porque la consideré mi todo muy rápido, sin embargo, no conté con lo que iba a sentir por un hijo, por una persona que ni siquiera conocía, que apenas era un embrión, pero que para mí ya estaba vivo y corría peligro, y lo peor era que su propia madre era la amenaza.

—Necesito descansar un poco y asentar las ideas —indiqué a mis padres y asintieron—. Les agradeceré que esto quede entre nosotros y me dejen arreglarlo solo. Únicamente necesitaba escuchar sus opiniones, pero hasta ahí.

—Lo sabemos, y no te preocupes, no nos meteremos en eso —aseguró madre y le ofrecí una sonrisa débil.

—Pero no olvides que cuentas con nosotros para lo que sea —añadió padre y asentí. Eso no lo dudé en ningún instante—. Y, Aiden —lo miré prestándole toda mi atención—, no te sientas mal por no apoyarla en el aborto, es tu hijo y lo aceptas así no lo hayas planeado, aunque con esto Shi te vea como un manipulador que solo piensas en ti y tus deseos, defiendes lo que quieres tal cual ella lo hace. Y créeme, si fueras tú quien le pidiera abortar y ella no lo deseara, igual te vería como un hijo de puta egoísta.

Tragué en seco al analizar con sus palabras que de cualquier forma que fuera, yo siempre sería el que perdería en esa ecuación.

Me fui a mi habitación sin decir nada más y tomé una ducha para espabilarme. La hora de mi siguiente dosis de píldoras había llegado y, aunque sentía que la cabeza me explotaría por el dolor, no ingerí nada sabiendo que había bebido alcohol horas antes, y no, no me quería morir antes de solucionar lo de mi bebé, pero era consciente de que, si ese pequeño o pequeña me faltaba, me matarían en vida.

—¡Joder, Engreída! —susurré cuando me tumbé en la cama y miré hacia el techo.

Pensé en el día en que la conocí y lo mucho que me intrigó, su manera de ser era tan diferente a la mía y a la de muchas chicas con las que estuve, que fue todo un reto tenerla conmigo, y eso me hizo interesarme más en ella; del interés pasé a enamorarme y muy pronto a quererla, pero acostado en mi cama, en ese momento *comemierda* que estaba atravesando, acepté que tuvo razón al decir que lo de nosotros era un caos, porque lo era en todos los sentidos, buenos o malos.

No sé en qué instante me dormí, pero me desperté cuando ya eran las cinco de la mañana del día siguiente. Vi mi móvil y descubrí que tenía algunas llamadas de Sadashi que dejé de lado, abrí el WhatsApp para revisar los mensajes sin leer y decidí responder a los de Dasher y Lane, aunque era seguro que estaban dormidos.

También tenía de Daemon y Abby. Mi hermana respondió al segundo que le escribí y comencé una conversación con ella. Me contó algunas cosas que estaba haciendo y lo feliz que se sentía con su nueva vida, también me envió fotos con sus amigas y la cuestioné sobre un chico que salía muy cerca de ella. Mandó muchas caritas cagadas de la risa y yo algunas con el rostro rojo y enfurecido para que viese que no me hacía ni puta gracia; no me sentía enojado en realidad, pero me gustaba chincharla.

A veces extraño lo posesivo y celoso que eres, pero luego recuerdo que ser libre de ustedes se siente de puta madre y se me pasa.[1]

Escribió y me reí.

Te extraño mucho, patito René.[2]

Tras eso me envió emoticonos de besos y se despidió de mí.

Me hacía falta tener a mis hermanos cerca. Deseaba poder volver el tiempo atrás y revivir tantos momentos con ellos, esos en los que nada nos preocupaba y en donde las pequeñas cosas eran las que más felices nos hicieron.

Bien decían que querer ser adultos era el sueño más estúpido que teníamos de niños.

____****____

Estábamos en una *WaWa*[31] alrededor de las once de la mañana. Pasamos para comprar unas bebidas y algo para picar mientras continuamos el camino a Virginia Beach. Dasher todavía iba medio dormido, ya que tuvo una maratón de pelis con Essie, y Lane era el encargado de conducir. Sebastián y los demás guardaespaldas nos seguían en sus coches y cuando llegamos a nuestro destino, los chicos me dejaron en mi *Townhouse* y quedamos en que nos reuniríamos temprano al siguiente día para continuar con el trabajo.

Cuando entré en casa me sentí nervioso al imaginar que dentro estaba Sadashi esperándome con alguna mala noticia, sin embargo, la encontré en la cocina preparándose algo de comer.

—¿Tendrás invitados? —cuestioné al ver un plato con varios emparedados.

Se metió una loncha de queso en la boca y me miró, molesta.

—¿Para qué demonios tienes móvil si no respondes? —inquirió con la boca llena.

Usaba ropa deportiva, el top cubría solo sus pechos y la cinturilla de los leggins llegaba arriba de su ombligo y, por inercia, miré su estómago. Todavía seguía plano, no parecía que estuviera embarazada.

—Me dormí temprano, pero bien sabes que puedes llamar a Sebastián si no respondo —dije. Mi estómago gruñó por hambre y me acerqué a la isla donde tenía el plato de emparedados—. ¿Puedo? —pregunté señalándolo y asintió.

Tomé uno y le di un gran mordisco, Sadashi no sabía cocinar, pero hacía unos sándwiches de puta madre y no sabía en qué estaba, ya que solo untaba de aderezo las rodajas de pan y apilaba lo que fuera que le iba a poner.

—¿Esperas a alguien? —inquirí y negó—. ¿Te comerás esto tú sola?

—Tengo mucha hambre y nada de ganas de ir a comprar comida —explicó y asentí—. Estuve en Richmond ayer, Sebastián me dijo que te encontrabas con tus padres y por eso te llamé, para devolvernos juntos. —Le di otro mordisco a mi pan y la miré.

—¿Por qué no fuiste a casa si estabas allá? —cuestioné y se encogió de hombros.

—Porque intuí a qué fuiste y no quería ser indagada por tus padres —soltó y me vi en la obligación de buscar agua para bajar el bocado de comida que se me atragantó.

—Bien sabes que ellos no se meten en mi vida, y menos en la tuya —le recordé—. En todo caso, fui yo quien los buscó y no para que fueran a hablar contigo.

—Y, aunque hubiese sido así, no lo hubiera permitido —habló a la defensiva y negué.

—¿Sabes qué? No estoy de humor para discutir contigo —bufé—. Y erróneamente pensé que tal vez hoy sí podríamos hablar de mi hijo, llegar a un acuerdo, pero me equivoqué. No te quiero indisponer ni molestarme —zanjé y dejé la mitad de mi emparedado sobre el plato.

Estaba dispuesto a irme a mi habitación de inmediato, y así lo hice, la dejé sola y tranquila.

Supongo que le importó más el hambre que tenía, ya que no supe de ella por un buen rato, y puesto que no quería verla porque sabía que seguiríamos discutiendo, me tumbé en la cama y cogí la *laptop* para escribir un poco. Un tiempo atrás había enviado el manuscrito de mi primera historia a una editorial; Sadashi no sabía nada de eso, pero la metí tanto en mi mundo que terminó por adoptar la costumbre de leer y le estaba agarrando el gusto, puesto que una vez terminó por decirme que moría por encontrar un libro que de verdad la satisficiera.

Le pregunté cómo sería la historia que llenara sus expectativas y, tras decirme todo, le di un giro total a mi borrador y lo hice tal cual esa engreída deseaba. Iba a darle el libro de regalo; así las editoriales lo despreciaran, en mis planes estaba imprimir uno especial para ella, y mientras escribía y pensaba en todo eso, no me di cuenta cuando la noche llegó.

—Adelante —dije cuando escuché los golpes en mi puerta.

Sadashi asomó la cabeza, estaba recién bañada y vestía una camisa mía. De verdad que esa mujer me hacía todo más difícil.

—¿Podemos hablar? Esta vez sin discutir —preguntó y asentí.

—Toma asiento donde quieras —invité. No quise palmear la cama e indicarle que se sentara ahí, ya que buscaba que se sintiera lo más cómoda posible.

—Estoy preparada para la conversación que dejamos pendiente. ¿Lo estás tú?

Tomó asiento en la silla del escritorio frente a mi cama y me miró, atenta.

Dejé salir el aire que se me atascó al escucharla y me corrí hacia la orilla de la cama para estar más cerca de ella. El corazón se me aceleró por el miedo de su decisión final y mi reacción, solo rogaba por un milagro. Era consciente de que tal vez no cambiaría de opinión tan fácil con respecto a querer hijos, pero al menos esperaba que me diera la oportunidad de cuidar a mi bebé una vez naciera.

—Sí, lo estoy —aseguré y nos miramos a los ojos.
Decisión fue todo lo que vi en los suyos y algo en mi interior se terminó de romper.

Campo 666

[Capítulo 27]

{Aiden}

Sentí que el tiempo se detuvo mientras nos mirábamos. Esa, definitivamente, no era la conversación que esperaba, aunque traté de prepararme para todos los escenarios, pero decirlo y hacerlo no era lo mismo.

—Veo que sigues en pie con eso de que no quieres hijos —solté para que el impacto no fuera devastador y ella asintió.

No me sirvió de nada hablar primero.

—Así es, y sé que tú jamás lo vas a comprender, y tampoco te pediré que lo hagas. Tú y yo fuimos criados de maneras muy distintas, Aiden —soltó y me vi obligado a mirar hacia otro lado —. En tu caso, sabes a la perfección lo que es vivir en familia; tus padres te mantuvieron en una burbuja que te protegió por años, te lo dieron todo, te rodeaste de amor y comodidades, de libertad y todo lo bueno de la vida, y no, no te juzgo por eso, ya que no es algo que pediste. Se te concedió sin que movieras un solo dedo.

Negué. Decía que no me juzgaba, pero lo estaba sintiendo así por su manera de hablarme.

—Dame la oportunidad de hablar y decirte todo lo que quiero, y ya luego hablas tú —pidió y asentí para que prosiguiera. Me enseñaron a saber escuchar y, aunque me iba a costar con ella, lo demostraría—. Tienes como madre a una mujer que, a pesar de todo lo que vivió, luchó por mantenerte a salvo, y lo consiguió. Yo, en cambio, y como ya sabrás, tuve unos padres que fueron juzgados por cosas injustas y me llevaron a mí entre las patas.

»No fue decisión de ellos, y lo entiendo, pero me tocó ver cómo sufrieron por protegerme y no me gusta pensar en mi pasado, sin embargo, me he visto obligada a hacerlo y recuerdo a la perfección todas las veces que mamá lloró porque tuvo que ser castigada por mi culpa, por cosas que hice siendo una niña en aquel campo y que no entendía los alcances que tendría en mis progenitores. ¿Sabes? Lo que más recuerdo de mi niñez es cuando mamá le decía a papá, sin saber que yo los escuchaba: «todo sería más fácil si no tuviésemos hijos, por ella somos débiles. Nos castigan a cada momento por sus travesuras». Papá la abrazaba y sobaba su espalda diciéndole: «lo sé, amor. Pero debemos ser fuertes, no podemos dejar que Jiyu sea castigada cuando no es su culpa que estemos aquí».

En verdad me sentí anonadado al oír eso, pero seguí callado, respetando su momento.

—No sentí rencor por las palabras de mamá porque, a pesar de mi edad, llegué a comprenderla y, por muchos días, trataba de no hacer nada que los comprometiera, ya que, así se quejara, jamás fue mala conmigo, al contrario, se quitaba la comida de la boca con tal de que me alimentara. Pero, con el tiempo, volvía a hacer algo y esos custodios de mierda me provocaban para que desobedeciera. Los castigos regresaban y mis padres los pagaban por mí.

»En cuanto tuve la edad suficiente, según los guardias, se me comenzó a meter en combates para ganarme la comida, un baño semanal o papel para usar como mantas en la noche. Mis padres intentaban defenderme cuando iba perdiendo las peleas y entonces los castigaban. Otra vez era la causa de los maltratos que recibían, y cuando entendí que yo era su debilidad, me obligué a fortalecerme; entrenaba para ser mejor y en cuestión de meses ya estaba asesinando para poder ganarme algunos *beneficios.* Sin embargo, esos malnacidos se quisieron pasar de listos conmigo e intentaron obligarme a hacer cosas atroces para su interés y, cuando me negué,

¿adivina a quiénes utilizaron para hacerme obedecer?»

La miré e intenté no mostrar compasión por ella. No quería ofenderla, pero sí que dejé entrever mi rabia.

—Sí, Aiden. Después de ser una debilidad para mis padres, ellos se convirtieron en la mía, y con tal de que no los dañaran, hice todo lo que aquellos engendros de la mierda me pidieron. Me entrenaron para torturar y asesinar a los que no estaban de acuerdo con el gobierno, incluso me hicieron encargarme de algunos extranjeros enemigos de los aliados de Corea del Norte.

»Fue en ese entonces que me hice más cercana a Kwan. Éramos amigos, pero no como nos volvimos en ese instante. Él ya había perdido a sus padres, no obstante, nuestra vida allí lo endureció al punto de importarle un carajo. Kwan fue quien me aconsejó no demostrar más importancia por mis padres para que no los usaran contra mí y, tras obedecerle y ver que funcionaba, me di cuenta de la debilidad que la familia representa.

»Familia, amor y amistad era un lujo que no podía darme, y no bastándome con lo que ya me había pasado, caí con lo primero y lo pagué muy caro. Pero bien dicen que de los errores se aprende, y me levanté tras haber caído, siendo más fuerte que antes, aunque también más fría; me alejé de mis padres para que no los usaran contra mí y obedecí cada maldita orden que me dieron. Hice cosas de las que me da vergüenza recordar, Aiden, y sé que, si las supieras, te irías corriendo de mi lado.

Negué y ella sonrió. Yo no huía tan fácil.

—Ahora crees que no —contradijo—, pero… ¡Dios! Aiden, yo fui una chica sin moral alguna cuando estuve en el campo de concentración, y la marca que llevo en la espalda no es solo por el número que lo identificaba, es también porque me identifica a mí. Asesiné niños cuando se convirtieron en un estorbo para el campo, mi lista igual incluye a mujeres embarazadas y ancianos que no podían defenderse.

»Me convirtieron en un demonio cruel y despiadado, sin ética ni códigos. Mi misión era vivir, y no importaba cómo. A los quince fui el ser más despreciable de ese lugar, y cuando mis padres descubrieron todas mis atrocidades, decidieron sacarme de allí antes de que me perdiera por completo. En el primer intento, papá terminó muy malherido al provocar una explosión y, cuando lo descubrieron, me hicieron castigar a mamá.

Suspiró con fuerza y en ese momento las lágrimas desbordaron sus ojos y comenzó a temblar.

—Y lo hice porque sabía que, si no era yo, alguien más lo haría, y podían matarla en el proceso. Azoté y herí a mi propia madre, lo hice con dolor y con ira porque en mi mente creía que era su culpa estar allí en ese momento. Ella pudo huir y salvarse si no se hubiera preocupado por mí, pero lo hizo… ¡Joder! Fui su debilidad y también su verdugo y, ¿sabes que es lo peor? —No dije nada, no podía—. Que en cada golpe que le di, ella me decía: «No te preocupes, cielo. Haz lo que debas hacer, pero sálvate, eso es todo lo que me importa».

Calló cuando las lágrimas y los espasmos le impidieron seguir hablando.

—Porque no solo eras su debilidad, Sadashi, también su fuerza —aseguré al verla tan devastada—, por eso soportó que su propia hija la castigara. Tu madre necesitaba seguir viviendo para sacarte de allí y sabía que únicamente superando esa prueba iba a lograrlo.

No hablé dejándome llevar por lo que ella y yo vivíamos como pareja. En ese momento el embarazo accidental y su posible decisión quedó en segundo plano y me dediqué a ser su apoyo y, posiblemente también esa luz que la guerrera en su interior necesitaba para comprender que lo que vivieron con su familia, no fue su culpa.

No hubo chantajes detrás de mis palabras, únicamente la empatía que ella, como la mujer que

me importaba, merecía.

—¿Por qué salvarme a mí? ¿Por qué dejar que la dañaran por una persona que ya no sentía nada por ellos? —inquirió, irónica.

—Porque tú solo te estabas engañando a ti misma con eso de que ya no los amabas, sin embargo, fue por ellos que te convertiste en esa persona tan repugnante que dices. Desconociste el amor, Sadashi.

—Pero nunca desconocí las debilidades —repuso—, y el amor es la más grande que existe. Aiden, yo no nací para dar vida, me criaron para quitarla, es lo único que tengo seguro.

Me puse de pie y solté el aire.

Madre me dijo que la historia de esa chica no era fácil, y en ese instante descubrí que no solo fue difícil, también inaudita. La miré ahí sentada en esa silla, mirándome con las mejillas rojas, al igual que los ojos y la nariz. Su cabello había comenzado a secarse y desde donde estaba se veía pequeña, inocente e indefensa. Cualquiera que la mirara no imaginaría lo que en verdad era, lo que fue capaz de hacer, y por increíble que fuera, llegué a entender su punto, aunque no lo compartía.

—¿Sigues siendo todo eso que fuiste en ese campo? —pregunté y miró hacia el suelo. De inmediato llegué a la cama otra vez, me senté y tiré de su silla para tenerla cerca, luego le tomé la barbilla y la obligué a observarme—. ¿Qué sientes cuando estás conmigo? —Limpié las lágrimas que comenzaron a salir otra vez de sus ojos y la vi morderse el labio cuando los sollozos la atacaron.

—T-tu madre me enseñó a respetar —logró decir entre sollozos—, me enseñó a… que hay códigos y niveles. Ahora me rijo por ellos, pero sé que, si me obligan, puedo ser la Jiyu de ese campo de concentración.

Sin soportar más aquellas ganas que tuve de tocarla desde que me enteré que estaba embarazada, bajé las manos a su vientre y lo acuné por primera y, a lo mejor, por última vez, ya que, así me destruyera en el proceso, aceptaría y respetaría su decisión de abortar.

Pero también pondría una distancia sana entre nosotros porque padre tuvo razón, lo nuestro ya no funcionaría.

—No, por favor —suplicó y se soltó a llorar de una manera que jamás creí ver en ella.

Estaba sufriendo. Sadashi tenía terror de lo que le sucedía y de verdad lo vi, lo sentí, lo sufrí junto a ella.

—¿Te hago débil? —susurré en su oído cuando apoyó la frente en mi hombro para seguir llorando sin parar.

—Igual o más que mis padres —respondió, sincera.

Sobé su vientre y, con delicadeza, me tomó de las manos para que me detuviera. En ese momento comprendí que ella no era reacia a mi toque por ser fría, más bien porque no quería aceptar la vida que llevaba ahí para que le fuera más fácil deshacerse de ella.

—¿Por qué no has abortado? —pregunté. Necesitaba hacerla hablar.

Pasaron unos minutos y no obtuve respuesta, así que la tomé entre el cuello y la barbilla y la obligué a mirarme de nuevo; el terror más puro se instaló en sus ojos y le di un beso casto.

—¿Por qué, Sadashi?

—Porque… —Presionó sus labios y cerró los ojos antes de responder—. Porque eso te destruiría, porque tú me haces sentir débil y porque… imaginé a un pequeño como tú, con tus ojos, con tu astucia y… no pude. —Sonreí y, al hacerlo, también dejé salir lágrimas.

No debía, pero sus palabras me dieron esperanzas.

—No puedo deshacerme de un hijo tuyo, aunque no quiera ser madre, me es imposible

dañarlo y dañarte, y ahora te pregunto yo a ti. ¿Por qué me sigues mirando con esos ojos de amor cuando sabes a la perfección lo que pensaba a hacer con el bebé?

—Porque veo más allá de la chica que me has querido imponer todo este tiempo. Veo a Sadashi Kishaba, no a Jiyu Park —dije sin titubear—. Porque desde que te conocí me quisiste mostrar a una tía fría, sin sentimientos por nada ni por nadie; yo, en cambio, siempre vi a la mujer que en verdad eres. Esa que luchó a pesar de lo que la vida le impuso; veo a la niña que se convirtió en asesina por sus padres, la que se levantó en la derrota, y no por ser débil, al contrario; sé que crees que tal vez no somos compatibles por la vida tan diferente que vivimos, pero pienso que de eso se trata, Sadashi.

Le acuné el rostro y le sonreí.

—De que, si tú ves lo negro, yo te enseñe los colores, de que, si solo ves curvas, yo te muestre que más allá también está el camino recto y que detrás de la debilidad se esconde la verdadera fuerza. Eres el toque de maldad que necesito en mi paraíso y yo la bondad de tu infierno. Somos como el Yin y el Yang, y mi punto en tu Yin ahora está aquí —dije y toqué su vientre.

En ese momento puso su mano sobre la mía y me dejó acariciarla, simplemente sintió a través de mí.

—¿Y cuál es el punto de Yin que yo he puesto en tu Yang? —quiso saber y la miré.

Dejé de tocar su vientre y le cogí la mano para ponerla sobre mi corazón.

—Aquí —aseguré. Me miró como nunca lo había hecho, el miedo se convirtió en añoranza y la vi suspirar con alivio—. Pero si tú no quieres esa parte de mí, haz lo que debas hacer, *mia cara*, porque no seré egoísta contigo cuando la vida que tuviste ya fue lo suficiente para traumarte.

La incredulidad bañó sus rasgos y yo contuve las lágrimas, ya que no quería manipularla de ninguna manera, aunque me estuviera haciendo mierda a mí mismo.

—¿Te das cuenta de que, aparte de caos, tú y yo somos como un constante sube y baja? —señaló y me encogí de hombros.

—Es porque si solo subes te aburrirás y, si solo bajas, podrías morirte de un paro cardíaco. Además, estamos en el proceso de encontrar nuestro balance, y eso no es nada fácil. —Asintió de acuerdo.

De pronto se puso de pie y se alejó de mí, me dio la espalda y noté que intentaba decirme algo, pero no encontraba las palabras adecuadas, a pesar de que ya le había dado la pauta para que su decisión fuera más fácil.

—Voy a continuar con mi embarazo hasta el final. —Apreté los puños con fuerza y quise saltar y gritar de alegría porque eso no lo esperaba, aunque me contuve porque sabía que no había terminado—. Sin embargo, hay muchas cosas que todavía pienso que son correctas, y lo que te dije antes es cierto, Aiden. Fui criada para quitar vidas, no para dar, y no me siento capaz de ser una buena madre, pero sé que tú sí serás un buen padre, y por eso quiero seguir; no te voy a arrebatar esa posibilidad que tanto añoras. No obstante, te pido que me tengas paciencia, y que no se te ocurra tratarme como si estuviera enferma, sin manos, sin piernas o qué sé yo. El punto es que quiero continuar con mi vida normal, obviamente sin poner en peligro al bebé, que ya suficiente tiene con estar en mi vientre.

Odiaba que se creyera tan mala persona como para decir eso, pero la entendía y quería ayudarla a cambiarlo.

—Nunca sentí tanto miedo como cuando acepté que hay una vida que depende de mí y me aterra cagarla porque me conozco y sé que soy capaz de todo, pero no sé si soy la persona idónea

para ser madre. No sé y ni tengo una puta idea de cómo serlo.

—Es que nadie sabe cómo ser mamá o papá, Engreída. Uno aprende en el camino, incluso mis padres siguen aprendiendo con nosotros después de veintitrés años. Yo tampoco tengo idea de eso, pero aquí estoy, dispuesto a dar lo mejor de mí para ese bebé, y también para ti. —Me miró y negó.

—Eres increíble —murmuró.

—Lo sé, me lo dicen muchas —jugué con ella para liberar un poco de la tensión entre nosotros.

Entrecerró los ojos al escucharme y no sonrió cómo esperaba.

—¿Crees que tú y yo podamos seguir adelante? —preguntó de pronto y la miré sin entender —. Digo… sé que te dañé al decirte que abortaría y entendería que quisieras alejarte de mí porque quise atentar contra la vida de tu hijo y…

—Solo sé que tuviste miedo, que todavía lo tienes, pero vas a darme esta oportunidad y eso me basta —la interrumpí—. Y, según dicen, no soy de los que viven recalcando errores del pasado.

—¿Qui… —carraspeó cuando la voz la traicionó— quién lo dice?

—No querrás saberlo.

—Sí quiero —aseguró, pero negué.

—Estoy jugando contigo —aclaré. Lo hice porque me gustaba su posesividad cuando decidía sacarla.

Me puse de pie y llegué hasta ella. Estando así, la diferencia de nuestras alturas era notoria, pero esa mujer así de pequeña podía ser dinamita pura cuando la provocaban, y yo lo hacía mucho.

—¿Vas a darme un hijo? —susurré. Sadashi tenía que alzar mucho la cabeza para poder verme y yo bajarla para hacérselo fácil. Movió sus orbes de arriba abajo para observar mi rostro y tragó con dificultad.

—Te prometo por mi vida que sí —aseguró, como queriendo que estuviese seguro de que no cambiaría de opinión.

—¿Y te alejarás de nosotros cuando el bebé nazca? —Sus pupilas se ensancharon al oír esa pregunta—. ¿Vas a entregarme a mi hijo y luego te marcharás para dejarme criarlo solo?

Intentó retroceder, pero la cogí del brazo y la retuve. Yo quería todo con esa mujer y ya no estaba para juegos; si ella también quería algo serio debía admitirlo y comprometerse, porque, de seguir como en los últimos días, mi paciencia llegaría a caducar y era mejor poner las cartas sobre la mesa desde un principio.

—Esos no fueron mis planes cuando decidí continuar con el embarazo —aseguró y aflojé mi agarre en ella—. Y, antes de que lo preguntes, no, no voy a cambiar de opinión. Me conoces y sabes que cuando digo algo lo cumplo; así me cueste, trataré de ser una buena persona para tu hijo.

—¿Una buena persona? ¿Para *mi* hijo?

Estaba asustada, pero como dije antes, si quería seguir conmigo, debía aceptar las cosas como eran.

—¡Dios! ¿Por qué eres así? —se quejó y reí.

—¿Recuerdas lo que te dije la última vez que estuvimos juntos? Antes de que todo se jodiera, cuando sucedió lo del beso con Leah.

—Dijiste muchas cosas, así que no sé a qué te refieres.

—Te dije que tú naciste para mí, Engreída, y que sabía que esta vez cuidaré a la correcta. —

Asintió, recordando mis palabras—. Desde que lo nuestro se volvió más intenso, te comencé a ver en mi futuro y cada vez añoré más cosas a tu lado, incluso hijos, aunque no imaginé que llegaran tan pronto.

»Pero hace dos semanas, cuando descubrimos que estabas embarazada, me sentí el hombre más feliz del mundo porque eres tú quien me hará papá. Yo te quiero para todo en mi vida, Sadashi Kishaba, en lo bueno y en lo malo, para cada etapa que atravesemos; deseo que estés a mi lado sosteniendo mi mano, apoyándonos mutuamente. Sin embargo, no te quiero imponer nada, si tú no estás dispuesta a eso, si quieres mantenerte como una mujer fría y libre que hace todo como quiere y cuando quiere sin importarle nada. Sé sincera conmigo, porque ya no deseo juegos entre nosotros, ni que vivas con el hoy sí o mañana mejor no. Si no estamos en la misma sintonía, por mucho que me duela, te pido que me entregues a mi hijo y te vayas lejos de nosotros. Si no aceptas todo esto que te estoy ofreciendo, pues ten los ovarios de decírmelo a la cara, ya que te amo como un maldito desquiciado, no obstante, no dejaré que me tomes como un juego. Ni a mí ni a mi hijo.

—Nuestro hijo —corrigió, interrumpiéndome, y la miré, serio—. Quiero ser una buena madre para nuestro hijo y, sobre todo, necesito merecer todo esto que me das. Enséñame, Aiden. Tal vez no seré la mejor aprendiendo, pero te juro que pondré todo de mi parte. Intentémoslo una última vez.

En ese instante me acarició el rostro y pude ver la decisión en sus ojos, fue la misma que vi antes de que comenzáramos a hablar, pero que yo interpreté mal.

—Estamos embarazados, Engreída —susurré de pronto con un tono cantarín y ella sonrió y negó.

Había dicho todo lo que necesitaba escuchar de ella y quería dar vuelta a la página para seguir con nuestra vida.

—Y tengo mucha hambre y muchas ganas de follar —añadió ella y la miré con seriedad.

—Puedo consentirte en todo eso.

La cogí de la cintura para impulsarla y que se subiera en la mía. Estando así, los dos al mismo nivel, la besé, y en ese momento le di un beso de verdad, de esos que nos dejaban sin aire, sin ropa y con una infinidad de orgasmos.

Estábamos superando una prueba más y sabía que tendríamos otras, pero esa vez estaríamos juntos, luchando como una verdadera pareja.

Obstáculos

[Capítulo 28]

{Aiden}

Fuimos al médico al siguiente día de haber arreglado las cosas entre nosotros, Sadashi llevaba doce semanas de embarazo y, a pesar de todo, estaba en muy buen estado. Nuestro hijo era apenas una mancha diminuta, pero con un corazón tan fuerte que, cuando lo escuché, casi paralizó el mío; ese fue, entre muchos, el mejor momento de mi vida y lo que dio por sentado que sí, sería padre, y me convertiría en ello gracias a la mujer que amaba con todas mis fuerzas.

Sadashi estaba haciendo su mejor intento con toda esa situación y en verdad veía sus ganas por vencer los miedos, me lo confirmó además cuando me dijo que buscaría ayuda psicológica, ya que, según sus palabras, para proteger esa vida creciendo dentro de ella debía trabajar en sus traumas y me sentí muy orgulloso, pues con eso también me dejó claro que tomó la decisión de continuar con el embarazo porque quería, no solamente por mí.

Llamé a mis padres esa noche para comentarles lo que estaba pasando. Madre fue la que más mostró su felicidad cuando le hablé de la decisión final de Sadashi y de todo lo que el médico nos dijo y, por recomendaciones de padre, decidimos que mantendríamos en secreto lo del embarazo debido a la situación que estábamos viviendo. No íbamos a poner en peligro a Sadashi ni al bebé y debíamos ser inteligentes para que nuestros enemigos no vieran eso como su método para llegar a mí.

Miré el móvil cuando la alarma que me recordaba las vitaminas de la asiática, sonó. Estaba en mi oficina y ella acababa de llegar con una cajita de plástico repleta de frutas.

—Ya escuché —murmuró mientras se comía una fresa.

Ya había pasado un mes desde que nos pusimos en control médico. Al principio me dijo que no era necesario usar alarmas como recordatorios, pero, tras dos semanas, le demostré que sí. Estaba delgada a pesar de comer más que yo, y me preocupaba ver que su vientre no aumentaba, aunque el doctor dijo que era normal y que un estómago grande no era significado de un bebé sano.

—Recuerda que debes controlar las frutas que comes por…

—¡Aiden! —se quejó. Como siempre, seguía siendo un experto para sacarla de sus casillas, pero necesitaba que siguiera las recomendaciones del doctor.

Le había dado por comer mucha fruta. Quería eso durante todo el día: desayuno, almuerzo, cena y meriendas. Eso a primera vista parecía bueno y saludable, pero lo cierto era que no. En la última revisión que tuvo su glucosa salió alta debido a la cantidad de azúcar natural que estaba ingiriendo y la recomendación fue que limitara el consumo a una diaria, y de preferencia que fuesen verdes.

Por supuesto, eso estaba siendo un castigo para mi chica, ya que a nuestro hijo le daba por pedir uvas, manzanas, fresas, duraznos y demás frutas en todo momento del día.

—Ya lo sé, no me lo recuerdes porque siento ganas de matar a ese doctor por mandarme a comer solo lo que él quiere —se quejó y negué—. Y te juro que en ese contenedor está la cantidad exacta que se me permite comer, únicamente que la pedí con un trocito diferente de cada fruta para no desear nada —explicó y asentí.

Se acercó a mí para coger un poco de agua y bebió sus vitaminas, cuando terminó la tomé de la cintura y la acerqué más. Dominik nos había referido con un colega suyo para que fuera el

terapeuta de Sadashi y, aunque el proceso no sería corto, notaba que ella estaba menos gruñona, contrario a lo que supuse, ya que madre me comentó que con sus embarazos fue todo lo opuesto, con el de Abby específicamente, y padre sufrió las consecuencias de tener un Gremlin en casa.

—¿Quieres que vayamos a comer algo al salir de aquí? —cuestioné y, ya que estaba de pie y yo sentado, aproveché para besar su abdomen.

Ella me acarició el cabello al tenerme en esa posición y puse el oído presionado en su barriga. Me gustaba hacer eso y siempre, por las noches, tenía la costumbre de desnudarla y acariciarle el vientre mientras hablaba con nuestro bebé. Sadashi se rio de mí cuando lo hice por primera vez, pero con los días noté que ella misma se metía en la cama sin ropa para que la consintiera.

Por supuesto que antes de todo le hacía el amor, ya que tener a esa chica desnuda y dispuesta para mí no era fácil de resistir.

—Solo si es un filete jugoso de carne —dijo.

—Eres una golosa, ¿no tienes suficiente conmigo? —cuestioné, separándome de ella.

Rio y en segundos ya la tenía a horcajadas sobre mí.

—La verdad es que no, no me das suficiente —susurró.

—¡Auch! Eso dolió —respondí y rio aún más.

Se veía más hermosa cuando se reía de esa manera, su nariz se arrugaba un poco y mostraba todos los dientes. Ese día vestía una camisa de cuello alto y manga larga en color lila o gris, como sea, y un pantalón negro; su cabello estaba más largo y lo usaba suelto. Sus ojos brillaban y de verdad que me iluminaban la vida.

Esa chica me tenía loco, y ella lo sabía.

—Y te puedo jurar que en verdad le dolió —Nos interrumpió Dasher de pronto.

Detuve a Sadashi cuando quiso quitarse de encima de mí. Todavía no se acostumbraba a que la vieran dándome *esas muestras de amor* y a mí me encantaba exponerla, no de mala manera. Dasher se alegró cuando nos vio juntos de nuevo y se metió en una pelea con mi chica al intentar amenazarla con que se las pagaría caro si me volvía a dejar. Me reí al verlos como dos niños discutiendo y más por las razones que, según Dash, creyó que nos distanciaron.

Al final Sadashi terminó preguntándome por qué no les conté a ellos la razón verdadera de nuestra corta separación y le dije lo que pensaba. Nadie tenía que juzgarla por nada, ni siquiera yo lo hacía.

—Ella sabe que le doy lo suyo, solo me provoca para que le dé más en el momento que se le antoja —me excusé ganándome un golpe por parte de mi guerrera.

—Como sea, siento interrumpirlos, pero necesito pedirles un favor —habló y terminó de entrar en mi oficina—. Tengo planes con Bárbara desde hace unos días, pero no quiero dejar sola a Essie.

—Bueno, eso es fácil de solucionar. Inclúyela en tus planes y llévala a donde sea que vayas con tu Barbie —aconsejó Sadashi y me reí. Dasher la miró con cara de pocos amigos.

Lo dicho, a esos dos les encantaba chincharse cada vez que podían.

—¡Por Dios, Sadashi! Quiero darle la follada de su vida a mi novia y quieres que lleve a mi hermanita.

—¡Joder! A estas alturas de la relación y todavía no la has follado como se debe. Hombre, veo que eres de los de mucho bla, bla, bla y poco cha, cha, chan. —«Dasher cero, Sadashi uno», pensé y pegué tremenda carcajada.

—¡Mierda! Te concedo esta —aceptó mi primo, riéndose también—, pero me refiero a que es una noche especial para ella y quiero consentirla como se debe.

Cada vez lo veía más serio con Bárbara, se presentaron a sus familias y convivieron en su momento cada quien con la familia del otro, y me alegraba, de verdad que sí, aunque todavía no veía a Dasher como pensé verlo cuando se enamorara.

Su hermana estaba de vacaciones y había llegado a visitarlo y pasar unos días con él, aunque también conmigo, a pesar de que aún no la había visto desde que llegó a la ciudad. Y, pues, yo tenía a Sadashi todos los días a mi lado y la disfrutaba en el momento que quería, así que no vi mal incluir a Essie ese día en mis planes.

—Podemos llevarla a comer con nosotros y luego ir al cine. ¿Qué dices, *mia cara*? —inquirí a Sadashi y se encogió de hombros.

—Me parece bien, a ella la tolero más que a Leah. Es menos parlanchina y se mete menos conmigo —explicó, serena.

Las cosas entre ella y Leah iban mejor, y me alegraba, aunque a mi prima le encantaba joder a Sadashi y esta última, a pesar de que estaba menos gruñona, con todas las hormonas revolucionadas, perdía la paciencia con más facilidad.

—Será porque siempre le pones cara de asesina. ¡Joder, Sadashi! En serio necesitas que mi primo te dé más de lo suyo para que te relajes.

Ahí iban de nuevo.

Ambos se metieron en su ya tan familiar *dime, que te diré*, y solo me reí y disfruté de los dos chiquillos que se adueñaron en ese momento de mi oficina. Por momentos, al verlos, imaginaba a mi pequeño o pequeña peleando con su mamá por algo tan insignificante y supe con seguridad que mis días dejaron de ser monótonos desde que esa engreída llegó a mi vida, ella y nuestro hijo me complementaban a la perfección.

Horas más tarde fuimos a por Essie a casa de Dasher; estaba feliz de vernos y yo a ella, aunque no conté con que llegaría con su gato negro, que dejó de ser un cachorro desde hace mucho. La molesté diciéndole que me sentía celoso, ya que dejó a un lado a Sabina (la perrita que yo le regalé) y se defendió diciendo que estaba muy grande y por eso no podía cargarla.

—Ese es un collar bastante elegante para un gato —mencioné al ver el objeto en el cuello del animal.

Era un collar plateado con un dije en forma de luna hecho de cristal blanco.

—No te metas con mi Luna, déjame darle sus gustos. Además, fue un regalo —se defendió y nos reímos con Sadashi. Todavía me parecía loco que le hubiese puesto un nombre femenino a un macho.

Al final, Essie decidió quedarse con nosotros unos días, alegando que se moriría del aburrimiento con Dasher. Se propuso enseñar a cocinar a Sadashi y me gustaba verlas juntas en la cocina haciendo sus desastres, aunque el intento valía la pena. La asiática se estaba volviendo fanática del gato y en varias ocasiones tuve que decirle que tuviese cuidado, ya que no me sentía cómodo con que lo cargara por tanto tiempo en su estado.

El embarazo seguía siendo un secreto para la familia, así que cuidé los momentos en los que le dije tal cosa, y no desconfiaba de mi prima para nada, era solo que tenía que cuidar de mi chica y nuestro bebé ante cualquier circunstancia.

Ya cuando Sadashi no pudiera ocultar su estado, se lo comunicaríamos a la familia y tomaríamos otras medidas.

—Chicos, ¿escucharon del nuevo restaurante que abrirán en el centro de la ciudad? —preguntó Essie. Llegó a nuestra habitación mientras veíamos la tele y se acomodó a nuestros pies, en la cama. Su dichoso gato iba detrás de ella y se subió en sus piernas cuando la vio tan cómoda.

—Sí, hoy es la apertura —dije.

Era un nuevo restaurante de hamburguesas y, según las opiniones de muchos clientes, ya que la cadena venía de otros estados, aseguraban que eran las mejores que probaron en sus vidas.

—¿Podemos ir? —preguntó con emoción y observé a Sadashi.

—Admito que se me antoja un poco de grasa, pero no creo que sea bueno ir hoy —opiné y ella asintió de acuerdo.

—Ese restaurante tiene muy buena fama y mucha gente esperaba que abrieran uno en la ciudad, así que estará repleto, y sabes que no es seguro que estemos en lugares así —le explicó.

Essie ignoraba todo lo de nuestra familia, pero sabía que nos cuidábamos mucho y se lo adjudicaba a que era porque teníamos dinero, así que comprendió y se conformó con no ir.

—¿Qué te parece si vamos el lunes? Ese día estará un poco más tranquilo, ya que a la gente le habrá pasado el alboroto de la apertura —propuse y se alegró.

—Sí, a mí también me parece muy bien el lunes —me apoyó Shi.

—¡Perfecto! Le diré a Dasher, tal vez quiere acompañarnos y llevar a Bárbara —comentó y la animé a hacerlo.

También se lo propondría a Lane, me hacía falta ya una buena noche en compañía de los amigos y parte de mi familia.

____**____**

El lunes llegó pronto y, cuando llegué de la oficina junto a Sadashi, Essie ya nos esperaba, ansiosa, por ir a comer una buena hamburguesa. Después de todo, únicamente seríamos tres, puesto que Dasher tenía planes con Bárbara y Lane decidió viajar a última hora hacia Richmond para verse con Leah.

A las siete de la noche tomamos camino para el Town Center; la hermosa estrellita iba en el asiento trasero del coche hablando con tía Laurel y junto a Sadashi nos reíamos por la sarta de maldiciones que la señora Black soltaba, molesta porque a su primogénito le daba por abandonar a su hermana solo porque le preocupaba más que su amigo (y con eso se refería al pene de su hijo) no se oxidara.

—Ya, tía, cálmate. En tu interior bien sabes que soy más divertido que tu hijo y por eso Essie prefiere estar con nosotros —Essie la tenía en altavoz, así que me escuchaba y sabía que nosotros a ella.

—*Cuídame a mi princesa, cariño* —pidió—, *y siento mucho que arruine las noches de diversión con tu novia.*

—No las arruina, hemos aprendido a ser silenciosos.

—¡Aiden! —gritaron Essie y Sadashi al unísono.

Me reí al oírlas y tía Laurel me acompañó.

—*Seh, eres mi favorito* —dijo y nos reímos más.

Sabía que no era así, ya que, dependiendo de la situación, siempre nos decía eso, ya fuera a Daemon o a mí.

Nos despedimos cuando llegamos a *Shake Shack* y me sorprendí al ver que no estaba tan solitario como esperábamos, pero era algo que se podía manejar. El lugar era ameno, perfecto para pasar un rato tranquilo con amigos o familia en un día cualquiera; había algunas mesas fuera por si el cliente prefería estar al aire libre y viendo las luces de los edificios más exclusivos de la zona, aunque nosotros preferimos quedarnos en el interior.

Hicimos nuestro pedido en cuanto llegamos y luego nos acomodamos en las butacas acolchadas. A Essie le divertía platicarnos sobre la fundación de sus padres y lo mucho que

disfrutaba colaborar con las trabajadoras de allí y darles una mano con los niños que recién llegaban. Nos comentó que quería dedicarse al trabajo social cuando el momento llegara y, de hecho, ya estaba tomando algunos cursos para adelantarse.

—¡Madre mía! Eres una adolescente apenas y ya tienes planeado todo tu futuro —comentó Sadashi e Essie se encogió de hombros, estaba a tres meses de cumplir diecisiete años.

—Esta hermosa estrellita es más lista que Dash, Leah, Abby, Daemon y yo juntos.

—Eso no lo dudo —se burló Shi y la miré, divertido—. Sobre todo, es más madura que tú. Mira que decirle esas cosas a la señora Black —reprochó recordando mi broma, pero no estaba molesta.

—Bueno, en ese caso incluye también a mamá, que no imaginas las cosas por las que me hace pasar a veces —se quejó Essie y nos reímos.

Ya sabíamos que tía Laurel era todo un caso, incluso Dasher pasaba por algunas vergüenzas cuando a su madre le daba por aconsejarlo frente a sus amigos, pero también admitíamos que era el alma de las fiestas y la única persona que no nos dejaba caer, aun en los momentos más difíciles, y a los jóvenes de la familia nos encantaba ver cuando le daba por joder a padre y lo sacaba de sus casillas.

Entre anécdotas familiares y conversaciones sobre el futuro, llegaron las diez de la noche en aquel restaurante; la hora del cierre había llegado y nos preparamos para irnos, sorprendidos de que el tiempo transcurriera sin sentirlo. Decidí llamar a Sebastián antes de salir aprovechando que Essie fue al baño, para que estuviese pendiente, ya que nos escoltaban desde puntos clave para no interferir ni llamar la atención.

—*¡Joven!* —Lo escuché llamarme.

—Vamos a salir en unos minutos —avisé, esperando a que Essie llegara del baño, pero no recibí respuesta de su parte y de pronto vi que la llamada había finalizado.

En ese instante Sadashi tomó su móvil cuando recibió una llamada de Caleb y yo vi el mío al percatarme de que padre me llamaba.

—*¡Escorpión y los Vigilantes están ahí, Aiden! ¡Esos hijos de puta lograron burlar nuestro sistema de rastreo!*

—¡Puta mierda! —exclamé y vi que Sadashi también maldecía.

—*¡Algo pasó con tu equipo, ya que perdimos contacto con ellos!*

—¡Lo sé! Llamé a Sebastián, pero la llamada se cortó.

—*Nosotros vamos en camino, hijo, y hemos enviado a otro equipo cercano para que los apoyen, pero hasta entonces necesito que resistan y se protejan.*

—¡Mierda! —gritó Sadashi cuando un proyectil impactó en los ventanales del restaurante.

—¡No se tarden, padre! ¡Estos hijos de puta ya están atacando!

Fui listo y cogí a Sadashi del cuello para hacerla meterse debajo de la mesa cuando más impactos de balas comenzaron a destruir las ventanas. Los gritos de los trabajadores y algunos clientes que quedaban no se hicieron esperar. Esos imbéciles sabían que no tenían mucho tiempo y que la policía llegaría pronto, así que tiraron a matar para poder meterse a por nosotros pronto.

En ese momento Sadashi y nuestro hijo eran todo lo que estaba en mi cabeza y tuve miedo de que algo les sucediera. Nos podíamos defender, y muy bien, pero seguíamos siendo de carne y hueso y debíamos protegernos de las balas. Essie llegó a mis pensamientos y, con ella, otra preocupación más que añadí a la lista; rogué para que estuviera a salvo en el baño y, en cuanto tuvimos la oportunidad, corrimos hacia él.

—¡Me cago en la puta! Estos malnacidos escogieron el momento perfecto para atacarnos —me quejé cuando llegamos a un área que nos protegía con sus paredes.

—Esto lo estudiaron bien, Aiden. Esos imbéciles saben que no tenemos armas —señaló Sadashi y estuve de acuerdo—. Tenemos que llegar hasta tu prima antes de que sea tarde.

—Lo sé, pero no te quiero poner en riesgo a ti. ¡Joder! Necesito proteger a Essie, aunque no puedo perderte de vista.

—Essie no sabe defenderse, yo sí. Y sé lo que estás pensando, pero justo ahora necesitamos ser un equipo, niño bonito. —Negué. Más disparos comenzaron a escucharse y quise gritar por la frustración—. Ve a por Essie, voy a mantenerme a salvo y a nuestro hijo también. No dejaré que me dañen, que nos dañen.

—Corre a la cocina, es seguro que allí encontrarás cuchillos. Me reuniré contigo en cuanto tenga a Essie.

Quería protegerla, pero sabía que tenía razón. Sadashi era mi guerrera y Essie necesitaba de mi ayuda.

—Cuídense, nena, por favor —supliqué. Sadashi asintió y, antes de arrepentirme, la besé y me fui.

Corrí hasta protegerme en el pasillo que me llevaría hacia el baño y miré hacia atrás para ver a Sadashi, en ese instante ella estaba corriendo hacia la cocina y rogué para que nada malo le pasara. Tenía que confiar en que todo saldría bien.

Cuando llegué al baño de mujeres, abrí la puerta de golpe y grité el nombre de mi prima. Ella me respondió de inmediato y la encontré hecha un ovillo sobre el retrete de uno de los cubículos. Me abrazó en cuanto me vio y me aseguré de que estuviera bien. Dijo que estuvo a punto de salir cuando escuchó los disparos y el miedo la obligó a buscar refugio; preguntó por Sadashi y le dije que estaba bien (seguía rogando porque así fuera), y que necesitábamos reunirnos con ella.

—Quiero que te mantengas detrás de mí y hagas todo lo que te diga —pedí y asintió. La pobre estaba pálida y miraba a su alrededor como loca.

Tiré de mi camisa y corté una parte para envolverla en mi mano y, antes de salir, golpeé el espejo hasta quebrarlo para coger uno de los pedazos y poder usarlo como arma, la tela debía protegerme un poco y con eso decidí salir e ir en busca de Sadashi, pero antes oí a varios tipos acercarse y le pedí a Essie que se metiera en el último cubículo. Yo me quedé tras la puerta y esperé, paciente, a que entraran.

Eran dos imbéciles vestidos de negro y, antes de que me vieran, clavé el vidrio en el cuello del último que entró y lo usé como escudo cuando su compañero decidió dispararme con un subfusil. Para mi suerte, el tipo que usé como protección llevaba puesto un chaleco antibalas y en cuanto pude lo lancé hacia su compañero, pero en el proceso me quedé con su arma y disparé directo en la cabeza del que me atacaba.

—¡Joder! Vienen muy bien preparados —dije cuando tomé el subfusil de uno de ellos.

Era un *PP-19 Bizon* diseñado por rusos. No había tenido la oportunidad de sostener uno en mis manos, pero lo conocía debido a los juegos que nos encantaba jugar con los chicos en *PSP*. Me quedé con él y con la semiautomática que usé para deshacerme de uno de los Vigilantes y corrí hacia donde estaba Essie.

—Sé que sabes usarlas y tienes muy buena puntería —recalqué al darle la semiautomática.

—Sí, pero con el tiro al blanco, Aiden, no con personas —se quejó y limpió las lágrimas que había soltado.

—Tío Darius no te enseñó por gusto, Essie. Necesito que la uses si es necesario. Debemos llegar a Sadashi y ayudarla. Trataré de protegerte, pero quiero que tú me protejas a mí si llega el momento.

—¡Dios mío! —sollozó. Estaba asustada hasta la mierda, y no la culpaba, nunca debió estar

en una situación como esa y me sentía culpable.

—Cariño, Sadashi está embarazada, y te juro que ahora mismo estoy que me cago del miedo por ella y nuestro bebé —susurré.

No era el mejor momento, pero confiaba en esa niña con mi vida y tenía que hacerla reaccionar.

Me miró con sorpresa y otro tipo de miedo se instaló en sus ojos; cogió el arma con seguridad y su manera de tomarla demostraba lo mucho que las conocía. Sí, Essie tenía una puntería de puta madre y las armas la apasionaban tanto como ayudar a los niños de la fundación de sus padres, pero disparar solo era un pasatiempo para ella y entendía el terror que le provocaba pensar en atentar contra una persona.

—Vamos a por tu familia y, por favor, salgamos de aquí pronto —suplicó. Eso era también lo que yo más quería.

Con ella detrás de mí, salimos de los baños, pero antes le quité el chaleco antibalas a los tipos que asesiné. Essie cerró los ojos para no verlos y la ayudé a colocarse la protección. Al ponerme la mía nos encaminamos hacia la cocina y, en el proceso, me deshice de otros Vigilantes que se interpusieron en el camino. Me urgía llegar hasta Sadashi y ayudarla, necesitaba ponerla a salvo junto a nuestro hijo y Essie.

—¡*Porca puttana!*[32] —exclamé. Mi prima se tragó un grito cuando la tiré contra una pared y evité que las balas le dieran.

En cuanto pude, me asomé con cuidado tras la pared que me cubría y busqué al malnacido que me impedía llegar a mi destino. Disparé cuando lo identifiqué y le hice una señal a Essie para que corriera hasta la cocina. Allí se escuchaban gritos de lucha y reconocí los de Sadashi; yo era el que tenía que correr y ayudarla, pero había más imbéciles que me retenían y rogué para que Essie cogiera valor y ayudara a mi chica.

Me atacaron con más disparos y respondí igual, hasta que tuve la oportunidad de correr a la cocina. En cuanto entré, vi a Essie disparar en las piernas de dos hijos de puta que atacaban a Sadashi y ella terminó de hacer el trabajo que mi prima no podía.

—¿Estás bien? —pregunté cuando llegué hasta ella.

—Sí, no te preocupes —aseguró—. Ahora mismo tengo ganas de buscar a esos cobardes y hacerlos comer mierda, pero es un lujo que no puedo darme de momento. —La abracé al escucharla, esas ganas que tenía de matar solo me confirmaban que sí estaba bien y agradecí por eso.

—Tenemos que salir de aquí —rogó Essie y ambos la miramos—. No puedes ponerte en más riesgos —pidió a Sadashi. Ella me miró y asentí, diciéndole así que mi prima ya sabía de nuestro bebé.

—Era la única manera de que cogiera valor —expliqué y esta asintió—. Y, por favor, Essie, no menciones nada de lo que te dije por ningún motivo. Es por seguridad.

—Lo sé, lo entiendo.

—Vamos —animó Sadashi tras tomar el arma de uno de los hombres a sus pies—. El otro grupo de Grigoris está a veinte minutos de aquí, y si queremos aguantar hasta que lleguen, tenemos que buscar dónde escondernos. Esta vez pasaremos de ir al frente del ataque.

—Vamos —la apoyé.

Por primera vez, ambos pasaríamos de la diversión, ya que había personas importantes a las que proteger. Comenzamos a caminar hacia una salida de emergencia, ningún lugar del restaurante era seguro, pero teníamos que arriesgarnos. Seguimos a un grupo de trabajadores que intentaban huir y ponerse a salvo y rogué para que los Vigilantes se confundieran, sin embargo,

eso era mucho pedir, y lo descubrí cuando Essie gritó detrás de mí.

Un Vigilante había caído de los conductos de aire y la cogió por el cuello. Estaba encapuchado, pero su forma de mirarme me hizo saber de quién se trataba.

—Atacando por la espalda, como el cobarde que eres —espeté y en sus ojos vi que estaba sonriendo con burla.

Lo apunté con mi subfusil, aunque sabía que no podía dispararle.

—Como cobardes o como inteligentes —debatió una voz con acento asiático que reconocí a la perfección.

Me había girado para poner mi atención en Demian, quien tenía a Essie del cuello, y cometí el mayor error de mi vida, pues dejé de ver a Sadashi y, cuando me giré hacia ella, el maldito de Kwan la apuntaba con un arma en su sien.

—Todo depende del lado en que estés —siguió diciendo con tono arrogante y victorioso.

Tragué con dificultad y, por primera vez, perdí el valor ante la posibilidad de perder a las personas más importantes de mi vida. Sadashi se mantuvo quieta y vi en sus ojos que también sentía miedo, y no por ella.

—¿Jiyu nunca te mencionó cuáles son las debilidades más grandes de la vida? —cuestionó, irónico, para mí. Lo estaba apuntando con mi arma, pero otro Vigilante llegó y me encañonó—. Eso fue algo fundamental en nuestras vidas, amor —dijo hacia ella y besó su mejilla—. Y, por lo visto, lo olvidaste, ya que ahora tú estás a mi merced y yo a punto de deshacerme del chico que juraste que me haría comer mierda.

—Suéltala, me tienes a mí. Eso es lo que querías, ¿no? —exigí y rio.

—¿Por qué dejarlas ir cuando corrimos con la suerte de llevarnos la promoción de tres por uno? Vaya que este restaurante consiente a sus clientes de la mejor manera —se burló y comenzó a reírse.

Sadashi negó, diciéndome así que no intentara nada. Estábamos rodeados y no podíamos hacer más que cooperar y rogar para que los refuerzos llegaran y, si no, para que mis padres nos localizaran antes de que fuera muy tarde.

—Ya sabes qué hacer con él. —Kwan se dirigió hacia el tipo que me encañonaba y lo escuché quitar el seguro del arma.

—¡No, por favor! ¡Se los suplico, no lo dañen! —gritó Essie con desesperación.

Quise mirarla, pero en ese instante sentí que clavaron algo en mi cuello. En segundos mi cuerpo se puso pesado y caí al suelo.

—¡Maldito hijo de puta! —Escuché a Sadashi a lo lejos.

Y mi decepción fue grande al saber que no pude protegerla, ni a ellas ni a mi bebé.

Por las buenas o por las malas

[Capítulo 29]

{Aiden}

Me fui contra los dos tipos que me lanzaron con brusquedad contra un poste de madera al que intentaban amarrarme. Al primero le metí un cabezazo que de seguro me provocaría otro coágulo en el cerebro, pero esperaba que a él lo llevara a la tumba. Al segundo lo arremetí con mi cuerpo y gimió al caer al suelo.

Había despertado minutos antes sobre el piso, justo cuando me tiraron con la intención de amarrarme; el sedante que me pusieron, o no era fuerte, o no reaccionó en mí como esperaban, pues estuve fuera de servicio solo durante el tiempo que nos trasladaron del restaurante a dónde fuese que nos habían llevado. Sadashi estaba sentada en el piso con las manos amarradas hacia atrás en otro poste, aunque tenía las piernas libres y le quebró la nariz al hijo de puta que antes le había metido un cabezazo.

—¡Conténgalo ya, imbéciles! —exigió Kwan, entrando al lugar donde nos retenían.

—¿Por qué no vienes y lo haces tú? Hijo de la gran puta —espeté y caminé, decidido, hacia él.

—¡Aiden, no! —gritó Essie.

Miré hacia donde estaba, justo a la par de Sadashi, y vi a Demian (que seguía con su puta máscara) apuntando a mi chica. Presioné los puños y me detuve; regresé la vista a Kwan, sonreía con burla. El malnacido me tenía cogido de las bolas y lo disfrutaba demasiado.

—Las cosas son fáciles, niñato Pride. Déjate de mierdas o ellas lo pagarán —advirtió.

—En todo este tiempo conociendo a Sadashi, he descubierto que va de frente siempre y no tiene miedo a hacer las cosas por ella misma. Se lo enseñaron en ese campo de concentración al cual pertenecieron ambos —comencé a decirle, enfatizando su nombre para que aprendiera a llamarla como tal, justo cuando un Vigilante llegó a mí y me esposó las manos en la espalda—. Al parecer, a ella le enseñaron a tener más huevos que tú.

—¿En serio? —inquirió, divertido.

Segundos después se dejó ir contra mí, haciéndome caer al suelo; tenía las manos atadas hacia atrás, ¡joder! Por lo que el putazo que me hizo darme me dejó viendo luces, pero incluso así aproveché que él creyera que estaba indefenso y, con las piernas, me enganché a su cuello cuando se fue sobre mí para darme puñetazos.

Si quería pelear a lo cobarde, le demostraría que yo también tenía un juego sucio.

Con fuerza, lo azoté en el suelo; su cabeza rebotó y únicamente pude pensar en que pronto le devolvería lo que me hizo meses antes, pero, como era de esperarse, Demian llegó como ayuda de su nuevo amigo y lo apartó de mí. Pude ponerme de pie, aunque con las manos atadas no conseguí hacer mucho cuando, entre los dos, me atacaron.

—¡Malditos cobardes! —Escuché a Sadashi gritar.

—¡Dios! Déjenlo, por favor —suplicó Essie, sonaba aterrada.

Pero esos putos imbéciles no iban a dejarme tan fácil y de verdad prefería que se ensañaran conmigo y no con las chicas.

Me olvidé del dolor cuando caí por tercera vez al suelo y recordé todas las veces en las que Lee-Ang (quien fue nuestra Sensei igual que Maokko) nos hizo luchar con las manos atadas a Daemon y a mí. ¡Mierda! En realidad, nos prepararon para todo, y hasta ese momento terminé de

verlo, pues me enfrentaba a una situación similar. Ayudándome con el hombro, me impulsé para ponerme de pie y corrí hacia un lado de esos dos hasta subirme tres pasos a la pared y caer de espaldas a Demian.

Por supuesto que no iba desaprovechar la oportunidad y, con todas las ganas y el odio que sentía hacia ese idiota, le di una patada en el costado y, con agilidad, lo empujé con la otra pierna hasta hacerlo caer en el regazo de Essie; en el proceso su máscara voló y dejó su estúpido rostro de mierda al descubierto.

—¡Maldición! —se quejó, aturdido.

Essie estaba en *shock* al verlo tan cerca y comenzó a llorar cuando Demian la miró. Me enfoqué en Kwan justo cuando iba a atacarme y logré esquivar su golpe. Pronto cinco tipos más me rodearon, pero antes logré conectar una patada en el rostro de ese asiático malnacido y luego caí al suelo gracias al pico de un arma taser que clavaron en mi abdomen.

—¡Déjalo ya, joder! —gritó Sadashi a Kwan en el momento que llegó a mí para darme una patada en el abdomen.

—¿¡Y qué!? ¿¡Sigo contigo!? —preguntó él con ironía.

Ni la electricidad pudo dejarme fuera de combate cuando vi que se fue hacia ella.

—¡Noooo! ¡No la toques, cabrón! —grité al ver que iba a darle una patada.

Nunca vi que Essie estuviese libre, pero llegó hasta Sadashi al ver las intenciones de Kwan y la cubrió con su cuerpo, recibiendo ella el golpe en el rostro.

—¡Essie, no! —exclamó Sadashi, afligida, y mi prima quedó inconsciente sobre ella.

¡Puta mierda! Sentí que me dieron otra descarga cuando quise llegar hasta ellas al ver que Kwan tuvo intenciones de volver a golpear a mi prima, incluso viendo que no se movía, pero Demian lo tomó del brazo y lo hizo retroceder con brusquedad.

—¡Es una niña, imbécil! —le reclamó.

—¡Me importa una mierda que lo sea! —espetó el otro.

—Me importa una mierda si lo ves así, pero no tiene nada que ver con esos dos. La chica es solo un comodín extra, así que no la volverás a tocar —amenazó y, aunque agradecí que dejara a Essie fuera, no quitaba mis ganas de matarlo.

—¡Joder contigo, Demian! No sé qué mierda te pasa con eso de cuidar cómo golpeamos a esta familia, pero ya me estás hartando. Aprovecharé mis oportunidades, te guste o no.

Intenté llegar a las chicas de nuevo al verlos distraídos. Me preocupaba que Essie no reaccionara, pero uno de esos lameculos me lo impidió.

—Tú y yo tenemos un trato —le recordó Demian—. Haz lo que quieras con esta hija de puta —señaló a Sadashi—, y yo haré lo mío con el pequeño White de mierda.

No me importó, pues mi atención estaba en Sadashi y Essie. Mi prima comenzó a moverse en ese instante, seguía sobre el cuerpo de mi chica y vi que ella le habló para que siguiera reaccionando.

—Déjenlas a ellas en paz, para eso me tienen a mí —espeté.

—No, imbécil. Yo de ti no quiero nada, en cambio, de Jiyu, sí —confesó Kwan, reacio a dejar de llamarla por su nombre pasado y traté de no mostrar mi preocupación por sus palabras.

—Es cuestión de tiempo que mi familia nos encuentre —advertí, y tanto él como Demian rieron.

—Claro que lo es —aceptó Demian—. De hecho, voy a ayudarles.

Vi que uno de sus seguidores le entregó mi móvil y buscó algo, hasta que lo encontró, hizo una llamada y la puso en altavoz.

—*¿¡Aiden!?* —Escuché a madre.

—No, no es tu hijo, pero sí tu hermanito —habló con burla y mis ojos se desorbitaron.

—*Le tocas un solo cabello y te juro que no te alcanzará la vi…*

—Bla, bla, bla —ironizó él, interrumpiéndola.

Mi sorpresa fue todavía más grande al darme cuenta de que ella no se inmutó por cómo la llamó.

—Iremos al grano, Isabella —continuó con tono altanero—. Al igual que tú, no me ando con juegos, y bien sabías que era cuestión de tiempo que esto pasara. Te he llamado porque, obviamente, no me estoy escondiendo y los estamos esperando con una bienvenida.

—*No me subestimes.*

—Tú no me subestimes a mí. El trato es sencillo, tengo a tu hijo, a tu súbdita y a tu sobrina, y si no llegas aquí con Inoha, te juro que esta vez no amenazaré.

—¡No, madre! ¡No le entregues a esa puta!

Me resultaba imposible aceptar que esa rubia de mierda recuperara su libertad; no podía, y odié que madre no se hubiera deshecho de ella cuando pudo o que no me hubiera dejado a mí hacerlo. Padre decía que ser bueno no siempre funcionaba en nuestro mundo y nunca estuve tan de acuerdo con él como en esos instantes.

Inoha no merecía estar viva tras lo que le hizo a Daemon, y si la entregaban a cambio de mi libertad, era seguro que intentaría vengarse de nosotros. De mi hermano sobre todo, ya que esa maldita no tenía corazón.

Kwan llegó hasta Sadashi y quitó a Essie de su regazo para hacer que se pusiera de pie. La tomó con brusquedad y supe que mi guerrera se contuvo de defenderse para no arriesgarse. ¡Mierda! La estaba exponiendo por mi odio hacia esa malnacida.

—¡Suéltala! —le exigí.

Fue como si le hablase a su culo, ya que me ignoró por completo.

—*¿¡Hijo!?* —gritó madre.

—Esta vez las reglas del juego las pongo yo, Isabella, y quiero a Inoha a cambio de estos tres; y de una vez te advierto que recibirás a tu hijo tal cual tú me entregarás a la chica, y por tu bien espero que mi sobrino sea tan resistente como sus padres, o que tú llegues antes de que lo peor pase —amenazó y no me dejó hablar, ni que ella dijera más.

Cortó la llamada de inmediato y me miró con una sonrisa triunfadora.

—¿Te has vuelto más imbécil? Tú no puedes ser nada mío —espeté con asco.

—Ni creas que es de mi agrado, pero esos son los enredos que hizo el malnacido de tu abuelo —largó y descubrí que sentía lo mismo que yo al saber que tenía parte de mi sangre.

Le vi girar el cuello para crujirlo y su mirada era maniática. Essie estaba intentando levantarse y Demian lo notó, así que se acercó a ella, pero mi prima al verlo retrocedió como pudo y Kwan la tomó del brazo para levantarla con brusquedad.

—¡Joder! A ti nunca te han enseñado a tratar a las mujeres —bufé y me ignoraron.

—Tú te irás conmigo —sentenció Demian a Essie y todas mis alarmas se volvieron a activar.

—¡Suéltame! —exigió cuando la tomó del brazo y, sin que nadie lo previera, le dejó ir un tortazo que le giró el rostro casi hasta hacer que me volviera a ver, pero desde una posición bastante demoníaca.

—¡Demian! Me tienes aquí, ella no tiene nada que ver con nosotros —llamé su atención cuando él la miró, molesto, y la tomó de ambos brazos.

—Por eso la sacaré de aquí. La niña no tiene por qué ver lo que está a punto de suceder.

—¡No me pongas tus asquerosas manos encima! —volvió a exigirle y esa vez su rodilla impactó en la entrepierna de Demian.

En otro momento hubiera celebrado la valentía de mi estrellita, aunque no en ese, ya que solo estaba provocando que la lastimaran más.

—¡Ufff! Eso debió de doler —se burló Kwan—. Eso te pasa por tener tantas consideraciones. —Intentó tomar a Essie, pero, de nuevo, Demian se lo impidió.

—Ella no es nuestro asunto, así que déjame sacarla de aquí —le exigió.

—Pues hazlo antes de que te deje sin dientes y descendencia —recomendó el asiático.

—¡No la dañes! —advertí cuando, por sorpresa, tomó a mi prima hasta hacerla girar en su eje para que quedara de espaldas a él y la cogió de manera que no pudiese defenderse.

—Encárgate de él mientras vuelvo —pidió a Kwan antes de largarse.

Volví a intentar ponerme de pie, pero los cinco tipos de antes me contuvieron. Essie gritó y luchó por zafarse de Demian, pero el maldito tomó sus precauciones y esa vez no se la puso fácil. Maldije una y otra vez mientras estaba bocabajo en el suelo y miraba lo que sucedía a mi alrededor.

—Ya saben qué hacer —demandó Kwan hacia los tipos—, y no golpeen su rostro.

Y desde ahí donde me encontraba, todos esos cobardes comenzaron a pegarme. Lo peor de todo era que ni siquiera podía hacerme un ovillo para protegerme y evitar gemir de dolor cuando escuché a Sadashi gritar, horrorizada. En un momento dado vi que golpeó a Kwan usando sus pies y este, muy enfurecido, la tomó de una pierna y la haló para desestabilizarla. En ese instante sí grité un largo «no»; la asiática sabía que, si la hacía caer al suelo, se pondría en peligro y, de milagro, logró detenerse.

Mi chica estaba vulnerable y me desesperaba no poder ayudarla.

«Mierda, mierda y más mierda», era lo único que decía en mi cabeza. Kwan tomó a Sadashi del pelo para ponerla de pie y le propinó una bofetada que me dolió más que los golpes que estaba recibiendo. Tras eso volvió a cogerla del pelo y la obligó a ver todo lo que me hacían. La impotencia oscurecía sus ojos y el dolor los hacía brillar; de su boca corría sangre, también de su nariz, y, como pude, le di a entender que prefería ser yo y no que la siguieran dañando a ella o a Essie.

—¡Yaaa! ¡Por favor, Kwan! ¡Ya basta! ¡Déjalo!

—¡Sigan a la siguiente fase! —ordenó él, ignorándola.

Todos esos imbéciles sacaron unos bastones cortos, los activaron y de la punta de ellos vi la luz azul de la electricidad.

—¡Noooo, Kwan! ¡Déjalo ya! ¡Hago lo que quieras, pero déjalo! —Las palabras de Sadashi me asustaron más que ver a esos imbéciles a punto de electrocutarme.

—¡No! —exclamé con el poco aire que me quedaba.

Me dieron una patada en el estómago y, a duras penas, logré respirar, pero no quería que hiciera nada por mí. Necesitaba que todo el odio y atención fuese solo hacia mi persona, no para ella o Essie.

—¿Estás segura de que harás todo lo que yo quiera? —preguntó y alzó la mano para detener a los imbéciles que me atacaban.

Su sonrisa maliciosa me dio a entender que el plan en su cabeza era macabro y Sadashi caería con tal de protegerme.

—No, no… Sadashi —supliqué con dificultad.

Kwan la tomó del cuello para que pusiera toda su atención en él y se metió en medio de sus piernas para que no volviese a atacarlo.

—¡Déjala, maldito hijo de puta! —exigí al ver que la estrangulaba—. ¡Mierdaaaa! —grité cuando un Vigilante me atacó con la electricidad de su bastón.

Sadashi luchaba por respirar y deseé decirle a esa mierda que estaba embarazada con la esperanza de que la soltara, pero sabía que no sucedería, al contrario, la lastimaría más y a nuestro bebé con tal de joderme a mí.

—¡Responde de una puta vez! ¿¡Harás lo que yo deseo!?

—S-see —logró decir a duras penas.

Entonces la soltó y mi *diavola* comenzó a toser de forma incesante, luchando por respirar y recuperar el aire que esa escoria le robó.

—No quiero que haga nada por mí, me tienes aquí, jodido imbécil. Métete conmigo y déjala a ella fuera de esto —exigí.

En ese momento sí puso su atención en mí y sonrió de lado.

—¿Sabes? En el campo de concentración en el que ambos crecimos, nos enseñaron que nadie tomaba decisiones por nosotros, a excepción de los de alto rango, claro está. Y Jiyu me conoce y sabe de lo que soy capaz, ¿cierto, mi reina de hielo? —inquirió hacia ella y le acarició el rostro.

Sadashi no dijo nada, solo lo miró con odio. Kwan, al ver su actitud, hizo una señal y el tipo que estaba tras de mí me puso una descarga eléctrica en la columna que me obligó a gritar, por mucho que me mordí la lengua.

—¿Cierto, mi reina de hielo? —cuestionó de nuevo. Sadashi asintió de inmediato.

La estaba manipulando y me usaba a mí para eso. En esos momentos no me pude sentir más patético porque necesitaba ser fuerte, pero en mi interior me maldecía una y otra vez.

—Así que la que decide aquí es ella, y te pregunto por tercera y última vez, *Jiyu*, ¿harás lo que yo quiera?

—Sí —respondió sin dudar y la miré, negando.

—No tienes que hacer nada, nena, por favor —pedí. Ese cabrón volvió a hacer esa puta señal con la mano y me preparé para lo que seguía.

—Lo que quieras, Kwan. Ya te lo dije —se apresuró a decir y el ataque que esperaba no llegó.

—Quiero hacerte el amor.

—En tu puta vida la volverás a tocar —gruñí.

Muy ridículo de mi parte cuando estaba esposado, golpeado y con cinco tipos que me rodeaban con barras eléctricas dispuestos a hacer que me cagara encima si era posible.

¡Merda! Deseaba tener superpoderes en ese instante, soltarme, matar a esos malnacidos y defender a mi chica y a mi prima, pero solo podía rogar para que mis padres llegaran pronto y llevaran con ellos a esa maldita rubia, porque, por mucho que la odiara, no quería exponer más a las chicas ni que Sadashi hiciera nada con tal de protegerme.

—Te di tu espacio durante el tiempo que intentamos hacer negociaciones, no te obligué a nada, pero bien sabes que, si lo quiero, te follo aquí mismo y hago que este imbécil nos vea, y no creo que quieras eso. Así que tú decides, amor —siguió el maldito y Sadashi me miró.

—¡Por Dios, Sadashi! Ahora mismo que te importe una mierda lo que me hagan a mí —rogué y ella negó, dejando caer sus lágrimas.

—¡Vamos, amor! Te estoy dando la oportunidad de entregarte a mí por las buenas, no quiero hacer esto malo para ti. Quiero que disfrutes, consentirte y que recuerdes lo que es estar con un hombre de verdad. En tus manos está la opción de gozar o sufrir —le dijo. Sadashi no dejó de mirarme en ningún momento—. Te follaré de todas maneras, cuenta con eso. Por las buenas o por las malas.

—Qui-quiero que me dejes… hablar con él antes —pidió y sentí que el mundo se me vino encima.

Negué como loco al saber su decisión y traté de ponerme de pie, así esos malditos me atacaran. Kwan les hizo una señal a todos para que se alejaran y, con dificultad, logré levantarme. Mi forma de respirar era acelerada y me quedé de pie, mirándola.

—Dejaré que se acerque a ti, pero no nos iremos de aquí. Tienes dos minutos para tomar una decisión —advirtió Kwan.

Se hizo a un lado tras decir eso y los demás retrocedieron, pero antes sacaron unas *glock* y nos apuntaron a ambos para que ninguno hiciera nada. Comencé a caminar hacia Sadashi y llegué a ella hasta meter el rostro en su clavícula, ella hizo lo mismo conmigo. Ninguno de los dos podíamos abrazarnos, pero aun así sentí que lo hacíamos.

—No lo hagas, *mia cara* —susurré en su oído. Le estaba suplicando con el alma—. Deja que hagan conmigo lo que quieran, pero no dejes que te toque.

—Tengo que hacerlo, Aiden. Lo hará acepte o no y no permitiré que los lastimen. —Nos miramos. Sabía que no se refería a Essie, sino a nuestro bebé y a mí—. Lo conozco y me tomará a la fuerza hasta dañarme si no cedo.

—Sadashi —solté en un murmullo lastimero.

—El tiempo acabó, espero que hayas decidido lo mejor para ti —señaló Kwan.

Dos tipos llegaron y me cogieron de los brazos para contenerme, los otros soltaron a Sadashi y la miré con dolor. Antes de que se la llevaran, logró acercarse de nuevo a mí y susurró lo que menos esperé en ese instante.

—Te amo y tú eres el amor de mi vida, no lo dudes ni un segundo.

Caí de rodillas cuando uno de los tipos me golpeó detrás de ellas y grité de impotencia al ver que la sacaron. Quería morirme. No era posible que no pudiese hacer nada por protegerla, era injusto que me dijera algo que siempre quise escuchar precisamente en ese instante y que luego ese hijo de puta la tomara y lograra lo que tanto quería.

—¡Te voy a hacer pedazos, hijo de la gran puta! ¡Te lo prometo por mi vida!

Destino fatal

[Capítulo 30]

{Sadashi}

Mientras me hacían caminar a la fuerza, únicamente pensaba en lo cruel que era la vida. Quizás ese era mi castigo por haber intentado deshacerme de un ser inocente y, al final, lo perdería igual. Justo cuando ya había aceptado ser madre y en el momento que ese pequeño bulto en mi vientre me importaba, igual que su padre.

«No tomes decisiones a la ligera, tú no sabes si ese bebé será tu mayor felicidad y fuerza, Sadashi. No lo veas como una debilidad».

Me había dicho tía Maokko en el momento que le comenté de mi embarazo.

Se abrió conmigo y me confesó de su incapacidad para procrear y logré ponerme en sus zapatos y comprenderla, sentí su dolor a pesar de que para Marcus eso no era un motivo para dejarla, aunque sí el deseo de mi tía, uno que no podría cumplir nunca.

Mis motivos para querer abortar cuando descubrí que estaba embarazada fueron, sobre todo, el miedo a lo desconocido y mis creencias con respecto a la familia; me enfoqué en eso como si el túnel en el que me introduje careciera de salida, y yo sabía que los problemas siempre tenían una solución, pero no la quería ver.

Fui una cobarde en ese sentido, por querer actuar de manera irreflexiva sin antes analizar la situación.

Por fortuna, tía Maokko me ayudó a ver las cosas de una manera distinta, incluso el gran daño que le causaría a un hombre que ya era parte de mi ser, y no me estaba importando su dolor por enfocarme únicamente en lo mío, fui egoísta con el chico que fue capaz de derribar mis muros y, al verlo así, tuve miedo, pero de mí misma por querer destruirlo con mis acciones.

Estuve a punto de hacer pedazos a un hombre que incluso deseando a su hijo, estuvo dispuesto a apoyarme en mi decisión luego de escuchar toda mi historia, porque me comprendió. Y con eso, me di cuenta de que tomé la mejor elección al retractarme en abortar luego de que me explicaran el proceso al que me sometería y me mostraran imágenes que, así no fueran ajenas a muchas de las atrocidades que yo cometí, pensar en hacérselas a una extensión de mi ser me provocó repulsión, y más cuando lo imaginé con los rasgos de mi niño bonito.

Carajo.

Siempre me identifiqué por ser proelección (en todos los sentidos de la vida), e hice uso de mis creencias al decidir no abortar. Y defendería mis decisiones hasta el último momento, cualesquiera que fueran; y, de hecho, es lo que estaba haciendo en ese momento, aunque me ardiera el alma al pensar en Aiden y su rostro de dolor cuando vio lo que elegí. Se me partía el corazón al recordarlo, y a lo mejor no comprendía lo que haría, pero no podía permitir que lo siguieran dañando.

Solo éramos él y yo y, para nuestra desgracia, estábamos imposibilitados y no nos defenderíamos como muchas veces hicimos. Era consciente de que oponerme únicamente me llevaría a ser lastimada, y ni siquiera me importaba por mí, sino por nuestro hijo.

«A veces, rendirse también significa ganar».

Recordé esas palabras de uno de los maestros de La Orden (Baek Cho) y en ese preciso instante reconocí lo que de verdad significaban.

Kwan me tomó de la cintura para hacerme caminar a su lado y besó mi mejilla, me sonrió y a

mi mente llegó aquel momento de mi vida junto a mi madre, cuando creí obtener la libertad. «Las mujeres son débiles, pero las madres son fuertes», citaba el famoso refrán de mi maldito país de nacimiento y ese día comprobé cuán verdadera era la última parte, aunque jamás estaría de acuerdo con la primera.

Y nunca pude ponerme en los zapatos de mi madre, ni la comprendí, hasta que al fin estaba en su lugar, tratando de proteger a mi hijo y rogando para que aguantara y no saliera de mi vientre antes de tiempo.

—Confieso que me intriga que cedieras tan fácil —murmuró Kwan y sonreí, sin gracia y con ironía.

¿Fácil? El maldito cobarde creía que lo era. Me quedé en silencio y seguí mirando hacia el frente. Estábamos en una especie de fábrica vieja, con varios pisos, aunque no eran muy altos entre plantas.

Nos mantuvieron en la planta baja y ahí solo vi pilares que formaban el soporte de los demás pisos de arriba y el salón en el que nos metieron al llegar; por lo que veía a mi alrededor, estaba segura de que ese lugar les servía como base para su mierda de organización. Íbamos por un pasillo en ese instante, los lados de él eran paredes de yeso y a cada tres metros veía puertas, supuse que las usaban como habitaciones.

Justo al pasar frente a una escuché gritos de una pelea y maldije cuando reconocí a Essie.

—¡¡*Escúchame, joder!!* —Imaginé que la voz del tipo era de Demian y me tensé.

Sonaba cómo si conociera a Essie y me negué a pensar que esa chica estaba relacionada con él porque, si lo hacía, la asociaría con la emboscada que nos hicieron y no quería culparla de nada cuando demostró estar tan aterrorizada por la situación, incluso fue capaz de defenderme ante el cobarde que había a mi lado.

—*¡Que te escuche tu perra madre, maldito idiota! ¡Y métete tus explicaciones por donde te quepan! ¡Yo no me mezclo con traidores!* —Sin poder evitarlo, mis ojos se ensancharon al oír a Essie decir eso y ralenticé el paso con tal de escuchar un poco más.

—*¡Mierda, niña! ¡No seas testaruda y escúchame! ¡Yo no te...!*

—¿Queriendo escuchar conversaciones ajenas? —inquirió Kwan en voz alta y no permitió que terminara de oír lo que dijeron.

Me limité a hacerle una mala cara y negué.

—¿Qué piensas hacer conmigo después?

—Llevarte conmigo o matarte, lo que me salga más fácil —dijo y le creí.

Si había alguien que conociera a ese tipo a la perfección, era yo, y el maldito siempre ponía a sus intereses primero, así que me obligué a ser inteligente e idear una manera de retrasar lo que quería hacerme y darle tiempo a los Grigoris y Silenciosos a llegar.

—Conque fue Essie quien les ayudó a atraparnos —comenté y sonrió, satírico, cuando me hizo entrar en una habitación.

Lo vi sacar una especie de cinturón corto de su bolsillo trasero y comenzó a ponérmelo en el cuello.

—¿Qué es? —pregunté y se limitó a observarme.

Miré hacia los lados, el cuarto era simple. Una cama y una mesa de noche sin cajones, eso era todo lo que había. No tenía ventanas, el piso estaba alfombrado y la cama no tenía el molde de soporte, solo la base, colchón y ya; ni siquiera tenía sábanas o almohadas, así que deduje que esa habitación fue escogida para mí en especial.

—*Estás muy preguntona* —replicó en nuestro idioma—, *pero, ya que no saldrás de aquí, a no ser que sea conmigo, te concederé respuestas, y puedes confiar en que serán verdaderas.*

—*Hace mucho que no hablaba ni oía mi lengua* —respondí también en coreano, tratando de sonar amigable e interesada.

—*Lo que he puesto en tu cuello es un medio para mantenerte controlada mientras estés sin esposas* —explicó y me liberó las manos—. *Y, sí, esa chica nos ayudó para llegar a ti y a tu perro, pero ni siquiera lo sabe.*

—*¿Cómo?*

—*Me encanta escucharte hablar en nuestro idioma, pero prefiero que lo hagas con cosas que no te importan.*

Le tomé la mano cuando intentó sacarme la camisa y enseguida me mostró un mando a distancia. Era pequeño, aunque con una clara amenaza.

—*Intenta atacarme y sufrirás mucho.*

—¡Joder! —me quejé cuando sentí que muchos alfileres se incrustaron en mi cuello, justo después de que presionara un botón.

—Gargantilla del dolor, lo mejor que tenemos para controlar a quienes están contra nosotros —informó, volviendo a hablar en inglés, y lo miré con ira—. Solo existen dos llaves que la puedan abrir, y una está en mi poder. Atenta contra mí y probarás un poco del mejor veneno traído de China. Te matará poco a poco y sufrirás una maravilla en el proceso. He activado las agujas que ahora ya están dentro de tu cuello, Park. Da un paso en falso y lo lamentarás.

Tras decir eso se apoderó de mi boca y sentí ganas de vomitar, el maldito planeó todo a la perfección y odié sentirme tan débil.

—Bésame —ordenó cuando no respondí.

Tomé su mano justo cuando vi que buscaba algún botón del maldito mando y comencé a besarlo. No podía arriesgarme, porque, así la cantidad de veneno que me inyectara fuera poca, lastimaría a mi hijo, y no le daría ese gusto.

Antes dije que sería capaz de acostarme con el diablo con tal de cumplirle a mis jefes, incluso por salvar a Aiden, pero en ese momento nada sería por ellos, sino por mi bebé. Amaba a Aiden con mi alma, no lo negaría más, no obstante, ese pequeño en mi vientre estaba despertando en mí sentimientos inexplicables y por él sería capaz de quemar el mundo.

O dejarme follar por esa mierda.

—¡Joder! —exclamó Kwan en un gemido y me hizo caer en la cama—. Había olvidado lo rico que besas.

Hice una mueca de dolor cuando las malditas agujas me lastimaron más el cuello, pero no lo demostré. Kwan estuvo en segundos sobre mí, me abrió las piernas para meterse entre ellas y antes se sacó la camisa. Lo veía excitado y muy apurado.

—Te extrañaba, nena. Tus besos y tu manera de follar —confesó—. Ya verás cómo te haré gozar.

Me rompió la camisa e hice el amago de apartarlo de mí cuando puso sus asquerosas manos en mis pechos. ¡Dios! Iba a suceder y el miedo en mi interior me estaba comenzando a desgarrar. No podía pasarme eso, me negaba a pesar de que sabía que era la única manera de proteger a mi hijo.

—¡Espera! —pedí cuando me cogió la cinturilla del pantalón para desabrocharlo y sacármelo.

¡Puta mierda! Esa era mi única protección, y si me la quitaba iba a estar perdida, y me negaba. Me arañó el estómago cuando intentó sacármelo usando una daga para arrancar el botón y tuve terror de que supiera que ahí albergaba una vida y esa herida se hiciese más profunda si se enteraba de mi hijo.

—¿¡Esperar qué!? —gritó, enfurecido.

—Dijiste que me iba a gustar, que me harías recordar los buenos momentos, y eso no está pasando. Ni siquiera estoy excitada y no haces parecer que esto no es una violación y yo estoy cooperando —logré decir sin inmutarme.

—Es que no hay mucho tiempo, mi flor salvaje. Te prometo que cuando salgamos de aquí me tomaré mi tiempo. —Tragué con dificultad, aunque tuve un poco de esperanzas cuando lo vi apurado porque eso significaba que el tiempo se les acababa y tenía que aprovecharlo.

—No quiero que sea así, Kwan. Me dolerá, no lo disfrutaré si sigues por ese rumbo.

—Pues será así, después te recompenso.

Quise detenerlo cuando comenzó a bajarme el pantalón, y en ese instante sí luché. Ese hijo de puta tenía fuerzas y yo debía seguir protegiéndome.

—Admito que así me gusta más —vociferó mientras me resistía y el terror me heló la sangre cuando logró ponerme sobre mi estómago y me bajó las bragas.

Grité con fuerza. No quería eso, nunca me sentí tan impotente como en esa asquerosa cama. Me dañaría, y a mi hijo en el proceso, solo un milagro podía salvarme y no creí que se me cumpliría nada de lo que deseaba.

—¡Siento interrumpir la fiesta!

La puerta se abrió de golpe, justo cuando la puta polla de ese imbécil me tocó una nalga y la voz de aquel tipo nos interrumpió.

Pedí un milagro y en ese instante lo estaba recibiendo de quien menos esperaba.

—¿¡Qué mierdas haces aquí!? —gritó Kwan, perdiendo los estribos.

Salí de la cama, me subí las bragas y cubrí mis pechos para luego arrinconarme a la pared. Demian me miró, yo estaba temblando y llorando.

—Hay problemas con tus hombres y te necesitan en la sala de control. Las visitas se acercan, así que tendrás que dejar tu fiesta para después.

—¿¡Y no los puedes resolver tú!? ¿¡Para qué putas eres mi socio si me buscas en el peor momento!? —se quejó Kwan y acomodó el pantalón.

—Porque esos imbéciles solo te obedecen a ti, así que te tendrás que hacer cargo —zanjó.

Kwan salió enfurecido de la habitación, se quedó unos segundos más mirándome.

—Tienes una puta suerte —espetó y me lanzó algo.

Lo tomé con una mano y mis ojos se ensancharon cuando vi que se trataba de una llave. Lo miré, incrédula, y negó. Se notaba fastidiado, hasta obligado a hacer lo que estaba haciendo.

—¿Por qué?

—Porque soy un caballero —soltó con burla—. Únicamente te estoy dando una ventaja, pero en el momento que estés fuera de aquí, aprovecharé para deshacerme de la puta de Aiden.

Se giró para marcharse y lo detuve antes de que lo lograra.

—Gracias. —De verdad le agradecía que me salvara de Kwan—. Tengo una deuda contigo y te la pagaré. Te prometo que, en cuanto pueda, te mataré rápido y evitaré que sufras.

Sonrió de lado al escucharme y se fue.

Me apresuré a quitarme el collar y me quejé cuando las agujas salieron de mi cuello. No sabía por qué Demian hizo eso, pero tampoco renegaría. Me puse la ropa, o lo que quedaba de ella, y, con cuidado, envolví la gargantilla en mi mano con las puntas hacia afuera; tal vez no lograría inyectar el veneno, pero me servirían como arma.

Por supuesto que la puerta tenía seguro, era obvio que no me lo pondrían tan fácil, y tampoco lo esperé, aunque sí estaba segura de que ese acto de buena fe por parte de Demian le saldría caro, sin embargo, le cumpliría mi promesa. No lo haría sufrir, y todo gracias a que me salvó de

ser violada, no obstante, me debía muchas y con eso no lo compensaba todo.

____****____

Pasaron alrededor de dos horas, aunque sentí que fue una eternidad cuando escuché el primer disparo. Estuve ansiosa, pero en ese momento me puse peor. Quería salir y comencé a golpear la puerta con fuerza, afuera había tipos que me dijeron que me callara, eso solo sirvió para que siguiera gritando. De pronto escuché un alboroto, golpes, gemidos y, enseguida, disparos hechos con armas con silenciadores. El corazón me iba a mil y me puse en posición de ataque cuando golpearon la puerta con fuerza hasta abrirla.

—¡Oh, por Dios! —musité, aliviada, al ver a dos tipos de negro.

Llevaban chalecos antibalas, muy bien armados, gorros pasamontañas que les cubrían el rostro y cascos para protección de la cabeza; conocía ese atuendo, pero lo que más reconocí fue el logo de Grigori y La Orden grabado en una manga del uniforme.

—¡Mierda, nunca creí que fueras tan feliz al verme! —exclamó esa voz que reconocí de inmediato.

—¿¡Dasher!? —inquirí, sorprendida. Era el último al que esperaba ver vestido así.

—Tu salvador, será —musitó y quise abrazarlo, feliz de escuchar sus idioteces.

—Debemos seguir, toma. —Darius Black, su padre, lo acompañaba y vestía igual.

Me dio un chaleco y armas… ¡Dios mío! Me sentí extasiada al verlo. Si él estaba ahí, significaba que los Grigori llegaron con su artillería pesada, y juro que quise llorar, pero de agradecimiento.

Todos los hijos de los Pride, White o Black eran preparados para que supieran defenderse de una u otra manera, incluso la nueva generación de los otros Grigoris. Lo hacían como método de supervivencia, ya que el mundo al que pertenecían era peligroso, pero, de todos ellos, solo Aiden era miembro activo de ambas organizaciones y juré que no vería a ningún otro, puesto que ni Daemon lo era, a menos que la situación lo ameritara, y en ese momento Dasher, pues su hermana estaba secuestrada.

Disparé a dos tipos cuando nos quisieron sorprender, Dasher era su objetivo y les arruiné la fiesta.

—Estamos a mano —musité cuando me miró, agradecido.

Todos eran muy buenos en entrenamientos, pero la realidad no cualquiera la soportaba y ahí los instintos tenían que hacerse cargo.

—¿Han encontrado a Essie? —pregunté y negaron—. ¿Y a Aiden? —Volvieron a negar y maldije—. Nos tenían en un gran salón antes de separarnos, a él lo atacaron en grupo. Está muy lastimado.

—Elijah e Isabella se están encargando de eso; Demian y su socio chino los llamaron para reunirse y hacer el intercambio con la rubia —informó el señor Darius. En otro momento me hubiera reído por llamar *chino* a alguien solo por tener los ojos rasgados, pero no en ese—. Maokko, Marcus, Caleb y yo nos dividimos en grupos para buscarte a ti y a Essie. Evan, Connor y Dylan están apoyando a tus jefes —añadió y asentí.

—También los emboscaron —deduje y asintió.

—No voy a negar que ese cabrón de Demian sabe blindarse, pero desconoce los trucos de la vieja escuela y tiene a gente muy preciada para nosotros, así que es como que le haya tocado las bolas al diablo —aseguró y asentí.

—Es bueno tenerlo en el equipo de nuevo —confesé—, aunque no conté con que volvería con paquete incluido. —Señalé a Dasher y Darius negó.

—Creo que mi pequeño tuvo más miedo de quedarse con su madre que a enfrentarse a los peligros de este mundo —bufó.

Dasher estuvo listo para atacar a otro idiota que llegó de sorpresa e iba directo a su padre, lo dejó fuera de juego en cuestión de minutos y, cuando terminó con él, tomó una postura de engreído empedernido.

—Mira a tu pequeño, padre. Acaba de salvarte el culo —alardeó y Darius negó.

—¡Cuidado! —grité y disparé a dos más que iban a ayudar a su compañero—. Ya, ahora esta pequeña salvó el culo de ambos. Andando —los animé cuando el área fue segura. Negaron tras lo que dije y me siguieron.

Sabía que Darius no estaba feliz de que Dasher estuviese ahí, pero en casos como esos la ayuda no se despreciaba.

Revisamos habitación por habitación y nos deshicimos de Vigilantes que intentaron cortarnos el camino. Essie no estaba en ninguna y cada vez notaba la frustración de ambos Black, pero algo en mi interior me decía que la chica se encontraba bien. Asustada hasta la mierda, sí, aunque no corría tanto peligro como nosotros, pues teníamos una diana puesta en el culo y venganzas que nos querían y queríamos cobrar.

En un momento fuimos rodeados por varios Vigilantes; nos superaban en número, no obstante, esa vez teníamos armas y las extremidades libres para defendernos. Peleamos cuerpo a cuerpo y nos protegimos espalda contra espalda. Dasher era un añadido muy excelente y de ayuda inmensa. La ira que sentía porque esos tipos habían secuestrado a su hermana le jugaba a favor y le daba el valor para deshacerse de ellos.

Debido a mi condición, traté de evitar las peleas cuerpo a cuerpo y, en cuanto pude, busqué un lugar para protegerme y desde ahí disparar a los seguidores de Kwan y Vigilantes. Vi a tía Maokko a lo lejos, llegó junto a Marcus, Caleb, Lupo y la élite especial de mi Sensei junto a los Oscuros. Me preguntó si estaba bien y, cuando asentí, noté su alivio; al parecer, Marcus y Caleb ya estaban al tanto de mi estado, pues de pronto me vi rodeada por ellos. Me protegían a mí y a mi bebé, se deshacían de más tipos que aparecían como cucarachas y en minutos aquel lugar se volvió un infierno.

¡Mierda! Estuve en batallas grandes, pero esa era indescriptible.

Corrí hacia otra posición cuando mis compañeros me indicaron y seguí disparando, me detuve cerca de un pilar de la planta baja al ver a Aiden caer de la segunda, pero no lo hizo solo. Kwan amortiguó su caída y estaban envueltos en una pelea mortal a la cual quise unirme, pero tía Maokko me detuvo.

—Escuchamos lo que ese malnacido te hizo, deja que Aiden saque su ira y lo haga pagar. Estaremos aquí para ayudar si las cosas se van por donde no deben. Esta vez tu novio cobrará venganza por ti. —La miré y entendí de qué hablaba.

Iba a decirle algo, pero un seguidor de Kwan estuvo a punto de dañarla y le disparé antes de que lo lograra. De nuevo me vi protegida, esa vez por los mellizos Owen y Lewis junto a Ronin y, a pesar de que lo agradecía, también odiaba ser la princesa a la que debían cuidar hasta por encima de sus vidas.

Aiden era una máquina imparable sobre Kwan. El hijo de puta se defendía, pero tocó demasiado las bolas de mi chico y esa vez merecía su venganza. En grupo eran unos putos gallos, pero solos no pasaban de gallinas.

Lancé una daga hacia un cobarde que quiso ayudar a Kwan, la clavé en su garganta y, cuando cayó al suelo, llamó la atención, tanto de Aiden como de aquel malnacido de mierda. Los ojos de mi chico brillaron al verme y asentí hacia él.

—Hazlo mierda de mi parte, yo cuido tu espalda —dije y Aiden sonrió con malicia.

Mis palabras parecieron darle más fuerza y desde donde yo estaba escuché el *crac* que hizo la mandíbula de Kwan cuando Aiden impactó su puño en ella. Era una pelea de titanes y no negaría que Kwan sabía defenderse, fue único en su momento, pero nos hizo tantas que dejó que se las acumuláramos sin imaginarse que la venganza sería cruel cuando llegara.

Miré hacia la segunda planta y me di cuenta de que mi Sensei y su marido también tenían su batalla personal y, como siempre, los malditos bastardos de los Vigilantes atacaban en grupo, pero Isamu, Serena, Lilith y Belial los apoyaban. A pesar de eso, y gracias a que mi arma era un fusil con mira, la ajusté justo en la cabeza de un imbécil que estuvo a punto de clavar una daga en Isabella y exploté su cerebro en un segundo, tras él me deshice de otro que atacaba al señor Elijah y así continué con los demás hasta dejarlos libres. Me buscaron de inmediato y, cuando me encontraron, asintieron en agradecimiento.

—¡Mierda! —chillé al sentir el zumbido de un proyectil.

Me escondí de inmediato detrás del pilar y ubiqué al idiota que me había disparado. Demian se encontraba junto a una demacrada Inoha y sonrió con burla cuando se percató de que lo estaba viendo.

—*Te lo prometí.* —Entendí que dijo al leer sus labios y me guiñó un ojo.

—Yo también te hice una promesa —murmuré para mí y le apunté justo cuando decidió correr acompañado de Inoha, pero me detuve en cuanto vi que también llevaba a Essie y la puso en mi mira.

El maldito la usaba como escudo y maldije. Me coloqué de inmediato el intercomunicador que poseía el chaleco y avisé a los demás lo que sucedía. Miré a Aiden entonces, Kwan ya estaba en las últimas y decidí mandarlo de una vez por todas al más allá, puesto que había asuntos más importantes que atender, así que llegué a ellos justo cuando se puso de pie para dispararle.

—¿Me cedes ese honor? —pregunté. Él me miró y asintió.

Saqué una *glock* y la apunté primero a la polla de ese inmundo, disparé y, a pesar de que ya estaba débil, chilló como un puto cerdo cuando volé sus bolas.

—¿Querías algo sexual conmigo? Pues esto es lo único que mereces, maldito violador —espeté—. Y ahora sí que te lo diré por última vez en tu puta vida, soy Sadashi Kishaba. Jiyu Park muere esta noche junto contigo.

Me miró con el rostro deforme por el dolor y los golpes de Aiden; apunté a su cabeza y le disparé sin piedad alguna, matando de una vez por todas mi pasado.

—Al fin cierro mi ciclo —musité y Aiden me tomó del rostro.

—Me alegra que no seas de las que deciden raparse para cerrarlos. —Le sonreí.

Ese era el tonto al que amaba como loca, el tipo que no tenía filtros, pero sí muchas ocurrencias hasta en momentos inoportunos. Me fui sobre él para besarlo y gimió de dolor, ya que su labio estaba lastimado, aunque me correspondió como solo él sabía hacer. A pesar del lugar y el momento, me sentí en la gloria entre sus brazos. Ese era mi hogar y no quería perderlo nunca.

—Perdóname por no haberte defendido, por dejar que ese imbécil abusara de ti —suplicó y se separó sin soltarme el rostro.

—No logró su cometido —aseguré y un enorme alivio se instaló en sus bellos ojos—. Quiso, pero la suerte estuvo de mi lado.

—*¡Demian lleva a Essie! ¡Pretende llevársela junto a Inoha!* —Escuché a Caleb en mi oído.

Aiden ya tenía su intercomunicador puesto y también lo escuchó.

Asentí para que fuéramos en busca del bastardo. Todos nos dividimos y yo me fui junto a mi

única pareja, porque Aiden me complementaba en todo. A lo lejos vimos correr a Dasher junto a Darius y los seguimos. Los pocos Vigilantes que quedaban no se daban por vencidos y nos atacaban cada vez que podían.

—*¿¡Aiden dónde estás!?* —preguntó el señor Elijah.

—Junto a Sadashi, vamos hacia afuera justo detrás de Dash y tío Darius. Al parecer han visto a Demian, nos dirigimos hacia una especie de estacionamiento —avisó.

Lo alcancé a coger del chaleco justo cuando un tipo disparó y logré protegernos tras una pared.

—*¡Aguanten, vamos hacia ahí con los demás!* —pidió el señor Pride.

—Pase lo que pase, no dejes que te lastimen, Engreída —demandó y asentí—. Esta vez te necesito cuidando mi espalda, pero de lejos.

Tras decir eso seguimos el camino, y en cuanto llegamos afuera nos topamos con un grupo pequeño de Vigilantes. Darius y Dasher peleaban con ellos mano a mano, y una camioneta a lo lejos nos mostraba a Inoha siendo protegida por esas basuras y a Essie luchando para zafarse de Demian cuando este intentaba arrastrarla hasta allí.

—Encárgate de los armados, voy a por Essie.

—¡Aiden, nooo! —grité queriendo detenerlo, pero se fue y justo en ese momento los Vigilantes que estaban al cuidado de Inoha le apuntaron.

Me obligué a actuar de inmediato y disparé antes de que ellos lastimaran a Aiden. No maté a ninguno, sin embargo, pues se metieron en la camioneta para protegerse, ya que estaba blindada.

Aiden se fue contra Demian hasta hacerlo caer al suelo e Essie lo hizo junto a ellos, pero logró apartarse cuando una vez más dos titanes se enfrentaban entre sí. Apunté a Demian, no obstante, me era imposible darle sin lastimar a mi chico, no me podía arriesgar.

—¡Essie, sal de ahí! —grité, preocupada.

La pobre había quedado atrapada entre la batalla y miraba horrorizada a su padre, hermano y primo luchando a muerte con tal de defenderla. En mi posición solo podía cuidar que ningún otro Vigilante atacara con arma a mi equipo y disparé de nuevo al ver a un maldito asomar su pistola por la puerta de la camioneta. Estaban uno a uno y, justo cuando creí que íbamos a vencer, Demian sacó un revólver y apuntó a Aiden.

Lo vi todo en cámara lenta, la vida se me fue en milésimas de segundos cuando escuché la detonación dirigida al amor de mi vida y me corté. Todo lo que pude hacer fue gritar «no» y correr hacia ellos.

—¡Aiden! —Me escuché gritar, aterrorizada por lo que mis ojos veían.

—¡Essie, nooo! —exclamaron Dasher y Darius al ver a la chica caer sobre el cuerpo de Aiden.

—¿¡Essie!? ¡Estrellita, noooo! —gritó este.

Ella se había metido entre Demian y Aiden, recibió aquel impacto y mi chico cayó al suelo con ella en brazos. Todo seguía transcurriendo lento, vi a Demian gritar y maldecir cuando vio lo que hizo. «No, no, nooo», salía de su boca sin cesar, llevándose las manos a la cabeza, observando a tres hombres rodear a la chica. Los tipos que se escondieron en la camioneta aprovecharon para salir y se lo llevaron a la fuerza.

Disparé a los otros dos que luchaban contra Dash y Darius y que quisieron aprovecharse de ese momento. Mis jefes y los demás llegaron entonces, mi Sensei gritó al ver lo que sucedía y el resto comenzó a disparar sobre aquella camioneta en marcha, pero ya no servía de nada. Al último momento nos dieron un golpe letal y, entre el espacio que había alrededor de Essie, logré verla con la herida en la cabeza y el cabello mojado con su sangre, inerte y perdiendo color.

—¡Dios, noooo! —gritó Darius—. ¡Mi hija nooo!

Me abracé el vientre al sentir el dolor de aquel padre por su hija. Dasher y Aiden lloraban como niños y le suplicaban a la pequeña estrellita que no los abandonara. Mi Sensei intentaba consolar a su hermano y justo cuando sentí que no podía más con esa escena tan cruel, unos brazos me arroparon y miré, incrédula, a quien me consolaba.

—Tienes que ser fuerte, hija —murmuró Elijah Pride, pero su voz ronca demostraba que él también estaba a punto de derrumbarse con lo sucedido.

—¡Dios mío! ¿¡Está muerta!? ¿¡Essie murió por defender a Aiden!? —logré preguntar y él dejó salir sus lágrimas.

Pensé en la señora Laurel y quise morirme del dolor. Imaginé su sufrimiento cuando le dieran la noticia y me aferré más a mi vientre y a mi jefe, pensando en mi bebé, porque sabía que yo no soportaría perderlo. No lo deseé y lo taché de error al principio, pero ya lo amaba y daría mi vida por él. Agradecía la oportunidad de aún tenerlo conmigo y también me sentí una egoísta por mi dicha, ya que una madre acababa de perder a su mayor milagro.

Así de injusta era la vida.

Epílogo

{Aiden}

Meses después…

Estaba parado en el pequeño escenario que montaron dentro de la carpa térmica (para protegernos del frío) en el jardín trasero de la casa de mis padres. Miraba hacia el frente, a las personas presentes, con el corazón a punto de salirse por mi boca. Las sillas blancas fueron decoradas con rosas rojas y detalles dorados; el resto de la decoración tenía un toque japonés que me gustaba mucho.

Madre quiso incluir cerezos naturales, pero la temporada estaba muy lejos y no deseábamos esperar más, así que optó por usar objetos con esa flor para honrar la cultura de Akiko Kishaba, la madre de Sadashi.

Dasher, Lane y Daemon se encontraban a mi lado, los tres vestíamos de esmoquin negro y se mostraban felices de estar a mi lado en un día tan especial. La música que envolvía el ambiente era instrumental y transmitía paz.

Mis padres estaban en el lado derecho del grupo de sillas y en sus brazos cargaban a Asia, mi nena de tan solo cinco meses. Una pequeña princesa que me robó el corazón, al igual que su madre, con sus ojos almendrados grises y el cabello negro y lacio como el de Sadashi. Era la sensación en la familia desde que nació y todos morían por cargarla cada vez que estábamos en casa, la consentían hasta tal punto que, cuando volvíamos a Virginia Beach (nuestro hogar), nos hacía berrinches siendo apenas una bebé.

Pero era divertido ver a mi chica discutiendo con nuestra hija cuando no quería dejar de llorar porque no la cargaban y yo el hombre más feliz del mundo malcriándolas a las dos en todo momento.

El pianista, junto a los chicos de los *cellos,* comenzó a tocar una canción que Sadashi escogió para ese momento, justo cuando hizo su aparición tomada del brazo de Marcus, quien me la entregaría en el altar para unirnos como marido y mujer por el resto de nuestras vidas.

La vi a lo lejos y sonreí, agradecido con la vida, por darme un poco de felicidad después de tantas tristezas; se veía indescriptiblemente hermosa con un vestido blanco al estilo de las princesas, con el rostro cubierto por un delicado velo, pero aún resplandeciente detrás de él. Mi princesa guerrera, eso era Sadashi, y la amaba con locura tal cual ella a mí, tanto, como para acceder a tener una boda tradicional, incluso cuando huía de las pequeñas fiestas.

Sin embargo, estaba ahí, dispuesta a complacerme.

¡Dios! Me sentí en un sueño. De hecho, vivía en uno desde que Sadashi Kishaba apareció en mi vida.

—Y he ahí la representación del amor y el caos en una sola persona. La combinación más fascinante para nosotros, los hombres —dijo Dasher a mi lado, mirando también en mi dirección, y sonreí.

—No hay nada más cierto que eso, hermano —acepté y palmeó mi espalda. En ningún momento dejé de observar a mi fascinación.

Tras ella, Leah, Bárbara, Abby y tía Laurel la escoltaban por la alfombra roja en el césped, vestidas con atuendos color cerezo, un símbolo con el que Sadashi confirmaba que había adoptado como suya la cultura japonesa para honrar a su madre.

Ver a tía Laurel me oprimió el corazón, pues representaba a mi pequeña estrellita, la chica a la cual no le importó su vida con tal de salvar la mía. Dolía incluso en esos momentos pensar en

ella y admiraba la fortaleza de tía para estar ahí, en un día tan importante para mí, a pesar de que yo no pude cumplirle cuando aseguré que cuidaría a Essie.

Le pedí perdón por eso, sin embargo, ella aseguró que no había nada que perdonarme y que no me culpaba por lo que sucedió.

Quisimos atrasar la boda por respeto a Essie, pero tía Laurel y tío Darius nos lo prohibieron, alegando que su pequeña se hubiera indignado con nuestra decisión y aseguraron que la vida seguía, y si era con un momento tan feliz e importante, no teníamos por qué negarnos. Vi a Maokko entre los invitados, lloraba de felicidad al ver a su sobrina a punto de dar un paso tan importante. Toda mi familia y amigos pusieron su atención en aquella mujer tan fascinante, justo cuando Marcus la llevó frente a mí.

—¿Lista para dar este gran paso, *mia cara*? —preguntó Daemon al meterse frente a mí y tomar la mano de Sadashi.

Reí al entender por qué lo hizo y Sadashi también.

—Ya quisieras que los volviese a confundir —respondió ella y los que escucharon todo rieron.

Daemon no era de hacer bromas y menos en momentos como ese, pero ahí estaba, usurpando mi lugar y mostrando los buenos frutos de su nueva vida. Me cedió la mano de mi futura esposa entonces y la tomé sin dudarlo un solo segundo. Marcus asintió hacia mí, no hubo necesidad de una advertencia por su parte, pues sabía que yo sería capaz de dar la vida por Sadashi si era necesario.

—Eres un sueño, *la mia bella diavola* —musité cuando estuvimos frente a frente y sonrió.

—No más, tú y yo somos una realidad, y Asia es la prueba de ello —aseguró y quise besarla.

El nombre de nuestra hija lo escogimos juntos. En un tiempo, para Sadashi ese continente representó la mayoría de sus malos recuerdos, pero desde que puso fin a la vida de Kwan, también lo hizo con su pasado y avanzó de una manera increíble gracias a sus terapias. Para mí, Asia significaba amor, lucha y fortaleza, de allí obtuve lo mejor de mi vida, y cuando se lo hice ver a la mujer frente a mí, aceptó que era el nombre perfecto para el fruto de nuestra relación.

La ceremonia dio inicio con el saludo del reverendo y, mientras hablaba, miré a Sadashi y toda mi vida, desde que la conocí, comenzó a reproducirse. Pasamos por tantos obstáculos y, la verdad, no veía ese momento tan cercano; fue una chica dura, con muros altos construidos alrededor de su corazón, pero yo siempre fui un empedernido de primera y la quise en mi futuro desde el primer segundo que apareció para salvarme en aquel secuestro.

—¿Te ves en un futuro con alguna de ellas? Y me refiero a casándote y teniendo una gran y hermosa familia.

Aquella conversación con Essie llegó a mi cabeza justo en ese instante. ¡Dios! Cómo me dolía pensar en ella.

—La verdad es que no, Estrellita —respondí al fin y sonrió como si me hubiera ayudado a descubrir la cura de alguna enfermedad mortal.

Ese día le hablé de Leah y Yuliya (aunque sin decir sus nombres), mujeres de mi pasado que me enseñaron mucho, pero que solo fueron parte de mi vida para eso, para ser una enseñanza y el camino hacia mi verdadero amor.

—Entonces ahí tienes tu respuesta, primito hermoso —soltó y se acercó hasta meterse en mi costado para abrazarme fuerte.

—No te entiendo —susurré y la sentí reír sobre mi pecho.

—¡Es fácil, Aiden! No te ves haciendo un hogar con ninguna de ellas porque estás con las mujeres de otros. —Mis ojos se ensancharon mucho ante su metáfora y me quedé sin habla por

un buen rato.

—¿Cómo sabes eso? O, más bien… ¿Cómo es que llegaste a esa conclusión? ¿Dónde lo escuchaste? —pregunté, asustado por lo que me hizo ver.

Se recargó en su antebrazo y me miró con una mezcla de orgullo y diversión.

—Tengo un padre sabio —soltó y me guiñó un ojo—, y se la pasa diciéndole a Dash: «Si no piensas casarte con esa chica, entonces estás con la mujer de otro» —imitó con gracia su voz y medio sonreí.

«Ya no cuido a la mujer de nadie, Estrellita. Estoy con la mía, la única», dije en mi mente y tomé con fuerza la mano de Sadashi. Ella era la chica correcta, creada para mí, mi regalo, y estaba viviendo el momento más importante de mi vida gracias a la niña más inteligente y bella que el cielo nos dio.

Días antes de la tragedia, estuve a solas con Essie mientras Sadashi se encargaba de algunos asuntos de la organización. Hablar con mi prima siempre me resultó fácil y más porque era muy madura para su edad y en todo momento tenía las palabras correctas.

—¿Y te casarás con ella? —me había preguntado y asentí, extasiado—. Mírate, Aiden. ¡Dios! Tus ojos brillan cuando piensas en eso —señaló, emocionada, y solo me reí.

—Estoy pensando cómo pedírselo. Quiero que sea único, así como Sadashi lo es —confesé y miré el libro entre mis manos.

Me había llegado esa mañana, era la versión de prueba, pues la editorial aceptó mi manuscrito y me propusieron publicarlo.

—¿De qué es ese libro? —inquirió y me lo quitó de las manos.

Sus ojos se abrieron al darse cuenta de mi nombre escrito en la cubierta y comencé a decirle de qué se trataba y la propuesta que me estaban haciendo. Toda mi familia era sabedora de mi pasión por leer, pero casi nadie conocía mi gusto por escribir.

Por supuesto que Essie me abrazó y felicitó por ese logro y también me ayudó con una idea muy original para pedirle a Sadashi que se casara conmigo.

—Vaya, bien dicen que un príncipe lee historias, pero un rey las escribe —halagó y negué. No me creía ninguna de las dos cosas, solo un aventurero con necesidad de plasmar en papel los mundos que imaginaba en mi cabeza—. Pídeselo a tu manera, con este libro, que es tu esencia, el cual escribiste para ella —recomendó y la llené de besos cuando comprendí su punto.

Mi Essie, la estrellita más brillante de mi vida, fue mi ángel en todo momento y le estaría agradecido para siempre.

Meses después, cuando el libro ya estaba a punto de ser publicado, y cuando lo peor de nuestras vidas había pasado, le hablé a mis padres sobre mi nuevo sueño cumplido. Estuvieron conmigo en el lanzamiento y me apoyaron como siempre hacían.

Se lo dediqué a mi ángel y la reunión que hicieron como pequeña celebración por mi logro se tornó un tanto triste debido a su ausencia, aunque tratábamos de seguir adelante como sabíamos que ella hubiese querido.

Para Sadashi mandé a publicar uno en especial, se lo regalé la noche del lanzamiento y nunca estuve tan nervioso como los dos días siguientes que tardó en leerlo.

Mi hermosa panzona se había quedado en la biblioteca de la mansión de mis padres para leerlo tranquila, eran vacaciones y estábamos ahí para pasarla en familia. Yo estaba en el comedor acompañando a mis progenitores, a Maokko y Marcus, nervioso y desesperado porque pronto llegase al final.

—¡Oh, Dios mío! —gritó de pronto. Tanto mis padres como la pareja presente se asustaron al escucharla.

Corrieron hacia la biblioteca y yo me quedé ahí respirando con dificultad, rogando para que aceptara y tomé el valor para ir a su encuentro.

—¡Oh, divino Jesús! ¡Madre mía! —La escuché decir cuando me animé a llegar y en cuanto me vio dejó el libro y corrió hacia mí—. Dime que es en serio. Que no es solo la escena final.

—Esa es una versión especial para ti, Engreída —aseguré—. Lo que lees es en serio… ¿Aceptas?

Su vientre para ese momento ya estaba abultado, fue en sus últimos días de embarazo.

—Acepto, quiero ser tu esposa —dijo fuerte—. Quiero ser tuya, soy tuya —susurró en mi oído para que solo yo la escuchara. Me reí como un niño y la besé como un poseso.

Le pedí matrimonio a través de un verso de mi libro y, cuando saqué el anillo para ponérselo, Maokko comenzó a leerlo, sorprendida de lo que estaba pasando.

—¡Jesús! Qué susto me han dado, creí que habías roto fuente o algo así —se quejó madre, pero sonrió de inmediato y llegó a abrazarnos.

—Estoy orgullosa de ti —aseguró Maokko cuando llegó su turno y se colgó en mi cuello—. ¡Madre mía! Mi niño de verdad ya es un hombre —señaló, convenciéndose de una vez. Ella fue mi mentora, por ella me metí en el mundo de la lectura desde antes de aprender a leer.

—… Aún en la tempestad, te quiero a mi lado. Eres el caos que le da sentido a mi existencia, mi complemento, la mitad de mi vida y toda mi demencia, y soy el hombre más afortunado al estar aquí y ahora contigo, a segundos de convertirme en tu esposo, Sadashi Kishaba —terminé así mis votos, llamándola por última vez con su apellido de soltera.

Cité las palabras con las cuales le pedí matrimonio en la escena final de mi libro y dejó salir unas lágrimas tras sonreírme. El reverendo pronto nos declaró marido y mujer y, antes de que dijese que podía besarla, ya le estaba comiendo la boca. El ambiente se llenó de aplausos y gritos y minutos después sentí que me apartaron de mi esposa para evitar que le hiciera el amor frente a todos sin siquiera quitarle la ropa. Me sentía embriagado de felicidad y no lo ocultaba.

La celebración se llevó a cabo al otro lado del jardín. La tarde era hermosa, brillante a pesar del frío, pero para eso se preparó todo el lugar con antorchas artificiales que nos mantuvieron cálidos; disfrutamos y nos reímos cuando, uno por uno de nuestros amigos, comenzaron a hacer los brindis y a contar sus anécdotas y más tarde continuábamos recibiendo abrazos y felicitaciones por parte de todos.

—¡Y, ahora sí, bienvenida a la familia, señora Pride! —gritó Abby. Estaba en nuestra mesa, parada detrás de Jacob.

Sadashi le sonrió y levantó su copa en agradecimiento, Daemon tenía a Asia en ese instante, mi hija nos confundía y estaba muy tranquila con él creyendo que era yo quien la cargaba.

Mi hermana volvió al país solo para asistir a mi boda y su presencia fue uno de mis mejores regalos. El tiempo volaba, ya habían pasado cerca de dos años desde su partida, misma que le sentó de maravilla, pues volvió más hermosa de lo que se fue, y también más madura. Era otra Abigail y me sentía muy orgulloso de ella.

—Chicos, ustedes se ven muy lindos juntos —señaló Bárbara hacia mi hermana y Jacob. Casi me atraganté con la bebida.

¡Diablos! Esos comentarios todavía no me sentaban bien y menos cuando Abby se agachó para darle un sonoro beso a su amigo en la mejilla.

—Y ustedes también —dijo Patito tras hacer eso.

Bárbara entrelazó su brazo al de Dasher y besó la mejilla de mi primo, él se limitó a sonreírle

y, tras eso, miró a Abby, quien lo observaba, divertida.

—Admito que no creí que te atraparían tan pronto, pero me alegra verte tan feliz con Bárbara —siguió, hablándole a Dasher, y Bárbara se sonrojó con los halagos de mi hermana.

—Gracias.

—Eres una verdadera mujer, justo la que él merece —añadió Patito, dirigiéndose a ella.

—*Okey,* empiezo a ponerme celosa de que halagues tanto a Barbie y no a mí, que soy la novia —soltó Sadashi de pronto y todos nos reímos.

O casi todos.

—Cuñadita, tú no lo necesitas. Eres perfecta y mi favorita —aseguró Abby.

Siendo su única cuñada en ese momento, era obvio.

Seguimos hablando y planeando lo que haríamos en las vacaciones de primavera. Nuestra luna de miel la pospondríamos un tiempo. Jacob nos dio la noticia de que viajaría a Londres junto a Abigail (el país que albergaba a mi hermana) y por poco termino con un infarto el día de mi boda, aunque confiaba en mi hermana y sabía que veía a ese chico solo como a un hermano más, tal vez él a ella no, pero lo tendría que aprender pronto.

—¡Su atención, por favor! —pidió tío Darius por el micrófono—. ¡Es hora de que el señor y la señora Pride nos deleiten con su primer baile como esposos!

Me puse de pie y, antes de tomar la mano de mi esposa, tomé la copa de vino y pedí la atención de todos.

—Antes de hacerlo, quiero hacer un brindis especial por la persona que me permitió estar este día aquí. —Tanto él como tía Laurel sabían a quién me refería y me observaron con sentimientos encontrados—. Sin ella nada de esto hubiera sido posible. Essie Black Stone, la estrella de nuestras vidas, y mi ángel personal, la chica que demostró amar más allá de ella misma y quien siempre puso a todos antes que a ella.

»Brindo por una de las mujeres más fuertes de nuestra familia, por la guerrera que fue y sigue siendo, y porque sé que muy pronto volverá a estar con nosotros, iluminándonos con su luz y haciéndonos felices con su hermosa sonrisa.

—¡Por mi heroína y su pronta recuperación! —exclamó Sadashi a mi lado levantando su copa.

—¡Por mi guerrera! —añadió Abby.

—¡Por mi hermana! —gritó Dasher.

—¡Por la mujer más valiente que he conocido en mi vida! —Esa fue Leah.

—¡Por una de las luces más brillantes en nuestras vidas! —expresó madre, y papá, a su lado, la abrazó y levantó su copa junto a ella.

Daemon también lo imitó, ambos demostrando que así fueran de pocas palabras, compartían nuestra felicidad.

—¡Por el milagro de mi vida! —logró decir tía Laurel entre lágrimas.

—¡Por mi pequeña estrella! —finalizó tío Darius.

Todos estábamos con las copas alzadas, en honor a ella. La niña hermosa que tres meses atrás salió de un coma inducido. Pasó ocho meses así tras varias operaciones delicadas, hechas desde la noche del atentado.

Ese día, mientras todos llorábamos por lo que estábamos viviendo, tío Dylan se acercó y notó que Essie todavía tenía pulso, suave, pero fue una esperanza que nos hizo movilizarnos de inmediato. Cuando llegamos al hospital los doctores no nos dieron muchas esperanzas, aun así, la estabilizaron el tiempo suficiente para poder trasladarla a Pensilvania, hogar de uno de los mejores hospitales neurológicos de Estados Unidos.

Fue duro darme cuenta de que Essie se sacrificó por mí, y más cuando vi que aquel disparo entró por un lado de su frente y salió por la parte de atrás de la cabeza.

—Lo siento, pero no les daremos esperanzas. Una de cada veinte personas sobrevive a un disparo de tal magnitud y, si lo hace, no es ileso —nos dijo el neurocirujano que la atendía.

Viajamos a Pensilvania esa misma noche para acompañar a mis tíos y a Dasher, estaban devastados y yo me sentía el mayor de los culpables por ponerlos en esa situación. Essie por poco perdió la batalla, pero se estaba aferrando a la vida de una manera increíble. El disparo le hizo un daño en el cerebro casi irreversible, alcanzó el lado frontal, que controla la memoria, y, de paso, dañó el hemisferio izquierdo (así lo llamó el doctor) que era el encargado de la movilidad del lado derecho del cuerpo y el habla.

Mantuvieron a mi prima en un coma inducido, respirando a través de máquinas, todo para descompresionar su cerebro.

Cuando despertó la primera vez, tras dos operaciones seguidas, no reconoció a nadie, y tampoco podía hablar. El corazón se me volvió a romper al verla llorar por no saber lo que le sucedía y más cuando tía Laurel trataba de ayudar a su pequeña y en lugar de eso solo la asustaba. Después de eso le practicaron dos cirugías más; los doctores estaban haciendo hasta lo imposible porque volviese a ser la misma, pero todos sabíamos de alguna manera que eso no pasaría.

Con el tiempo, y confiando en otro milagro, Essie aprendería a hablar y a caminar, recuperaría su movilidad, mas no sus recuerdos, ni todos los sueños que un día tuvo y aquel maldito bastardo le robó. Aunque, como dijo tía Laurel, su niña podía crear nuevos sueños y objetivos, y ellos, como siempre, estarían ahí para apoyarla; mi familia y yo también.

Essie se hallaba en un hospital local y privado, recuperándose de la última cirugía practicada un mes atrás, misma que nos prometía más avances, y era cuidada por los mejores médicos y la mayor seguridad de nuestras organizaciones. Por esa razón mis tíos y Dasher me acompañaban en uno de los días más importantes de mi vida y me sentía enaltecido con su presencia.

—Señora Pride, ¿me honra con nuestro primer baile? —pedí a Sadashi y le hice una reverencia.

Sonreí cuando la vi responderme igual, tomando su vestido y luego mi mano para llevarla al centro de la multitud. La melodía de *Halo*, que fue la misma que la acompañó en su marcha nupcial, comenzó a sonar cuando estuvimos en nuestro lugar, solo que en ese momento ya no la tocaba el pianista, ni los *cellos*, sonaba a través de los altoparlantes.

Con delicadeza, la tomé de la cintura y envolvió sus brazos en mi cuello. La miré a los ojos y, una vez más, me estaba enamorando de ellos; de sus bellos ojos rasgados y marrones, de su manera de mirarme, de su pequeña nariz, de sus labios gruesos, de su cabello, de su cuerpo, de sus perfecciones e imperfecciones, de su forma de ser, de lo que me regaló, de toda ella, centímetro a centímetro.

—¿Por qué esa canción? —susurré en su oído.

Me miró y sonrió.

—Porque ella dice todo lo que yo no puedo —aceptó y le acaricié el rostro.

Todas las luces fueron apagadas y solo dejaron una que nos enfocaba a ambos y se movía a nuestro compás.

—Tú eres todo lo que necesito y más, Aiden Pride White. Prometí no volver a caer, no ser débil de nuevo, y mírame aquí, siendo adicta a ti, a tu luz, esa misma que me sacó de la oscuridad en la que vivía. Destruiste con facilidad mis muros, rompí todas mis reglas por ti, te

quise alejar porque me aterraba ese brillo que siempre te acompaña y, cuando más huía, más te necesitaba.

Tragué con dificultad al escucharla, pero no dije nada porque sabía que Sadashi no era de las que se abría como lo estaba haciendo en ese instante y decidí disfrutarlo.

—Me ayudaste a vencer mis miedos, a enterrar el pasado, a no temerle a las continuaciones o giros inesperados, pero, sobre todo, me has dado a mi propia familia y te juro que no creí que volvería a sentirme en casa desde que nos sacaron de la nuestra hace años y, sin embargo, cuando me abrazas, me siento en mi verdadero hogar.

»Eres mi redención, mi segunda oportunidad, y estoy segura de que eres el ángel que mis padres me enviaron para no dejarme sola, y donde quiera que ellos estén ahora, sé que son felices porque yo lo soy, amor. Y, sí… Tú y Asia son mi verdadera fuerza y la gravedad que me mantiene en la Tierra.

Me limpió las lágrimas y dejó salir las suyas.

—Esto que siento por ti es para siempre, mi niño bonito, y jamás te librarás de mí. Nunca dejaré que huyas de mi lado, así haya tempestades, te juro que te amaré por el resto de mi vida, incluso cuando te odie.

—¡Dios! Esta vez me dejaste sin palabras —acepté y ambos sonreímos.

—Tu mirada me dice lo que tu boca no puede.

—¿Te dice cuánto te amo?

—Incluso cuando cierras los ojos.

—Tú serás mi siguiente historia —confesé—, una que jamás tendrá final, mi preciosa Engreída.

La besé. Me fundí en ella como siempre hacía cuando nuestros labios se tocaban y dejé que el tiempo se congelara, guardándolo por siempre en mi corazón; solo la separé de mí cuando el aire nos faltó y la abracé para aferrarla a mi cuerpo, para que, una vez más, sintiera su hogar y se asegurara de que jamás lo perdería.

Las luces de pronto volvieron a encenderse y sonreí al ver a mis padres llegar a la pista para acompañarnos. Leah se unió junto a Lane, Dasher con Bárbara, Abby con Jacob, tía Laurel y tío Darius también estaban ahí y, a su lado, mi hermano bailaba con Asia en sus brazos.

Sadashi y Asia también eran mi luz y una parte de mi vida, pero Daemon seguía siendo la otra, junto a todas esas personas que nos acompañaban.

Con ese momento estaba abriendo una nueva etapa de mi vida, ya que sabía que para mí jamás existirían los finales; y estaba más listo y completo que nunca para superar las pruebas y vencer todos los obstáculos, porque contaba con la mejor compañera que la vida me pudo dar.

Con mi amado caos.

Fin.

[1] Templo de las deidades en algunos pueblos de Oriente
[2] Quemar una herida o destruir un tejido con una sustancia cáustica, un objeto candente o aplicando corriente eléctrica
[3] Gritos de ataques.
[4] ¡Maldita sea!
[5] ¡Joder!
[6] ¡Mierda!
[7] Dulzura.
[8] ¿Lista para divertirte, engreída?
[9] Boca
[10] Mamita en italiano.
[11] Feliz noche.
[12] Acobardé
[13] Muy bien, dulzura.
[14] ¡Me estás volviendo loca!
[15] ¡Idiota!
[16] ¡Mierda!
[17] ¡Me voy a correr!
[18] ¡Me corro, me corro, me corro!
[19] Putita.
[20] Alfabeto coreano
[21] ¡Dios mío, Aiden!
[22] Lo siento.
[23] Mira, oye y calla
[24] Ser de forma cambiante capaz de transformarse en la imagen de lo que más teme su espectador
[25] Eres mía, diabla, aunque no lo quieras ver ni aceptar.
[26] Según parecía
[27] Cariño o querida.
[28] Hijo de puta.
[29] Hermano.
[30] ¿Por qué no, nena?
[31] Estación de gas y tienda de aperitivos
[32] ¡Puta madre!

---

[1] Según tus indicaciones, maquetar esto como mensaje recibido.
[2] Maquetar como mensaje enviado